5725

H-A
57255

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

HISTORIA DE ESPAÑA

Y

DE LAS REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

R. 758.154

HISTORIA DE ESPAÑA

Y DE LAS

REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

POR

D. ALFREDO OPISSO

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
SOCIO DE MÉRITO DE LA ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE

CON UN PRÓLOGO DE

D. MIGUEL S. OLIVER

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Y OTRO PRÓLOGO, REFERENTE A LA PARTE DE AMÉRICA, DE

D. FEDERICO RAHOLA

SENADOR DEL REINO

TOMO XIII

El imperio. — Expedición a Túnez. — La Reforma. Felipe II. — Guerras en Flandes.

BARCELONA

CASA EDITORIAL "GALLACH"

416, CONSEJO DE CIENTO, 418

© Biblioteca Nacional de España

PROPIEDAD DEL EDITOR

—

DERECHOS DE TRADUCCIÓN
RESERVADOS

IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª — BARCELONA

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

EL IMPERIO

CAPÍTULO PRIMERO

La expedición a Túnez

(1533-1540)

La política, página 1. — Expedición contra Túnez, pág. 3. — Tercera guerra con Francisco I, pág. 9. — Los impuestos, pág. 14. — Insurrección de Gante, pág. 15.

CAPÍTULO II

La expedición a Argel

(1541-1547)

El desastre de Argel, página 18. — Cuarta guerra con Francia, pág 25. — La derrota de Cerisola, pág. 28. — Invasión de Francia por Carlos V, página 28.

CAPÍTULO III

La Reforma

(1517-1530)

Lutero, página 31. — Dieta de Worms, pág. 36. — Dieta de Nurem-

© Biblioteca Nacional de España

berg, pág. 38. — Guerra de los campesinos, pág. 39. — Rebelión de Munzer, pág. 39. — Dieta de Spira, pág. 45. — La confesión de Augsburgo, pág. 46. — La Liga de Esmalcalda, pág. 47. — La paz de Nuremberg, pág. 48.

CAPÍTULO IV

LOS PROGRESOS DE LA REFORMA. LA REACCIÓN CATÓLICA

(1522-1546)

Erasmo, página 49. — Zwinglio, pág. 50. — Rabelais, pág. 51. — Los reyes protestantes, pág. 52. — Suiza protestante, pág. 53. — Enrique VIII, pág. 53. — Los anabaptistas, pág. 55. — Calvino, pág. 57. — Miguel Servet, pág. 58. — La Dieta de Ratisbona, pág. 59. — El Concilio de Trento, pág. 61.

CAPÍTULO V

LA GUERRA DE RELIGIÓN

(1546-1552)

Preparativos de guerra, página 63. — Campaña del Danubio, pág. 65. — Campaña del Elba, pág. 69. — La batalla de Muhlberg, pág. 71. — El Interim, pág. 76. — Disensiones entre el César y el Papado, pág. 77. — Defección de Mauricio de Sajonia, pág. 78. — Tratado de Passau, página 79.

CAPÍTULO VI

LA INSURRECCIÓN DE NÁPOLES

(1546-1547)

Origen de la insurrección, página 82. — La insurrección, pág. 83. — Apéndice. *Instrucciones* del Emperador al príncipe D. Felipe, pág. 87.

CAPÍTULO VII

LUGARTENENCIA DEL PRÍNCIPE D. FELIPE

(1543-1554)

Casamiento de D. Felipe, página 100. — D. Felipe lugarteniente, página 103. — Casamiento de D. Felipe con la reina de Inglaterra, pág. 105.

CAPÍTULO VIII

LA REACCIÓN CATÓLICA

(1540-1552)

La antirreforma, página 108. — La Compañía de Jesús, pág. 108. — El Concilio de Trento, pág. 112.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

La abdicación del Emperador

(1552)

Cansancio de Carlos V, página 116. — Congreso de Mère, pág. 117. — Invasión de Francia, pág. 118. — En Italia, pág. 120. — Muerte de D.ª Juana, pág. 121. — Paulo IV, pág. 121. — Las Cortes de Valladolid, pág. 122. — En Italia y en Flandes, pág. 122. — Abdicación del Emperador, pág. 123. — Armisticio de Vauxelles, pág. 125. — Carlos V en Yuste, pág. 126. — Musulmanes y luteranos, pág. 126. — D. Juan de Austria, pág. 127. — Muerte de Carlos V, pág. 127.

CAPÍTULO X

Juicios sobre Carlos V

CAPÍTULO XI

El régimen

La Corte de Carlos V, página 142. — Los impuestos, pág. 144. — La situación pública en Castilla, pág. 147. — Industria y Comercio, página 148. — Cataluña, pág. 150. — Aragón, pág. 154. — Valencia, página 154.

PARTE SEGUNDA

FELIPE II

CAPÍTULO PRIMERO

(1557-1558)

Reparto de los Estados de Cárlos V, página 157. — La infancia y juventud de Felipe II, pág. 159. — Felipe II contra el Papa, pág. 161. — Inglaterra hispanófila contra Francia, pág. 164. — San Quintín, página 165. — Calais, pág. 167. — Gravelinas, pág. 167. — Paz de Chateau-Cambresis, pág. 169.

CAPÍTULO II

La corte de Felipe II

Casamiento del rey, página 171. — Situación de España, pág. 172. — Primer ministerio de Felipe II, pág. 174.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

La Inquisición

La herejía protestante, página 177. — Procedimientos inquisitoriales, pág. 178. — Los autos de fe, pág. 178. — Consideraciones sobre la Inquisición, pág. 180.

CAPÍTULO IV

El conflicto de Flandes

(1561-1566)

Margarita de Parma, página 184. — Organización de los Países Bajos, pág. 185. — Derechos provinciales, pág. 185. — Orígenes del conflicto, pág. 187. — Guillermo de Orange, pág. 188. — Comienzo del conflicto, pág. 191. — Los nobles mandan, pág. 193. — El compromiso de Spa, página 195.

CAPÍTULO V

La primera guerra

(1566-1573)

Los gueuses, página 196. — Embajada a Felipe II, pág. 198. — El duque de Alba, pág. 199. — Alba en Bruselas, pág. 200. — Ejecución del barón de Montigny, pág. 204. — Invasión de los Países Bajos, pág. 205. — Reanúdase la guerra, pág. 207. — Inglaterra fomenta la insurrección, pág. 208. — El sitio de Harlem, pág. 210.

CAPÍTULO VI

Lepanto

(1550-1572)

Expediciones a África bajo el reinado de Felipe II. — Los Gelbes. — Sitio de Mazalquivir. — Lepanto, página 214.

CAPÍTULO VII

Segundo período de las guerras de Flandes

(1574-1576)

Requesens, página 225. — Sin marina, pág. 227. — La victoria de Mook, pág. 230. — La huelga de Amberes, pág. 232. — El sitio de Leyden, pág. 236. — Conferencia de Breda, pág. 238. — Hazañas españolas, pág. 239.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII

Don Juan de Austria

(1576-1578)

El Consejo de Estado Gobernador de los Países Bajos, página 245. — Rebelión contra los españoles, pág. 251. — El saco de Amberes, página 253. — Llegada de D. Juan de Austria, pág. 256. — El edicto perpetuo, pág. 258. — Batalla de Gembloux, pág. 261.

CAPÍTULO IX

El recobro de lo perdido

(1578-1582)

Alejandro Farnesio, página 264. — Toma de Maestricht, pág. 268. — El duque de Alenzón, pág. 271. — Independencia de Holanda, pág. 273.

CAPÍTULO X

La toma de Amberes

(1582-1585)

Ciudades recobradas, página 274. — Llegada de refuerzos, pág. 275. — Asesinato de Orange, pág. 277. — El sitio de Amberes, pág. 279. —En Frisia, pág. 285. — Campaña de Farnesio, pág. 285.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

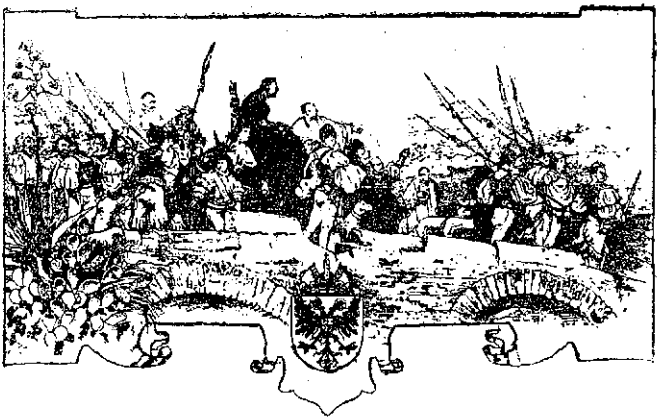
LÁMINAS

Págs.

Galería de Reyes y Jefes de Estado, VII 60
Carlos V en el sitio de Metz 104
Llegada de Carlos V al monasterio de Yuste 126
Galería de Reyes y Jefes de Estado, VIII 180
Armadura de Don Álvaro de Bazán 216
Vista de Amberes, de un grabado de la época 274

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



PARTE PRIMERA

EL IMPERIO

CAPÍTULO PRIMERO

LA EXPEDICIÓN A TÚNEZ

LA POLÍTICA. — EXPEDICIÓN CONTRA TÚNEZ. — TERCERA GUERRA CON FRANCISCO I. — LOS IMPUESTOS. — INSURRECCIÓN DE GANTE.

(1533 - 1540)

La política. Dejamos al Emperador en el momento en que, sofocada la rebelión de los moriscos y concluída la paz de Cambray o de *las Damas* (1529), podía creerse libre, cuando menos por algún tiempo, de nuevas complicaciones interiores o exteriores, mientras proseguían las grandes conquistas en América, mas no había de ser así, por desgracia.

Conviene fijarse ante todo en la profunda transformación que había experimentado la corte de Car-

© Biblioteca Nacional de España

los V; si en sus mocedades había demostrado éste un carácter apático, y dejádose llevar por los Chièvres, Lannoy, Nassau y demás gente palatina, cesa de repente toda la influencia ejercida por éstos, y Carlos se conduce como un monarca sin más criterio que el suyo personal, sin que se deje sentir en parte alguna otra voluntad que la suya.

Objeto constante de las preocupaciones del Emperador es poder reducir a unidad todos los dominios que dependen de su corona y campan todos sin traba ni lazo algunos, con su Gobierno propio, sin más carácter común que el de reconocerle por soberano. El Emperador pretende tenerlos bajo una dependencia más estrecha, y para ello crea una institución de nuevo género: un *Consejo de gobierno* formado por representantes de los Consejos administrativos de los antiguos reinos y estados: Nápoles, Sicilia, Países Bajos, Castilla, Aragón, asesorados por dos o tres doctores.

Constituído el *Consejo de gobierno* bajo la presidencia del Cardenal Granvela, entiende en todos los negocios importantes, estudiando cada consejero los de su provincia y eleva en seguida su parecer a S. M.

Esto podía satisfacer hasta cierto punto el espíritu particularista de sus Estados, supuesto que contaban cuando menos con una especie de representación permanente cerca del monarca, pero en realidad no era así, pues el Emperador seguía únicamente su propio dictamen.

Esto por una parte: por otra creó un Consejo de hacienda, encargado de emitir informe sobre las peticiones financieras del Consejo de gobierno, a las cuales sólo solía prestar su conformidad en contados casos.

Ni uno ni otro Consejo ejercían grande influencia; el emperador sólo escuchaba ahora a uno solo para seguir o no su parecer, y una vez tomado el acuerdo era sometido a los dos Consejos para su aprobación

© Biblioteca Nacional de España

y enviado para su ejecución a la cancillería respectiva, según se tratase de negocios del Imperio, de Italia o de España.

«Estos hechos demuestran, dice Leopoldo Ranke, hasta qué punto resumía en su persona toda la unidad del imperio. A la verdad, encuentra algunas barreras en las Constituciones de sus provincias, en la política de sus vecinos, en la situación, embarazosa a veces, de los negocios, pero le vemos siempre obrando por sí mismo en las resoluciones que toma, con plena independencia de toda influencia extraña en el ejercicio del poder supremo.»

Expedición contra Túnez

Fruto de esa política exclusivamente personal fué la grande expedición a África.

El caso era el siguiente:

Dos hermanos, naturales de la isla de Lesbos, llamados Horuc y Haradin (la ortografía varía mucho), musulmanes, hijos de un alfarero, habían abandonado el pacífico taller paterno para dedicarse a mayores empresas, y convertidos en corsarios tales hazañas hubieron de realizar, que al poco tiempo disponían de una escuadra de 12 galeras y varios buques menores con las cuales asolaban las costas así de Italia como de España, para hacer luego almoneda de sus presas en los puertos de Berbería.

De día en día más arrogantes, no se contentaron ya con aquellos fugaces rebatos, sino que aspiraron a ser verdaderos soberanos, y no vacilaron en atacar a Argel, que tomaron, y a cuyo bey asesinaron, para ceñirse Horuc su tahalí, y no contentos aún, acometieron luego al rey de Tlemecen, reuniendo su Estado al de Argel.

Carlos V mandó entonces al marqués de Gomares, gobernador de Orán, que partiera contra Horuc, como así lo hizo, sitiándole en Tlemecen, donde murió.

Pero quedaba Haradin, más conocido por *Barba-*

© Biblioteca Nacional de España

rroja, quien, tanto para contar con un buen apoyo como para aumentar su prestigio ante los berberiscos, se puso bajo la protección del poderoso sultán de Constantinopla Solimán II.

Y no pudo ser más oportuna la idea, pues el turco, muy agraviado con las derrotas navales que le había infligido el ilustre marino genovés Andrés Doria, al servicio del Emperador, se apresuró a conceder la solicitada protección y aun le nombró almirante de su escuadra.

Barbarroja

Con tal arrimo subieron de punto las ambiciones de *Barbarroja.* No contento con haberse apoderado de los tronos de Argel y Tlemecen pretendía ahora hacerse dueño del de Túnez, ocupado por el sanguinario Muley Hassán, que se había hecho dueño del poder asesinando a su padre y a sus hermanos, salvándose únicamente uno de éstos llamado Al Raschid.

Ardía la guerra civil; Al Raschid se refugió en una galera de Barbarroja, y éste, so pretexto de ponerle en seguro, lo llevó a Constantinopla, y una vez allí le encerró en una mazmorra, de donde ya no volvió a salir.

Ya en la certeza de no tener competidor, reunió *Barbarroja* una armada de 200 velas, devastó las costas de Italia y se apoderó sin resistencia de las fuertes

© Biblioteca Nacional de España

plazas de la Goleta y de Túnez. Los tunecinos no cabían en sí de gozo creyendo que iba a ser proclamado rey Al Raschid, por lo cual fué grandísimo su disgusto al encontrarse con que los marinos y soldados de Barbarroja proclamaban por rey al sultán de Constantinopla. No había ahora resistencia posible; Solimán fué reconocido como soberano, y Barbarroja quedó como virrey (agosto de 1533).

Todo le había salido bien hasta entonces; pero siempre anheloso de emprender nuevas y gloriosas conquistas, aprestóse a caer sobre Nápoles y Sicilia, infundiendo con esto el más fundado terror en todas las costas del Mediterráneo.

Poseía a la sazón la corona española las Baleares, Cerdeña, Sicilia, Malta y demás islas de ellas dependientes, y en sus costas, como en las de Nápoles y España hacían con demasiada frecuencia estragos las galeras de Barbarroja; tanto por eso, como por las súplicas de los reyes, príncipes y doges que poseían también costas amenazadas en el Atlántico, en el Mediterráneo, en el mar Tirreno, en el Adriático: Portugal, Saboya, Génova, Toscana, Venecia, el Papa, — todos menos Francia, — decidióse Carlos V a *intervenir*, como diríamos hoy, contra el poderoso rey pirata, digno sucesor de Genserico.

Con intento, pues, de restaurar en su trono de Túnez a Muley Hassán, y de satisfacer a las súplicas de los príncipes cristianos, mandó se reuniesen en Barcelona las escuadras en que debían embarcarse las tropas expedicionarias, mientras tanto, el rey de Francia, Francisco I, grande amigo del turco, le iba a Solimán II con el soplo de lo que se preparaba contra Barbarroja, lo cual da la medida de quién era el rey Francisco I.

En vista de los avisos transmitidos por el francés a turcos y berberiscos, para hacer fracasar la empresa

© Biblioteca Nacional de España

de su sempiterno vencedor, Barbarroja y Solimán se apresuraron a allegar cuantos medios ofensivos y defensivos estaban a su alcance, cuidando especialmente de poner a cubierto de cualquier ataque a la Goleta, antemural de la ciudad de Túnez.

Poco a poco se fueron reuniendo en la rada de Barcelona — pues esta ciudad, a pesar de su grandioso tráfico mercantil, no tenía puerto — las escuadras de la cristiandad, excepto Francia; allí acudieron las galeras de Génova, del Papa y de Portugal; allí nuestras escuadras, de Sicilia, de Andalucía, de Vizcaya, de Cataluña, hasta reunirse cerca de 400 buques, en los cuales iban 13.000 infantes españoles, italianos y alemanes y 2.000 caballos, aparte de gran número de caballeros e hidalgos que se habían unido a la nueva cruzada y de muchísimos mercaderes y artesanos catalanes, y amén de 4.000 hembras, que, desafiando toda suerte de rigores, lograron introducirse a bordo.

El 30 de mayo del año 1535 zarpaba de Barcelona la poderosa expedición, quedando como regente la emperatriz D.ª Isabel de Portugal.

Acompañaba a Carlos V su cuñado D. Luis, hermano de D.ª Isabel, con la flor y nata de la nobleza lusitana. Desempeñaba el cargo de almirante el insigne genovés Andrés Doria y mandaba las naves españolas el ínclito D. Alvaro de Bazán.

Nunca, ni cuando Carlos V celebró en la catedral de Barcelona el primer capítulo de la Orden del Toisón de Oro, se había visto en la ciudad condal tamaña animación, ni más extraordinaria esplendidez, de tal suerte que, como dice Fray Prudencio de Sandoval, era casi imposible transitar por las calles y hallar hospedaje; porque no eran solamente los expedicionarios los que allí se habían reunido, sino también infinidad de personajes que deseaban despedir al César en su magna empresa de debelar a África.

© Biblioteca Nacional de España

Iba a vanguardia de la armada la escuadra portuguesa; seguían luego formando el centro las galeras españolas y genovesas, y en una de éstas, la llamada *Bastarda,* el Emperador, y formaba la retaguardia la escuadra mandada por D. Álvaro de Bazán.

La escuadra hizo rumbo a Mallorca, donde recaló, y el día 11 de junio fondeaba en Caller — en italiano Cagliari, — en la isla de Cerdeña, donde se le incorporaban nueve galeras del Papa y cuarenta y cinco naos, entre ellas unas magníficas carracas, que traía de Génova el marqués del Vasto, con 8,000 alemanes y 2,500 españoles de los tercios viejos, de suerte que la expedición se componía ahora de 400 naves, con 25,000 infantes y 2.000 caballos; efectivo, para aquellos tiempos, de extraordinaria magnitud. Iba como almirante de la escuadra, compuesta como hemos visto, de naves españolas, portuguesas, genovesas y pontificias, el insigne Andrés Doria, y mandaba las tropas, en su mayoría procedentes de los famosos tercios, D. Alonso de Avalos, marqués del Vasto.

Digamos ahora que los enemigos de Carlos V propalaron la voz de que si éste había emprendido aquella expedición tan formidable, había sido para no verse obligado a combatir contra Solimán *el Grande* en las llanuras de Hungría, que el turco había invadido, y así se decía que «nunca se había visto a un príncipe haber huído del enemigo con tanto aparato».

No es menester refutar semejante especie: Carlos V había emprendido aquella expedición por ser absolutamente necesaria, pues Barbarroja, rey de Argel, de Tlemecen y de Túnez, y puesto bajo la protección de la Sublime Puerta, era dueño del Mediterráneo.

El 16 de junio fondeaba en el antiguo puerto de Utica, llamado entonces de la Farina, la escuadra de Andrés Doria, y desde allí se ponía de nuevo en marcha y el 5 de julio aparecía ante la Goleta, fortísimo

© Biblioteca Nacional de España

y bien pertrechado castillo que defiende la entrada del puerto de Túnez en el fondo del golfo de este nombre.

Había fondeadas al amparo del castillo 18 galeras con 100 bocas de fuego; 20.000 jinetes moros y enormes masas de peones cubrían la ciudad por la parte de tierra. Adelantóse la escuadra de Carlos V; iba delante la mayor galera que jamás se había visto hasta entonces: el *San Juan Bautista*, que llevaba 300 cañones de bronce, 600 arcabuceros, 400 soldados de espada y rodela y 300 artilleros, sin contar la chusma o sean los galeotes que remaban.

A proa tenía una sierra colosal para romper la no menos colosal cadena que cerraba la boca del puerto.

El *San Juan Bautista* aserró la cadena y entró en la bahía, sembrando el estrago con sus tremendas andanadas, lo cual hizo se le apodara en lo sucesivo el *Botafuegos*.

Entró detrás del *San Juan Bautista* la escuadra entera, que después de un terrible combate se apoderó del puerto, del arsenal y de toda la escuadra de Barbarroja; gloriosísima victoria, digna de figurar en los anales de los más famosos triunfos marítimos alcanzados por España, pues se trataba de unas fortificaciones formidables y de unas naves acreditadas por el valor y la destreza de sus tripulantes, en largos años de ejercer el corso, o mejor dicho la piratería.

Barbarroja se retiró de Túnez al frente de 50.000 soldados aguerridos; quería el sanguinario Haradin o Kereddin pasar a degüello, antes de evacuar la ciudad, a los 10.000 cristianos que yacían allí cautivos; pero lograron disuadirle de tan horrible propósito sus oficiales. Y sucedió ahora que como esos 10.000 cautivos se enteraron de la partida de Barbarroja, quebraron sus cadenas, corrieron hacia la muralla y desde allí rompieron violento cañoneo contra él, de suerte que, cogiéndole la vuelta los españoles, se encontró el fugi-

© Biblioteca Nacional de España

tivo rey entre dos fuegos, resultando herido de una bala en la cabeza.

Gracias a su denuedo y a la fidelidad de algunos oficiales suyos, logró Barbarroja escapar a Bona; poco después, los cautivos abrían las puertas de Túnez a los imperiales, y al entrar éstos, degollaron a 30.000 habitantes y reducían a cautividad a diez mil. Terribles represalias de las *razzias* en tantos años llevadas a cabo por los piratas berberiscos en nuestras costas y las de Italia.

El emperador devolvió su reino a Muley Hassán, y como la Goleta era un nido de piratería, desde cuyo puerto salían las galeras de Barbarroja para asolar el litoral septentrional del Mediterráneo, excepto Francia, ordenó Carlos V que quedara de guarnición en aquel castillo una fuerza de mil soldados de los tercios viejos, al mando de D. Bernardino de Mendoza.

Terminada tan dichosamente la campaña, reembarcóse la expedición, y a los pocos días entraba triunfador en Mesina y después en Nápoles el emperador Carlos V (otoño de 1535).

Tercera guerra con Francisco I.

No podía resignarse Francisco I al cumplimiento del tratado de las Damas y renunciar a sus pretensiones sobre el Milanesado, y así, habiendo fallecido sin sucesión el duque Francisco Sforza (1535), volvió a reclamar para sí aquel Estado.

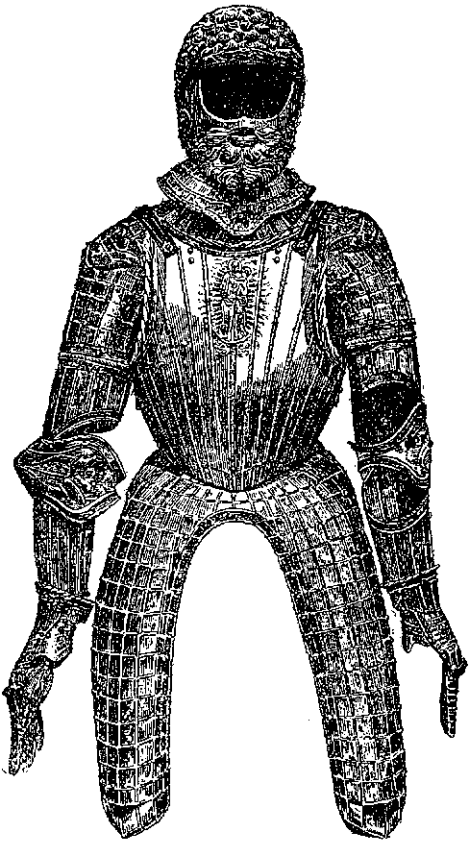
Pero no esto sólo, sino que habiéndose apoderado Sforza, sin razón ni motivo, de la mayor parte de los estados del duque Carlos III de Saboya, cuñado y aliado del Emperador, también los reivindicaba como suyos.

Tales fueron las desagradables novedades con que se encontró Carlos V cuando, triunfador de Túnez, era aclamado en Nápoles. No podía ser más arrogante

© Biblioteca Nacional de España

el *ultimátum* del francés: o la cesión del Milanesado o la guerra. Carlos V, indignado, se negó a toda satisfacción.

Apresuróse a tomar cartas en el asunto el papa Clemente VII, que convocó lo que llamaríamos hoy una conferencia a la que asistieron el Sacro Colegio de Cardenales, todos los embajadores y el Emperador en persona. Habló éste en violentos términos contra la falsedad de Francisco I al asegurar que le había prometido el ducado de Milán, y por lo mismo le retaba, como felón, a singular combate, para evitar los males que se seguían de las guerras. No es menester decir que el desafío no tuvo efecto, pero sí que la guerra se llevó adelante.



Armadura del Emperador Carlos V

No podía ser más espléndido el ejército imperial. Constaba de 60.000 hombres y estaba mandado por la flor y nata de los generales de Carlos V: Antonio de Leiva, el marqués del

© Biblioteca Nacional de España

Vasto, el duque de Alba, el marqués de Aguilar, el príncipe de Salerno.

Este ejército debía invadir el mediodía de Francia, mientras D. Fernando, hermano de Carlos V, rey de Romanos, y D.ª María, también hermana suya, gobernadora de Flandes, debían entrar respectivamente por Champagne y Picardía.

A mayor abundamiento presentóse a ofrecer su espada el marqués de Saluces, tránsfuga del francés, como el condestable de Borbón y el almirante Doria.

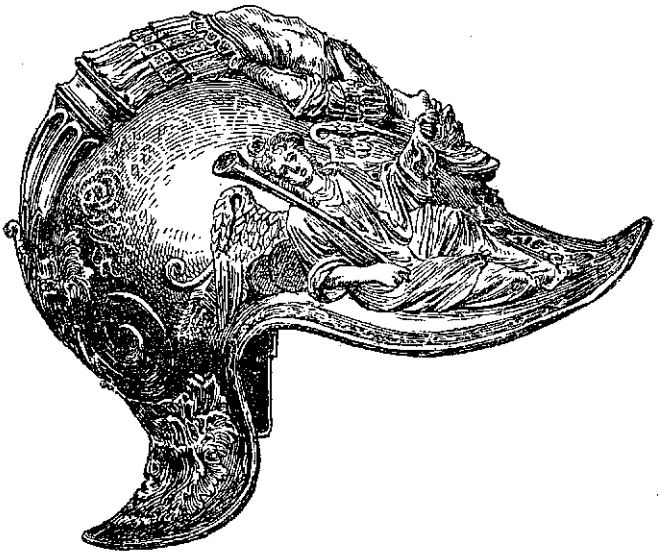
No se mostraba muy entusiasmado con la empresa el marqués del Vasto, pero sí todos los demás. Comenzaron las operaciones por la invasión de Provenza, y como había previsto el marqués resultó un fracaso tremendo.

«Francisco, dice Lavallée, encargó la defensa de Provenza a Montmorency que era su principal ministro y hombre ignorante, altivo y desapiadado. Este concibió el plan de impedir la entrada al enemigo, arruinando tan completamente el país, que los imperiales no hallasen abrigo ni alimento alguno. Recorrieron Provenza por orden suya bandas de soldados, destruyendo no sólo las aldeas, sino las ciudades no fortificadas con sus molinos, casas de campo, pozos y víveres de todo género. Fueron demolidas y abandonadas por sus habitantes las ciudades de Tolón, Antibes, Braguignan y Aix, que hubieran podido ponerse en estado de defensa en menos de quince días. No quedaron con guarnición más que Marsella y Arles. Provenza parecía un desierto cubierto de escombros; los habitantes se refugiaron en las montañas y los bosques, gran número de ellos murieron de miseria, y quedaron arruinados más de seiscientos mil. Nunca se habían empleado medios de defensa tan bárbaros, y no obstante Montmorency se alabó de ello como de un acto de gran capitán.

»Los imperiales llegaron a esta vasta soledad donde

© Biblioteca Nacional de España

aún hallaron algunos recursos. Doria desembarcó en Tolón y trajo víveres, pero nada de esto era suficiente. El Emperador hizo una tentativa inútil contra Marsella, se apoderó de Arles, donde quiso hacerse coronar rey de Provenza, pero habían abandonado la ciudad la nobleza, el clero y el parlamento. Atacó la disentería a los soldados, de los que murieron o enfermaron



Casco del Emperador Carlos V

veinte mil, reunióse en Avignon un ejército francés, y el Emperador se vió obligado a retirarse. En vano los franceses ardían en deseos de arrojarse en su persecución, pues Montmorency les obligó a permanecer en el campamento. Carlos repasó el Var, sin ser inquietado, pero con un ejército descalabrado, que dejaba el camino cubierto de cadáveres y rezagados. Luego que llegó a Génova (25 de septiembre)se embarcó para España.»

© Biblioteca Nacional de España

En esta campaña falleció de una pedrada lanzada desde la torre de Muey, al abandonar a Provenza, nuestro gran poeta Garcilaso de la Vega.

La invasión por Picardía llegó muy adelante, pero la de Champagne no llegó a verificarse. Por fin, la reina

Rodela repujada y damasquinada del Emperador Carlos V

Leonor, esposa de Francisco I, y la infanta D.ª María, gobernadora de Flandes, hermanas, consiguieron con el apoyo del papa Paulo III ajustar la *tregua de Niza*, por diez años (1538).

A fin de confirmar esta tregua viéronse los dos rivales en *Ayguesmortes*, prodigándose las mayores mues-

© Biblioteca Nacional de España

tras de afecto, aunque resuelto cada uno a volver a empuñar las armas cuanto antes.

Los impuestos.

Desde el principio de su vastísimo imperio, obligado a tantos dispendios para atender a todo, hubo de encontrarse el Emperador con que no tenía nunca bastante dinero, circunstancia que fué la causa determinante de muchas de sus acciones. La cuestión financiera ejerció inmensa influencia en la política de Carlos V.

Dábase el caso de que lo mismo en unos Estados que en otros, igual en Flandes que en Aragón y en Alemania y en Sicilia, el patrimonio real había llegado muy a menos. Por más que los Reyes Católicos hubiesen procedido con la mayor energía contra la nobleza absorbente y codiciosa, no habían podido recobrar gran cosa de las enormes donaciones hechas por los antiguos reyes y, sobre todo, por los Trastamaras, y aun así, repitiéronse las mercedes con motivo de las disensiones entre Felipe I *el Hermoso* y su suegro D. Fernando, necesitados de atraerse a los grandes a sus respectivos partidos.

Dejando para otro capítulo el estudio de los impuestos españoles, en particular, diremos ahora que por muchas que fueran las gabelas con que se suplía la insuficiencia de las rentas reales, y por cuantiosos, relativamente, los *quintos* de América, no bastaban para atender a todos los gastos, y de ahí los continuos aumentos de contribuciones, de los cuales era víctima principalmente Castilla, que después de prodigar su sangre se veía obligada a dar su oro.

En cambio Aragón, Cataluña y, sobre todo, Sicilia pagaban poco.

También contribuían poco los Países Bajos; apenas si se cobraban 200.000 ducados de la aduana de Amberes, pero establecido un impuesto sobre el vino y la cerveza se elevaron los ingresos hasta 1.250.000 du-

© Biblioteca Nacional de España

cados. En suma, no pasaban de cuatro millones de ducados las rentas ordinarias anuales de todo el imperio, incluso los *quintos* que, en los primeros tiempos, no representaban ni de mucho ninguna fabulosa suma, sino otra asaz modesta: de 100.000 a 400.000 ducados (en tiempo de Carlos V).

A falta de poder sacar más dinero a los castellanos que ya no podían más, ni a los alemanes, que estaban muy pobres, apeló Carlos V a los opulentos flamencos, que con el producto de sus manufacturas de paños, de seda, de mantelería, de alfombras, su ganadería; su industria de salazones (Holanda), su cerámica, su comercio puede decirse que nadaban en oro. Aquellos burgueses de Gante, Brujas, Bruselas, Lieja, Iprés y, sobre todo, Amberes humillaban con su opulencia a los mismos grandes de España.

En su grandísimo aprieto por falta de fondos, con motivo de sus querellas con turcos y franceses, nunca aquietadas, pensó sacarles más dinero a sus paisanos (pues siempre fué más flamenco que español), y les pidió un fuerte subsidio para hacer frente a los gastos pendientes de la reciente guerra con Francisco I de Francia, terminada con la tregua de Niza (1538).

Insurrección de Gante.

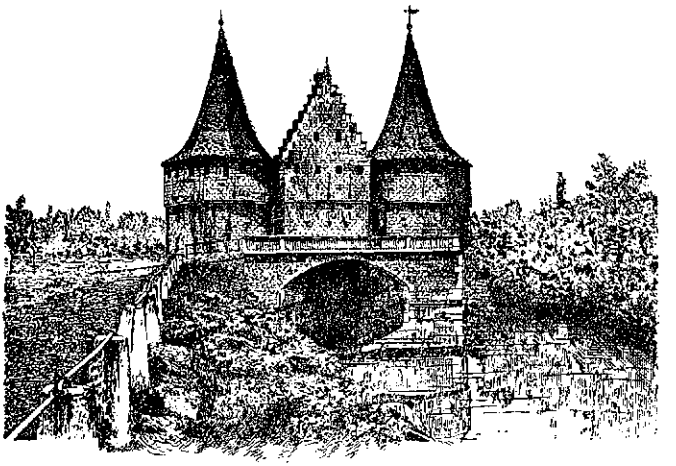
Los Estados o Cortes de las provincias flamencas votaron el subsidio que pedía Carlos V, siendo aprobado por el Consejo Supremo de Malinas, pero los ganteses, los compatriotas de D. Carlos, se negaron en redondo a abrir la bolsa, diciendo que nada tenían que ver con los negocios particulares del Emperador. Montó éste en cólera y prometió hacer un escarmiento terrible, mas no por eso se amilanaron los ganteses, antes bien, llevando hasta el extremo la rebeldía, despacharon emisarios a Francisco I de Francia brindándole con la soberanía de las provincias flamencas.

Era cuando a consecuencia de la entrevista de Ay-

© Biblioteca Nacional de España

guesmortes estaban a partir un piñón los dos cuñados. Francisco, con discutible caballerosidad, le entregó las cartas que le habían enviado los flamencos, y furioso el César hispanoalemán salió de Madrid en noviembre (1539) resuelto a hacer una que fuese sonada.

Dirigióse, pues, a Flandes, por París, donde Francisco I le dispensó fastuoso recibimiento, y le llevó del brazo a visitar las tumbas reales de la iglesia de



Puerta de Gante

San Dionisio (profanadas y devastadas en tiempo de la Revolución), y entró en su ciudad natal (*Gent*) el 24 de febrero de 1540.

El proceder del Emperador no fué a la verdad muy caballeresco, ni siquiera decente.

«Disimuló el César sus propósitos durante un mes, y cuando menos lo esperaban los ganteses mandó ajusticiar a 26 principales ciudadanos, desterró a muchos, anuló las antiguas libertades, privó de oficio a

© Biblioteca Nacional de España

los magistrados y regidores, confiscó los bienes de los gremios y corporaciones, exigió el subsidio pedido con el aumento de 150.000 florines e impuso una contribución anual y perpetua de 6.000 (abril y mayo de 1540).

»Hizo más todavía: se acordó de la famosa campana, a cuyo tañido se reunían los ciudadanos en asamblea y deliberaban acerca de la cosa pública, y mandó derribarla de su altura. «No extremó más el rigor, añade un escritor, recordando acaso que había nacido en Gante.»

A eso conducía la política personal de Carlos V; había ahogado las libertades de Castilla, Valencia y Mallorca, y sofocaba ahora con terribles suplicios la negativa de los flamencos a darle dinero para satisfacer sus reales caprichos y sus puntillos con el francés. El Emperador no atendía para nada al bien de sus pueblos, sino a sus particulares miras, como si los países sobre que reinaba debiesen obedecerle como esclavos.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

LA EXPEDICIÓN A ARGEL

EL DESASTRE DE ARGEL. — CUARTA GUERRA CON FRANCIA. — LA GRAN DERROTA DE CERISOLA. — INVASIÓN DE FRANCIA POR CARLOS V.

(1541 - 1547)

El desastre de Argel.

Siempre inquieto y movedizo el Emperador, aprovechando el respiro de la tregua de Niza y satisfecho su anhelo de castigar a los ganteses, decidió llevar de nuevo sus armas a África.

Había habido algún tiempo de calma con la terrible derrota inferida a Barbarroja, pero no duró mucho, pues feudatario Kereddin del Sultán de Constantinopla, proporcionóle éste nuevas escuadras con que perseguir a las naves cristianas y devastar las costas, con preferencia ahora las de Italia, y las islas de los venecianos en el archipiélago griego.

Contrapesaba al terrible Barbarroja el insigne almirante Andrés Doria, el cual, puesto al frente de una poderosa escuadra atacó a los turcos en el golfo de Arta, en la Albania, y les arrebató la plaza de Castelnovo, pero como acudiese luego Barbarroja con una

© Biblioteca Nacional de España

poderosa armada, trabóse furiosa batalla cerca de Prevesa, en el promontorio de Accio, y fueron los nuestros desbaratados, logrando a duras penas salvarse de caer en poder del terrible corsario (1538).

Con eso resultaron vanos los grandes aprestos que se habían hecho; al año siguiente volvía a caer Castelnovo en poder de los mahometanos, con grande estrago de los soldados españoles que habían quedado allí de guarnición, al mismo tiempo que los venecianos, desalentados ante la pujanza de las naves turco-berberiscas, concluían una tregua con Solimán el Magnífico.

No podía avenirse Andrés Doria a la derrota que le infligiera Barbarroja en Accio, y por lo mismo no cesó de instar a Carlos V para que de nuevo se organizara una formidable expedición contra el tirano de África.

A la sazón, contábamos con la alianza del rey de Túnez, Muley Hassán, que restablecido en el trono había dado libertad a todos los cristianos que yacían allí cautivos y entregado los puertos al Emperador; eran nuestros Orán y Bugia, y por lo tanto cabía contar con buenas bases de operaciones.

Los preparativos fueron largos. Árbitro de Europa Carlos V, llamó a los marinos de España e Italia; enviáronle sus mejores galeras Nápoles, Génova y Venecia; por orden del Emperador fuéronse reuniendo en Cerdeña, a la sazón nuestra, veinte mil peones y dos mil caballos, españoles, italianos y alemanes; tropas aguerridas y escogidísimas todas ellas (verano de 1541).

Entre los caballeros que habían acudido para acompañar al Emperador, bajo cuyo mando debía emprenderse la expedición, se hallaban el insigne marqués del Valle de Oajaca, D. Fernando Cortés, conquistador de Méjico, con sus tres hijos; D. Pedro de Toledo, Fernando Gonzaga, el marqués de Spinola, Colonna

© Biblioteca Nacional de España

y el joven duque de Alba, hijo de aquel D. García de Toledo, que tan desastradamente pereciera en la isla de los Gelbes.

Habíanse incorporado además a la expedición cien caballeros de San Juan de Malta, mil soldados de la Orden, y, cosa singular, gran número de damas españolas que querían acompañar a los paladines de la cristiandad en aquella nueva cruzada, cual si sintieran hervir en sus venas el odio inextinguible al aborrecido moro.

Corría otoño y el tiempo se mostraba desfavorable por demás para emprender la navegación. El Pontífice Paulo IV procuró convencer al Emperador de que demorase la salida, pero Carlos V se mantuvo inflexible en su resolución, por tener a punto de honra llevar adelante la conquista de Argel, que tal era el objetivo de la guerra.

Contaba además el Emperador con el entusiasmo de cuantos se habían ido reuniendo antes no se enfriara su ardor; los soldados lo preferían todo a que se les enviase a pelear contra Solimán en Hungría, pues ir allá equivalía a perecer de hambre por lo devastado del país; en cambio, el botín había de ser espléndido en África, sabidas las riquezas que habían ido acumulando Barbarroja y sus piratas.

El recuerdo de la gloriosa toma de la Goleta y Túnez era para estimular todas las esperanzas; la idea de que se iba a pelear contra los enemigos de la fe cristiana, enardecía los corazones. Allí estaba Hernán Cortés, soñando con nuevas conquistas y causando la admiración, cuando no la envidia, de todos con la riquísima pedrería que lucía en su armadura.

Promediaba octubre cuando el ejército expedicionario se embarcaba en doscientos buques de guerra, trescientas naves de transporte y sesenta galeras, a pesar de que Andrés Doria manifestaba la inoportu-

© Biblioteca Nacional de España

nidad de hacerlo en aquellos momentos y recomendaba se esperase a que mejorase el tiempo, nada propicio a la navegación. No quiso Carlos V escucharle, y la escuadra zarpó, flotando orgullosamente en los topes las banderas del emperador.

Tuvo efecto el desembarco en la bahía de Temendfust, pero no tardó en alborotarse el tiempo y fueron tan recios los temporales que los campamentos quedaron anegados, siendo imposible la permanencia en ellos. Todo era desolación y nada se podía contra la desatada furia de los elementos. Aquel magnífico ejército veíase privado de combatir, harto ocupado en buscar donde ampararse de la lluvia torrencial que sin cesar caía, convirtiendo en un lago el litoral.

No podía ser más crítica la situación de los españoles. En cincuenta años que llevaba de navegación no había visto el almirante Doria tempestad igual. Gran parte de la escuadra había quedado completamente destruída y el resto sufrido gravísimas averías. Como la galera en que iba Hernán Cortés se fuese a pique, echóse al agua, para ganar a nado la orilla, el conquistador de Méjico, y como se ciñese una toalla en la que iban envueltas muchas joyas, se le cayeron de ella dos vasos de esmeralda que estaban evaluados en 300.000 ducados.

Aprovechándose Barbarroja del mísero estado en que se encontraba el ejército cristiano lanzó contra él grandes masas de berberiscos para arrojarlo al mar. ¡Dolorosa situación la del más poderoso príncipe del mundo al verse hostigado, sin poder siquiera hacerle frente, por un miserable aventurero, un pirata salido de un tejar de Lesbos y engrandecido por sus depredaciones y la protección del Sultán de Turquía! El enemigo se lanzaba sobre las maltrechas tropas, que no podían embarcarse por la dispersión y ruina de la escuadra; el terreno se hallaba intransitable, conver-

© Biblioteca Nacional de España

tido en un lodazal inmenso; no había recursos de ninguna clase; ni posibilidad de recibir subsistencias.

Hallábase Carlos V completamente incomunicado. Emprendió entonces la marcha a lo largo de la costa, mientras el ejército desbandado, andaba a la deshilada. Solo, a pie, llevando de la rienda a su caballo, con el enemigo siempre al alcance, tardó tres días en recorrer un espacio de solamente tres leguas, hacia Bugia.

Poco a poco fuéronse reuniendo allí los buques que habían podido salvarse del naufragio; las tropas habían quedado diezmadas por el hambre y la fatiga; eran en gran número los enfermos. El Emperador se embarcó con los restos de su brillante ejército para regresar a España, pero apenas comenzada la navegación una nueva tempestad dispersó la flota. Gracias a que en una mala galera logró arribar por fin a Cartagena, mientras los demás barcos, juguetes del temporal, se refugiaban en el primer puerto que encontraban y otros no paraban hasta Italia.

Terrible fué aquel desastre, que permitió a Kairreddin ejercer, ya sin contraste alguno, la plena dominación de nuestro mar. A tanto llegó su audacia y tanto creció su poderío que al poco tiempo (1543) atacaba e incendiaba la ciudad de Reggio, en la costa napolitana del estrecho de Messina. Como era aliado de Francisco I, mandó éste se le reuniese una escuadra al mando del príncipe Anguiano, y este cristiano, y Barbarroja, el coronado pirata berberisco, tomaron a Niza, aunque no pudieron hacerse dueños del castillo, que tuvieron sitiado por largo tiempo hasta que se vieron obligados a levantar el cerco a la noticia de que Doria iba a partir contra ellos al frente de su escuadra, y fueron a refugiarse en el puerto de Tolón, donde invernaron el francés y el berberisco.

De nuevo volvió Barbarroja a sus correrías por la

© Biblioteca Nacional de España

costa de Nápoles (1544); saqueó la isla de Lipari, tomó la ciudad de este nombre, arrasó luego las costas de Sicilia, saqueó e incendió la ciudad de Pati y regresó a sus guaridas de Africa con millares de infelices cautivos italianos.

No había poder que pudiese poner coto a las terribles depredaciones y a las brutales *razzias* de Kaireddin.

Vióse por fin libre la cristiandad de aquel azote, que falleció en 1546, pero no faltó quien le reemplazara en las piráticas empresas contra las riberas del Mediterráneo. Fué éste el no menos famoso *Dragut*, alteración de «Torgud Reis», gobernador de Mentesche, el cual, puesto al frente de una escuadra berberisca, comenzó de nuevo a sembrar el terror en todo el litoral.

No podía el Emperador atender a aquella guerra, asaz ocupado en los negocios de Alemania, donde levantados los protestantes, eran derrotados por Carlos V en Muhlberg (1547) y, cosa singular, el que quedaba como jefe del partido católico, recibía, hallándose en Augsburgo, a aquel desgraciado rey de Túnez, su tributario, a quien un desnaturalizado hijo había arrojado del trono, después de hacerle sacar los ojos, usurpándole la realeza.

Era África a la sazón un trasunto de lo que siglos después habían de ser en sus comienzos las repúblicas hispano-americanas, cuando imperaba en ellas el caudillaje en vez de los prósperos gobiernos por que hoy en día se rigen en su mayoría. Acabamos de decir que Muley Hassán había sido arrojado del trono por un su hijo; poco después, un audaz berberisco, hijo de un mercader y antiguo maestro de escuela, dándose por Mahadí o Mesías, logró concitar el ánimo de los fanáticos y con extraordinaria habilidad despojó de sus reinos a los reyes de Marruecos y Fez, y al reye-

© Biblioteca Nacional de España

zuelo de Vélez de la Gomera. Presentóse éste a Carlos V para que le amparase, pero sin duda estaba el Emperador asaz escarmentado por los fatales resultados de la expedición contra Argel y así le despidió con buenas palabras, sin echar de ver que con ello se sembraban los gérmenes para una larga y perniciosa guerra en África.

No había que perder de vista, en efecto, que teníamos enfrente un enemigo pronto siempre no solamente a asolar las costas del mediodía y de levante, sino dispuesto a auxiliar toda tentativa de rebelión por parte de los moriscos de Granada.

La empresa era tanto más necesaria en cuanto los berberiscos constituían, juntamente con los turcos, un importantísimo auxilio para Francia contra nosotros. Por raro que parezca, en efecto, el rey Cristianísimo, ahora Enrique II, seguía siendo íntimo aliado de aquellos enemigos de nuestra religión, y así se pudo dar el caso de que al mover guerra contra el Emperador por la parte de Flandes y el estado de Milán apelase al concurso de Turquía para que atacase por mar las ciudades del litoral de Sicilia. Aceptó Solimán II muy enhorabuena la proposición y su escuadra se enseñoreó de la ciudad y castillo de Augusta, cerca de Catania (1551); dirigióse luego la armada otomana a Malta, pero no siendo fácil hacerse dueña de ella, por lo bien fortificada, se apoderó de Trípoli, conquistada por el esfuerzo de los soldados españoles al mando del conde Pedro Navarro, y a cargo después de los caballeros de la orden de San Juan, cuando fueron arrojados de la isla de Rodas.

La plaza no fué tomada, sin embargo, por las armas, sino por una indigna traición de dos caballeros franceses; los únicos que hicieron resistencia fueron cuatrocientos caballeros de Malta españoles, todos los cuales, en castigo de su lealtad, fueron pasados a cu-

© Biblioteca Nacional de España

chillo por los otomanos. «La voz, dice Mariana, era que querían vengar los turcos la toma de la ciudad de África; lo cierto es que *a persuasión* del rey de Francia, los turcos bajaron y tomaron aquella empresa, cuyos embajadores (*esto es, los embajadores de Enrique II*) andaban en la misma armada.»

Era evidente que el Gran Señor constituía un auxiliar inapreciable para Francia contra nosotros. Enrique II, o el que dirigiera la política exterior de la nación vecina, logró sobornar al príncipe de Salerno y éste se entendió con Solimán II para que enviara contra Nápoles una poderosa escuadra, que zarpó de Constantinopla al mando de Rusten Bajá. Afortunadamente pudo descubrirse la traición, y el de Salerno logró escapar a Venecia. No encontrando Rusten Bajá las facilidades que esperaba para apoderarse de Nápoles, que este era el plan, dió la vuelta, y como encontrara en aguas de la isla de Ponza la escuadra de Doria, atacóle a éste y le venció, ganándole siete galeras.

Continuó el príncipe de Salerno en sus trabajos cerca de Solimán II para que atacara a Nápoles y Sicilia, y de nuevo se aprestó una nueva escuadra contra aquellas provincias de la corona española. Otra vez se presentó Rusten Bajá, con Dragut, frente a Nápoles, pero al ver que la plaza se apresuraba a defenderse, pasó de largo, y para sacar algún provecho atacó a Bastia, en Córcega, que pertenecía a la sazón a Génova, y se apoderó de gran parte de la isla.

Cuarta guerra con Francia.

El odio terrible entre alemanes y franceses de que somos testigos en la horrorosa guerra que estamos presenciando, se pudo ver, con parecidas circunstancias, en 1543.

So pretexto del asesinato de unos tránsfugas españoles (como en 1914 el del archiduque Fernando) en Lombardía, de paso para Venecia, empeñóse Fran-

© Biblioteca Nacional de España

cisco I en atribuir la instigación a nuestro marqués del Vasto, gobernador de Milán, y aun al mismo Emperador, que procuró dar todo género de excusas, pues era cuando se disponía a realizar su expedición contra Argel.

No cesó por eso el francés en sus preparativos de guerra, sino que sin respeto a la obra civilizadora que estaba llevando a cabo Carlos V, se alió con los reyes protestantes de Dinamarca y Suecia y con el duque de Cleves, que pretendía ser suyo el ducado de Gueldres y así, en cuanto tuvo que regresar maltrecho el Emperador de su desastre de Argel, se apresuró el francés a declararle la guerra. Francisco I lanzó cinco ejércitos contra los Estados de Carlos V, pero nada adelantó con ello. Entonces buscó el francés la alianza de Solimán II, el turco, y Carlos V obtuvo la de Enrique VIII de Inglaterra, el anglicano, conviniendo con el Emperador en atacar ambos simultáneamente a París, sin detenerse a sitiar ninguna fortaleza.

Digamos entre paréntesis que el motivo de la alianza anglo-española fué el siguiente: el soberano británico, después de haber asegurado su despotismo en los reinos de Inglaterra e Irlanda, pretendía imponer sus opiniones religiosas en Escocia, y obligar a su rey, Jacobo V, a que rompiese su alianza con la católica Francia, por lo cual, como aquél se negara, le declaró la guerra. Vencido Jacobo V no tardó en morir de melancolía y legó la corona a su hija María Estuardo, bajo la tutela de la reina madre María de Guisa (diciembre de 1542). Enrique VIII exigió entonces que la joven reinecita casara con su hijo Eduardo, pero la regente se negó y pidió auxilio a Francisco I, lo cual hizo que el rey de Inglaterra se uniera con Carlos V.

«Francisco I, dice Lavallée, estaba lleno de temor al verse rodeado de enemigos, y conociendo que su

© Biblioteca Nacional de España

alianza con los turcos le había sido más perjudicial que ventajosa. Hallábase agotada su hacienda, era preciso crear sin cesar cargos de judicatura y enajenar los dominios reales para atender al pago de las tropas, que ascendía todos los años a 9.000.000 de libras; y todo esto se hacía sin autorización de los Estados Generales, que no fueron reunidos hasta 1560 desde 1506, «porque dió el ejemplo el monarca de ordenar las contribuciones por su absoluta autoridad real, sin alegar más razones que la de *tal es nuestro gusto* y voluntad».

Era grave la situación, como se ve, y el Emperador, después de dejar encargada la gobernación de España a su hijo mayor el príncipe D. Felipe (después Felipe II), a quien dió largas, minuciosas y admirables instrucciones, se embarcó en Barcelona, a fines de junio (1543), en la escuadra de Andrés Doria, con rumbo a Génova.

Después de haber permanecido algún tiempo en dicha ciudad, salió para Alemania, donde tenía que castigar duramente al duque de Cleves. Llegado a Spira se le presentó una comisión pidiendo indulgencia para aquél, pero el Emperador despidió colérico a los intercesores e invadiendo el estado de Cleves hizo en él tal estrago que todos se apresuraron a pedir perdón. Pidiólo también el duque, y esta vez Carlos V, aplacado el enojo con el terrible escarmiento inferido, le recibió en su gracia, y aun para demostrarle su sincera amistad le concedió la mano de su sobrina la princesa María, hija de su hermano el rey Fernando.

Los españoles invadieron entonces a Francia y pusieron sitio a Landrecies, pero se vieron obligados a levantarlo luego tanto por la heroica defensa de Sancerre y Lalande, como para acudir en socorro de Hungría, invadida por los turcos, mientras Barbarroja devastaba las costas italianas.

Llegó la invernada, y antes de reanudarse las opera-

© Biblioteca Nacional de España

ciones concertáronse el Emperador y Enrique VIII para ver de separar éste de la alianza francesa al rey de Dinamarca y atraer a la causa imperial a los protestantes de la Dieta de Spira, como así lo consiguió, ofreciéndole un ejército de 28.000 lansquenetes.

La derrota de Cerisola.

Francisco I se apresuró a ponerse a la defensiva, pues no había recibido aún los esperados socorros del Gran Turco y envió al Piamonte al conde de Enghien, hermano segundo de Antonio de Borbón, duque de Vendôme, que puso sitio a Cariñan. El marqués del Vasto pretendió ahora cortar las comunicaciones de los franceses con los Alpes e invadir a Francia por aquella frontera. Contaba para ello con un magnífico ejército, superior en número al de Enghien, que sólo tenía 20.000 hombres, pero mientras maniobraba como hemos dicho fué atacado por aquél en Cerisola, con tal ímpetu, por parte de la caballería, que fué completamente derrotado, con 12.000 muertos y pérdida de la artillería y los bagajes por nuestra parte, a pesar de haberse batido admirablemente la infantería. La rota fué tanto más deplorable en cuanto el marqués del Vasto, o *Duguasí*, dejó abandonadas a sus tropas, huyendo a uña de caballo.

El conde de Enghien tomó a Cariñan y firmó luego una tregua de seis meses.

Invasión de Francia por Carlos V.

Entretanto ocurría esto en el Norte de Italia, siempre empeñados los franceses en el recobro del ducado de Milán, el Emperador salía de Spira y amenazaba, como hicieron después los alemanes en 1870 y 1914, las provincias de Champagne y Picardía. Francisco I ordenó a Enghien que dejara el Piamonte y acudiera en defensa de Francia, con 12.000 hombres.

Carlos V, como los alemanes en julio de 1914, llegó al Luxemburgo al frente de 40.000 hombres, entró

© Biblioteca Nacional de España

en la Champagne y sitió a Saint Didier (julio de 1544).

«Estaba muy mal fortificada esta ciudad, dice Lavallée, y sólo contaba con dos mil hombres de guarnición, pero tenía por comandantes a Sancerre y Lalande, que en el año anterior defendieran tan heroicamente a Landrecies; y después de resistirse un mes capituló honrosamente. Este sitio dió tiempo al delfín para reunir un ejército, fortificar otras ciudades y acosar y privar de víveres a los imperiales. Al proseguir Carlos su marcha hacia París, halló un país asolado, ciudades bien defendidas y ríos custodiados; sus soldados perecían de hambre, y estaba muy comprometida su retirada. No obstante, se apoderó de Epernai y Chateau-Thierry (a *dos leguas de París*), donde encontró víveres en abundancia, hizo retroceder al delfín hasta Meaux, y sembró la alarma en París. Francisco estaba desesperado al ver tantos infortunios. «¡Oh Dios!, exclamó, qué cara me haces pagar esta corona que creía haber recibido como un don de tus manos!»

»Entretanto Enrique VIII desembarcaba en Calais, pero se enojó al ver que el Emperador, faltando a su convenio, se detenía a sitiar a Saint-Didier, y puso también sitio a Boloña. La discordia se mezcló entre los dos aliados y acabó por enemistarlos. Carlos veía su ejército reducido a una mitad; que el de los franceses se aumentaba sin cesar; cortada su retirada; a su aliado de Inglaterra dispuesto a ser su enemigo; y además era necesaria su presencia en Alemania, como frecuentemente sucedía, por la aproximación de los turcos y la renovación de la liga luterana.»

Esto hizo que Carlos V aceptase propicio la paz que le ofrecía el rey de Francia y quedó firmada en Crespy, el 18 de septiembre de 1544. Según los artículos de este tratado, Francisco I renunciaba a todos sus derechos sobre Nápoles y Sicilia, y a los protectorados

© Biblioteca Nacional de España

de Flandes, Artois y otros estados; se devolvería todo lo conquistado desde la tregua de Niza; se unirían el emperador y el rey para hacer la guerra al turco y el segundo se obligaría a no prestar más apoyo a las pretensiones de Juan de Labrit, el destronado rey de Navarra.

Digamos ahora que no por eso se podía dar por terminada la contienda, e iba a pasar con la paz de Crespy lo mismo que con la tregua de Niza; de pronto falleció Francisco I, en el momento en que negociaba de nuevo la alianza con el turco (1547).

Libre de los sempiternos cuidados por la rivalidad con Francia, el Emperador pudo dedicarse por entero a su lucha con los protestantes, cada día más poderosos y envalentonados.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

LA REFORMA

LUTERO. — DIETA DE WORMS. — DIETA DE NUREMBERG. — GUERRA DE LOS CAMPESINOS. — REBELIÓN DE MUNZER. — DIETA DE SPIRA. — LA CONFESIÓN DE AUGSBURGO. — LA LIGA DE ESMALCALDA. — LA PAZ DE NUREMBERG.

(1517 - 1530)

Lutero. Los múltiples asuntos que han solicitado nuestra atención durante el reinado de Carlos V; los principios de su reinado en España, la guerra de las Comunidades y las Germanias; sus repetidas contiendas con Francia, por el dominio de Italia, las conquistas de América, han sido motivo a que hayamos creído oportuno dejar para más adelante la parte relativa a la Reforma, en la cual tan importante papel hubimos de desempeñar, convertida España en paladín del catolicismo.

No nos extenderemos en la exposición de los antecedentes de aquella trascendental revolución religiosa, pues se trata de hechos mejor pertenecientes a la Historia Universal, por lo cual nos limitaremos a un ligero resumen.

Corría el año 1517, cuando un fraile agustino llamado Martín Lutero, por rivalidades de su orden con la de

© Biblioteca Nacional de España

los dominicos comenzaba a sembrar los gérmenes de la herejía.

Había nacido fray Martín en 1483; su padre era un pobre minero y su madre no paraba de trabajar en los quehaceres de la casa; el niño asistía a la escuela, y como sus padres desearan que siguiese la carrera de jurisprudencia, lo enviaron primero a Magdeburgo y después a Eisenach (1498) donde, como nuestros escolares de Salamanca, se ganaba miserablemente la vida en compañía de otros alumnos, cantando himnos religiosos por las calles.

Martín Lutero

Una señora de Eisenach, que adivinó la excepcional inteligencia del joven Martín le costeó los estudios en la universidad de Erfurth, y una vez licenciado en artes y a punto de comenzar la jurisprudencia hubo de variar de propósito por la emoción que experimentó al ver caer muerto de un rayo al compañero con quien paseaba por un bosque, sorprendidos por la tempestad.

Gran disgusto experimentó el padre de Martín al ver convertido a su hijo en fraile en vez de llegar a ser un ilustre jurisconsulto, pero no puede decirse que le fuera mal a fray Martín, ya que en breve tiempo fué catedrático de la flamante universidad de Wittenberg, profesor en Erfurth, vice-prior del convento de la primera de estas dos ciudades y vicario del distrito de Turingia, habiendo hecho en este intervalo (1511) un viaje a Roma donde sólo permaneció quince días, durante los cuales pudo hacerse cargo de toda la grandeza y libertinaje de la corte de Julio II, resumiendo

© Biblioteca Nacional de España

su impresión en esta frase: «Roma sólo quiere oro viejo, mujer joven y misa corta.»

Era Lutero un verdadero tudesco, por lo rudo y violento. No corrían bien las órdenes de San Agustín y Santo Domingo, y quiso la fatalidad que ahora más que nunca tomasen cuerpo las diferencias.

Necesitando Julio II allegar fondos para las obras de la Basílica de San Pedro, imaginó publicar una Bula de indulgencias cuya venta encomendó a los dominicos, de lo cual se resintieron no poco los agustinos. Renovó el Breve León X; Lutero, con su irrefrenable impulsividad se lanzó a predicar contra las indulgencias, y como las cosas caen siempre del lado a que se inclinan, no fué nada extraño que se metiera luego con los dogmas de la fe. Saliéronle al paso los dominicos y hubo de entablarse con este motivo una furiosa polémica, con toda la grosería de lenguaje propia de los sabios de aquel siglo, sin que a todo ello León X demostrase hacer el menor caso de semejante «querella de alemanes».

En su ardor contra las indulgencias publicó el iracundo teólogo una lista de 95 tesis contra las indulgencias, que hizo fijar en la puerta de una iglesia de Wittenberg y de las cuales remitió copia a varios prelados, aunque manifestando que se sometería al fallo del Papa. Nadie pareció alarmarse, aunque Lutero declaraba ya que no temía se le tuviese por hereje por más que él no creyese serlo, y atreviéndose cada vez más, del ataque contra las indulgencias inútiles, según él, sin la debida contrición, pasó a sostener que la única regla de fe era la Biblia, libremente interpretada, negó la eficacia de los sacramentos, abominó de los votos monásticos, se burló de la existencia del Purgatorio y se revolvió contra el poder temporal del Pontificado.

Nadie le iba a la mano, sin embargo. El emperador Maximiliano y el elector Federico de Sajonia creyendo

© Biblioteca Nacional de España

que sólo se trataba de disputas entre frailes, no tomaron ninguna disposición contra el nuevo hereje, más peligroso aún que el wicklefita Juan Huss, quemado dos años antes en Constanza por orden del Concilio.

Tiempo hacía que se venía trabajando sordamente contra el clero católico, o mejor dicho, contra el catolicismo, y en este concepto produjo grande efecto la sátira mordacísima de Erasmo de Rotterdam *Elogio de la locura,* en la cual si no se ataca el dogma se llena de lodo al sacerdocio, lo cual no impedía que fuese celebradísima por León X. No le faltaron con todo terribles impugnadores que le pusieron de vuelta y media, especialmente nuestros teólogos de Alcalá, López Stúñiga y Carranza. No fué ciertamente Erasmo protestante, y murió siendo cura católico, como siempre, pero con muy buen acuerdo le cuentan los protestantes entre los precursores de la Reforma.

Ello es que las doctrinas de Lutero hubieron de gustar mucho en Alemania, pues abrían la perspectiva de una magna expoliación de los bienes de la Iglesia a beneficio de los nobles y los burgueses y sentaban las premisas de una tremenda revolución social, de manera que todos encontrarían que ganar, a lo cual hay que añadir el apoyo de algunas eminentes personalidades como el humanista Reuchlin, el caballero Ulrico de Stutten, Alberto Durero, el Rafael alemán, además de los sabios de Nuremberg y del claustro entero de la Universidad de Wittenberg, en el cual sobresalía el famoso Felipe Schwarztz (*Felipe Melanchton, Tierra negra*).

Por fin, aunque ya demasiado tarde, comprendió León X la gravedad de la situación y emplazó a Lutero ante el tribunal de su nuncio en Ausburgo, esperando que se retractaría de sus errores, pero en manera alguna fué así.

Fray Martín, cada vez más soberbio, salió de Augs-

© Biblioteca Nacional de España

burgo, para continuar su terrible propaganda, y cuando más necesaria se hacía la intervención del emperador Maximiliano, falleció éste (1518), sobreviniendo el interregno necesario para la elección de sucesor. Ya sabemos cómo resultó elegido Carlos V, contra Francisco I, a lo cual añadiremos que esta elección fué debida a la influencia de Federico de Sajonia, que era el candidato designado, y renunció en favor del joven rey de España.

Aquel interregno favoreció grandemente la propaganda de Lutero, hasta que siendo ya intolerable su actitud, lanzó el Papa los rayos de la excomunión contra el rebelde; huyó Lutero de la ciudad y ya en Wittenberg llevó su herética insolencia hasta el extremo de quemar en medio de la plaza el breve de excomunión y los tomos del derecho canónico (10 de diciembre de 1520), todo ello en medio de las más atroces injurias contra el Papa y de los aplausos y vivas de los estudiantes. Ya por entonces había sido coronado Carlos V rey de Romanos en Aquisgrán y hubo de encontrarse, apenas aclamado César, con el único hombre a quien no había de vencer, con un miserable frailucho que había de triunfar de todo su poder, de toda su capacidad política, de todos sus ejércitos y riquezas. Carlos V vencería a los más poderosos reyes, arrebataría libertades a sus pueblos, sometería Estados, dilataría inmensámente sus dominios, pero no lograría vencer al heresiarca; la sombra de Lutero le había de perseguir como un fantasma desde que ciñera la deslum-

Melanchton

© Biblioteca Nacional de España

brante corona imperial en Aquisgrán hasta que exhalara su postrer suspiro en la celda de Yuste. Con él empezaba la lucha que debía durar siglos y acabar con el triunfo de la Reforma.

Cara iba a pagar el joven rey de España su vanidad de querer ser Emperador, que le obligó a abandonar el cuidado de los reinos heredados de su madre para enzarzarse en aventuras que nada nos importaban y fueron nuestra perdición. Porque de aquella funesta ambición imperialista vinieron las guerras de Alemania y surgieron como complicaciones, las de Francia y las de Italia, siendo así que en todo caso nuestra misión estaba en África y América.

Con sus Estados españoles, con los Países Bajos, con Nápoles y Sicilia, con los Estados de Austria y con América tenía bastante Carlos I de Hapsburgo para ser el más poderoso monarca de la cristiandad; con su malhadado imperio se vió obligado a convertirse en mantenedor del catolicismo, para acabar por ser vencido.

Divagan los historiadores acerca de cuándo fué que llegó España a su apogeo y en qué tiempo comenzó la decadencia. Para nosotros, el apogeo fué en los últimos años de Isabel la Católica; la decadencia empezó el día en que Carlos I fué coronado rey de Romanos en Aquisgrán; no hay que esperar a Felipe II. De todas maneras, nuestra *hegemonía*, como dicen hoy, fué asaz efímera.

Dieta de Worms.

Ya en el solio imperial vióse el flamante César asediado a la vez por León X y por los grandes señores alemanes, partidarios de la Reforma. No podía contentar a todos, y sin embargo, de todos necesitaba, por lo cual no se le ocurrió nada mejor que dar largas al asunto convocando a la Dieta germánica en Worms y emplazando a Lutero para que se presentase en ella a dar sus descargos y ver si

© Biblioteca Nacional de España

cedía, — lo cual era no tener idea de quien era Lutero, ni de los enormes intereses materiales que jugaban en aquel movimiento. No era aquella convocatoria un paso hacia la paz de las conciencias, sino el imprudente lanzamiento de una tea incendiaria en un polvorín.

Compareció Lutero en la Dieta de Worms (16 de abril de 1521), provisto de un salvoconducto, y sabiendo bien que tenía de su parte a los príncipes y nobles; mostróse más arrogante que nunca; negóse a toda retractación y como se creía amenazado de un proceso púsose en salvo bajo la protección de su entusiasta partidario el Elector Federico de Sajonia, que le ofreció como refugio aquel famoso castillo de Wartburgo, ilustrado por la piedad de Santa Isabel reina de Hungría y los famosos concursos de los *Minnesinger* alemanes.

Ya en salvo Lutero, el Emperador declaró a los príncipes presentes en la Dieta que estaba resuelto a extirpar por todos los medios la herejía, por lo cual reclamaba su concurso, y poco después expedía un edicto mandando fuesen presos Lutero y sus sectarios y quemados los libros del apóstata.

Entretanto, y con el pseudónimo de «el caballero Jorge» permanecía Lutero en el castillo inmortalizado por Wagner en *Tannhauser* escribiendo sin cesar; allí tradujo, en alemán, la Biblia y redactó hojas, folletos y libros sin cuento, hasta verse afectado de alucinaciones, como aquella en que por hostigarle tanto el diablo acabó por arrojarle el tintero a la cabeza.

Atacaban a Lutero nuestros teólogos de Salamanca y Alcalá; el rey de Inglaterra, Enrique VIII, el sátiro-pedante, refutaba en un libraco el escandaloso *Cautiverio de Babilonia* del teólogo de Wittenberg, mereciendo por ello de la Santa Sede el título de *Defensor de la Fe*. Muerto León X y elevado a la silla de S. Pedro aquel pobre deán de Lovaina y obispo de Tortosa,

© Biblioteca Nacional de España

Adriano VI, lleno de buenas intenciones, procuró poner coto al libertinaje romano, lo cual le valió el pasquín de que hablamos ya, pero todo era inútil. La Reforma, acogida con entusiasmo por los que ambicionaban apoderarse de los bienes del clero, se extendía rápidamente por Dinamarca y Suecia, y era propagada en Suiza por Zwinglio.

Dieta de Nuremberg.

Aun insistieron el papa, ahora Clemente VII, por el temprano fallecimiento de Adriano, y el Emperador en ver de llegar a una conciliación, convocando una nueva Dieta en Nuremberg (1524) a pesar del mal resultado de la de Ausburgo, presidida por el cardenal Campeggi.

Zwinglio

No había que hacerse ilusiones, sin embargo; el cardenal Aleandro, que había sido legado del Papa en Worms, lo había visto con perfecta claridad:

«Conozco bastante bien la historia de Alemania, había declarado: conozco sus herejías, concilios y cismas, y puedo decir que jamás fué la situación tan grave como ahora, y que comparada con ella fué de violetas y rosas la que causó el cisma entre Enrique IV y Gregorio VII.

»Estos perros rabiosos están bien pertrechados con ciencias y otras armas, y se enorgullecen de no ser ya animales irracionales como sus antepasados; dicen que Italia ha perdido el monopolio de las ciencias y que el Tíber se ha vaciado en el Rhin.»

¿Quién no diría que estas palabras son de ayer?

© Biblioteca Nacional de España

Reunióse la Dieta, en la primavera de 1524, pero resultó completamente inútil, sin poderse conseguir que se llevase a efecto el edicto de Worms contra los luteranos.

Guerra de los campesinos.

Quien siembra vientos recoge tempestades, dice el refrán. Lutero comenzó por atacar a los dominicos; después al dogma; después a la Santa Sede. Predicaba el libre examen. Combatía el principio de autoridad, y ¿a quién no había de gustarle oirle cantar: «Si no te gustan el vino, las mujeres y la música serás un majadero toda la vida»?

Los nobles vieron llegada la ocasión de echarse sobre los bienes de la Iglesia; los destripaterrones la de echarse sobre los señores feudales, el grande apoyo del ex agustino.

Y reapareció el fondo vicklefita de Huss y de Lutero; el comunismo. Estalló la revolución agraria, acaudillada por Karlostadt y Tomás Munzer.

Rebelión de Munzer.

Lutero salió del castillo de Warburgo, dice Lavallée, más áspero y fogoso que antes, predicó contra los obispos, «receptáculo de ignorancia, de desorden y tiranía», pidió la abolición de los monasterios y la confiscación de sus bienes, y publicó su famosa traducción de la Biblia con comentarios, obra maestra de estilo que fijó la lengua alemana y popularizó la Reforma.

»El pueblo comenzó a embeberse en sus teorías y a pasar de la teoría a los hechos, y la libertad religiosa que proclamaba se convirtió en libertad política y social. El mismo Lutero había acarreado esta consecuencia. «Los príncipes, decía, sirven a Dios de lictores y verdugos, y son casi todos los mayores imbéciles o los más malos entre los perversos. El pueblo comienza a comprender y se agita por todos lados con los ojos abiertos. De modo que, nobles señores, gobernad con moderación, porque las naciones no sufrirán mucho

© Biblioteca Nacional de España

tiempo vuestra tiranía. El mundo de hoy no es el antiguo, en que ibais a caza de hombres como si fueran animales bravíos.» Este fué el estilo que usó al escribir a Enrique VIII, que publicó contra él una grande obra,

Guillermo, Duque de Cleves | El Conde Maximiliano de Buren
Landgrave de Hesse

a muchos príncipes de Alemania y al mismo Emperador. Aunque la reforma se puso al principio humildemente bajo la protección de la autoridad civil, para librarse de los papas, se veía arrastrada por sus prin-

© Biblioteca Nacional de España

cipios a atacar esta autoridad, y al ver Lutero las agitaciones de la baja nobleza y del pueblo, exclamaba proféticamente: «Preveo un gran trastorno en los estados. Alemania está amenazada por una guerra cruel o su completa destrucción, y la veo nadar en sangre.»

»Alarmado no obstante de su propia obra y del espíritu de destrucción que por todas partes se despertaba, quiso detener la disolución incipiente, e intentó conservar algunos restos del antiguo edificio organizando una nueva iglesia. ¿Pero cómo podía fundar si su obra sólo se dirigía a destruir? En vano se enojaba contra todo lo que se separaba de su reforma, y era un absurdo que pretendiese ser el único intérprete del Evangelio, cuando su interpretación se había dejado a la razón humana, y que invocase la autoridad para constituir su doctrina, siendo así que él había invocado la libertad para separarse de la Iglesia. Allí existía la dolencia vital de la reforma luterana, que no quería confesar que al salir de la duda, la traía por consecuencia: que se atormentaba a sí misma para no ser invadida por este disolvente de todas las creencias, que se imponía doctrinas y dogmas inflexibles para tener unidad y renovar; pero cuya esencia eran el individualismo, la variación y la división.

»Los discípulos de Lutero llevaban la reforma mucho más lejos de lo que quería su maestro, y eran éstos Zwinglio, el apóstol de Suiza que ponía a Hércules y a Numa en el número de los santos, Bucer, «el gran arquitecto de sutilezas», Carlstadt, el destructor de la Eucaristía y de las imágenes, etc. Ellos llamaban ya a Lutero aliado del papa y Antecristo. Cada uno de estos jefes de secta deploraba la existencia de las demás, y todos se detestaban sin querer hacerse ninguna concesión. Su polémica estaba llena de ultrajes, violencias y furores: todas las prensas de Alemania estaban ocupadas en arrojar folletos, comentarios y diser-

© Biblioteca Nacional de España

taciones de Lutero contra sus adversarios, de sus adversarios contra él y contra ellos mismos, y de los católicos contra todos. Nadie se cuidaba de la elocuencia sino de la acción que ésta había de ejercer. Era la inauguración del poder de la prensa, nueva reina, delante de la cual empezaban a humillarse los príncipes, pero degenerada ya, insultante y venal. «Jamás se había visto nada tan licencioso y sedicioso al mismo tiempo, exclamaba Erasmo. Se pega fuego al edificio para consumir las inmundicias. El pueblo arroja el yugo de los superiores y no quiere creer a nadie.» Melanchton, el más suave y pacífico de los discípulos de Lutero, se consideraba «en medio de estos demagogos, como Daniel en la cueva con los leones. No es religión, decía a su maestro, lo que ocupa a todos los ánimos, sino libertad!»

»Finalmente Munzer llevó el principio luterano a sus últimas consecuencias; reanimando la antigua fermentación hussita que existía aún en Alemania, pidió para el pueblo la igualdad absoluta del Evangelio, abolió las distinciones de rango, familia y fortuna, declaró el trabajo obligatorio para todos, e insurreccionó a los campesinos de la Turingia, del Palatinado, de Suabia y de Alsacia contra los sacerdotes, los nobles y los magistrados. Los insurgentes se contentaron al principio con peticiones moderadas y equitativas, no querían ser tratados como bienes de sus señores, pedían la anulación de los servicios feudales, el derecho de elegir sus curas párrocos, etc.; pero Munzer los llamó a las armas con una proclama sanguinaria. «Ha llegado la hora de los malvados! Alemania, Italia y Francia se han alzado en masa contra ellos. ¡Adelante! ¡Que no se enfríe jamás la cuchilla caliente con su sangre!»

»Lutero se alarmó en extremo de esta jaquería terrible, niveladora y razonada. Los aldeanos le invocaban como árbitro, y los príncipes le acusaban de ser la causa de la rebelión; y respondió a los unos y a los otros, exci-

© Biblioteca Nacional de España

tando a los aldeanos a la sumisión, y a la moderación a los príncipes con el más elocuente de sus escritos. No fué oída su voz y comenzó la guerra.

»Ejércitos de campesinos salvajes y fanáticos destruyeron, robaron y pasaron a cuchillo «a todos los que vivían en la ociosidad». Lutero conoció que estaba comprometida la Reforma, si le abandonaban los grandes aterrados con las consecuencias de su terrible principio, y no titubeó en declararse contra los que habían exagerado sus doctrinas. «Ya que no han dado oído a mis exhortaciones, dijo a los príncipes, que sean exterminados, que tomen las armas todos los señores, y sólo sean perdonados los que se sometan!» Los príncipes de Sajonia, de Hesse y de Brunswick reunieron un ejército, rodearon las tropas desordenadas de Munzer y las derrotaron completamente. Su jefe cayó prisionero, y murió en el suplicio (1525). Los restos de este ejército fueron atacados, perseguidos y rotos en todas partes, atravesaron el Rhin, la Alsacia y la Lorena y amenazaron la Champaña. Era gobernador de esta provincia Claudio, duque de Guisa, hermano del duque de Lorena; reunió tropas que envió en persecución de estos miserables, y acabó de destruirlos en tres batallas en que perecieron treinta mil hombres.

»Lutero no manifestó lástima de tantas víctimas. «No haya perdón para los campesinos, decía, pues están condenados por Dios y el Emperador. ¡Tráteseles como a perros rabiosos!»

»Excede a toda ponderación, escribe a su vez el historiador alemán Federico de Bezold, el perjuicio económico que recibió Alemania, ya por la revolución destructora, ya por la feroz venganza de los victoriosos señores. Los campesinos, que, según dijo Anshelm, se habían desatado del carro de que tiraban, fueron enganchados más sólidamente que antes, y los dominios asolados gemían además bajo la carga de contribuciones

© Biblioteca Nacional de España

de guerra, imposibles de reunir, sin contar las multas y las indemnizaciones para sus señores, la insolencia de los hombres armados que estaban al servicio de aquéllos, los cuales se aprovechaban de cuanto les agradaba, y la codicia de los jueces y de todos los empleados.»

Duró este movimiento hasta el verano de 1526, y se aprovechó Lutero del cierre de los conventos y secularización de las monjas para casarse con una de éstas, llamada Catalina de Bora, a la cual quiso tiernamente y en quien tuvo muchos hijos, a pesar de no ser ninguna hermosura.

Y a todo ello sin poder hacer nada el Emperador, harto ocupado en guerrear con Francisco I, que era el que, con ser el Rey Cristianísimo, era quien principalmente atizaba el incendio luterano.

Entonces pudieron ver los Erasmos y los *prudentes* a lo que conducían sus predicaciones en favor de un *arreglito* en la disciplina de la Iglesia. No era eso; era muchísimo más. Siempre han dado igual resultado las concesiones a pequeñas dosis. En circunstancias tales no cabe más que la entrega a discreción o la resistencia a todo trance.

«Salvada la reforma de estos sectarios fanáticos, dice un historiador, continuaba sus progresos y se formaba una base duradera despojando al clero de sus bienes. Nadie obedecía los decretos de la dieta de Worms: el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse y muchas ciudades imperiales abolieron solemnemente la misa: Alberto de Brandeburgo, gran maestre de la Orden Teutónica, abrazó la Reforma, y por consejo de Lutero se creó, con la protección de Polonia, una soberanía de las provincias prusianas pertenecientes a la orden: los numerosos aventureros que por todas partes pululaban en Alemania, tomaron las armas para robar los bienes del clero; y la Reforma estaba segura de hallar ejércitos en su defensa.

© Biblioteca Nacional de España

«Carlos V conoció el trastorno que estas innovaciones causaban a la constitución germánica; pero como en esta época la liga italiana amenazaba su poder, esperaba sacar partido de la Reforma contra Clemente VII. Se convocó una dieta en Spira para ocuparse de la defensa de Hungría contra los turcos y de la extirpación de la herejía (1529); y por instigación secreta del Emperador, pidió un concilio general, y declaró que los príncipes *eran libres de gobernar sus estados a su arbitrio en lo relativo a la religión.*»

Este decreto implicaba el reconocimiento de la Reforma y su establecimiento legal, y era publicado contra el Papa en los mismos instantes en que el condestable de Borbón entraba a saco la capital del orbe católico. Todo eran satisfacciones para el Emperador: había vencido a Francia, dominaba en Italia y casaba a su hermano Fernando con la heredera de los reinos de Bohemia y Hungría, estando anexas a este último Moravia, Silesia, Esclavonia y Croacia.

Dieta de Spira.

Creído ya de que podría imponer su voluntad en Alemania, volvió a convocar la Dieta, también en Spira (1529), a la cual concurrieron, entre otros, el elector Federico de Sajonia, el margrave de Brandeburgo y el landgrave de Hesse, el príncipe de Anhalt, los procuradores de los duques Ernesto de Brunswick y Francisco de Luneburgo y los diputados de las ciudades imperiales de Estrasburgo, Constanza, Ulm, Nuremberg, Meinnigen, Nordlingen, Weisemburgo, etc., etc.

En esta Dieta se declaró que en los pueblos donde hasta entonces se había cumplido el edicto de Worms debía seguir cumpliéndose, y en aquellos donde no se había cumplido, no se introdujera ninguna innovación; que no se impidiera celebrar misa a ningún sacerdote y que no se despojara de sus derechos a ninguna corporación eclesiástica.

© Biblioteca Nacional de España

Tal acuerdo produjo la más terrible indignación en gran número de los presentes, por lo cual *protestaron* de «tan injusta e impía resolución», de donde la denominación de *protestantes*, contándose en este número los nobles y ciudades que hemos citado más arriba. Y ya tuvo ahora Francisco I en quienes apoyarse.

Hallábase a la sazón el Emperador en Italia, donde vencedor de los franceses y del partido güelfo, se hizo coronar emperador y rey de Italia en Bolonia, superando con ello en poder al de Carlomagno y Otón. Toda Alemania y toda Italia pertenecieron a la casa de Austria. Esta fué la última vez que hubo coronación, pues el Papa no ejercía potestad temporal, sino que estaba en realidad sujeto a Alemania, y de ahí que los emperadores se limitaran, en adelante, a titularse *electos*.

La confesión de Augsburgo

Ya coronado emperador y rey, y en vista de la violenta protesta de los potentados y ciudades ya citados, trasladóse Carlos V a Alemania y convocó a la Dieta en Augsburgo (1530), presidiéndola él en persona y a su lado su hermano Fernando.

Los príncipes y ciudades *protestantes* presentaron su *Confesión*, redactada por Melanchton y aprobada por Lutero y firmada por tres electores, 52 obispos y abades, 55 príncipes, condes y barones y 39 ciudades imperiales.

La *Confesión* reconocía la autoridad de los cuatro primeros concilios generales, el dogma de la Trinidad, la necesidad del bautismo, la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; abolía el celibato de los sacerdotes, los votos monásticos, la misa, y declaraba la completa separación de los poderes civil y eclesiástico.

Grande fué la cólera del Legado al oir las proposiciones de los *protestantes* y pidió al Emperador castigara enérgicamente tan insolente adhesión a la herejía, pero eran muy poderosos los firmantes para proceder

© Biblioteca Nacional de España

manu militari contra ellos; además, no le disgustaba interiormente al César aquel terrible ataque contra la autoridad del Papa, y, por lo mismo, en vez de tomar una resolución *ab irato* procuró dar largas al asunto haciendo que discutieran la *Confesión* los teólogos de ambas partes. Creen algunos historiadores que el plan del Emperador era que llegasen a una reconciliación luteranos y católicos «que humillaría a la tiara en provecho y ensalzamiento de la corona imperial»; algunas concesiones se hicieron mutuamente los teólogos, pero en manera alguna cabía pensar en un acuerdo. Lutero, que dirigía desde lejos a sus sectarios, era opuesto en absoluto a la reunión de las dos Iglesias, antes bien, excitaba a los suyos a apelar a las armas contra el edicto de Worms.

También procuraba el Emperador atraerse a los nobles y príncipes que habían firmado la *Confesión*, pero todo fué inútil, y ya convencido de que toda reconciliación era imposible, expidió un decreto (19 de noviembre de 1530) en el cual quedaba condenada la *Confesión* de Melanchton, se mandaba observar en todas sus partes el culto católico, quedaba suprimida la venta de bienes eclesiásticos y se conminaba con destierro y pena de muerte a los que persistieran en la herejía luterana.

La Liga de Esmalcalda. Los príncipes protestantes vieron claro entonces a donde iba el César: quería hacer del catolicismo el fundamento del imperio germánico y esto confería al Emperador un poder casi absoluto. Convocaron entonces el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse a sus correligionarios, en Esmalcalda, y el 31 de diciembre (1530) se constituía una *Liga evangélica* bajo la jefatura de los dos citados príncipes.

Por su parte D. Carlos se obstinaba cada día más en vincular en la casa de Austria la corona imperial,

© Biblioteca Nacional de España

por lo cual hizo elegir Rey de Romanos, o sucesor en el trono de Alemania, a su hermano Fernando, feudatario de los Estados Austriacos (Austria, Estiria, Carintia y Tirol), para demostrar que los dos «eran una misma persona».

En cuanto Francisco I, humillado por la *paz de las Damas* o de Cambray, el año 1529, tuvo noticia de la formación de la Liga de Esmalcalda, se apresuró, aunque archicatólico dentro de Francia y grandísimo amigo del Papa, a ofrecerles su espada a los protestantes, y violando sin el menor escrúpulo el tratado de Cambray, les proporcionó armas y dinero, al propio tiempo que se aliaba con el turco y le excitaba a atacar a Hungría e invadir a Alemania (1531).

Carlos V llamó a las armas a los fieles cristianos, para que pelearan por Dios, como en las cruzadas, y aunque Francisco I le ofreció su más caluroso concurso, no se fió. Era preciso pensar ante todo en contener la agresión turca y, por lo mismo, optó por ceder ante Lutero, pactando con la Liga de Esmalcalda una paz general, ínterin se reunía un Concilio ecuménico.

La paz de Nuremberg.

Las condiciones eran: Confirmación de la expropiación de los bienes del clero y composición de la Cámara imperial de igual número de luteranos que de católicos. Tal fué la paz llamada *de Nuremberg*. Con eso, llenos de alegría los protestantes, ofrecieron su concurso al Emperador contra Solimán, reuniendo un ejército de 150.000 hombres, pero el Emperador se manejó tan hábilmente que el turco retrocedió sin combatir.

Había, pues, el César tenido que renunciar a su intolerancia religiosa.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

LOS PROGRESOS DE LA REFORMA
LA REACCIÓN CATÓLICA

ERASMO. — ZWINGLIO. — RABELAIS. — LOS REYES PROTESTANTES. — SUIZA PROTESTANTE. — ENRIQUE VIII. — LOS ANABAPTISTAS. — CALVINO. — MIGUEL SERVET. — LA DIETA DE RATISBONA. — EL CONCILIO DE TRENTO.

(1522-1646)

Erasmo. La rebeldía de Lutero no se limitó tan sólo a engendrar la secta que lleva su nombre, sino que dió lugar a numerosas confesiones en enconada lucha entre sí. Basada la Reforma en el libre examen era natural que cada uno se tuviese por poseedor de la verdad, según la razón.

No puede decirse de Erasmo que fuese racionalista, pero sí un tanto escéptico, en fuerza de predicar tolerancia y moderación, lo cual acabó por indisponerle con los de uno y otro bando. Ya hemos dicho con qué encono le combatieron nuestros Stúñiga y Carranza, a los cuales hay que añadir varios teólogos de Lovaina que le acusaban de complicidad con Lutero. No tardó mucho éste en atacarle, a su vez, con su acostumbrada violencia (1522) después de haber empezado por demostrarle la mayor consideración personal, y suce-

© Biblioteca Nacional de España

sivamente conviértense en feroces enemigos suyos Ulrico de Hutten, Zwinglio, Juan Hauslicht, Œcolampadio, Bucer, Korn, a pesar de que todos habían comenzado por ser grandes admiradores suyos, y se comprende fuese así, pues Erasmo, asustado, no quiso aceptar las consecuencias de las premisas que había establecido en el *Elogio de la Locura* y los *Coloquios*.

Erasmo, cada día más horrorizado al ver el sesgo que toma la Reforma, se postra ante los Papas, les dedica sus libros, y Farel, fanático anticatólico, le trata de «Balaam, que por un salario había maldecido al pueblo de Dios».

El encono contra aquel epicúreo humanista se encendió todavía más al publicar su tratado sobre *El libre albedrío*, al cual responde Lutero con *El siervo albedrío*.

Con todo, no le valió a Erasmo el no ser protestante, sino cura católico, aunque *emancipado*, para dejar de ser incluído entre los grandes reformadores, y así lo ha incluído Kaulbach en su célebre dibujo.

«Desiderio Erasmo, tanto o más reformista que los hombres de la Reforma, dice Pin y Soler, no quiso seguir a aquel tropel de exclaustrados y de señores rebeldes, tratándolos de locos, de orgullosos, de bárbaros; no quiso hacer causa común con aquellos frailes y caballeros rebelados contra Roma porque, indeciso, irónico, no quería, o no creía, que fuese necesario manase la *Nueva Fuente de vida* de que hablaban los otros. Parecióle que las cosas estaban ya como debían estar con tal de que se reformasen abusos de conducta, procedimientos y ceremonias; con tal, sobre todo, de que los sabios escribiesen pulcramente toda suerte de lenguas antiguas.»

Zwinglio. Mientras Lutero trastornaba a Alemania, otro hereje, Ulrico Zwinglio (*Zwingle*) (1526) «realizaba en Suiza radicales reformas, dice el Sr. Ortega

© Biblioteca Nacional de España

y Rubio, pues suprimió todo lo que en materia de culto tenía relación con el simbolismo anterior. Hasta tal punto purificó las iglesias de toda idolatría, que además de las imágenes (ídolos, según decía) fueron suprimidos los altares (mesas de juglares) y también los órganos. Limitóse el nuevo culto a la oración y al sermón; se daba la comunión cuatro veces al año y en las formas más sencillas, tales como se suponía que la habían celebrado los primeros cristianos. Ya en el año 1529 la reforma religiosa se había realizado completamente en Suiza.

»A la sazón el landgrave de Hesse invitó a una discusión religiosa en Marburgo a Lutero y a Zwinglio. Acompañaron a Lutero, entre otros, Melanchton y Justo Jonás; a Zwinglio, también entre otros, Œcolampadio y Bucer. Después de razonada discusión, no pudieron ponerse de acuerdo respecto a la presencia de Cristo en la Eucaristía, separándose más enemigos que antes.»

Rabelais. «Las doctrinas de Lutero, dice Lavallée, fueron acogidas en Francia muy favorablemente, en especial por la nobleza, la magistratura y la parte rica del pueblo, es decir, por todos los que habían hecho oposición a la autoridad, ya temporal, ya espiritual; y las adoptaron los sabios, los hombres de estudio e inteligencia y aun algunos poetas. Profesaban abiertamente la Reforma, Renata, hija de Luis XII y duquesa de Ferrara, Margarita, reina de Nápoles, viuda del duque de Alenzón y hermana de Francisco I, y era sospechosa de herejía la duquesa de Etampes. Cantábanse públicamente en las calles de París los salmos de David, traducidos en verso por Marot, vendíanse veinticuatro mil ejemplares de los *Coloquios* de Erasmo, y numerosos folletos repetían los ataques de Lutero contra la corte de Roma.»

Pero no fueron esas manifestaciones luteranas las

© Biblioteca Nacional de España

que más daño hicieron a la Iglesia; peor fué la indiferencia, o mejor dicho, el ateísmo propagado por el famoso cura de Meudon, Francisco Rabelais, «ese espíritu maligno, osado y cínico que de todo se burla, lo mismo de la Iglesia, [de los reyes y de los grandes como del pueblo, y que, no obstante, fué leído y protegido por todos, en especial por la corte de Francisco I. Su *Pantagruel* y su *Gargantúa*, que se publicaron en 1533 y 1535 atacaron los tronos, las creencias, el orden social, todo lo que es espiritualismo, alma, ciencia y filosofía, y todo lo que no es vicio, carne, sentidos y materia con una verbosidad que raya en el delirio y con un estilo que ha dado a la lengua francesa sus graciosas riquezas. Son sátiras groseras desordenadas y bufonescas, pero en extremo delicadas e ingeniosas, donde las perlas están ocultas bajo el cieno».

Los reyes protestantes

Apoyándose en la Reforma levantáronse los príncipes Gustavo Wasa, de Suecia, y Federico de Holstein de Dinamarca, y arrebataron las coronas de dichos dos reinos al tirano Cristián II que reinaba en los tres países escandinavos. Adoptaron el luteranismo y afirmaron sobre sólidas bases su realeza, repartiendo entre sus soldados los bienes confiscados al clero católico.

Ni aun podía estarse seguro de la firmeza de Carlos V, Francisco I y Enrique VIII respecto a sus convicciones religiosas, a pesar de haber escrito el último un voluminoso libro contra el heresiarca de Wittemberg.

© Biblioteca Nacional de España

Suiza protestante. Los suizos, como ya dijimos, habían abrazado, no la herejía de Lutero, sino la de Zwinglio. La confederación quedó profundamente dividida: seis cantones se pronunciaron por la Reforma y los demás continuaron profesando el catolicismo. Estalló en su consecuencia la guerra civil, murió el reformador en la lucha y por fin quedó rota la antigua confederación para dividirse en dos, concertándose la mutua tolerancia de cultos.

Enrique VIII. Difícil hubiera sido prever que el *Defensor de la fe* había de lanzarse también a la herejía, pero a ello le condujo su brutal temperamento libidinoso.

Casado con la infanta D.ª Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, hubo de enamorarse de una de las damas de la reina llamada Ana de Boleyn, que no quiso ceder a su pasión a menos de que la elevase al trono. Enrique VIII pidió entonces al Papa declarase nulo su casamiento con la noble y buena infanta española (1529), a lo cual se negó enérgicamente Clemente VII, ya que se trataba de una iniquidad. Por su parte ¿cómo podía Carlos V prestar su asentimiento a tal infamia tratándose de su tía, hermana de D.ª Juana *la Loca?*

No le cupo más remedio entonces al inglés que arrojarse en brazos de Francisco I, con quien tuvo una entrevista. El rey de Francia le aconsejó se casara con Ana de Boleyn sin consentimiento de la Iglesia romana, y Enrique VIII, resuelto ya a hacer cualquier barrabasada, le excitó al francés a que se declarara resueltamente reformado y se pusiera a la cabeza de los protestantes para luchar contra Carlos V, jefe de los católicos.

No se atrevió Francisco I a aceptar tal proposición, pues como continuaba siempre en su manía de recobrar el ducado de Milán, Nápoles y Sicilia, necesitaba el apoyo del Papa.

© Biblioteca Nacional de España

Hallábase éste en dolorosa situación. Era Clemente VII un hombre bueno, de ejemplares costumbres, muy ilustrado, amigo de las artes, amado de cuantos le trataban, pero los terribles trances por que había pasado viendo entrada Roma a sangre y fuego por las tropas del Emperador, separados de la Iglesia tantos Estados alemanes, Dinamarca, Suecia y Suiza y no muy seguras las monarquías del mediodía, hicieron que adoptase una política vacilante, que contribuyó al mayor desprestigio de la Iglesia.

No cesaba de importunarle Francisco I a Clemente VII para que se declarara a su favor en la cuestión de Italia, y para más atraérselo le propuso el casamiento de su hijo segundo, Carlos, con la joven Catalina de Médicis, pariente suya, hija de Lorenzo *el Magnánimo* como así se efectuó (1533).

Por su parte y deseoso de llegar a un acuerdo, según lo convenido en la Paz de Nuremberg atosigaba Carlos V al Papa para que convocase un concilio general, «con la esperanza de hallar en sus decretos armas con que restablecer la autoridad imperial a expensas de la Santa Sede».

Ya aliado Clemente VII con el rey de Francia por el casamiento de la joven florentina con Carlos de Valois, no temió al *Defensor de la fe* y expidió un breve declarando legítimo y valedero el matrimonio de Enrique VIII y Catalina de Aragón; pero el monarca inglés, esclavo de su lujuria se anticipó: mandó al arzobispo de Cantorbery declarase nulo su enlace y obligó al Parlamento a decretar que Inglaterra quedaba enteramente libre de toda sujeción a Roma (mayo de 1534).

Excomulgó el Papa al inglés. «Enrique, dice Lavallée, se apoderó entonces de los bienes del clero, pero no adoptó la doctrina luterana, pues pretendía permanecer católico, hacer una reforma a su modo, crear

© Biblioteca Nacional de España

una Iglesia de la que había de ser el jefe, y mandó a sus súbditos que profesaran sus mismas ideas teológicas. Entre él y el Parlamento, que era ciego instrumento de sus tiranías, se arreglaron los rezos, los dogmas y la liturgia. Las decisiones de los concilios sólo tenían fuerza y validez con la aprobación del príncipe, y toda especie de jurisdicción emanaba de él. Los obispos sólo eran sus vicarios; pero a pesar de sus esfuerzos para conservar los dogmas católicos, y a pesar de sus persecuciones contra los luteranos, se hallaba abierta la puerta para el protestantismo, y sus súbditos sucumbieron a su influjo. Hubo, pues, en su origen en Inglaterra dos reformas; la del príncipe y la del pueblo; la primera incierta, servil, más adherida a los intereses materiales que a las creencias, alarmada con el movimiento que había engendrado y esforzándose en tomar del catolicismo todo lo que podía conservar separándose de él; y la segunda, espontánea, ardiente, despreciando las consideraciones mundanas, aceptando las consecuencias de sus principios, y verdadera revolución moral en fin emprendida en nombre de la fe y con pasión, y que debía acarrear una revolución política.»

Los anabaptistas.

Mientras los príncipes alemanes se aprovechaban de la reforma luterana para apoderarse de los bienes de la Iglesia y no pocos para satisfacer sus pasiones, otros, más simplistas como decimos hoy, sin distingos, llegaban a las últimas consecuencias del libre examen. Tales fueron los sectarios de Tomás Munzer, llamados *anabaptistas* porque consideraban nulo el bautismo administrado a los niños. Estos terribles lógicos «ponían en el terreno de los hechos, dice el autor antes citado, las consecuencias de la libertad religiosa, y restablecían, según decían ellos, el reinado de Jesucristo. Estaban esparcidos por Holanda, Brabante, las costas del mar Báltico y por la Westfalia: impregnados de un misticismo demagógico,

© Biblioteca Nacional de España

llevado hasta la extravagancia, se habían metido en la cabeza restablecer las formas sociales de los hebreos; y la lectura de la Biblia había arrastrado a sus entendimientos vulgares a creer que debía ser la mejor la constitución política del pueblo de Dios.

»Los anabaptistas de Munster consiguieron hacerse dueños de esta ciudad, arrojaron de ella a todos los que no profesaran sus creencias, pusieron todos los bienes en comunidad y dieron principio a la realización de su sueño político. Gobernaban la república doce profetas, pero fueron bien pronto reemplazados por Juan de Leide, hijo de un sastre, joven de veintisiete años y de un carácter extraordinario, que se hizo nombrar rey de Sión, se rodeó de una corte pomposa, estableció la poligamia y gobernó por inspiración de aquella turba delirante (1535).

»Una de sus diez y siete mujeres llegó a dudar de él, y él entonces le cortó la cabeza por su propia mano en presencia de las demás que, prosternadas, entonaban cánticos sagrados. Después de haber hecho los anabaptistas a Munster teatro de todas las monstruosidades que puede inventar el pensamiento humano, fueron sitiados por el príncipe obispo de la ciudad auxiliado por muchos señores; pero aunque se defendieron con desesperación durante seis meses, Munster fué tomada por asalto, fueron todos exterminados, y Juan de Leide murió en los más espantosos suplicios. Persiguióse la secta con encarnizamiento en Holanda y en la Baja Alemania, pero no fué enteramente destruída, y existe aún en la actualidad, aunque muy cambiada. Está generalmente fundada sobre las doctrinas de los *cuákeros* y *unitarios*, que son socinianas. Estas pasaron *luego* a la Gran Bretaña, y fueron el fundamento del puritanismo, que un siglo después debía realizar el sueño de una república militar y religiosa a imitación de los hebreos.»

© Biblioteca Nacional de España

Calvino. Como si no fueran bastantes herejes, apareció ahora otro que había de ejercer grande influencia en Francia; era cierto Juan Calvin (*Calvino*), nacido en Noyon en 1509 y que de pronto abandonó los estudios de erudición a que se dedicaba como notable humanista para profundizar en la teología, todo con la mira de atacar al catolicismo.

Veintiséis años contaba tan solamente cuando «formuló las doctrinas de los reformados de Francia, en su libro *De la Institución cristiana*, publicado en Basilea en 1535 y dedicado a Francisco I. Tomó por base de la creencia la inspiración interior, estableció la justificación del hombre con los méritos de Jesucristo exclusivamente, desechó la penitencia, la confesión, el purgatorio, el culto de las imágenes, la misa, la impanación de los luteranos y la transubstanciación de los católicos; y sólo conservó dos sacramentos, el bautismo y la comunión.

Calvino

»La doctrina calvinista, más atrevida y más lógica que la de Lutero, tuvo numerosos prosélitos. Calvino se había retirado a Ginebra, ciudad que acababa de hacerse libre con ayuda de Francisco I, rechazando la dominación de su obispo y del duque de Saboya, y cuyos magistrados adoptaban públicamente la reforma de Zwinglio; bien pronto llegó a ser el único soberano por su fe severa, implacable y despótica, situándose, según decía él mismo, «entre el paganismo de Zwinglio y el papismo de Lutero»; y convirtió por fin a aquella ciudad en la Roma del calvinismo.

© Biblioteca Nacional de España

»Este hombre de costumbres austeras y crueles, de lenguaje lleno de hiel, pero fuerte y penetrante, estableció su iglesia sobre bases tan severas, que la sociedad parecía transformada en un convento. La dió formas enteramente republicanas: los ministros y los obispos eran elegidos por el pueblo; y el poder residía en el consistorio o asamblea de los ancianos de cada iglesia, que estaba encargado de las materias de fe y de disciplina, de las colectas hechas para el mantenimiento de los ministros y de las relaciones de la iglesia con el poder civil. No había en su reforma libertad de conciencia, ni juegos, ni diversiones, pues el único entretenimiento de los afiliados era la Biblia o la predicación. Eran castigadas sin piedad la menor infracción en el culto, la más leve flaqueza humana, y ordenanzas sanguinarias perseguían a los ateos y libertinos. «Sobre todo, recomendaba Calvino, no os canséis de librar al país de esos malvados que excitan a los pueblos para destruirnos. Semejantes monstruos deben ser ahogados, como he hecho yo con Miguel Servet.» (Lavallée.)

Miguel Servet. Este famoso personaje había nacido en Aragón y estudiado en París. Racionalista intransigente, negó su carácter divino al cristianismo, no viendo en Jesucristo, como nuestros *modernistas* del día, más que a un hombre sabio y perfectísimo, dispensador de los mayores bienes a la humanidad y a quien ésta, en agradecimiento, adora como a un Dios.

Era la herejía de Arrio, predicada después por Socino.

El primer folleto herético que publicó fué *De Trinitatis erroribus* (1531), en el cual se cree haber visto la afirmación de la circulación de la sangre; dos años después dió a luz *De restitutio christianismi,* que le valió ser perseguido en Francia.

Huyó Servet y pensó refugiarse en Ginebra, donde no había otro poder que el de Calvino, enemigo acérrimo de los *ateos* y *libertinos,* como eran llamados los

© Biblioteca Nacional de España

que profesaban las ideas difundidas por nuestro aragonés.

Violando las leyes de la hospitalidad y contra todo derecho y sin justicia, el feroz tirano de Ginebra prendió a Servet y le hizo condenar a morir quemado. «Mientras prevalezca mi autoridad — había dicho el sanguinario *librepensador,* el Apóstol de la tolerancia — no se irá con vida.»

La Dieta de Ratisbona.

La Reforma avanzaba, pues, a pasos agigantados: Alemania, Inglaterra, Suiza, Escandinavia habían abrazado con ardor la causa contra la Iglesia; reinaba la mayor agitación en Escocia, Polonia, Hungría y los Países Bajos; era visible la fermentación en Italia y España (donde contaba con gran número de admiradores Erasmo) y era de temer que Francia no se lanzase también en el camino de la herejía. «De esta nación, dice un autor, era de donde habían salido durante un siglo las más rudas protestas contra el despotismo pontificio; la voz de los doctores franceses había dominado en los concilios de Constanza y Basilea, la universidad y el parlamento habían popularizado la idea de una iglesia nacional, y finalmente la pragmática sanción ¿qué era más que el principio de una separación de la Iglesia romana?»

Semejante estado de cosas puso en grave cuidado al Emperador (1537), cuya política no tenía ahora más objeto que contemporizar y evitar que estallara la guerra entre católicos y protestantes, mientras veía como de cada momento se propagaba más y más la Reforma, extendida últimamente por Sajonia y Brandeburgo.

Siempre deseoso de concordia, convocó el Emperador una dieta en Ratisbona (1541), con asistencia de su canciller el cardenal Granvela, el cardenal legado, Contarini y los seis teólogos nombrados por el César: tres protestantes: Melanchton, Bucer y Pistonio, y tres

© Biblioteca Nacional de España

católicos: Eck, Pflugg y Gropper. Entre los representantes de las ciudades imperiales se hallaba Calvino, como diputado por Estrasburgo.

No es menester decir que no hubo concordia; lo

Don Diego Hurtado de Mendoza

único que se consiguió fué que continuara la paz de Nuremberg, hasta la reunión del Concilio, convocado por fin, en Trento, con fecha 19 de noviembre de 1544, debiendo reunirse el 15 de marzo siguiente.

© Biblioteca Nacional de España

ORDOÑO III (el Bueno)
950-955

SANCHO I (el Gordo)
955-965

RAMIRO III
965-984

BERMUDO II (el Gotoso)
984-999

ALFONSO V (el Noble)
999-1027

BERMUDO III
1027-1037

FERNANDO I (el Magno)
y D.ª SANCHA
1037-1064

SANCHO II (el Fuerte)
1065-1072

ALFONSO VI (el Bravo)
1073-1109

ESPAÑA.—Galería de Reyes y Jefes de Estado VII

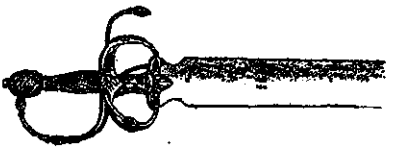
© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Entretanto íbanse todos preparando para la guerra que harto se veía era inminente entre católicos y protestantes, bullendo mucho entre estos últimos el joven duque Mauricio de Sajonia, muy querido del Emperador.

El Concilio de Trento.

En la fecha señalada abrióse el tan esperado Concilio, al cual Carlos V envió como embajador al famoso D. Diego Hurtado de Mendoza, aunque sin ocultarse al César que no había más solución para acabar con la Reforma que la fuerza de las armas.



Espada de Hurtado de Mendoza

Aun así intentó el Emperador ver de llegar a un arreglo, y al par que deliberaba el Concilio reunió una Dieta en Worms, presidida por su hermano D. Fernando. Desde luego se vió que faltaban los príncipes más poderosos, haciéndose notar por su intransigencia los presentes, pues se negaron a contribuir para la guerra contra el Turco, a no ser que se les reconociese la plena libertad religiosa, y en cuanto al Concilio dijeron no podían reconocerle como legítimo, pues debía ser presidido por el Papa o por sus legados.

Paulo III

En su vista, escribió el Emperador al Pontífice Paulo III viese de reunir cuantas fuerzas pudiese, pues no quedaba otro recurso que la guerra. Con todo, para ocultar su intento convocó de nuevo la Dieta en Ratisbona para el año siguiente, al

© Biblioteca Nacional de España

objeto de ver si podía llegarse a una fórmula aceptable por ambas partes.

Ya cercano el día en que debía reunirse dicha Dieta, partió el Emperador, que se hallaba en Bruselas, para la citada ciudad, y llegado a Maestricht se encontró con una comisión enviada por los príncipes protestantes para pedirle explicaciones respecto de la alianza que se decía había formado con el Papa y el Rey de Romanos y la recluta de tropas, destinadas, al parecer, contra ellos, a lo cual respondió el César que no había nada de lo que presumían, sino que era natural se preparase contra cualquier eventualidad hallándose en guerra, como se hallaban, Inglaterra y Francia, aparte de lo cual, como podían ver, sólo llevaba su acostumbrada escolta de 500 caballos de su guardia.

Retiráronse los enviados, no muy tranquilos, y a primeros de mayo (1546) llegaba el Emperador a Ratisbona. Como era de presumir, resultó nulo el propósito de llegar a un acuerdo.

En cuanto al Concilio interrumpió sus sesiones en junio de 1547, para no continuarlas hasta al cabo de cuatro años. Añadamos a esto que en 7 de febrero de este año (1546) fallecía Lutero en Esleben, lugar de su nacimiento.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

LA GUERRA DE RELIGIÓN

PREPARATIVOS DE GUERRA. — CAMPAÑA DEL DANUBIO. — CAMPAÑA DEL ELBA. — LA BATALLA DE MUHLBERG. — EL INTERIM. — DISENSIONES ENTRE EL CÉSAR Y EL PAPADO. — DEFECCIÓN DE MAURICIO DE SAJONIA. — TRATADO DE PASSAU.

(1546-1552)

Preparativos de guerra.

Visto por el Emperador que los príncipes protestantes no solamente no querían ceder, sino que acabarían por atacar su autoridad, dispuso reunir tropas, encargando a los ilustres generales Madracio, Jorge Renspurg, Jamburg y el marqués de Mariñano levantasen 4.000 lansquenetes cada uno; requirió a Paulo III para que le enviase todas las fuerzas que pudiese; mandó al conde de Buren que juntase en los Países Bajos diez o doce mil hombres y 3.000 caballos; a D. Alvaro de Saude que trajese el tercio de españoles que se hallaba en Hungría (en total, 2.800 hombres); al maestre de campo (coronel) Arce que viniese de Lombardía con su tercio de 3.000 españoles; al bastardo de Baviera y otros capitanes levantasen 5.000 alemanes; al marqués de Brandeburgo le enviase 2.000 caballos; a su hermano, D. Fernando, le procurase 600; al Gran Maestre de Prusia, 1.000; al

© Biblioteca Nacional de España

duque de Brunswick, 400; al príncipe de Hungría, 1.500.

Dictadas estas disposiciones se le presentó Mauricio de Sajonia, el protestante, y juró al Emperador le serviría bien y lealmente, pronto a aceptar lo que en materia de religión resolviese el Concilio de Trento.

Con febril ardor procedían por su parte los príncipes y las ciudades imperiales unidos por la Liga de Esmalcalda, para allegar soldados y aprontar armas, municiones, vituallas y dinero, de suerte que el 29 de julio contaban con un ejército de 80.000 infantes, 15.000 caballos, 125 piezas de artillería, 6.000 gastadores o zapadores, 300 barcas y 800 carros para los víveres y municiones.

Estas tropas procedían del duque Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse y de las ciudades imperiales. Estas enviaban su gente a la ciudad de Augsburgo y nombraron generalísimo a un tal Sebastián Sertel, rico vecino de aquella ciudad, antiguo soldado de la guardia del Emperador, o vivandero según otros. El socorro de las ciudades era de 14.000 infantes, 1.000 caballos y 28 piezas de artillería.

Carlos V, furioso, expidió en 20 de julio (1546) un decreto de proscripción contra el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, y nombró como lugarteniente suyo al duque de Alba.

Ya en esto se habían puesto en camino las tropas enviadas por el papa Paulo III. El Emperador dejó en Ratisbona a Colonna y al Marqués de Mortara con 4.000 lansquenetes y un regimiento de españoles y se puso en camino para Lansveto (*Landswet*), donde debían llegar las tropas pontificias, al mando de Octavio Farnesio, nieto del Papa, Alejandro Vitelo, general de la infantería y como supremo jefe el cardenal Alejandro Farnesio.

Componíase el ejército de Paulo III (Alejandro Farnesio, romano) de 12.000 infantes, 900 caballos (del

© Biblioteca Nacional de España

Papa, de Cosme I de Médicis, del duque de Florencia y del duque de Ferrara) y de alguna artillería.

Poco después llegaba a Landswet el maestre de campo Arce con los 3.000 españoles del tercio de Lombardía, el tercio de Nápoles, el tercio de Alemania y los 600 caballos del marqués de Brandeburgo.

El Emperador, reunidas estas fuerzas, sentó sus rea-

Facsímile de un grabado del siglo XVI

les en Ingolstadt, ciudad de Baviera, a la izquierda del Danubio.

Campaña del Danubio

Hallábanse los protestantes acampados en Donabert y el Emperador en Ingolstad, y como los primeros se permitieran enviarle heraldos tratándole ya de *Carlos de Gante* a secas, de

© Biblioteca Nacional de España

Carlos, rey de España o de *Carlos, emperador,* mandó el César al duque de Alba (*Alva,* entonces) que no recibiese semejantes escritos y conminase con pena de horca al que fuese osado a presentarlos.

Hubo de saber Carlos V que los protestantes habían resuelto, desde la derecha del Danubio, ir a tomar a Ratisbona, por lo cual envió allí, a marchas forzadas, a 400 arcabuceros españoles y 200 alemanes, que, en efecto, entraron aquella misma noche, por lo cual los protestantes retrocedieron y en su lugar se establecieron muy cerca del campamento imperial de Ingolstadt. Allí permanecieron hasta el 4 de septiembre en que procuraron hacerle levantar el campo, a cuyo efecto dispararon más de seis mil balas, pero con poco efecto, pues no murieron más de 130 imperiales «siendo tal la constancia de los soldados en este lance que no hubo alguno que se moviese de su puesto, ni volviese la cabeza a otro lado, siendo tan terrible el número de balas que dispararon». (Ferreras, *apud* Davila, Salazar, Surio, Ochoa, Sandoval, Hareo, Campana y otros.)

A buena hora llegó el conde de Buren con 10.000 infantes y 3.000 caballos, procedentes de la guerra con Francia, siendo su marcha a través de los bosques un modelo de estrategia, por lo cual hubo de merecer los más calurosos elogios del Emperador en Ingolstadt, así como de los generales imperialistas.

En este tiempo, Mauricio de Sajonia y el Rey de Romanos, D. Fernando, habían invadido el electorado de Federico de Sajonia, apoderándose de todos sus dominios menos Wittemberg, Gotha y alguna otra ciudad.

Los protestantes, viendo la constancia del Emperador y necesitados de víveres levantaron su campo frente a Ingolstad y se fueron a Neuburgo; no estando seguros allí, mudaron su campo a Nordlingen, y caída Neuburgo en poder de Carlos V dió éste libertad a los

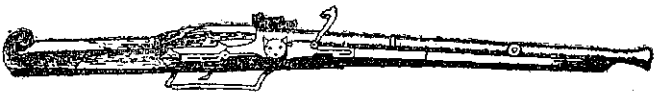
© Biblioteca Nacional de España

miles de soldados que allí había, quienes juraron no hacer armas contra él.

Presentóles el Emperador batalla en Nordlingen a sus contrarios, pero no la aceptaron éstos. Todo se redujo a una escaramuza entre las vanguardias, y como muriera en una de ellas el príncipe Alberto de Brunswick y se introdujera el pánico en el ejército protestante, mandó el emperador a Octavio Farnesio atacara a Donabert, de la cual se apoderó.

Todo era confusión y piques en el campo protestante; andaban a la greña los jefes reformados, por lo cual el jefe de las tropas de las ciudades imperiales, el susodicho Sebastián Sertel, recogió a su gente y se marchó a Augsburgo.

Carlos V, viendo tan mermado el ejército enemigo



Mosquete de muralla

marchó sobre Dilingen, de la cual plaza se apoderó, así como de Hostedt, Lansingen, Gundeltingen y otros lugares, y pasando el Brenta se dirigió hacia Ulma, sin que valiesen las escaramuzas de los príncipes, hasta que, faltos de víveres y dinero, y diezmadas sus tropas por las enfermedades, retiráronse a sus Estados el Elector y el Landgrave.

Llegado el Landgrave a Francfort preguntáronle los habitantes qué había que hacer, a lo cual respondió con un proverbio alemán equivalente al nuestro de que cada palo aguante su vela.

El Elector de Sajonia, falto de dinero, entró por el arzobispado de Maguncia y las abadías de Fulda, Bamberg y otras, las cuales puso a saco y así pudo socorrer a su gente.

© Biblioteca Nacional de España

El Emperador, en vista de la retirada de sus contrarios, pasó adelante y entró sucesivamente en Nordlingen, Rotemburg y Halle; eran en gran número las ciudades que volvían a su obediencia; el Elector Palatino se presentó con grande humildad a pedirle perdón y ofrecerle para lo sucesivo sus servicios. Los procuradores de la ciudad de Ulm compraron su indulto con la dádiva de 10.000 escudos de oro, 12 piezas de artillería y el compromiso de aceptar 12 banderas de guarnición.

El Duque Mauricio de Sajonia

El conde de Buren se apoderó de Francfort; el duque de Alba ocupó el ducado de Wittenberg; fueron en gran número las escaramuzas, sorpresas, ataques de convoyes que ocurrieron; no pocas las penalidades: hambres, fríos, lodos, inundaciones, heladas que ambos bandos hubieron de sufrir, y en gran número las valerosas acciones. En toda esta campaña del Danubio se distinguieron mucho el joven Mauricio de Sajonia y D. Fernando, el Rey de Romanos.

Así llegó el año 1547, en cuyos comienzos murieron el rey Enrique VIII de Inglaterra y el rey Francisco I, dejando el primero por sucesor a su hijo Eduardo, de 9 años de edad, y el segundo a su hijo Enrique II, que contaba a la sazón 32.

Hubiera debido parecer que las naciones cristianas

© Biblioteca Nacional de España

se alegraran mucho de los triunfos del Emperador, que con su esfuerzo había vencido a los reformados en toda la Alta Alemania, o sea la Alemania del Sur, pero lejos de ser así continuaban como siempre sus enemigos infiriéndole solapadamente todo el daño que podían hasta el extremo de que lo mismo Francisco I que los regentes de Inglaterra se habían declarado en favor de los protestantes.

Por otra parte dejaba muchísimo que desear la conducta del Papa, que en vez de proporcionarle auxilios no hacía más que suscitarle dificultades, a lo cual hubo que añadir la suspensión del Concilio de Trento, y su proyectada traslación a Bolonia.

Campaña del Elba.

Deshecho el ejército de la Liga de Esmalcalda en la campaña del Danubio, volvió a levantarse el Elector de Sajonia, muy rico con el saqueo y las contribuciones que dijimos, y a pesar del rigor de la estación, mediados de enero, salió a operaciones al frente de un numeroso ejército. Comenzó el Elector por sitiar a Lipsia, o Leipzig, ciudad perteneciente a Mauricio de Sajonia, a la que combatió con grande obstinación, causando no poco daño en los edificios con su artillería, pero viéndose obligado por fin a levantar el cerco invadió a Bohemia, cuya corona ceñía D. Fernando, el Rey de Romanos.

El Elector ocupó el valle de San Joaquín, abundante en minas de oro y plata y procuró levantar el país contra su soberano, siendo tan eficaces sus excitaciones que los habitantes de Praga se apoderaron de las hijas de D. Fernando, guardándolas presas.

Irritado el Emperador con los desmanes del rebelde Elector de Sajonia, y no menos contra el Landgrave de Hesse que había vuelto a levantar cabeza, dispuso caer de nuevo sobre ellos hasta destruirles. A este efecto mandó se reunieran en Ulma todos los regimientos de españoles y alemanes, toda la caballería y la artillería

© Biblioteca Nacional de España

necesaria; ordenó al marqués de Brandeburgo, Alberto, se adelantase con un buen cuerpo de tropas; dispuso que su hermano D. Fernando y Mauricio de Sajonia marchasen sobre Bohemia, y por fin se puso en camino hacia Nuremberg, recibiendo de paso la adhesión de muchos señores y ciudades, como el duque de Wittemberg, arrepentidos de su rebelión.

Contaba a la sazón el Elector de Sajonia con 10.000 infantes y 4.000 caballos, y no cedía ciertamente su

Batería

ánimo ante el poder del César, antes bien, aumentaba de cada día su arrogancia. Habíase apoderado de Misnia, ciudad perteneciente a Mauricio de Sajonia, y no tenía límites su confianza en la victoria.

Hubo de saber, por una dama de la cual andaba enamorado el marqués de Brandeburgo, que éste se hallaba en Rochlier con aquel lucido ejército que le había confiado el Emperador, y valiéndose de una treta de la citada Dulcinea sorprendió al citado marqués y le hizo prisionero, después de matarle 1.300 hombres y pasándose los demás a sus banderas.

Retiróse, después de esto, a Gotha, y allí se dispu-

© Biblioteca Nacional de España

sieron a atacarle D. Fernando y Mauricio de Sajonia, a cuyo efecto reunieron sus respectivas tropas, pero los bohemios estorbaron su marcha cortando los caminos con grandes troncos de árboles, de manera que ambos caudillos tuvieron que dar largos rodeos para llegar a la referida ciudad, donde a los pocos días se presentó también Carlos V, precedido de una fuerte vanguardia mandada por el duque de Alba.

La batalla de Muhlberg

Hallábase a la sazón el Elector de Sajonia en Misnia y hacia allá se encaminaba el Emperador cuando, hallándose ya a tres millas nada más de dicha ciudad recibió aviso de que el general reformado se replegaba con sus tropas hacia Wittemberg.

No quería Carlos V se le pudiera escapar su presa; mediaba entre ambos ejércitos el ancho Elba y el Elector había mandado quemar el puente de Mulhberg, hallándose ahora a la otra parte del río en un pueblo llamado Harburgo con 6.000 hombres y 3.000 caballos, en lugar bien fortificado con artillería, y para trasladar la infantería donde más conviniese había mandado construir un puente de barcas.

Parecía imposible cruzar el río, pero ansioso el Emperador de darle batalla al Elector, encargó al duque de Alba que con toda diligencia practicase un reconocimiento para ver si encontraba algún vado, mientras lo cual colocaba en la espesura de una arboleda a orillas del río lo que llamaríamos hoy una batería de artillería y un regimiento de arcabuceros españoles para dispersar las fuerzas que estaban en la otra parte y hacer fuego contra los que iban en el puente de barcas.

Comenzó el tiroteo y los protestantes se vieron obligados a retirarse algún trecho ante las bajas que les ocasionaban los imperiales, en vista de lo cual, y para afirmar más el efecto envió el Emperador otro regimiento de igual clase, al mando del maestre de

© Biblioteca Nacional de España

campo Arce, conduciéndose los arcabuceros con tanto acierto y valor que los protestantes se vieron obligados a desamparar la orilla y a dejar las barcas, algunas de las cuales fueron quemadas y abandonadas otras a la corriente.

«Con esto, escribe Ferreras, el Emperador mandó echar la puente de barcas, que él traía, a el río, y viendo que no llegaba a la orilla contraria, mandó a sus soldados que tomassen las barcas de los enemigos, que el río llevaba. Entonces diez arcabuceros Españoles, que sabían bien nadar, quitándose los vestidos y tomando las espadas en la boca, se echaron a el agua, a quienes siguieron tres soldados de a caballo Españoles, y llegando a las barcas, mataron a los que iban en ellas, y las trajeron, bien que uno de los soldados de a caballo se ahogó a la orilla contraria, y empezó a passar por ella la infantería. Premió después el Emperador a aquellos soldados, siendo tan dignos de premio, dando a cada uno un vestido de terciopelo carmesí, trecientos escudos de oro, y ventaja en su compañía.

»El Duque de Alva haciendo las diligencias, para saber por donde se podía vadear el río con la caballería, encontró un mozuelo villano, a quien el día antecedente le havían quitado los enemigos dos caballos, y resentido de la injuria, y mala obra, por vengarse de ellos, le dijo a el Duque que él le enseñaría el vado: con que el Duque le llevó a el Emperador, e inmediatamente poniéndose el mozuelo a caballo, siguiéndole algunos, les mostró el vado, y passó la caballería; aunque en algunas partes daba el agua a las rodillas de los ginetes, y en otras era necessario nadar los caballos. El Emperador passó también el río en un caballo castaño español, y a el mozuelo, que enseñó el vado, le mandó dar otros dos caballos y cien escudos.

»Haviendo passado el Alvis (Elba) el Emperador, y retirádose a Torga toda la gente, que tenía el Elector,

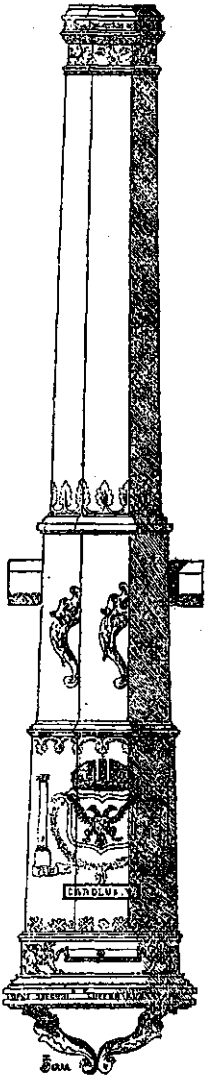
© Biblioteca Nacional de España

a la ribera de el río, para embarazarle el tránsito, sin esperar la infantería, con sola la caballería, a toda priessa fué sobre el Duque de Saxonia, para que no se le escapasse. Confiado el Duque en la seguridad de sus quarteles, estaba oyendo un sermón cuando le llegó la noticia de que el Emperador venía sobre él. Hacía aquel día un poco de niebla, y embió un Coronel suyo a reconocer la gente: a algunos les pareció que era algún cuerpo de tropas, pero el Coronel advirtió, como se

Guerra de Alemania.
Escenas de campamento.

iba desipando la niebla, que era todo el exercito de el Emperador: con que el Elector se puso a caballo, y procuró tomar un bosque, para assegurarse; pero a este tiempo dividida la caballería imperial, yendo en una parte el Duque de Alva, el Duque Mauricio, Launoy y Espinel, y en la otra el Emperador, el Rey don Fernando con sus dos hijos y el Príncipe de Piamonte, acometiendo por los costados la gente de el Elector, la derrotaron de el todo, durando la batalla desde el mediodía asta la noche, en que murieron dos mil infantes y quinientos caballos; se tomaron treinta y dos

© Biblioteca Nacional de España



Cañón fundido por Loefler

piezas de artillería, diez y siete banderas y nueve estandartes y todo el tren y vagajes, en que se hallaron muchas riquezas. Fueron muchos los prisioneros, y entre ellos el Príncipe Hernesto de Brunsvic; Juan Federico, hijo de el Elector, salió herido de la batalla, y con Blichingo y Reclodo, y cuatrocientos caballos, se fué a Uvitemberg, y pareciéndole que estaba poco seguro, se passó a Gota.

»El Elector haviendo mucho tiempo animado a los suyos, viéndose perdido, procuró escaparse de la rota con su caballo; pero como se huviessen adelantado, siguiendo el alcance, cuatro soldados de a caballo españoles, cuatro italianos y dos húsares o húngaros, le cercaron, diciéndole: que se rindiesse, y resistiéndose, uno le tiró una cuchillada y le hizo una herida en el carrillo izquierdo, con que se rindió. Esa noticia llegó a los oídos de el Duque de Alva, que luego la puso en los del Emperador, que le mandó: que inmediatamente trajesse a su presencia a el Elector, lo cual executó el Duque de Alva. El Elector de Saxonia era summamente gruesso, y armado como estaba llegó a la presencia de el Emperador sobre un fuerte caballo frisón y lleno el rostro de sangre de la herida que havía recibido, solicitó desmontarse, y no lo permitió el Emperador, atendiendo a su corpulencia y el trabajo que le ha-

© Biblioteca Nacional de España

vía de costar. El Elector entonces se quitó el sombrero, y dixo a el Emperador: poderosíssimo, y piadosíssimo Emperador, pues a la fortuna plugo hacerme vuestro prisionero; y entonces le interrumpió el Emperador diciéndole: Ahora me llamáis Emperador, de diferente modo me llamabais antes; a cuyas palabras quedó penetrado el Elector, sin poder proseguir y bajando los ojos y espaldas, confessó con el silencio su delito y le suplicó: que le tratase conforme a su calidad; a que le respondió: que sería tratado como merecía, y dió orden que fuesse puesto en buena guarda, que el Duque de Alva encargó a el Maestre de Campo Alonso Vibas, que era un gran soldado: con que a media noche llegó a su campamento diciendo a sus españoles las palabras de Julio César: pero más noblemente dichas: *Vine y vi, y Dios venció,* dando a su Majestad la gloria de el vencimiento. Omitimos algunas circunstancias de esta victoria, que algunos escriben, y los más cuerdos no creen, por no ser necessarias para la gloria de ella.» (24 de abril de 1547.)

«Hemos de confesar también que el Elector de Sajonia en todo el tiempo de este infortunio enseñó y practicó lo que enseña la Filosofía Moral más severa, por la constancia y firmeza de ánimo que motivó en su desgracia, sin mudar de rostro, ni reparársele flaqueza de ánimo, tristeza o impaciencia, igual asimismo en el estado de mayor prosperidad.»

Los premios fueron muchos, alcanzando Mauricio el Electorado y gobierno de Sajonia. El Landgrave de Hesse, que se hallaba en Halle, se entregó prisionero y le fué perdonada la vida, con determinadas condiciones, pero quedando preso.

El Emperador se incautó de toda la artillería de los príncipes y ciudades protestantes, hasta 600 piezas que estuvieron por algún tiempo expuestas en Francfort a manera de trofeos.

© Biblioteca Nacional de España

El Interim. Terminada tan gloriosamente la guerra, el vencedor de Muhlberg, deseoso de asegurar el sosiego reunió la Dieta en Augsburgo, a la que concurrieron el príncipe Maximiliano, hijo del Rey de Romanos, la reina D.ª María (hermana del Emperador), el cardenal de Trento, todos los Electores del Imperio, el duque de Cleves, los príncipes y ciudades libres de Alemania (30 de julio de 1547).

Carlos V consiguió que fuese reconocido el Concilio como supremo tribunal en materia religiosa, a condición, sin embargo, de que sería independiente y se atendría exactamente a las disposiciones de la Iglesia, estableciéndose un acuerdo previo hasta su reunión.

Por desgracia, lo mismo el Concilio (trasladado ahora a Bolonia), que el Papa Paulo III no se daban mucha prisa en redactar el acuerdo en cuestión, en vista de lo cual, y en vista también de que los protestantes se negaban a tener participación en la Comisión que debía buscar la fórmula de unión provisional, expidió por sí y ante sí el famoso *Interim* de Augsburgo (marzo de 1548), calificado de «camisa de fuerza» para el protestantismo alemán.

La publicación de este *Interim* era una evidente intrusión en el poder de la Iglesia, como lo indica su mismo título: «Declaración de S. M. I. y R. que determina cuál ha de ser la religión en el Santo Imperio Romano hasta la celebración de un Concilio general.» No tuvo, pues, nada de particular que Paulo III calificara de cismático y hereje al Emperador y que algunos teólogos tacharan a Carlos V de perseguidor de la Iglesia.

Así logró el César descontentar a luteranos y católicos, quejándose éstos de las doctrinas luteranas contenidas en el *Interim* y doliéndose los primeros de la violencia que se ejercía sobre sus conciencias.

© Biblioteca Nacional de España

Disensiones entre el César y el Papado.

Tan recios eran los ataques de Paulo III, que el César llegó hasta pensar en suprimir el poder temporal de los Papas, según resulta del proyecto de discurso enviado por Carlos V a su embajador en Roma D. Diego Hurtado de Mendoza para que lo pronunciara ante el Papa. He aquí algunos párrafos del citado documento, cuya minuta se halla en Simancas y ha sido publicada por los Sres. Marichalar y Manrique, y el Sr. Ortega y Rubio.

«El Emperador, con su Consejo, ha concluído que lo temporal de la Iglesia, estando en la mano de la dicha Iglesia, ha seydo causa que el ymperio de Roma esté en grande manera abajado e disminuydo, y de sí mismo de pequeña fuerza y auctoridad, el qual antigoamente solía ser patrón de todo el mundo, y por lo semejante la Iglesia y Sede Apostólica como cabeza; y por ser más dada al señorío temporal ha perdido la mayor parte de la auctoridad espiritual, y de la reverencia y devoción de los christianos. Por lo qual, viendo que este abuso y confusión de lo espiritual con lo temporal es causa de tan grandes abusos, miserias, heregías y infelicidades de todos los christianos y principalmente de la Italia, de la Iglesia y del Imperio; él ha deliberado por vía de paz si él puede, *o fuerza de armas,* quitar tal confusión, restituir a la Iglesia y Sede Apostólica su estado y auctoridad unibersal del estado eclesiástico y al Imperio su temporal. *Plantar y establecer la silla ymperial en Roma y se asentar en su Capitolio,* dexando el Vaticano a nuestro dicho Santo Padre, y juntamente hazer reconocer unibersalmente de todos los Reyes y otra gente, y también dexar tanta señoría temporal en donde le plazerá para conservar su dinidad. Y esto querría hazer el Emperador con paz, reintegrando nuestro dicho Santo Padre y el Sacro Consistorio, restituyéndole la auctoridad unibersal de la Iglesia, dexando el Vaticano que es de agua del Tibre, y lo temporal

© Biblioteca Nacional de España

de Bolonia y la Marqua y Romanía, y otra tierra que se querrá para la conserbación de la dinidad apostólica, e obligando asimismo el Imperio todos los Reyes, Príncipes y señoríos de la christiandad a toda reverencia y obediencia. Y por este medio el Pontífice, descargado de todos los negocios seculares, podría entender en el gobierno unibersal de la Santa Iglesia y como padre, pastor y árbitro de todos los príncipes christianos, conservar a aquéllos en paz y unión... Con los medios susodichos Carlos V querría asegurar la dinidad de la Sede Apostólica, del Imperio y de todos los otros Reyes y señores christianos, tanto en Italia como fuera de ella, obligando a aquellos con sus reynos a la conservación de la mesma recíproquamente.»

Defección de Mauricio de Sajonia.

Habían transcurrido tres años desde la publicación del *Interim*, cuando aquel valiente Mauricio de Sajonia, que, con ser protestante, tan grandes servicios (espléndidamente recompensados) había prestado al Emperador, hubo de convertirse en irreconciliable enemigo de éste.

Había marchado contra la ciudad de Magdeburgo, por resistirse a las órdenes del César en lo relativo al *Interim* (1551) y obligó a dicha ciudad a rendirse, después de lo cual licenció sus tropas, que se pusieron á las órdenes de su hermano Augusto de Sajonia.

Creído Mauricio que el Emperador apreciaría el servicio que acababa de prestarle, pidióle la libertad de su suegro el Landgrave de Hesse, a lo cual respondió Carlos V muy tibiamente.

Llególe al alma la repulsa a Mauricio y decidió vengarse en cuanto tuviese ocasión. Acompañáronle en su sentir otros muchos príncipes: el marqués de Brandeburgo, Alberto, el hijo del Elector de Sajonia y demás, así católicos como protestantes, y sabedor de ello el rey de Francia envió al obispo de Bayona a verse con

© Biblioteca Nacional de España

aquellos señores y concertar con ellos una liga contra el Emperador, como así fué.

A primeros del siguiente año (1552) recibían los príncipes 400.000 ducados del francés para levantar tropas. Fingió Mauricio de Sajonia la mayor adhesión al Emperador, pero lo que hizo fué juntar un buen ejército y lanzarse en su persecución. En 1.º de marzo se apoderaba de Augsburgo, y consecutivamente de Friburgo y Clusa. Victorioso siempre, marchó ahora sobre Inspruck, en el Tirol, donde se hallaba el Emperador, para apoderarse de su persona. Por fortuna, fué el César avisado oportunamente y pudo escapar, de noche, bajo una lluvia torrencial, en una litera, en dirección hacia Villach, pueblo de Carintia, dejando abandonada su recámara, de suerte que al entrar Mauricio de Sajonia en Inspruck hacía pocas horas había salido el Emperador. El Concilio de Trento, a la noticia de hallarse tan cerca el ejército luterano, acordó disolverse.

Una inesperada oferta de socorro recibió entonces el Emperador, y fué la que le hizo la República de Venecia, fineza que estimó el César, pero que no aceptó.

Tratado de Passau.

Salió contra Mauricio de Sajonia el rey de Romanos, que le ordenó cesase en las hostilidades, a lo cual se negó aquél, diciendo que necesitaba el consentimiento de todos los príncipes de la Liga. Convínose, sin embargo, en avistarse unos y otros en Passau, y por fin el 22 de julio de 1554, después de tantos años de agitación y a los seis años de terrible guerra civil, quedó ajustada la paz.

Según los términos del Tratado, quedaba reconocida la libertad religiosa en todos los dominios de los príncipes de Alemania; podían volver a su país todos los ministros protestantes, sin que nadie les pudiese molestar por ello; pondríase inmediatamente en libertad al landgrave de Hesse; los príncipes confederados con el rey de Francia se saldrían de la Liga hecha con él.

© Biblioteca Nacional de España

Así quedó triunfante la Reforma, después de haber sido el combatirla la principal preocupación del Emperador desde su advenimiento al trono, y al pensar en la esterilidad de tantas campañas como había emprendido el César no se puede menos, imparcialmente, de lamentar su política, que nos llevó a la decadencia y nos enzarzó en dos largos siglos de guerras cuyo objetivo nada nos importaba.

Juan Federico, elector de Sajonia

Y en efecto, ¿qué sacamos de Pavía y de Muhlberg? No por eso dejó Francia de hacernos continua guerra y de triunfar el protestantismo. Aquel poder personal de Carlos V nos llevó a desastres como el de Argel y ocasionó graves conflictos en América.

Nunca será bastante lamentado el advenimiento de la casa de Austria al solio de los Reyes Católicos: pérdida de las libertades de Castilla y de Valencia, como primer paso para el total aniquilamiento de las libertades regionales y entronizamiento de la más violenta centralización; ruina de España para atender a guerras que nada nos importaban; preparación de un estado social que debía colocarnos a la cola de Europa en progreso y en riqueza, aparte de lo cual no se diga que Carlos V empuñó la espada para sostener incólume la causa del catolicismo. Ya hemos visto cómo había atacado al Papa Clemente VII, por

© Biblioteca Nacional de España

cuestiones meramente políticas; cómo más de una vez había vacilado, lo mismo que Francisco I, entre la Iglesia Romana y la Reforma; cómo había concebido la idea de acabar con el poder temporal.

Fué hombre de una actividad morbosa, pero que a nada conducía. Su humillación, en Passau, vencido por Mauricio de Sajonia, demostró que aquella colosal estatua tenía los pies de barro.

Había comenzado la decadencia española, consumada totalmente en tiempo del segundo Carlos.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

LA INSURRECCIÓN DE NÁPOLES

ORÍGENES.—LA INSURRECCIÓN. — INSTRUCCIONES DE CARLOS V A SU HIJO.

(1546-1547)

Origen de la insurrección

Para no interrumpir el relato de la guerra de Alemania hemos dejado para este capítulo la relación de las graves alteraciones ocurridas en Italia mientras el Emperador se las había con los protestantes germánicos.

Era el caso que las doctrinas luteranas se habían propagado también a Nápoles, predicadas por cierto fraile llamado Bernardino Ochino, que consiguió volverles la cabeza a no pocos plebeyos y aun a gente distinguida, no ocurriéndole nada mejor al César que ordenar al virrey de aquel Estado, D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, introdujera, «por modos suaves», la Inquisición al modo de España, pero desde luego comenzó la mayor agitación contra tal designio, exagerándose el rigor con que procedía dicho Tribunal (1546). Reunidos los representantes de las magistraturas, de la nobleza y del pueblo, acordaron unánimes negarse a que se estableciera el Santo Oficio, resolución a que dió mayor

© Biblioteca Nacional de España

autoridad un rescripto del papa Paulo III ordenando que ningún seglar pudiese juzgar a los reos de herejía, por pertenecer directamente su juicio a la jurisdicción eclesiástica.

En tal estado las cosas, y siendo cada día más profundo el horror que inspiraba la idea de ver establecido en Nápoles el Tribunal de la Fe, sucedió que llevando un alguacil preso a un hombre comenzó éste a gritar que le llevaban a la Inquisición, lo cual dió lugar a un alboroto horrible.

Cinco jóvenes, de las más distinguidas familias, arrebataron el preso al alguacil, pero fueron luego capturados y encerrados en una torre. Sabedor de tamaño desacato, el virrey, sin encomendarse a Dios ni al diablo y obrando de la manera más impolítica, cruel e inicua mandó dar garrote a tres, con orden de arrojar luego sus cadáveres a la calle y pena de la vida al que los recogiese o enterrase sin su permiso.

Tal atrocidad hizo que los napolitanos se levantaran como un solo hombre contra el bárbaro verdugo, debiéndose a las súplicas de la nobleza que no pasara adelante la cosa, mientras el Virrey, con gran majeza, paseaba, con 200 arcabuceros, por las calles de la ciudad desafiando al pueblo (primeros de diciembre de 1546).

La insurrección.

No es menester decir el desasosiego que desde entonces reinara en la ciudad. Había continuos desórdenes y así pasaron algunos meses hasta que un día de julio (1547), como corriera la voz de que habían salido del castillo 300 arcabuceros españoles, se puso en armas toda la ciudad; tocaron a rebato las campanas y juntóse la gente en la plaza, sin hallar quien se les opusiese. A falta de jefe, proclamaron al marqués de Pescara, que era niño, y poniéndole a su frente, con un crucifijo en la mano, realizaron lo que llamaríamos hoy una manifestación, al grito de: *¡Viva el Emperador, y la unión a su servicio!*

© Biblioteca Nacional de España

El virrey, marqués de Villafranca, tenía recibidas ya instrucciones del César para que reprimiese inexorablemente los tumultos y, en su consecuencia, mandó al día siguiente salir de los castillos las tropas españolas,con orden de matar a cuantos encontrasen con armas en la vía pública.

Chocaron los populares con los soldados, y por espacio de tres días fué teatro Nápoles de una horrible batalla en las calles, muriendo gran número de unos y otros. El virrey Toledo mandó que los cañones de los fuertes dispararan contra la ciudad, cuyos edificios hubieron de sufrir gran daño hasta que, por mediación de respetables personas, se concluyó un armisticio, mientras por una y otra parte se enviaban diputados al Emperador para que decidiera. Fueron nombrados, en representación de Nápoles, el Príncipe de Salerno y Plácido Sancho, y el virrey envió a D. Pedro González de Mendoza, marqués de Valde Siciliana.

Tardaba en recibirse noticias, pues era cuando Carlos V andaba de aquí para allá, venciendo en Muhlberg y reuniendo Dietas, y como el marqués de Villafranca sospechase que se conspiraba contra él pidió auxilios al gobernador de Milán, D. Fernando de Gonzaga y a su yerno Cosme I de Médicis, duque de Florencia. Supiéronlo los napolitanos, y acordaron matar a todos los españoles antes de que llegasen los socorros. Sorprendidos doce soldados nuestros por 300 vecinos, fueron degollados todos; disparó contra la ciudad la artillería de los castillos; salieron de éstos 300 arcabuceros y dispersándose por calles y plazas pasaron a cuchillo a cuantos encontraron con armas, «durando esta contienda un día y una noche sin cesar».

La Junta de Defensa de la ciudad, resuelta a tomar venganza, publicó un bando levantando el destierro y la proscripción a todos los delincuentes y foragidos, lo cual hizo que entraran en Nápoles más de cinco mil,

© Biblioteca Nacional de España

que, en lugar de ayudar, se entregaron al saqueo, la violación y la matanza.

La compañía de Juan de Mendoza, salida del Castillo Nuevo, se apoderó de la plaza del Olmo y de gran parte de la Vía Catalana; mataron a cuantos ciudadanos encontraron y saquearon y quemaron todas las casas. La de Diego de Orihuela, aumentada con soldados de otras compañías, se hizo dueña del barrio de San José, en el cual, en menos de dos horas, fueron degollados 150 insurrectos defensores de aquellas casas, haciendo luego lo mismo en el barrio de Santa María la Nova. «Continuábase, dice Ferreras, el disparo de la artillería de día y de noche, y era tan grave el daño que hacía en la ciudad que no había seguridad en parte alguna, oyéndose en todas partes lastimosos alaridos y una lamentable confusión.»

Horrorizados los ciudadanos ante aquel cuadro de matanza y de ruina, designaron una comisión que fuera a visitar al virrey D. Pedro de Toledo en demanda de que cesaran las hostilidades hasta recibir la respuesta del Emperador (22 de julio de 1547). No deseaba aquél otra cosa y accedió, pero a la siguiente noche rompióse de nuevo el fuego con extremado furor.

Era que unos 3,000 vecinos del barrio de Santa María la Nova, sedientos de venganza contra Orihuela, que se había atrincherado en dicho lugar, se habían reunido para atacarle. El asalto fué terrible, pero el valiente capitán español se defendió con tal bravura que no pudo ser desalojado. El furor de los sublevados llegó al extremo de incendiar un convento de monjas, contiguo al edificio donde estaban parapetados los españoles, debiendo las religiosas su salvación al amparo del citado capitán.

El virrey, furioso con la hecha, mandó que de nuevo fuese cañoneada la ciudad, con los consiguientes destrozos, y para colmo de males, los villanos foragidos

© Biblioteca Nacional de España

aumentaron el horror de la situación entregándose al saqueo y la matanza en vez de pelear en defensa de quienes tan incautamente habían introducido al lobo en el redil.

Los atribulados napolitanos pidieron socorro entonces a las ciudades de Capua, Aversa, Nola y las de la Tierra de Labor, que se apresuraron a prestárselo, comenzando por destruir los molinos donde se fabricaba la harina para los castillos ocupados por las guarniciones españolas, negándose a llevarles el pan y demás vituallas y causándoles cuantas vejaciones podían a los soldados y naturales de España.

Por fin, a principios de agosto llegaron los enviados con la respuesta del Emperador. Mandaba éste que todos los ciudadanos volviesen a la obediencia del virrey y entregasen las armas, y concedía perdón general a todos, menos a 30 personas.

Duro había de hacérseles a los napolitanos tener que continuar gobernados por el marqués de Villafranca, por el grande odio que le tenía, y no menos entregar las armas, por lo cual sólo se devolvieron algunas, y aun elegidas entre las peores.

Era imposible, sin embargo, que pudiera continuar la resistencia. Por fin, llegaron a Nápoles, a bordo de 24 galeras mandadas por Doria, los socorros de Milán —2,000 españoles, —y se sabía andaba muy cerca el Duque de Florencia con 4.000 soldados. A tal noticia, escaparon los foragidos, aunque muchos perecieron perseguidos por los ciudadanos; los principales jefes y promovedores de la revolución se pusieron en salvo, emigrando a otros países y la ciudad entregó las armas, incluso 25 piezas de artillería.

El virrey, implacable, mandó entonces que saliese la infantería española a castigar las ciudades y pueblos que se habían adherido al alzamiento, pero no hubo lugar a disparar un tiro, pues todos se apresuraron a

© Biblioteca Nacional de España

prestar acatamiento y cumplir la pena que les fuera impuesta por el virrey. El de Villafranca, tranquilizado, despidió a las tropas del florentino, su yerno y se quedó solamente con los soldados españoles que en ellas figuraban, y con los del tercio de Milán.

El castigo impuesto por el virrey Toledo fué el pago, como indemnización de guerra, de 100.000 ducados, aparte del abono de daños y gastos y que ni en Nápoles, ni a 40 millas a la redonda pudiese nadie traer ni tener arma de fuego sino sólo espada para su defensa, medida que ofendió de tal manera a muchas personas, que emigraron.

«Este fué el fin de esta lastimosa sublevación, dice Ferreras, que unos atribuyeron a la áspera condición del virrey, y otros a la licenciosa libertad de los napolitanos.»

Ferreras no podía decir que la culpa era toda de Carlos V, al ordenar al virrey de Nápoles que pusiera allí la Inquisición española, tal vez muy benigna, tal vez muy prudente, pero que *gozaba* de detestable reputación.

Apéndice

Instrucciones del Emperador al príncipe D. Felipe:

Hijo, pues ya my partida destos rreynos se va allegando y cada dya veo quán forçosa es y que sólo este rremedyo tengo para prouar que tal le podré dar en los cargos que Dios me ha dado, y para que (pues tanto contra my voluntad y forçosamente he empenado y enpobrecydo la hazienda que os tengo de dexar, que por my culpa y por dexar de hazer lo que deuya y podya no os dexasse menos herencia que de mis padres eredé, he determynado de executarla, como en Madrid os dixe y a los de my consejo, y de dexaros, como es rrazón, durante my ausencia en mi lugar para que

© Biblioteca Nacional de España

gouernéys estos rreynos. Y no enbargante que vuestra edad es poca para tan gran cargo, todauya se han visto algunos de no mayor edad que por su ánymo, virtud y buena determynación se an mostrados tales que sus obras an sobre puj[ado] su poca edad y experiencia.

Y asy, hijo, es necesario que os esforçéys y os enmendéys a Dyos para quél os fauoresca de manera que le podáys servyr en ello y juntamente ganar honra y fama perpetua, y a my vejes me deys tal rreposo y contentamyento que yo tenga muy mucha causa de dar gracias a Dyos de hauerme hecho padre de tal hijo.

Para este efecto, ante todas cosas, auéys menester determynaros en dos cosas, la una y principal, tener siempre a Dyos delante de vuestros ojos y ofrecerle todos los trabajos y cuydados que auéys de pasar y sacrificaros y estar muy pronto a ellos, y lo otro creer y ser sujetto a todo buen consejo. Con estas dos proposiçiones supliréys la falta de vuestra poca edad y experiencia y la tomaréys tal con el tiempo que, de aquí a poco, seréys bastante y capaz para gouernarlos bien y cuerdamente.

Y para que por my parte no dexe de daros la información que yo supiere y entendyere de cómo en esta gouernación os aueys de guyar, os escrivo, hijo, esta carta, la qual podréys tomar por acuerdo y instruxión de lo que auréys de hazer en ella; y avnque no siento en my suffiçiençia para daros las reglas que conuyene, todavía confío en Dyos quel me trayrá la péndula de arte que os diré lo necesario y cosa que, sy lo hazéys, él se terná por seruydo de vos, y así plega a él de endereçaros a este efecto.

Como dicho está le aueys de tener siempre delante de los ojos; nunca os descuydéys de seruirle; seed deuoto y temeroso de ofenderle y amalde sobre todas cosas; seed fauoreçedor y sustentad su fe; nunca per-

© Biblioteca Nacional de España

mytáys que heregías entren en vuestros rreynos; fauoreçed la santa Inquisición y tened cuydado de mandar a los oficiales della que vsen bien y rectamente de sus ofiçios y administren buena justicia, y en fin por cosa del mondo no hagays cosa, ny por cosa que os pueda acontecer, que sea en su ofensa.

Hijo, auéys de ser muy justiciero y mandad siempre a todos los ofiçiales della que la hagan rrecta y que no se mueuan ny por afiçión ny por paçión, ny sean corruptibles por dádiuas y por ninguna otra cosa, ny permitáys que en ninguna manera del mondo ellos tomen nada; y al que otra cosa hiziere mandalde castigar, y nunca conoscan los ministros della que por amor, afiçión, henojo o paçión os mouéys, ni mandys cosa que sea contra ella; y sy sentys algun enojo o afiçión en vos, nunca con esse mandéys executar justicia, principalmente que fuesse crimynal; y aunquesta virtud de justiçia es la que nos sostiene a todos, emytando a nuestro señor que de tanta miserycordya vsa con nosotros, vsad della y mesclad estas dos virtudes de arte que la vna no borre la otra, pues de qualquiera dellas de que se vasse demasiadamente serya hazerla vicio y no virtud.

Auéys de ser, hijo, en todo muy templado y moderado. Guardaos de ser furyoso y con la furya nunca executéys nada. Seed afable y humilde. Guardaos de seguir consejos de moços ny de creer los malos de los viejos. Apartad de vos todo género de gente deste arte y lisonjeros y hvyd dellos como del fuego, porque son más peligrosos y entran por muchas maneras, y por eso avéys de ser muy cauto en conocerlos, pronto y diligente en apartarlos de vos. Auéys de servyros de buenos, allegarlos y favoreçrlos para que cada vno conosca que queréys a los buenos y aborrescéys los malos.

Y para que mejor podáys hazer todo lo suso dicho, yo os he dexado acompañado de todos los consejos

© Biblioteca Nacional de España

que allá tengo y de más de las ordenanças que cada vno dellos tienen. Hagora con Couos les enbyo sus intruxiones, donde les ordeno la manera que han de tener en aconsejaros y seruyros durante esta my ausencia. También os traye Couos las intruxiones de cómo con cada vno dellos os hauéys de auer; y en esto, hijo, auéys de ser muy dado a tomar los buenos consejos que os darán y seguyr las intruxiones que para esso os enbyo, donde está bien declarado muy particularmente todo lo que en ello conuyene y se ofrece, y asy os rruego y encargo que las sigáys y guardéys y mandéys a todos ellos que las sigan y guarden.

Al consejo rreal encargaréys, conforme a lo que en ellas está contenydo, que administren buena justicia y miren mucho por todo lo que tocare a la buena gouernaçión del rreyno, y que las leyes y ordenanças hechas sean muy bien guardadas y conplidas y que no ynouen, ny permitays ser ynouado las que a my partida mande hazer para euytar los interdichos y cesaçiones a dyuynis sin grande y vrgente causa y excusar los abusos en que en estas y semejantes cosas vsan por parte de la Sede Apostólica; todauya tenyéndole siempre todo el rrespeto y acatamiento que, sin permitir los dichos abusos ny contradezir a las leyes del rreyno, conuyene y es justo que se le tenga y más en estos tiempos que tan desfauorecyda está de muchos.

Las cosas que de las consultas que hizieren rresultaran, ya en las instruxiones está declarado como las auéys de myrar con el cardenal de Toledo, presidente, y Couos, y en esso lo executaréys asy tratando a cada vno dellos, según la calidad y autorydad de sus personas y confiança que yo hago dellos, encargándoles que con mucha conformydad os aconsejen lo que conuyene sin ningún rrespecto, paçión ni confusión.

Lo del Estado lo comunycaréys y trataréys cómo y con las personas contenydas en vuestra instruxión

© Biblioteca Nacional de España

y haréys con ellos y les encargaréys lo mismo, y que siempre entre todos ellos haya mucha conformydad.

En las cosas de la guerra vsaréys, como dicho es en ellas, y porque he hecho el duque Dalua capitán general, le fauoreceréys, honraréys y creréys, porque soy cierto que entiende y vsará bien deste cargo.

Del Consejo de las Indias haréys lo mismo y mandaréys que las ordenanças que postreramente hize sean bien guardadas y executadas.

De órdenes, lo mismo.

Del de la Inquisición, ya está dicho.

A los alcaldes mandaréys que tengan cuydado de la justicia y es necesaryo que les deys sienpre todo fauor.

A todos ellos mandaréys guardar mucho la libertad entre todos para que sus botos sean libres, y estad sobre auyso que los consejeros no se obliguen por amistad en otras cosas que no conuyniese ny ha hazerse parciales y apaçionados.

A la cámara le mandaréys que vsen conforme a sus instruxiones sin que las extiendan en nada.

En lo de la hazienda he mandado hazer vna instruxión de lo que hay y de lo que conuyene gastar. Couos la lleua. Mandaréys que no se toque en ella y que sea obseruada y executada. Y porque esto de la hazienda es hagora el principal y más importante negoçio que yo tengo y de donde se puede receuir gran daño o prouecho a mis negoçios, vos los fauoreceréys y mandaréys, en todas partes donde fuere menester que los favorescan y busquen y entiendan, en todos los medyos por donde ella podrá ser aprouechada y mis negoçios socorridos.

De lo demás que a essos consejos y otros tribunales ay que dezir, rremytome a las instruxiones que os enbyo, porque son muy largas, y ternéys especial cuidado de mandarles tomar cuenta y saber cómo lo hazen, y

© Biblioteca Nacional de España

mandaréys sienpre a las chançelerias que administren buena y breue justicia.

Auéys de tener muy gran cuydado en mirar que se nonbren muy buenos corregidores, y pues los auéys de nonbrar con parecer del cardenal, presidente y Couos, les encargaréys que lo tengan especial de aconsejaros bien en ello y al presidente y Consejo rreal ordenaréys que se desuelen en tomar bien las rresidencias, y en este caso tanbién ternéys gran cuydado que lo que yo digo en vuestras instruxiones sea muy bien conplido y executado.

Tambien por ellas doy la orden que auéys de tener en el firmar, que es que las cartas y prouysiones ordynaryas vayan señala[da]s cada vna del Consejo donde dependyere. No me pesara quel cardenal de Toledo estuuyera presente quando firmarades. Pareçióle, con sólo estar presente, que no podya dar buena cuenta dello. No me pareçió cosa justa que, pues vos firmáuades, que vuiesse otra señal general que la vuestra. Por eso de las otras cartas misyuas y de otras que se podrán ofreçer, he mandado a Couos que tenga cuydado de verlas antes que os las traygan a firmar, y el os auyse de las dificultades que vuyere. Vsaréis dello en esta conformidad y encargale eys que tenga gran cuydado de que no os trayga ny passe cosa que no conuyniesse, y sy en alguna de las que os truxiesse tuuyessedes algún escrúpulo, os podréys informar de don Joan y de otros que os pareçiere para que os digan lo que conuynyere. Guardeos mucho de no firmar cartas particulares en las chançeleryas ny otros tribunales de justiçia en rrecomendación de las partes, porque sabed que, para hazer mal muchas veces toman el rruego del rrey por mando, y para hazer bien, no todos obedecen a sus mandamientos. Tanbyén os guardaréys de no escriuyr ny encomendar de palabra a nady cosa particular, sy no queréys después pagarlo

© Biblioteca Nacional de España

con las setenas. Tanbién guardaos mucho de no dar ny de palabra ny por escrito promesa de cosa de poruenyr ny espectatiua, pues ordynaryamente no se sygue buen suceso de anticipar al tiempo en cosas semejantes.

He ordenado aquí el Consejo de Aragón y tanbién se os harán instruxiones sobre la gouernación de los rreynos dessa corona y sobre la manera del firmar, a lo qual me remyto y vsaréys conforme a lo contenydo en ellas y a lo susodicho. Saluo os auyso ques necessaryo que en ello seays muy sobre auyso, porque más presto podryedes herrar en esta gouernaçión que en la de Castillas assy por ser los fueros y constituciones tales, como porque sus paçiones no son menores que las de otros y osan las más mostrar y tienen más desculpas y hay menos manera de poderlas aueryguar y castigar.

A los obispos mandaréis rresydir en sus yglesias el más tiempo que ser pudyere, y a los que tienen cargos inexcusables, el que les está señalado por la ordenança que dello tengo hecho.

Bien sé que no es necesario encomendaros que tengáys cuydado del servycio y buen tratamiento de la rreyna my señora, pues la rrazón os obliga a ello, y tanbién estoy çierto que los que la siruan le ternán. Todauya os lo acuerdo que le tengáys y encomendéys a los que menester fuere que lo tengan.

Otro tanto digo en lo de vuestras hermanas mis hijas, porque veo quánto las queréys y con razón, y por eso digo, de más que porque me huelgo que sean criadas con el recogimiento que están, que con el deseo de verlas y ellas a vos y a vuestra mujer, que essas visitaçiones sean moderadas y que, quando ally fuéredes, no os tratéys con ellas syno como onbre y con las maneras onestas que conuyne, y que, quando vos o vuestra mujer os juntáredes con ellas, no haya más

© Biblioteca Nacional de España

soltura ny entrada de galanes que hasta aquy, y que en todo haya la reformaçión que conuiene, y para ello no es muy necesario enbyar muchas vezes locos en enbaxadas ny visitas.

De las fronteras y cosas de guerra auéys de mandar que se tenga gran cuydado, y vos le ternóys en que se consuman (?) las capitanyas que vacaren y se metan en las otras.

Daréys, hijo, las audiencias necesaryas y seréys blando en vuestras rrespuestas y paçiente en el oyr, y tanbién auéys de tener oras para ser entre la jente visto y platicado.

Estas cosas son, hijo, las que quanto al gouierno destos rreynos se me ofreçe deziros, y avnque hay algunas de las que tocan al gouyerno de vuestra persona, todauya faltan otras que aquy abaxo diré y que os rruego y encargo mucho que tengáys todo cuydado de executarlas, porque soy cierto que, sy asy lo hacéys, que os hallaréys muy bien dello.

La primera es que auéys ya de pensar que os hazéys onbre y con casaros tan presto y dexaros yo en el gouyerno que os dexo, antiçipáys mucho el tiempo de serlo, antes que por uentura vuestra corpulençia y edad lo requieren. Plega a Dyos que del entendymiento, pues él os dado tal, os aprouechéys y ayudéys de arte que con el hagáys tales obras que suplan vuestra poca edad.

Como os dixe en Madrid, no auyes de pensar quel estudyo os hará alargar la niñez, antes os hará creçer en honrra y rreputación tal que, avnque la edad fuese menos, os ternyan antes por onbre, porque el ser onbre tenprano no está en pensar ny quererlo ser ny en ser grande de cuerpo, syno sólo en tener juyzio y saber con que se hagan las obras de onbre y de onbre sabyo, cuerdo, bueno y onrrado, y para esto es muy necesario a todos el estudyo y buenos exemplos y

© Biblioteca Nacional de España

pláticas; y sy a todos es necesario, pienso, hijo, que a vos más que a nady, porque veys quántas tierras auéys de señorear, en quántas partes y quán distantes están las vnas de las otras y quán diferentes de lenguas; por lo qual, sy las auéys y queréys gozar, es forçoso ser dellos entendydos y entenderlos, y para esto no hay cosa más necessarya ny general que la lengua latyna. Por lo cual, yo os rruego mucho que travajéys de tomarla de arte que, después de corrido, no os atreuáys a hablarla, ni serya malo tanbién saber algo de la francesa, mas no querría que, por tomar la vna, las dexássedes entranbas.

Tanbién, hijo, auéys de mudar de vida y la comunicación de las personas. Hasta agora todo vuestro aconpañamiento han sydo niños y vuestros plazeres los que entre tales se toman. Daquí adelante no auéys de allegarlos a vos syno para mandarles en lo que han de seruir. Vuestro aconpañamiento principal ha de ser onbres viejos y de otros de edad rrazonable que tengas virtudes y buenas pláticas y exenplos, y los plazeres que tomaréys sean con tales y moderados, pues más os ha hecho Dyos para gouernar que no para holgar. Todauya, según vuestra edad, es justo que los toméys a rratos y moderadamente, syn todauya dexar por ellos de entender en los negoçios y asy, quando los querréys tomar, será muy bien que sienpre toméys consejo y deys parte a las personas que cabo vos estuuyeren, para que conforme al tiempo, sazón y los negocios permityeren, los toméys y holguéys; y en esto, como en todo lo demás, estoy bien çierto que vsando del de D. Joan de Zúñiga, no os los quitará, quando sea tienpo, ni os dirá que os empleéys en ellos quando no lo fuere, como por ventura otros muchos que para lisonjearos y traeros a sus voluntades nunca entenderán syno en diuertiros en plazeres, asy en justas, torneos, juegos de cañas, cazas, como en otras cosas por ven-

© Biblioteca Nacional de España

tura aon peores, de que auys de estar muy rrecatado y gardaros dello en todo caso; y en quanto no haréys tanto caso de locos, como mostráys tener condyçión a ello, ny permityréys que no cayan a vos tantos como cayan, no será syno muy bien hecho.

Hijo, plaziendo a Dyos, presto os casaréys y plega a él que os fauoresca para que viuáys en esse estado como conuyene por vuestra saluaçión y que os dé los hijos quél sabe serán menester; mas porque tengo por muy çierto que me auéys dicho verdad de lo pasado y que me auéys conplido la palabra hasta el tienpo que os casáredes, no poniendo duda en ello, no quiero hablar syno en la exortación que os tengo de dar para después de casado, y es, hijo, que, por quanto vos soys de poca y tierna edad y no tengo otro hijo sy no vos, ni quiero auer otros, conuyene mucho que os guardéys y que no os esforçéys a estos principios de manera que rreçybyéssedes daño en vuestra persona, porque demás que esso suele ser dañoso, assy para el creçer del cuerpo como para darle fuerças, muchas vezes pone tanta flaqueza que estorva a hazer hijos y quita la vida, como lo hizo al príncipe D. Joan, por donde vyne a heredar estos rreynos.

Çierto es que no os caso con estos fynes syno para todo lo contraryo, y myrad qué inconuenyente serya sy vuestras hermanas y sus maridos os vuyessen de heredar y qué descanso para mi vejes; por eso os auéys mucho de guardar quando estuuyéredes cabo vuestra mujer, y porque eso es algo dificultoso, el rremedyo es apartaros della lo más que fuere posible, y assy os rruego y encargo mucho que, luego que auéys consumido el matrimonyo, con cualquier achaque os apartéys y que no tornéys tan presto ny tan amenudo a verla, y quando tornáredes, sea por poco tienpo; y para que en esso no haya falta, aunque ya de aquy adelante no auéys menester ayo, quiero que en este

© Biblioteca Nacional de España

caso solo lo sea D. Joan, y, conforme a lo que os dixe en su presencia, no hagáys en ello syno lo quél os dixere, y por esta le mando que en aquello, avnque os enojase, no dexe dezir y hazer todo lo que en él fuere para que assy lo hagáys; y os rruego, hijo, que no os enojéys con él ny toméys a mal lo quél hiziere, y para no venyr en eso, os ruego que con sola su administraçión y consejo le hagáys de manera que yo quede contento y satisfecho dello.

Asy tengo ordenado al duque y duquesa de Gandya que hagan lo mismo con la Prinçesa my hija quando estuuyeren con ella y la tengan apartada de vos syno a los tiempos y rratos que para vuestra vida y salud se podrá çufrir, y asy os rruego y encargo mucho que, en quanto me queréys dar todo contentamiento, que lo hagáys asy y por cosa que os digan no hagáys otra. Mas por que estoy çierto que muchos por sus intereçes y por contentaros y conplazeros os dirán sobre ello mil neçedades, vnos para inçitaros que estéys con ella y otros por ventura, estando ausente, para meteros en otras cosas que seryan muy malas, yo os rruego, hijo, que se os acuerde de que, pues no auréys, como estoy çierto que será, tocado a otra mujer que la vuestra, que no os metáys en otras vellaqueryas después de casado, porque serya el mal y pecado muy mayor para con Dyos y con el mundo, y demás los desasosiegos y males que entre vos y ella se podrían seguyr dello, serya mucho contra el efecto porque os aparto della; y por eso tened constançia y firmesa, para rresistir y perseuerar en essa buena intençión, que soy cierto tenéys hechado desdel prinçipio todo género de plática y presonas que a esso os podrían inçitar y mouer, y con hauer hechado dos, sobre muy que no tornara el tercero.

Auéys, hijo, de encargar mucho a vuestros ofiçiales y a los de vuestra mujer que haya gran conformidad

© Biblioteca Nacional de España

entre ellos, y en gran manera deuéys de mandar que lo que vos y ellos por vuestro mandado ordenaren, en lo quel marydo ha de mandar a la mujer y a los suyos, seáys y ellos obedeçidos. En lo que tocare al seruicio, buena orden y encerramiento de la casa, auéys de dar todo fauor y calor a sus ofiçiales para que hagan todo lo que para ello fuere necesario, y en esso tener mucho la mano y mandarles que no hagan otra cosa, y para este efecto no conuyene dar mucho crédyto ny entrada ny mensajeryas a locos.

Y generalmente, hijo, os rruego y encargo mucho que en todo lo suso dicho hagáys y syguáys la orden que en ello os doy, y porque sé que faltan muchas otras cosas que dezir ques inposible acordarse de todo y que también, como se dize, ay sienpre más casos que leyes, conuyene que, asy en los que demás y nueuamente se podryan ofreçer, y en el entendymiento destos dichos, lo hechéys sienpre a la mejor parte y con vuestra virtud y buen juyçio endereçéys y acreçentéys sienpre todas cosas en virtud y bondad y que no seáys negligente en las cosas que auréys de hazer; y porque avn los viejos han menester quien los despierte y acuerde muchas vezes lo que conuyene, y que en caso proprio no hay quien no ha menester consejo, os rruego, hijo, que en todo lo susodicho y en lo demás que se podrá ofrecer tengáys a D. Joan de Çúñiga por vuestro relox y despertador y que seáys muy pronto a oyrle y también en creerle. Y asy, hijo, en las cosas quél viere conuenyr avisaros, le mando por ésta que lo haga, y sy algunas vezes por descuydo vuestro fuese menester quél hiziese instançia sobre ello, también se lo mando, porque quando el sueño es pesado, algunas veces es menester que quien despierta sea con pesadombre; mas essa bien sé que no la ternéys, pues tener estos despertadores es lo que hemos más menester todos. En las cosas de todo género de negoçios donde principalmente

© Biblioteca Nacional de España

estuuiéredes confuso y inrresoluto, os podéys aconsejar dél y encargarle que lo haga con la fe y amor que soy çierto él hará, y no os hallaréys mal de su consejo. En todas las otras cosas, doy a ca[da] vno su orden, y porque veys la confiança que yo hago de Couos y la esperyencia que tiene de mis negocios y questá más informado y tiene más plática dellos que nady, tanbién en ellos y en las cosas que os pareçiera tomar su informaçión y consejo lo toméys. Tanbién tenéys el obispo de Cartajena, ques de la virtud y buena intinción que todo saben, al qual encargaréys que haga lo mismo, principalmente en las cosas que fueren de su professyón, y asy podréys leer esta carta o instruxión, sy asy os pareçyere, tanbién delante del obispo, para que cada vno dellos en su calidad y ofiçio os acuerden y supliquen todo lo que vieren conuenyr al buen effecto della y a my contentamiento y a vuestra honrra, bien y seruiçio. Y os dé Dyos, hijo, buen entendimiento, voluntad y fuerças para enplearos en ellas de arte y hazer tales obras que él sea seruydo y vos merescáys después de largos dyas su parayso, el qual le suplico que os dé con la prosperidad que os desea vuestro buen padre. — *Yo el Rey.* — Hecha en Palamós a quatro de mayo de 1543.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

LUGARTENENCIA DEL PRÍNCIPE D. FELIPE

CASAMIENTO DEL PRÍNCIPE D. FELIPE. — D. FELIPE LUGARTENIENTE.—CASAMIENTO DEL PRÍNCIPE CON LA REINA DE INGLATERRA

(1543 - 1554)

Casamiento de D. Felipe

Entretenidos en dar cuenta de las proezas del Emperador en Alemania y de los tumultos de Italia, hora es ya de dedicar algunas líneas a lo relativo a nuestra España.

En primer lugar hay que decir que el Emperador sólo se acordaba de Castilla para pedir dinero y soldados.

Retrocedamos hasta el año 1543. El Emperador llega a Valladolid, foco del ahogado movimiento comunero, y lo primero que hace es ordenar levas en los reinos de Castilla y pedirles, no a las Cortes, sino por separado a los nobles, prelados y ciudades, 400.000 ducados, que se le dieron.

No dice mucho en favor del cuidado hacia nuestra agricultura la terrible plaga de langosta del año anterior, con que se padeció mucha necesidad, especialmente en Castilla la Vieja.

Siempre atrafagado el Emperador con tanto qué

© Biblioteca Nacional de España

hacer, ora aquí, ora allá, ora acullá, hubo de echar de ver que su primogénito D. Felipe era ya casadero y pensó, por lo tanto, enlazarle con la infanta D.ª María de Portugal, hija de D. Juan III; para tal efecto envió por embajador a Lisboa a D. Luis Sarmiento. Duele tener que emplear frases tan poco parlamentarias como «por atún y a ver al duque», pero en realidad no fué otra la misión de Sarmiento: pedirle al rey D. Juan la mano de D.ª María y al mismo tiempo «cantidades» sobre el comercio de las Molucas. El portugués vino en ello con el mayor gusto.

Era cuando el Emperador, desasosegado siempre, se disponía a castigar la rebeldía del duque de Cleves (1543) y se concertaba, con grandísimo escándalo de los franceses, con el anglicano Enrique VIII, para atacar a Francisco I.

Antes de ausentarse de España dejó nombrado el Emperador por su lugarteniente a D. Felipe, dándole por ministro de la Guerra al duque de Alba, por si acaso el francés volvía a invadirnos por Cataluña, Aragón o Navarra, y por secretario en lo político a Francisco de los Cobos.

Ya hablamos, con encomio, como era debido, de las sabias, prudentes y patrióticas instrucciones que le dejó a Felipe. Y arreglada así la cosa, partió el Emperador para Barcelona, donde debía embarcarse para Génova, y desde allí trasladarse a Alemania.

Ya ausente el Emperador, casó D. Felipe, por poderes, con D.ª María de Portugal, la cual llegó luego a Castilla con grande acompañamiento, embarcándose en Lisboa y siguiendo por el Tajo hasta Alcobaza, para continuar después por tierra, por Salamanca, hasta Valladolid, residencia del augusto novio.

Repitamos que ocurría esto en 1543; en julio de 1545 se celebraba en Madrid el fausto suceso de dar a luz la reina portuguesa al príncipe D. Carlos, de famosa me-

© Biblioteca Nacional de España

moria, aunque bajo las más funestas circunstancias, pues falleció de sobreparto, «con gran dolor del Príncipe, su marido y los reinos, por sus amables prendas y virtudes».

Así pasaba el tiempo tranquilamente, en España. Los unos se marchaban a América y los otros sentaban plaza en las capitanías para ir a pelear en Alemania. En 1547 D. Felipe celebraba Cortes en los reinos de Aragón para pedirles un donativo.

El joven príncipe se había rodeado de ministros o secretarios pertenecientes al partido aristocrático, o sea el que se había puesto al lado del Emperador, cuando las Comunidades, contra éstas. Digamos ahora que no había desaparecido del todo el partido comunero, el cual contaba con algunas importantes personalidades, como el duque de Alba, habiéndose transformado en *fernandista* cuando la lucha entre el rey de Aragón, regente de Castilla, y su yerno el archiduque. El ministro de quien principalmente se valía D. Felipe era D. Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli.

En este año 1547 moría, olvidado, Hernán Cortés en Castilleja de la Cuesta, como ya dijimos.

Hallábase asaz achacoso en Flandes el Emperador y deseaba ver a su heredero para enterarle debidamente de sus planes y miras, aunque bastante luz podían darle las minuciosas *Instrucciones* que le había dejado al partirse. En su consecuencia, y para que le reemplazase a D. Felipe persona de no menor categoría, aprovechó la ocasión de casarse en Valladolid el príncipe Maximiliano, hijo del rey de Romanos D. Fernando, soberano de Bohemia, con su prima la infanta D.ª María, hija del Emperador, para que desempeñase la lugartenencia el susodicho matrimonio.

Antes de marcharse D. Felipe dejó organizada la casa real conforme a la etiqueta de Borgoña, desterrando por completo la de Castilla, lo cual disgustó mucho a los nobles, aunque todos obedecieron.

© Biblioteca Nacional de España

El príncipe de Asturias salió de Valladolid para Barcelona donde entró con brillantísimo acompañamiento y fué recibido con grandes demostraciones de afecto (octubre de 1548); trasladóse desde Barcelona al Ampurdán, visitó Colliure y Perpiñán y se embarcó en Rosas para Génova. Llegado a esta ciudad se le dispensó un entusiasta recibimiento, bajo multitud de arcos triunfales y comenzaron a llegar enviados del Papa, de Venecia, de Florencia, de Nápoles y Sicilia para felicitarle y colmarle de riquísimos presentes. Siguió luego por Milán, donde no fué menos ostentosamente recibido por su gobernador Fernando de Gonzaga. El viaje fué luego por Mariñán, Lodi, Cremona, Cane, Mantua, Trento, Inspruck, Munich, Augsburgo, Ulm, Heidelberg, Spira, Luxemburgo (primer lugar de Flandes) y Namur, llegando por fin a Bruselas, donde se hallaba el Emperador, a primeros de 1549.

Allí fué jurado D. Felipe príncipe sucesor de aquellos Estados, pero no era éste el principal objeto con que Carlos V había llamado a su primogénito. Tenía el Emperador convocada la Dieta de Augsburgo (1550) para hacer reconocer como sucesor suyo en el Imperio a D. Felipe, ya que era de ver se necesitaría un César *de mucha fuerza*, y no tenía la suficiente su hermano D. Fernando el Rey de Romanos. Opúsose éste enérgicamente, como era natural, y tantas dificultades se suscitaron para la realización de semejante pensamiento, que no tuvo más remedio que desistir, aunque no sin haber molestado profundamente a su hermano.

D. Felipe, lugarteniente

Por fin, cansado sin duda de tanto trasiego, regresó a España D. Felipe, en mayo de 1551, con plenísimas facultades de su padre para el gobierno.

Y no dejó de hacerlo así, empleando toda su autoridad en favor del autor de sus días.

Como si a nosotros se nos importasen nada las tri-

© Biblioteca Nacional de España

fulcas del Emperador con Mauricio de Sajonia, apresuróse Carlos V, refugiado en Villach (Carintia), después de la escapatoria de Inspruck (1552), a escribir a don Felipe le enviase gente y dinero, como así lo hizo; la gente fué recogida en Málaga y el dinero sacado a las Cortes generales de Aragón, Cataluña y Valencia, que reunidas en Monzón aprontaron un fuerte donativo.

Ya en Alemania las tropas españolas, y reunidas con otras procedentes de Milán o levantadas en Alemania, pensó el Emperador, siempre belicosamente inquieto, hacerle la guerra al francés, Enrique II, a cuyo efecto envió un poderoso ejército contra Metz, defendida por el duque de Guisa (1552), pero tuvo que levantar el sitio y retirarse a Flandes al cabo de dos meses de terribles penalidades, después de haber perdido la mitad de su ejército.

Carlos V, enfermo y lleno de pesadumbres, se consoló diciendo que la fortuna, como las mujeres, sólo gusta de la juventud y desprecia los cabellos blancos.

Siempre enemigo irreconciliable de franceses y luteranos, hubo de complacerle ver luchar a brazo partido a dos de los principales jefes de la Reforma: Mauricio de Sajonia (el verdadero causante de su vencimiento) y el marqués de Brandeburgo, Alberto, vencido por Mauricio y obligado a refugiarse en Francia.

Nada bastaba, sin embargo, a aquietar el ardor bélico del Emperador, a quien, por lo visto, no escarmentaban los desastres ni las mayores contrariedades; dijérase que era su elemento guerrear con el mundo entero; por si no bastaran los luteranos, los turcos, los franceses, los napolitanos, los corsarios argelinos, metióse ahora con los sieneses (1552), como si nos importara nada, y sin embargo consumíanse en ello nuestra sangre y nuestros tesoros.

No vamos a referir los trances de aquella campaña de los españoles contra la República de Siena, motivada

© Biblioteca Nacional de España

Carlos V en el sitio de Metz

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

por una insurrección de dicha ciudad contra Cosme I de Médicis, duque de Florencia; lo que sí conviene saber es que como se necesitaba dinero, el Emperador, empeñado siempre, no hacía más que pedírselo a Don Felipe, que, a su vez, no sabía de dónde sacarlo. Por lo mismo pensó en vender, con licencia del Papa, los vasallos que tenían los Prelados, Iglesias y Monasterios y remitirle el producto a su padre, pero sometido el caso a una junta de teólogos estuvieron todos contestes en que ni era lícita, ni necesaria, ni conveniente tal medida.

Casamiento de D. Felipe con la reina de Inglaterra

Había fallecido (1553) el rey de Inglaterra Eduardo VI y le había sucedido su hermana María Tudor, hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, la cual había hecho su entrada en Londres con su hermana Isabel (hija de Ana de Boleyn) y su madrastra Ana de Cleves.

«Esta nación (Inglaterra), dice Lavallée, no sabía qué religión profesaba hacía veinte años. Su parlamento cambiaba de religión en cada reinado, aboliendo lo que había decretado, y persiguiendo lo que él mismo había prescrito. Fué anglicana con Enrique VIII, calvinista con Eduardo VI y católica con María, para convertirse después definitivamente protestante con Isabel.

»Los reformadores excitaron una rebelión que fué ahogada completamente, y María, que era «una mujer virtuosísima y digna de alabanza», aunque de un celo exaltado, resolvió que su reino volviera a entrar en la unidad romana. El parlamento, que siempre estaba dispuesto a sancionarlo todo, se dió prisa en abolir las leyes publicadas contra los católicos, lo mismo que los estatutos religiosos de Eduardo VI, y pidió después por unanimidad que se volviera a entrar en el seno de la Iglesia. El pontífice envió un legado que reconcilió solemnemente a Inglaterra con la Sede Apostólica, declarando irrevocable la enajenación de los bienes del

© Biblioteca Nacional de España

clero (1554). Restablecióse sin obstáculo el culto católico, y María, de acuerdo con el parlamento, dió principio a la persecución de los reformados.»

Carlos V, viendo llegada la ocasión de contar con un aliado contra Francia, pensó en seguida en casar a don Felipe con la inglesa, a pesar de tener puestos aquél los ojos en la infanta de Portugal. El Emperador procedió con admirable actividad: envió a su embajador en Roma, D. Diego de Mendoza, a verse en Londres con el cardenal Reginaldo Poole, que era quien dirigía la política anglicana, consiguiendo la aceptación del matrimonial proyecto, y para que no hubiese diferencia de categorías cedió el Emperador a su hijo el reino de Nápoles y el ducado de Milán.

María Tudor

Era un casamiento que obedecía únicamente a razones de Estado. No solamente tenía la reina María Tudor muy poco que agradecer a la naturaleza, sino que contaba bastante más edad que D. Felipe, pues frisaba con los cuarenta; era, además, huraña, como criada en la tristeza de un retiro, y enfermiza. A todo se avino, sin embargo, el príncipe de Asturias, modelo de filial obediencia y de gentil figura.

Concertóse en las capitulaciones matrimoniales que D. Felipe, en todos los despachos, se llamaría rey de Inglaterra, con D.ª María, pero sin intervención en la gobernación del Estado, que los hijos de este matrimonio sucederían en la corona de Inglaterra y el primo-

© Biblioteca Nacional de España

génito de D. Felipe, el infante D. Carlos, en la de España, y otras prevenciones menos importantes.

Es digno de recordarse que fueron negociadores de este tratado el conde de Egmont, M. de Lalain y Felipe Nigro, todos flamencos.

Dábale el Emperador gran prisa a su hijo para que contrajera enlace cuanto antes y, por lo mismo, para reemplazar a D. Felipe en la lugartenencia de España fué llamada la princesa D.ª Juana de Portugal, su hermana, que al efecto vino de Lisboa.

El viaje del real novio a Inglaterra fué fastuosísimo, pues la expedición se componía de ochenta navíos grandes, cuarenta menores, diez y ocho enviados por doña María y veinte transportes llegados de Flandes, figurando en la comitiva 4,000 soldados.

Desembarcó D. Felipe en Inglaterra el 19 de julio (1554) y se celebró con extraordinaria pompa el desigual casamiento, sobre el cual volveremos más adelante.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII

LA REACCIÓN CATÓLICA

LA ANTI-REFORMA. — LA COMPAÑÍA DE JESÚS. — EL CONCILIO DE TRENTO.

(1540 - 1552)

La anti-reforma.

Antes de dar cuenta del final del largo reinado de Carlos V, debemos referirnos al movimiento religioso que contra la Reforma se había iniciado, y en el cual hubo España de tomar importantísima parte.

La Compañía de Jesús.

Ante la proclamación del libre examen surgió en la mente de un hombre verdaderamente extraordinario la idea de crear una milicia cuyo objeto fuese precisamente la más absoluta obediencia a la Iglesia y la lucha sin tregua con la herejía luterana.

El hombre a quien nos referimos era un apuesto hidalgo guipuzcoano llamado Ignacio de Loyola, nacido en 1491 en el castillo de este nombre. Había sido paje de D. Fernando *el Católico* y escudero del duque de Nájera, virrey de Navarra, que le nombró capitán de una de las compañías que defendían a Pamplona, sitiada por los franceses en 1521, según dijimos ya.

Obligado a abandonar la carrera de las armas, a causa

© Biblioteca Nacional de España

de su cojera, por haber sido herido en una pierna cuando el referido sitio, resolvió servir en adelante en la milicia de Cristo.

No pertenece a este lugar referir la historia privada de Ignacio de Loyola. Baste decir que todo lo que había hecho y había de hacer era castizamente español; juventud borrascosa, espíritu aventurero, exaltado misticismo, extremada piedad con rasgos de temeraria bravura, tal vez visionario, hasta el punto de hacerse sospechoso de *iluminado*, capaz de soportar las más terribles contrariedades y sujetarse a las más duras penitencias, en todo y por todo superior a Lutero, su rival.

San Ignacio de Loyola

Hizo vida eremítica en Montserrat; se hizo pobre mendicante; recorrió Palestina, estudió en Barcelona, en Alcalá, en Salamanca y en la Sorbona de París; estuvo en Londres, en Venecia y en Roma.

En estas correrías hubo de ponerse en relación con algunos hombres que le escucharon y compartieron sus proyectos respecto a la formación de una milicia católica, ciegamente adicta al Papa; fueron esos hombres Pedro de Febre y Lejay, de Saboya; Francisco Javier, de Pamplona; Jacobo Laynez, de Almansa; Alonso Salmerón, de Toledo; Simón Rodríguez, portugués; los franceses Codure y Brouet.

Todos ellos, comenzando por Loyola, terminaron sus estudios de teología, en las distintas universidades en que cursaron, quedando en reunirse en Venecia en 1537.

© Biblioteca Nacional de España

Viéronse allí, en efecto, y después de acordar que la orden en proyecto se denominase *Compañía de Jesús*, pasaron a Roma, donde, a pesar de la oposición que se les hizo, encontraron firme apoyo en Paulo III.

Los votos eran tres: *Pobreza* (personal aunque no colectiva), *castidad, obediencia incondicional*, lo cual implicaba «consagrar la vida al perpetuo servicio de Jesucristo y del Papa y prestar homenaje al Señor y al Romano Pontífice como representante de Dios en la tierra, obligándose, por tanto, a cumplir sin vacilación alguna los mandatos que el Papa actual o sus sucesores les comunicaran».

Los capítulos de la orden de *Clérigos de la Compañía de Jesús* sometidos al estudio de una comisión de tres cardenales fueron aprobados en 1540, mediante la bula *Regimini militantis Ecclesiæ*, y al procederse a la elección de general recayó el cargo en Loyola, que, siempre soldado, decía: «No creo yo haber abandonado el servicio militar, sino haberlo consagrado a Dios.»

Seis años después la orden se hallaba extendida por el mundo entero y se contaban por centenares los afiliados.

«Claudio de Jay, dice un autor, fué a extirpar de Brescia la herejía que allí pululaba; Brouet, a reformar un escandaloso monasterio en Siena; Bobadilla, a poner en paz las rabiosas enemistades de la isla de Ischia; Lefebvre, a predicar a Parma; Laínez, a tratar asuntos delicadísimos en Alemania; Núñez fué elegido patriarca de la convertida Abisinia, y Francisco Javier, que a la larga serie de héroes que ilustraban su genealogía, quería añadir un santo, partió para las Indias Orientales, «adornado, según dice la bula de su canonización, de todas las señales de la virtud celeste, del don de profecía, de lenguas y de milagros de toda especie». Multiplicáronse los novicios, los colegios y los privilegios dados por el Papa, que veía de cuánta utilidad podría serle esta milicia sujeta a su autoridad; y obtuvieron la

© Biblioteca Nacional de España

primera escuela, y, finalmente, el derecho de universidad en Gandía, de donde era Francisco de Borja.»

Los Papas, comprendiendo los inmensos servicios que podría prestar aquella milicia tan admirablemente organizada, se complacieron en aumentar sus privilegios, y no sólo esto, sino que no podía ser mayor el cariño con que Paulo III y después Julio III trataban al general de la orden.

Pero no eran solamente los Papas quienes favorecían a la *Compañía de Jesús,* sino los cardenales, los embajadores de los reyes y príncipes católicos en Roma y los más elevados personajes.

La primera residencia fundada por Ignacio de Loyola lo fué en Roma, el año 1550. Llamóse *Collegium Romanum* y la enseñanza comprendía el latín, el griego, el hebreo, las Sagradas Escrituras y la Teología; pero no fué ésta la creación más importante, a la sazón, sino la de un *Collegium Germanicum,* fundado al objeto de combatir la Reforma por medio de teólogos católicos alemanes, y dentro de Alemania misma, constando en un principio de veinticuatro escolares tudescos.

Y tal sería la importancia de este *Colegio Alemán,* que sirvió luego de modelo a los seminarios diocesanos llamados *conciliares,* por haber sido acordada su fundación por los Padres del Concilio de Trento.

Es de notar ahora que entre los más resueltos adversarios de los jesuítas se contaban primero, el Emperador Carlos V, después el cardenal de Toledo Martínez Guijarro (que dejó este apellido para latinizarlo en *Siliceo*), y luego los dominicos, descollando entre ellos el famoso Melchor Cano, el clero español en general y las universidades de Salamanca, Valladolid y Alcalá, pero con la particularidad de que *el pueblo* demostrara siempre las mayores simpatías hacia los jesuítas, y lo mismo que en España ocurría en Alemania, Países Bajos, Francia y Portugal.

© Biblioteca Nacional de España

Y es que colocado el pueblo entre los abusos del cesarismo y el sostenimiento de la tradición católica, optaba por lo segundo. Los jesuítas eran los enemigos del poder personal, del absolutismo, eran el azote *de los tiranos*, y, por lo mismo, no era posible que fuesen muy gratos a las majestades cesáreas.

Parece estar fuera de duda que el autor de las *Constituciones* de la Compañía fué el mismo san Ignacio de Loyola, el cual compuso también los *Ejercicios espirituales*.

Fallecido éste en 1556, a los diez y seis años de su generalato, fué elegido por sucesor Jacobo Laynez, que en 1558 completó las *Constituciones* susodichas.

Es indudable que existen muchas instrucciones secretas, dictadas por los generales para los superiores, pero es una impostura el libelucho intitulado *Monita secreta*, forjada ya a principios del siglo XVII contra la Compañía de Jesús por un reformado bohemio.

En suma, puede decirse que desde su creación hasta nuestros días, la célebre orden no se ha desviado en el fondo, ni un ápice del espíritu que la infundió su fundador.

El Concilio de Trento. Otro poderoso órgano de defensa contra el protestantismo que parecía deber arrollarlo todo fué la celebración del Concilio de Trento, que comprende tres períodos: 1.º de fines de 1545 a mediados de 1547; 2.º, de mayo de 1551 a abril de 1552; 3.º, después de una suspensión de diez años: de primeros de 1562 a últimos del siguiente.

Como ya hemos visto, este Concilio había sido pedido por Carlos V, con grande insistencia, pero después se arrepintió y hubiera deseado no se hablara más del asunto para no enemistarse con los reformados, cuyas creencias religiosas le importaban poco mientras reconociesen su autoridad imperial y le ayudasen contra Francisco I.

© Biblioteca Nacional de España

Tampoco éste veía con buenos ojos el tal Concilio, en el cual debía desempeñar papel preponderante aquel emperador tan tornadizo amigo del catolicismo, que había saqueado a Roma y tolerado y favorecido a los protestantes.

Paulo III, en cambio, deseaba sinceramente la reunión, y así fué cómo después de tener que vencer los más arduos obstáculos pudo reunirlo en la ciudad de Trento, bajo la presidencia de tres legados (diciembre de 1545).

Según solemne declaración, el objeto del Concilio era la extirpación de las herejías, la reforma de las costumbres y de la disciplina, y la concordia entre los príncipes cristianos.

Concurrieron a la primera sesión 25 prelados, entre ellos el carenal de Jaén y varios obispos españoles. No pertenece a nuestro objeto dar cuenta de las trascendentales decisiones que se tomaron; sólo diremos que los jesuítas eran en este concilio, según frase del tiempo, «los genízaros de la Santa Sede».

«Hallándose Lainez enfermo de fiebre intermitente, escribe un historiador, se suspendían las sesiones en los días de acceso: sin embargo, los jesuítas no se hospedaron sino en el hospital; vestían pobremente, y habiéndoles los legados renovado los trajes para que se presentaran decentemente al Concilio, cada vez que salían de él, volvían a vestirse los viejos, con los cuales pedían limosna para vivir y para alimentar a los huérfanos y pobres, que recogían por las calles y catequizaban.

»Aunque el Pontífice dominaba en el Concilio, no lo quería en Austria; por lo cual, habiéndose propagado rumores de peste, tomó de aquí ocasión para trasladarlo a Bolonia. Opúsose a esta traslación Carlos V, diciendo que no quería hacer un mal papel ante los protestantes, después de haberlos reducido con las armas a aceptarlo, y orgulloso con la victoria de Mulh-

© Biblioteca Nacional de España

berg ordenó a sus cardenales que permaneciesen en Trento, por lo cual faltó poco para que naciera un nuevo cisma que Paulo III evitó suspendiendo el Concilio.»

Por lo dicho se comprende que con todo su catolicismo no reparaba Carlos V en ocasionarle los más graves disgustos a la Santa Sede. No sólo mandó, como queda dicho, al cardenal de Jaén y a los obispos españoles que no se moviesen de Trento, sino que a fines de 1547 envió a su embajador D. Diego de Mendoza y a los doctores Francisco de Vargas y Mexía y Martín de Soria y Velasco, de su Consejo, para que protestaran enérgicamente del traslado y manifestaran al Papa que el Emperador daba por nulo el Concilio si no volvía a tenerse en Trento, mientras lo cual *hacía de papa* Carlos V decretando aquella fórmula del *Interim,* muy combatida por no pocos católicos, aunque los Padres del Concilio de Bohemia procuraron echar tierra al asunto.

Reanudado el Concilio, en Trento (1551-1552), por el papa Julio III, tuvo que luchar con la mala voluntad del rey de Francia, Enrique II, que protestó de algunos decretos como lesivos a las libertades galicanas, hasta que con motivo de la entrada de Mauricio de Sajonia en el Tirol, para capturar al Emperador, se dispersó la augusta asamblea.

Para no tener que volver sobre el asunto, diremos que reanudado el Concilio, en Trento, a primeros de 1562, se dejó sentir de nuevo la influencia de Jacobo Laynez, el general de los jesuitas, sobre todas las demás opiniones. Discutíase hasta dónde los obispos eran independientes del Papa, si era o no de derecho divino la residencia y la institución de los obispos, a lo cual respondió Laynez que las llaves habían sido solamente dadas a Pedro, que la potestad de la jurisdicción había sido dada únicamente al Pontífice y que de él procedían todas las demás. Y éste fué el parecer

© Biblioteca Nacional de España

que triunfó, contra la fuerte oposición de los obispos italianos. De esta manera, en vez de quedar restringida la supremacía pontificia, como se habían propuesto al principio los reunidos, quedó más consolidada que nunca y se decretó que sólo el Papa debía interpretar los cánones e imponer las reglas de la fe y de la vida.

España desempeñó un papel importantísimo en este Concilio de Trento, y no precisamente a favor del Papado (tan ardientemente sostenido por Jacobo Laynez, el general de los jesuítas), sino todo lo contrario. «España se proponía aterrar por su medio, dice Cantú, a los belgas rebeldes, a Francia y al Imperio, ora abatiendo, ora halagando a hugonotes y luteranos.

»Además, el Emperador pedía no sólo la reforma del Papa y de la corte pontificia; de los breviarios, de los santorales y de los sermonarios, sino también la comunión bajo las dos especies: España quería que se declarase a los obispos de institución divina, no emanación del poder papal y, por lo tanto, independientes.»

Poco a poco fueron cediendo todos los príncipes católicos, y la Iglesia pudo considerarse perfectamente asegurada sobre inconmovibles bases.

«El edificio de las doctrinas religiosas quedaba sólidamente reconstruído, y ante él se embotaban impotentes las armas de los protestantes. La Iglesia había renacido, recobrando seguridad y confianza y devolviendo el valor al ánimo de los fieles. Del Concilio Tridentino data la cesación de los progresos que hasta entonces había hecho de un modo irresistible la Reforma. En cambio, el clero católico, que se sentía de nuevo numeroso, animado, bien disciplinado y emprendedor, tomó la ofensiva y arrolló al Protestantismo, relegándole al Norte, único punto en que pudo sostenerse. Esta fué la verdadera importancia del Concilio de Trento en lo relativo a las luchas religiosas del siglo décimosexto.» (Philippion.)

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

ABDICACIÓN DEL EMPERADOR

CANSANCIO DE CARLOS V. — EL CONGRESO DE MÉRE. — INVASIÓN DE FRANCIA.— ITALIA.—MUERTE DE D.ª JUANA «LA LOCA».— PABLO IV.—LAS CORTES DE VALLADOLID.—EN ITALIA Y EN FLANDES.— ABDICACIÓN DEL EMPERADOR.— ARMISTICIO DE VAUXELLES. —CARLOS V EN YUSTE.— MUSULMANES Y LUTERANOS.— D. JUAN DE AUSTRIA.— MUERTE DE CARLOS V.

(1552)

Cansancio de Carlos V.

Dejamos al Emperador cuando, obligado a levantar el sitio de Metz (1552) defendida por el duque de Guisa, se retiraba profundamente abatido a Bruselas, sin más consuelo que las luchas que acababan de estallar entre los príncipes protestantes (1553). Tenía decidida ya la abdicación; se retiraría al monasterio de Yuste, de la orden de los Jerónimos, en Extremadura, a cuyo efecto ordenó a D. Felipe mandara construir una casa, junto al monasterio susodicho. Cansado de los fríos y humedades del Norte y fatigado por tantos años de batallas y cuidados quería gozar de la templada temperatura del Mediodía y del sosiego conventual.

Lo cual no impedía que continuase la guerra franco-española, o mejor dicho, carlo-enriqueña; séanos per-

© Biblioteca Nacional de España

mitido pasar por alto la descripción de aquellas campañas que nada absolutamente se nos importaban. Tratábase de aquella *guerra de Siena* en la cual Carlos V ponía a disposición de Cosme de Médicis sus tropas y sus generales para pelearse con Pedro Strozzi, el general de Enrique II; tratábase de batallas en Flandes, de españoles contra franceses.

Congreso de Mére.

Véase si eran poderosos y de *interés nacional* los motivos para que España se desangrara y empobreciera. Habíase propuesto el buen papa Julio III restablecer la paz entre los príncipes cristianos y a este objeto consiguió (1554) se celebrase un Congreso en Mére, entre Calais y Gravelinas. Representaban al Emperador el duque de Medinaceli y el cardenal Granvela, obispo de Arras; al rey de Francia, el cardenal de Lorena y el Condestable; como mediadores actuaban el cardenal Poole y milores Arandel y Paget, ingleses.

Duque de Guisa

El Emperador pretendía que el francés le devolviese Borgoña y las plazas de Flandes que le había quitado, y que restituyese al duque de Saboya todo lo que había ocupado de sus Estados.

Enrique II exigía se le restituyese a Enrique de Labrit el reino de Navarra de que se había apoderado, en la parte española, D. Fernando *el Católico;* que se devolviese Placencia al duque de Parma y que se dejase que la república de Siena continuase independiente.

Todo lo cual, como se ve, maldito lo que se nos importaba.

© Biblioteca Nacional de España

Invasión de Francia.

No es menester decir que no hubo avenencia, y se acudió a las armas. Los franceses invadieron a Flandes, perteneciente a Carlos V; el teatro de la guerra fué el mismo de la guerra de 1914.

Soldados de las coronelías alemanas

Formáronse tres cuerpos de ejército: el uno en Crecy, al mando del Condestable; el otro en San Quintín, regido por Carlos de Borbón; el tercero, al mando del duque de Nevers.

© Biblioteca Nacional de España

Borbón entró a saco el Artois; Nevers se apoderó de las Ardenas; el Condestable invadió el Henao (Hainaut) y se apoderó de Chimay y de Mariemburg (en la raya entre las actuales provincias meridionales belgas de Henao y Luxemburgo).

Por tan gloriosa juzgó Enrique II la conquista de Mariemburg (inútilmente tratada de recobrar por nuestro bravo maestre de campo Julián Romero), que la cambió el nombre en el de *Enriburg*.

El rey de Francia, al frente de un ejército de 30.000 infantes y 600 caballos, llegaba el 7 de julio a Givet, y después de tomada y saqueada, atacaba a Dinant, defendida por Julián Romero. No pudo ser más heroica la defensa, pero al fin y a la postre tuvo Romero que rendirse.

Carlos V había mandado construir, para defensa de Flandes, dos plazas fuertes muy buenas, *Charleroi*, de su nombre, y *Philippeville*, del de su hijo (en el Henao, al SO. de Namur). Reunió el Emperador cuantas fuerzas pudo, y las puso bajo el mando del duque de Saboya, Manuel Filiberto. El rey de Francia, sin embargo, pasaba por do quier, se metía en el Henao, tomaba a Binches y otras villas que entregaba al incendio y «lo mismo hizo con Marimont, donde tenía la reina de Hungría, gobernadora de Flandes, unos bellísimos jardines para su recreación, en venganza de que el año antecedente el conde de Reux había quemado la real casa de divertimiento de Folembray; acción poco decente a la majestad y decoro de la generosidad de un rey que debe ostentar su galantería con las mujeres de tan alto porte como lo era la reina D.ª María», dice el buen Ferreras, pero de poco se escandalizaba el digno historiador. Hubiera tenido que ver lo que pasaba en el año de gracia de 1914.

Púsose a la defensiva el duque de Saboya, y como el rey de Francia se convenciera de que no podía sa-

© Biblioteca Nacional de España

carlo a luchar a la descubierta, se encaminó hacia el Artois (actual departamento francés del Paso de Calais) y puso sitio a la plaza de Rendin. Trabáronse terribles batallas entre franceses e imperiales, en una de las cuales vencieron los primeros, al mando del duque de Guisa, causándonos más de dos mil bajas y cogiéndonos cañones y banderas. Con todo, no pudo el francés sostener el cerco por la amenaza de un ataque de los imperiales, cuyo número crecía más de cada vez.

El duque de Saboya, entonces, al ver que Enrique II en vez de continuar en la ofensiva se retiraba a París, salió de Rendin para irle a la zaga e invadió a Francia, llevándolo todo a sangre y fuego. Los franceses se en-

Basilisco

cerraron en las plazas de Doullens y de Abbeville y el de Saboya continuó avanzando hasta el Authie, para retirarse después a invernar en Flandes.

En Italia. Mientras con tal encarnizamiento se combatía en la frontera franco-flamenca, corría con igual abundancia la sangre en el Piamonte, dependiente del Estado de Lombardía.

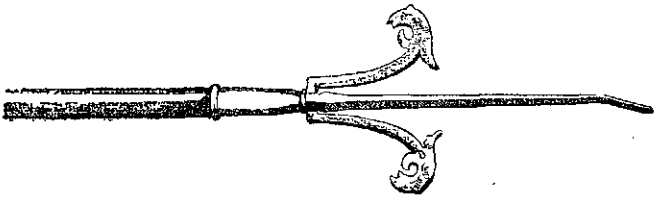
Por sospechas, tal vez no del todo infundadas, hubo el Emperador de relevar de su cargo de gobernador de Milán, llamándolo a Flandes, al italiano D. Fernando Gonzaga, de quien se decía si pretendía quedarse con aquel ducado, siendo substituído por D. Fernando Gómez Suárez de Figueroa.

El general francés, M. de Brissac, tomó entonces la ofensiva contra los imperiales, prolongándose por largo tiempo la guerra, sin que a España la importase nada.

© Biblioteca Nacional de España

Muerte de D.ª Juana. Dos disgustos hubo por entonces de experimentar el Emperador; fué el uno la muerte de su anciana madre D.ª Juana *la Loca*, en Tordesillas, donde había permanecido, sin moverse más desde el comienzo de su viudez (abril de 1555); fué el otro la elección del Papa, con el nombre de Paulo IV, de la noble familia napolitana de los Carrafas.

Paulo IV. No podía, en efecto, ser más inoportuna la elección, ya que el nuevo Pontífice se distinguía por su odio a los españoles, a quienes, según refiere el embajador veneciano Navafero, llamaba «herejes y cismáticos, enemigos de Dios, hijos de moros



Portamecha de artillería

y judíos, escoria del mundo», y decía de Carlos V «que estaba tan loco como su madre».

Por lo demás, pocos Papas han sido tan discutidos como éste.

Siendo obispo de Teati había instituído la orden de *Clérigos regulares de la Providencia,* llamada en España de San Cayetano. Habíase distinguido en Trento por su excesivo ascetismo; creó la congregación del *Indice* e hizo que la Inquisición desplegara un rigor verdaderamente terrible, hasta llenar las cárceles de cardenales y obispos. Algunos fueron quemados en Roma; otros arrojados al mar con una piedra al cuello en el Puente de los Suspiros de Venecia.

Por encima de todo, sin embargo, descollaba su ita-

© Biblioteca Nacional de España

lianismo, que le llevaba a odiar a todos los extranjeros, y, por de contado, en primer lugar al Emperador.

Las Cortes de de Valladolid.

Como dijimos ya, había quedado como gobernadora de España, en ausencia de su padre D. Carlos y de su hermano D. Felipe, la princesa D.ª Juana de Portugal. Estas Cortes fueron muy importantes y de ellas hablaremos más adelante; baste decir por ahora que los procuradores otorgaron al Emperador el enorme servicio de 454 millones.

Y todo era menester, pues las guerras con Francia consumían grandísimas sumas de dinero.

En Italia y en Flandes.

Había sido nombrado generalísimo de las tropas imperiales en Italia, y Vicario general de todos los dominios que allí tenía Carlos V el famoso duque de Alba, íntimo del príncipe D. Felipe, y como era de esperar de tan ilustre capi-

Cuchilla de partesana

tán, alcanzó siempre la victoria. Esto hizo que el rey de Francia, sin reparar en escrúpulos, se aliara con el Turco y con los corsarios argelinos, para que juntos sus buques con la escuadra francesa devastasen las costas italianas y las islas de Córcega y Cerdeña. Causaron daños, efectivamente, los franco-turcos, pero no pudieron apoderarse de ninguna plaza, por lo cual satisfecho el otomano con los cautivos que había hecho se volvió a Constantinopla.

En Flandes se estaban fortificando, contra la invasión de los franceses, las plazas de Hesdin, Charleroi, Philippeville, etc., al paso que Enrique II hacía lo mismo en la de Marienburg y otras que había to-

© Biblioteca Nacional de España

mado. Intentaron los franceses entrar en el Artois (perteneciente entonces a nuestra Flandes), pero fueron derrotados.

Mayor fortuna alcanzaron por mar, pues sorprendida por 25 navíos de Dieppe una flota flamenca de 22 buques, cargados de mercancías, trabóse una terrible batalla en la cual perecieron mil franceses y trescientos belgas y holandeses, consiguiendo los de Dieppe capturar cinco barcos enemigos.

Abdicación del Emperador

Fuese por el disgusto que le ocasionara el fallecimiento de su madre, o por hallarse realmente cansado del gobierno, resolvió el Emperador, con decisión irrevocable, abdicar y retirarse a Yuste, donde ya dijimos tenía intención de terminar sus días. En vano fué que su hermano el Rey de Romanos, D. Fernando, le suplicara no soltara las riendas del gobierno; a nada quiso atender; decía se hallaba ya viejo para continuar rigiendo los grandes dominios que Dios le había dado, y que podía tenerse completa confianza en las privilegiadas dotes de su hijo D. Felipe, rey de Inglaterra.

Con este objeto, pues, llamó a su heredero, que se embarcó en Londres en 8 de septiembre (1555), y ya en Bruselas manifestóle el Emperador su resolución, que había comunicado ya a sus dos hermanas la reina de Hungría, D.ª María, y la reina D.ª Leonor de Francia.

La ceremonia (25 de octubre) fué imponente. Hallábanse reunidos en un salón del palacio de Bruselas, magníficamente adornado, los Estados de Flandes; entró el Emperador apoyado en el hombro del príncipe de Orange (el futuro jefe de la rebelión separatista); sentóse sobre un trono y tomaron asiento a sus lados el rey D. Felipe; sus dos hermanas las reinas de Hungría y de Francia y el duque Filiberto de Saboya.

Por orden del Emperador pronunció el duque un discurso en que dió cuenta de los actos de su largo

© Biblioteca Nacional de España

reinado y expresó que por hallarse cansado y enfermo había determinado trasladarse a España y renunciar en su hijo el rey D. Felipe la dignidad de Gran Maestre de la Orden del Toisón de Oro y los Estados de Flandes y Brabante.

Púsose luego de pie el Emperador y pronunció una patética oración que hizo derramar lágrimas a todos los circunstantes. Exhortó a todos a que sirviesen a D. Felipe con el amor y fidelidad que le habían servido a él, y recordó los grandes trabajos que había pasado.

«Nueve veces fuí a Alemania la Alta, dijo, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes, cuatro en tiempo de paz y de guerra he entrado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fuí contra África, las cuales todas son cuarenta, sin otros caminos de menor cuenta que por visitar mis tierras tengo hechos. Y para esto he navegado ocho veces el mar Mediterráneo y tres el Océano de España, y agora la cuarta que volveré a pasarlo para sepultarme; por manera que doce veces he padecido las molestias y trabajos del mar. La mitad del tiempo tuve grandes y peligrosas guerras, de las cuales puedo decir con verdad que las hice más por fuerza y contra mi voluntad que buscándolas ni dando ocasión para ellas. Y las que contra mí hicieron los enemigos, resistí con el valor que todos saben...»

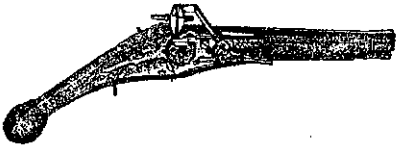
Explicó luego las causas que le habían movido a la abdicación, aunque callándose una de las que tal vez contribuyeron más a aquel designio, y fué la falta de dineros, pues estaba agotadísimo el Tesoro y no era posible exprimir más a los pueblos; confesó que había andado errado muchas veces, pidió perdón a todos y, con lágrimas en los ojos exhortó a su heredero y sucesor diciéndole: «Tened inviolable respeto a la religión; mantened la fe católica en toda su pureza; sean sagradas para vos las leyes de nuestro país; no atentéis

© Biblioteca Nacional de España

ni a los derechos ni a los privilegros de vuestros súbditos, y si algún día deseareis, como yo, gozar de la tranquilidad de una vida privada, ojalá tengáis un hijo que por sus virtudes merezca que le cedáis el cetro con tanta satisfacción como yo os le cedo agora.»

Besóle la mano D. Felipe y, por fin, fatigado de hablar y estar de pie se despidió de todos, exclamando: — Quedaos a Dios, hijos, quedaos a Dios que en el alma os llevo atravesados.

Contestó, en representación de los Estados de Flandes, el síndico de Amberes; pronunció breves frases D. Felipe; hizo el cardenal Granvela la apología del nuevo soberano; dió cuenta de sus veinticinco años de gobierno de Flandes la reina de Hungría, D.ª María, y resumió todos los discursos el abogado Maes, dándose con ello por terminado el acto.



Pistola de rueda

Al siguiente día 26 de octubre de 1555 visitaron los Estados a D. Felipe, para besarle las manos como a su nuevo soberano, y D. Carlos, abandonando el palacio real de Bruselas se trasladó a una casa que había mandado construir en el Parque de aquella ciudad.

Renunciado en su hijo el trono de España y el de los Estados Bajos, abdicó en su hermano D. Fernando la corona imperial, mientras tanto el rey Felipe II ratificaba a su hermana D.ª Juana de Portugal la lugartenencia de España.

Armisticio de Vauxelles

Parecía ser ya hora de que cesase aquella estéril guerra entre Enrique II y el soberano de los Países Bajos, de la cual ningún provecho reportaban ni uno ni otro contendiente; comenzóse por hacer canjes de prisioneros y consecutivamente

© Biblioteca Nacional de España

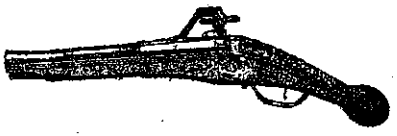
se convino en un armisticio, para que, durante su transcurso, pudiera llegarse a la conclusión de la paz. Aunque las negociaciones se llevaron entre los representantes del francés y de Felipe II, mucho influyó en su buen éxito la intervención del ex emperador, que continuaba en Bruselas. Firmóse la suspensión de hostilidades, por cinco años, en la abadía de Vauxelles, el 5 de febrero de 1556.

Carlos V en Yuste.

Por fin, el 8 de agosto partía de Bélgica el ex emperador, a quien Felipe II acompañó hasta Gante. Lo demás de su existencia nos interesa poco, pues sólo se trata de hechos personales, más o menos verídicos, referentes a su estancia en Yuste.

Musulmanes y luteranos.

Mientras el ex emperador atravesaba España para dirigirse a su retiro, ocurría en África un sensible contratiempo (octubre de 1556) y era que el gobernador turco de Argel, Salah Arraez, atacaba la plaza de Bugia, conquistada por el conde Pedro Navarro en 1510 y obligaba a capitular a su defensor D. Alonso de Peralta, quien, sometido luego a proceso fué condenado a muerte y degollado en la plaza de Valladolid.



Pistola de rueda

Más gravedad tuvo aún en 1558 el descubrimiento de una alarmantísima propagación de la herejía luterana en España, y principalmente en Valladolid y Sevilla.

El ex emperador, sumamente achacoso, atormentado por la gota y víctima del clima de Yuste, que no le probaba nada, escribió a su hija, la gobernadora de España D.ª Juana de Portugal, recomendándola el mayor rigor y haciendo como había hecho él en Alemania: «Quemar vivos a los contumaces y a los que se reconciliasen cortarles las cabezas», añadiendo que

© Biblioteca Nacional de España

Llegada de Carlos V al Monasterio de Yuste

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

sería un grande error el dejarles de quemar, como había errado él al no matar a Lutero, por no quebrantar el salvo-conducto que le había proporcionado.

D. Juan de Austria.

Doliente y afligido el ex emperador, consolábase tan sólo con la presencia de un hermoso y travieso niño, su hijo natural. Llevaba el nombre de D. Juan de Austria y había sido habido en una mujer de baja extracción llamada Bárbara Blomberg. Nacido en Ratisbona en 1547 habíase mantenido oculta su existencia y confiado, bajo el nombre de *Jerónimo,* a un tañedor de vihuela conocido por Francisco Massi, casado con una castellana de nombre Ana de Medina, quienes se disponían a pasar a España. El encargado de esta comisión era el ayuda de cámara del Emperador, Adriano Dubois, a quien debía ser devuelto el niño cuando lo reclamara, y si muriese él, a Ogier Bodard, ugier de S. M.

Estableciéronse los Massi en Leganés; murió el marido y *Jerónimo* quedó al cuidado de su viuda.

En 1554 dió orden el Emperador a Ogier (fallecido Adriano Dubois) para que fuera a recoger al niño, en Leganés, y lo entregase a su mayordomo Luis Méndez Quijada, como así lo hizo, y Quijada entonces envió al rapaz a su castillo de Villagarcía de Campos en la provincia de Valladolid, donde quedó bajo el cuidado de su esposa D.ª Magdalena de Ulloa.

Después, ya en Yuste, D. Carlos mandó a D.ª Magdalena se estableciese con *D. Juan* (así comenzó a ser llamado) en algún pueblo cercano al monasterio, eligiéndose al objeto el lugar de Guacos.

Muerte de Carlos V.

Singulares circunstancias concurrieron en la muerte del Emperador, ocasionada, según parece, por una insolación (21 de septiembre de 1558).

Presentóse en Yuste el arzobispo de Toledo, fray Bartolomé Carranza, y como D. Carlos en su lecho mor-

© Biblioteca Nacional de España

tuorio acudiera a la misericordia divina, mostróle el prelado un crucifijo y exclamó:

—¡Ved al que responde por todos! ¡Todo está perdonado!

Alarmóse uno de los presentes llamado D. Luis de Ávila, pues la frase del arzobispo tenía un marcadísimo sabor luterano (como que Carranza lo era, o cuando menos le andaba muy cerca) y comunicó su parecer al P. Villanueva, quien prorrumpió diciendo: —¡No! ¡no bastan a redimirle los méritos de Nuestro Señor Jesucristo (*doctrina luterana*), sino las buenas obras y el sincero arrepentimiento de las malas!

Con grande oportunidad escribe el Sr. Ortega y Rubio: «¡Destino singular fué, sin duda, el de Carlos V! Lutero le saludó con la Reforma al subir al Imperio, y Carranza le despidió al subir al cielo con palabras que se creyeron sospechosas.»

Contaba el Emperador Carlos V, al fallecer, la edad de 58 años.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO X

JUICIOS SOBRE CARLOS V

No es posible desconocer la extremada importancia que tuvo el reinado de Carlos I de España y V de Alemania. Su vida es una serie no interrumpida de trascendentales acontecimientos.

Comienza por entregarse a los flamencos, y bien puede decirse que le arrebata el poder a su madre; violenta las Cortes de Castilla; acaba con las Comunidades de Castilla y las libertades de Valencia y de Mallorca, y proclamado emperador de Alemania da comienzo la lucha secular entre los Austrias y los reyes franceses, Valois primero y Borbones después.

Persigue a los moriscos de Valencia y los expulsa; vence a Francisco I, su cuñado, casado con su hermana Leonor, en Pavía; desafía a singular combate a su rival; en guerra con el papa Clemente VII, sus soldados, lansquenetes alemanes, luteranos en su mayoría, entran a Roma a saco, prenden al Pontífice y se apoderan como rehenes de los cardenales.

Marcha a Italia y confiere de nuevo el ducado de Milán a Francisco Sforzia; rinde a Florencia y nombra por su duque a Alejandro de Médicis; pide al Papa la convocación de un Concilio General, y por sí y ante sí se

© Biblioteca Nacional de España

concierta con los reformados de la Liga de Esmalcalda y publica el *Interim,* arrogándose facultades que en manera alguna podía reivindicar. Se apodera de Túnez; invade a Francia por el Mediodía; ahoga en sangre una insurrección de sus compatriotas de Gante.

Rectificando su política conciliadora, persigue de

Rodela del Emperador Carlos V

nuevo a los luteranos; pretende tomar a Argel y sufre uno de los mayores desastres que se registran en la historia; se alía con el inglés contra Francia; derrota a los protestantes en Muhlberg; faltando a lo concertado con su hermano D. Fernando, pretende que

© Biblioteca Nacional de España

pase la corona imperial de Alemania a su hijo el príncipe de Asturias; amenaza al Papa por haber trasladado el Concilio desde Trento a Bolonia; acosado por Mauricio de Sajonia, tiene que salir escapado de Inspruck; y, por fin, abdica, todo eso sin descuidar los asuntos del Nuevo Mundo.

Siempre que reúne Cortes en Aragón, Valencia y Cataluña, es para pedir dinero con qué guerrear; en cuanto a Castilla, no necesita que se le concedan servicios, sino que los exige por su voluntad: dinero y gente. Convoca a cada momento Dietas en Alemania, siempre con el objeto de afianzar su voluntad, inclinado unas veces a los luteranos y otras a los católicos.

En todo despliega una política personal; es el primer rey de España que se hace llamar Majestad. Como poseído de una manía agresiva, sólo piensa en batallar: cuatro guerras con Francia; guerras con los sieneses y florentinos; guerra con el Papa; imposiciones a la Santa Sede, todo para, al final de su larguísimo reinado, dejar a España en la pendiente de su ya irremediable decadencia.

¿Y qué sacó de tanto guerrear? Triunfaron los protestantes, vencidos en Muhlberg; no consiguió abatir a Francia después de Pavía, ni a Inglaterra; tuvo que desistir de la conquista de África; dejó a España empobrecida y desangrada.

Todo ello salvando sus eminentes cualidades personales.

He aquí ahora algunos juicios sobre el Emperador Carlos V, comenzando por el del insigne historiador Leopoldo Ranke, profesor de la Universidad de Berlín, fundamentado en documentos contemporáneos:

«Al trazarnos la antigua tradición el retrato de sus héroes, dice, nos pinta a veces a algunos que consumen primero una larga inactividad en el hogar doméstico, pero que una vez salidos de aquel sopor, no descansan

© Biblioteca Nacional de España

ya y pasan con infatigable ardor de una empresa a otra. Sólo cuando la fuerza ha adquirido todo su desarrollo físico, encuentran la carrera que le conviene.

»Estas últimas observaciones pueden aplicarse perfectamente al carácter de Carlos V.

»Apenas contaba diez y seis años cuando fué llamado al trono, pero mucho se le faltaba en cuanto a estar lo bastante desarrollado para cargar con el peso del imperio.

»Hubiérase estado tentado, por espacio de mucho tiempo, de aplicarle un remoquete que había llevado su padre porque se dejaba guiar demasiado por sus consejeros.

»Estaba grabada en su escudo la divisa «Aun no». Las riendas del estado estaban en manos de un Croi, que dirigía al mismo Carlos. Mientras sus ejércitos sometían a Italia y conseguían muchas victorias sobre los más formidables enemigos, Carlos V, tranquilo en España, parecía no tomar parte alguna en tales triunfos y continuaba viviendo en la debilidad y la dependencia. Así se le juzgó hasta 1529, en cuyo tiempo compareció en Italia; hallábase entonces en su trigésimo año.

»¡Cuán diferente se mostró entonces de lo que de él se esperaba y cuán rápidamente reveló toda la decisión y energía de su carácter! Su Consejo privado se había mostrado contrario a su viaje a Italia y le había advertido desconfiara de Juan Andrés Doria, tratando de hacerle sospechosa a Génova y, por lo mismo, fué grande el asombro al verle partir para Italia, otorgar su confianza precisamente a Doria y persistir en desembarcar en Génova. Tal era Carlos V. Ninguna de sus decisiones llevaba la marca de la influencia de un ministro; no se descubría en él ni pasión, ni precipitación, sino que todas sus resoluciones eran maduras, todo había sido reflexionado; su primera palabra era también la última.

© Biblioteca Nacional de España

»Tales fueron las primeras observaciones que se hicieron sobre su carácter. No se tardó mucho tampoco en ver que era activo y laborioso. Requería mucha paciencia escuchar los largos discursos de los embajadores italianos; esforzóse en conocer bien las complicadas relaciones de sus príncipes y de sus potencias. El embajador de Venecia quedó sorprendido al encontrarle mucho más accesible y afable que tres años antes en España. Carlos V había escogido con toda premeditación en Bolonia una habitación situada de manera que le permitiese visitar al Papa sin ser visto, y en cuanto le fuera posible, arreglar por sí mismo todos los puntos en litigio.

»Desde aquel momento comenzó a dirigir en persona todas sus negociaciones, a mandar sus ejércitos; fuése de provincia en provincia, acudiendo siempre donde las necesidades y la situación de los asuntos reclamaban su presencia. Vémosle ora en Roma, quejándose a los cardenales de la enemistad irreconciliable de Francisco I; ora en París, buscando y consiguiendo el favor de la duquesa de Etampes (*la amante de Francisco I*); ora en Alemania, presidiendo la Dieta a fin de apaciguar el cisma religioso; ora en medio de las cortes de Castilla, esforzándose en hacer votar el impuesto del servicio. Ocupaciones pacíficas son esas, pero lo más a menudo se encuentra al frente de sus ejércitos. Atraviesa los Alpes, penetra en Francia e invade a Provenza; desde las orillas del Marne, donde se encuentra, siembra el terror en París; después se encamina al Este y al Sur. Detiene el curso de las victorias de Solimán en el Raab y va a combatir la Media Luna en Argel. El ejército que manda en Africa le sigue hasta orillas del Elba y el grito de guerra *¡Hispania!* retumba en las landas de Lochán. Carlos V es entonces la cabeza más ocupada del mundo; cruza muy a menudo el Mediterráneo y el Atlántico; durante este tiempo sus ma-

© Biblioteca Nacional de España

rinos descubren nuevas tierras en los mares aun no explorados y sus guerreros conquistan comarcas donde jamás se había posado la huella humana. Las gobierna como soberano a pesar de la distancia que le separa de ellas. Su divisa *¡Plus ultra!* recibe glorioso cumplimiento.

»Tal es su vida, considerada en su conjunto; es decir,

Caballero de la *Procesión de Bolonia*

una actividad sin descanso, después de una inercia extraordinariamente prolongada. Es de notar que los mismos fenómenos, esto es, al principio la inactividad, la espera, la paciencia, y más adelante la acción, el movimiento, la ocupación se reproduzcan siempre hasta en los más sencillos acontecimientos de su vida más agitada,

© Biblioteca Nacional de España

»Aunque el carácter distintivo de su voluntad fuese la decisión más enérgica, con todo tomaba lentamente las resoluciones acerca de cada uno de los casos quese presentaban. Cuando se le sometía una proposición, tenía costumbre de responder al principio de una manera vaga, y había que guardarse de tomar sus expresiones ambiguas por una seguridad formal. Consultaba consigo mismo; redactaba por escrito las razones en pro y en contra, y ponía tanta lógica en sus redacciones que cualquiera aceptase la primera proposición veíase obligado a conceder también la conclusión. Visitó al papa en Bolonia llevando en la mano un papel en que había anotado todos los puntos de la negociación. No comunicaba los informes y las proposiciones más que a Granvela; los embajadores le encontraban siempre perfectamente instruído de todo, aun de las palabras que habían pronunciado; todas las resoluciones eran acordadas solamente entre los dos. Esto se hacía lentamente, y con frecuencia Carlos Quinto, después de haber hecho expedir los despachos, retenía todavía por algunos días la estafeta que debía llevarlos a su destino.

»Pero una vez tomada una resolución, nada del mundo podía hacerle variar de parecer; sabíase eso muy bien. Decíase que antes dejaría se hundiese el mundo que hacer una cosa por imposición; no hubo jamás ejemplo de que se le hubiese arrancado ninguna concesión por la fuerza o el peligro. El mismo lo confesaba ingenuamente diciéndole a Contarini: — «Estoy naturalmente inclinado a persisitir de una manera obstinada en mis opiniones. — Señor — respondió el otro, — persistir en las buenas opiniones, no es terquedad, sino firmeza.» Carlos le interrumpió diciendo: — «Es que a veces persisto también en las opiniones malas.»

»Mucho se le faltaba, sin embargo, para que la resolución fuese seguida inmediatamente de la ejecución.

© Biblioteca Nacional de España

Repugnábale a Carlos emprender las cosas, aunque supiera muy bien lo que había que hacer. Tiépolo dice de él, en 1538: «Vacila hasta que los negocios están en peligro, hasta que han experimentado algún detrimento.» El papa Julio III lo nota igualmente, y dice de él: «Carlos se venga, pero es menester que reciba algunos golpes antes de decidirse a levantarse.» Verdad es que el Emperador carecía a menudo de dinero y las complicaciones de su política le imponían mil rodeos.

»De todas suertes, mientras se veía obligado a esperar el momento favorable, no perdía de vista a sus enemigos. Los observaba con tanta atención que los embajadores quedaban sorprendidos al ver cuán profundo conocimiento tenía de sus gobiernos y con qué justeza juzgaba por anticipado lo que harían. Presentábase por fin la ocasión, la hora favorable o urgente y entonces, ya pronto, ejecutaba lo que quizás había meditado durante veinte años.

»Tal fué la política de Carlos V, que sus enemigos miraban como astuta y abominable y que, a los ojos de sus amigos, fué un modelo de prudencia; cuando menos se la puede considerar como obra de una voluntad reflexiva. Permanecer en inacción, observar atentamente, esperar con paciencia, no levantarse, por tarde que fuese, hasta poder descargar golpes seguros, tal fué precisamente la naturaleza de este príncipe.

»Su carácter fué el mismo en multitud de otras ocasiones. Castigaba, a la verdad, pero sólo después de haber aguantado mucho. Recompensaba, pero no en seguida. Más de una vez el buen servidor se veía obligado a esperar muchos años para ver remunerados sus servicios, hasta que, por fin, recibía uno de los feudos o uno de los beneficios que el Emperador poseía en gran número y con los cuales podía enriquecer a sus servidores, sin tener nada que gastar. Así fué como se hizo servir de una manera inconcebible.

© Biblioteca Nacional de España

»Cuando se le revestía de sus armas, notábase que temblaba como un azogado; no recobraba su valor hasta quedar armado, hasta dar a suponer que se las echaba de bravo, puesto que nunca ningún emperador había muerto de una bala.

»Hombre semejante, lleno de calma y de moderación, asaz afable para acomodarse a las más diversas circunstancias, asaz severo para mantener bajo su yugo a muchos pueblos a la vez, parecía el más propio para hallarse a un tiempo a la cabeza de muchas naciones. Alábase a Carlos por haberse ganado con su condescendencia a los neerlandeses, por su prudencia a los italianos, por su dignidad a los españoles, pero ¿qué cualidades poseyó para atraerse a los alemanes? No era, por su natural, capaz de demostrar esta franqueza de corazón que nuestra nación busca desde luego, ama y venera en los hombres eminentes. (*No se olvide que habla el prusiano Ranke.*)

»Aunque imitase escrupulosamente en sus relaciones con los príncipes la etiqueta adoptada por los antiguos emperadores, aunque se esforzase en adoptar las costumbres alemanas y llevase en Alemania la barba a usanza de este país, los alemanes le consideraban siempre como a un extranjero. Un soldado del tren de artillería, a quien había dirigido algunas palabras vivas, le dió de latigazos; un lansquenete le apuntó su arcabuz delante de Argel; ambos le habían tomado por español. Principalmente desde la guerra de Esmalcalda perdió todo crédito en la nación. Dábase a sus dos adversarios el nombre de magnánimos, pero él, Carlos de Gante, como se le llamaba, sonrióse maliciosamente al hacer prisionero al buen príncipe electoral. ¡Con qué astucia se hizo dueño del landgrave en Hallel Los italianos se hacían lenguas de su sencillez cuando, cubierto con una simple capa, hacía su entrada en las ciudades en medio de un brillante cortejo, pero les parecía a los

© Biblioteca Nacional de España

alemanes que había falta de dignidad en tal negligencia.

»Habiendo sido sorprendido por la lluvia delante de Naumburg, Carlos mandó fueran a buscar en la ciudad su viejo birrete, y ocultó bajo el brazo, mientras lo traían, el birrete nuevo que llevaba, para que no se mojara. «¡Pobre emperador, dice Sastrow, que esconde toneles de oro y se expone a la lluvia para no echar a perder un gorro de terciopelo!» Bástenos decir que jamás estuvo a su guisa en Alemania. Las divisiones intestinas de este país absorbieron toda su actividad sin procurarle gloria. Y no sólo esto: no solamente el clima del Norte era perjudicial a su salud, sino que no sabía bien el alto alemán; la mayor parte del país le comprendía mal y sólo sentía aversión hacia él.

»La vida de Carlos Quinto empezó a desarrollarse tarde y declinó pronto. Había, por largo tiempo, dejado de crecer, y se trató mediante diversos regímenes higiénicos de favorecer su crecimiento. El desarrollo de su cuerpo quedó extraordinariamente retardado hasta 1521. En esta época se notó que comenzaba a echar barba y su cara tomaba un carácter más varonil (Pedro Mártir de Anglería). Desde entonces gozó por algún tiempo de una salud floreciente; comenzó a gustarle la caza; más de una vez se extravió tanto en la Alpujarra y en los montes de Toledo, que nadie oía su cuerno; una noche, un moro hubo de enseñarle el camino, y se habían ya puesto luces en los balcones y tocado las campanas para buscarle (Sandoval).

»Dedicábase a ejercicios gimnásticos, a caballo y a pie. La proposición que hizo a Francisco I de terminar sus diferencias con un duelo era muy seria. Quédanos de él un retrato de cuerpo entero de esta época. Carlos aparece representado con una boca cerrada, un tanto imperiosa, grandes ojos llenos de fuego y facciones algo fuertes; tiene sujeto a un perro de caza. Pero la separación entre la parte superior y la parte inferior del

© Biblioteca Nacional de España

rostro se desarrolló poco a poco, y esta transición caracteriza la diferencia de los retratos pintados en las dos épocas de su vida. En los últimos, la parte inferior de la cara es prominente, la boca queda abierta, los párpados están bajos.

»En cuanto entra en la vida activa, ya no se encuentra bien y ve con una especie de envidia cómo un secretario particular, apenas llegado de viaje, devora el asado que se le ha servido. A los treinta y seis años, hallándose en Nápoles, en el momento mismo en que quería engalanarse para gustar a las damas, como confiesa él mismo, ve brillar las primeras canas en sus sienes. En vano se las hace arrancar, pues brotan de nuevo. A los cuarenta años siente sus fuerzas semidesfallecidas; ya no tenía aquella su antigua confianza en sí y en su fortuna, y es cosa digna de notarse que supo recordar mejor los acontecimientos de su vida que precedieron a este año que no los que fueron más recientes.

»Desde entonces sufrió ataques de gota y se vió obligado, la mayor parte del tiempo, a viajar en litera. A veces traía de la caza un ciervo o un jabalí, mas por lo general había de contentarse con ir al bosque con su arcabuz para tirar a las cornejas y a las chochas. Su placer consistía en permanecer en sus habitaciones donde su bufón (*el famoso D. Francisquillo de Zúñiga*) le arrancaba a veces una semisonrisa, y su maestro de ceremonias, Montfalconet, le divertía con sus respuestas llenas de oportunidad. De todas maneras, la enfermedad le atacaba cada vez más vivamente; la gota, dice Cavallo, en 1550, le sube a veces hasta la cabeza y amenaza con matarlo de repente.

»Los médicos le pedían con insistencia que se marchara de Alemania, pero la complicación creciente de los asuntos le retenía en estas comarcas. Allí fué donde la inclinación hacia una sombría soledad que alimen-

© Biblioteca Nacional de España

taba desde largo tiempo acabó por triunfar; en el fondo era la misma inclinación que había tenido por tan largo tiempo su madre, extraña al mundo. Carlos no veía a nadie sin haberle mandado llamar expresamente; a veces no tenía fuerza para firmar. Experimentaba dolores en las manos aun para abrir una carta. Se pasaba largas horas de rodillas en un cuarto tapizado de negro, iluminado por siete hachas. Después de la muerte de su madre creía oir una voz que decía le siguiese.

»En tal situación de espíritu y de cuerpo se decidió a abandonar la vida, aun antes de morir.»

«Carlos V, escribe M. Mignet, había sido el soberano más poderoso del siglo XVI. Heredero de las cuatro casas de Aragón, Castilla, Austria y Borgoña, representaba sus varias cualidades y por muchos conceptos contradictorias, como poseía sus diferentes y extensos dominios. El espíritu siempre político y a menudo astuto de su abuelo Fernando *el Católico;* la noble elevación de su abuela Isabel de Castilla, junta con la melancólica tristeza de su madre Juana *la Loca;* el valor caballeresco y audaz de su bisabuelo Carlos *el Temerario,* a quien se parecía en el rostro; la ambición industriosa, la afición a las Bellas Artes, el talento para las ciencias mecánicas de su abuelo el emperador Maximiliano, todo eso heredó con sus propósitos y reinos.»

«Por nuestra parte, dice con elocuencia el Sr. Ortega y Rubio, reconocemos de buen grado la indiscutible grandeza de Carlos V. Su carácter y sus ideas no son los nuestros; pero, amantes de la gloria y del genio, le saludamos con respeto y admiración. Su política, forzoso es confesarlo, llevó directamente a España a la ruina. Es verdad que al poner Carlos V su pie en la Península se desplomaron los castillos feudales; pero él mató a aquellos municipios que habían gastado los eslabones de las cadenas de los siervos, y él contribuyó a que se menospreciaran las ciencias y a que solamente

© Biblioteca Nacional de España

quedara a la posteridad como muestra de nuestra vida aquella inmensa carcajada de Cervantes que se llama el *Quijote* y aquella protesta de Calderón contra el absolutismo, que se intitula *La vida es sueño;* y si es verdad que, arrastrados por la impetuosa carrera del gigante conquistador, pusimos sitio a Europa, detuvimos a los turcos y extendimos nuestra dominación por el Nuevo Mundo, también lo es que con ello matamos nuestra industria, empobrecimos nuestro suelo, dejamos por el mundo pedazos de nuestro corazón y regamos la tierra con nuestra sangre. Si Carlos V hubiese escuchado las palabras y consejos que le repetían los españoles y los alemanes al pisar el suelo de nuestra patria y del Imperio, no sólo sería reputado, según justamente lo es, como uno de los hombres más grandes de la historia, sino que además su nombre sería bendecido por las generaciones como creador y mantenedor de una nacionalidad, además de valerosa y creyente, próspera, culta, laboriosa y civilizada.»

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XI

EL RÉGIMEN

La corte de Carlos V. — Los impuestos. — La situación pública en Castilla. — En la Corona de Aragón.

La corte de Carlos V.

Desde un principio hubo de tener grande importancia la corte del futuro emperador, estando exactamente organizada como en tiempo del Duque de Borgoña, Felipe *el Bueno,* fundador de la Orden del Toisón de Oro, o del fastuoso Carlos *el Temerario,* su abuelo materno.

Todos los palaciegos pertenecían a la nobleza, comenzando por la más elevada. El principal cortesano era el *gran chambelán,* que dormía en la misma cámara que el Emperador, el cual lo sentaba a su mesa todos los días.

El número de esos palaciegos era muy grande; los unos formaban el cortejo imperial; los otros desempeñaban cargos domésticos, bajo la jefatura del *mayordomo mayor.*

Había el *grande escudero,* cuya misión consistía en cuidar de los heraldos, trompetas, guardias de las tiendas, caballos y mulas. Este *grande escudero* o caballerizo mayor, era el que revestía de su armadura al

© Biblioteca Nacional de España

príncipe y le desarmaba al regreso, sin apartarse de su lado en el combate.

El cuarto gran personaje de la corte borgoñona era el *confesor,* bajo cuyas órdenes estaban los dos predicadores, los capellanes y los cuarenta músicos que formaban la capilla, sin igual en el mundo.

Estos cuatro varones ejercieron en el primer período de la vida de Carlos V grande influencia. Ya hemos visto el sumo poder de que gozó Monsieur de Chièvres el *gran chambelán,* siempre al lado del rey; no menos influencia tuvo el *grande escudero,* Maingoal de Lannoy, con no poco descontento de la nobleza castellana al ver ocupadas las primeras dignidades por aquellos belgas, siendo ésta una causa de las que contribuyeron al alzamiento de las *Comunidades.*

Ser cortesano abría la carrera de los más espléndidos cargos. No pocos segundones se dedicaban a las funciones eclesiásticas; empezaban como capellanes y a los seis o diez años veíanse hechos obispos o abades. A la llegada de Carlos I a Castilla era promovido a arzobispo de Toledo un joven flamenco de la familia de Croi.

En la corte se formaban los *caballeros,* que debían esmerarse en mostrar obediencia absoluta y una complacencia sin límites hacia el príncipe, de igual manera que en desplegar hábil seducción, para ganarse el afecto de las damas. Estos caballeros son los portantes de la espada del príncipe.

Educábanse cuarenta pajes en la corte, y el plan de estudios consistía en la danza, la equitación, la esgrima y un poco de vaga y amena literatura.

Cuando saliendo al fin de su pasividad gobernó Carlos V por sí solo, todo lo quiso administrar él, de suerte que el príncipe de Nassau y el conde de Burén, que hasta entonces lo habían mangoneado todo, dejaron de tomar parte alguna en los negocios del Estado. A la muerte de Nassau quedó suprimido el cargo de

© Biblioteca Nacional de España

gran chambelán, siendo reemplazado por el de *sumiller de corps,* mucho menos importante.

El duque de Alba fué nombrado «gran maestre de palacio», pero su influencia fué exclusivamente personal y no debida al cargo. Después de muerto Maingoal de Lannoy, ya no se oye hablar más del *gran escudero;* sólo continuó gozando de privanza el confesor, por las importantísimas cuestiones eclesiásticas que con harta frecuencia se suscitaban: concilios, moros, turcos, cristianos nuevos, reformados. Con todo, en manera alguna cedía el Emperador a los dictámenes de aquél, si no coincidían con su particular manera de ver.

Los impuestos Desde un principio tuvo que luchar el Emperador con la falta de dinero, y era natural fuesen enormes los dispendios de aquel rey que abandonando a su mujer y sus hijos se pasaba la vida yendo de aquí para allá, de Castilla a Alemania, de Italia a Flandes, sin que le bastaran los tesoros de Indias ni los dineros arrancados con violencia a los pueblos.

Al ascender al trono el joven rey el patrimonio de la corona había menguado hasta lo sumo; todo se había ido en pagar sumisiones o comprar adversarios, de modo que, en realidad, no quedaban más que las contribuciones.

En Castilla predominaban los impuestos de aduanas: cuanto se desembarcaba en Laredo, Santander, Castro Urdiales y San Vicente de la Barquera debía satisfacer el correspondiente arancel al entrar en Castilla por las aduanas de Vitoria, Orduña y Valmaseda. Lo que llegaba de Asturias, pagaba los derechos en Oviedo; lo de Galicia, en Puebla de Sanabria y Villafranca del Bierzo.

Había, además de los puertos marítimos, los llamados *puertos secos;* eran los que se extendían a lo largo de las rayas con Portugal, Navarra, Aragón y Valencia. En los puertos marítimos de Andalucía subsistían los *almojarifazgos,* esto es, las aduanas de los árabes.

© Biblioteca Nacional de España

El comercio interior estaba sujeto también a numerosos gravámenes. La *alcabala* consistía en el pago de un maravedí por cada diez maravedises del valor de una compra o simplemente de un cambio de productos, y nadie estaba exento de satisfacerla, a lo cual se añadió el ingreso de *las tercias*, o sea una parte de los diezmos del clero.

Como de pagar las alcabalas *in totum* hubiera sido imposible la vida, se apeló al *encabezamiento*, igual que ocurre hoy con algunos impuestos o sea un convenio para entregar al Gobierno una cantidad alzada.

Había, además, infinidad de otros impuestos: en Granada, Málaga y Almería se pagaba un derecho sobre las sedas. Había una contribución de *servicio y montazgo real* arrendado, en cuya virtud se pagaba un tanto por cada millar de cabezas de ganado trashumante.

Estaba estancada la sal, menudeaban las multas, los embargos y las tasas sobre multitud de ventas y, por fin, podía contar el rey con las rentas de los grandes maestrazgos, aunque, como ya hemos visto, la mayor parte de los ingresos procedían de los impuestos sobre el comercio.

En tiempo de Carlos V podían evaluarse las contribuciones en un millón de ducados, sólo en Castilla. En la Corona de Aragón las provincias se administraban por sí mismas, y no solía quedar nada para la corona. En Sicilia y Países Bajos se pagaba poco.

De ahí las quejas de las Cortes de Castilla, al lamentarse de que se hubiese abandonado la modestia de sus antiguos reyes para imponer la suntuosa etiqueta de la corte de Borgoña, lo cual hacía que D. Carlos, aun no casado, gastara *doce veces* más de lo que habían hecho sus abuelos. Estos se pasaban con 12.000 maravedises diarios, y él consumía 150.000; de ahí las continuas peticiones de economías.

Como el déficit iba siempre en aumento, era menes-

© Biblioteca Nacional de España

ter que los Estados, o sea las administraciones provinciales, impusieran nuevas contribuciones para donativos o lo que se llamaba *el servicio.* Castilla aprontaba cada tres años un servicio de 300 cuentos (267.300 ducados); Sicilia, un donativo de 75.000 escudos; Nápoles, por si no era bastante un gravoso impuesto directo, aprontaba un servicio de 300.000 ducados; Milán casi lo mismo; los Países Bajos, 500.000 ducados. Los Estados de la Corona de Aragón prometieron pagar 200.000 ducados cada año, pero se las compusieron de manera que casi no dieron nada.

Pero ni aun así bastaba, y a cada momento se imponían contribuciones extraordinarias, aparte de lo cual se le sacaba a la Iglesia todo el dinero que se podía, ya por medio de impuestos directos, ya obteniendo del Papa la concesión de la venta de las bulas de cruzada.

Tantos eran los gastos, sin embargo, que el Emperador se veía obligado a veces a apelar a recursos extraordinarios. Cuando la segunda guerra con Francisco I (1526), tuvo Carlos V que apelar a la dote de su esposa D.ª Isabel de Portugal, y como ni aun así había para pagar a las tropas, éstas se cobraron en el saqueo de Roma. Para hacerse con algún dinero al objeto de pasar a Italia, en 1529, cedió a Portugal los derechos de Castilla sobre las Malucas.

Pero como ni aun así había lo suficiente, tuvo que recurrir a los empréstitos, a usurario interés, con la garantía de las contribuciones. Este interés variaba del 7 ½ al 30 por 100, con lo cual se comprende que todas las rentas tuvieran que invertirse en pago de intereses.

De los 920.000 ducados procedentes de las rentas ordinarias de Castilla, en 1550, tuvieron que invertirse 800.000 para pago de intereses de la Deuda, y así de los demás.

Carlos V se veía, pues, siempre sin dinero, y se ex-

© Biblioteca Nacional de España

plica, aunque haya en ello alguna exageración, que Ruy Gómez de Silva afirme que la abdicación del Emperador se debió a la falta de recursos.

Respecto a los envíos de América, dijimos ya que ni de mucho eran tan cuantiosos, en aquella época, como podían figurarse algunos.

La situación pública en Castilla.

Aunque se ha dicho que este reino se hallaba en estado muy floreciente a principios del siglo XVI, no resulta así de las relaciones de Navagero, ni de las investigaciones de algunos autores, ni de las actas de las sesiones de Cortes.

Hacia 1526, esto es, cuando no había comenzado aún el éxodo de comerciantes al Perú ni se habían dejado sentir, como después, los funestos efectos de la dominación austro-borgoñona, aparecían cegados o en estado de ruina los antiguos canales, como el de Toledo; en toda Castilla se hallan grandes extensiones de despoblados, con alguna que otra venta abandonada. Sólo se exportan granos, seda, pieles, lana, hierro y acero, pero se importan todos los productos de la industria extranjera. Unicamente florecen algunos oficios en Valladolid, Sevilla y Granada.

Subsistía la división entre *hidalgos* y *pecheros*. Por especial privilegio no se le podían embargar al hidalgo la casa, el caballo, la mula ni las armas; no podía ser encarcelado por deudas; no podía estar sometido a la tortura; tenía el derecho de no pagar ningún impuesto. Los *pecheros* (de *pechar*, contribuir) pagaban todas las gabelas; se dedicaban a la agricultura y al comercio, tenían el derecho de hacer el repartimiento y desempeñaban la mayoría de las funciones concejiles.

Sea como fuere, el verdadero núcleo de la nación castellana (y lo mismo puede decirse de Aragón) era la casta de hidalgos. Les están reservados todos los empleos públicos, y protestan cuando se le confía alguno a un pechero. Todos desean llevar una existencia dis-

© Biblioteca Nacional de España

tinguida, pero sin trabajar; todos quieren ser hidalgos, y de ahí que, en general, se sintiese aversión, que fué creciendo cada vez más, hacia los negocios, los oficios manuales y la industria.

En tiempo de Carlos Quinto pudo contenerse aún algo la tal manía hidalguesca, y subsistían las dos clases, pero no habían de tardar mucho en caer en el mayor desprecio los pecheros y en aumentarse extraordinariamente el número de hidalgos, sin más aspiración que servir al rey y a la Iglesia; esto es, la empleomanía, la clericomanía o las armas.

Ocasiones sobradas se ofrecieron ya en tiempo de Carlos Quinto para dar libre salida al espíritu belicoso de los castellanos, pero al par de esto «el pueblo era también sobrio y temperante, dice Ranke. Los hijos obedecían por largo tiempo a sus padres; las hijas estaban largo tiempo sentadas al lado de sus madres y trabajaban para su dote. Los casamientos eran tardíos; los hombres, lo que menos, a los treinta años y las mujeres raramente antes de los veinticinco».

No había tomado todavía el lujo las proporciones extraordinarias que adquirió después. Dedicábanse los unos a la milicia; vivían los otros a guisa de aquel *caballero del Verde Gabán* de que nos habla Cervantes, como representación del castizo hacendado castellano; otros disfrutaban de las riquezas que sus padres o ellos mismos habían adquirido en la India. En suma, continuaban aún, por más que en vías de próxima alteración, las antiguas costumbres.

Industria y Comercio.

Era natural que los grandes descubrimientos de América y las relaciones que necesariamente hubieron de establecerse entre España, y las numerosas provincias y reinos sobre que gobernaba Carlos V obligasen a los pecheros a salirse de su antigua pasividad para mostrarse más activos. No quitaba el afán de enriquecerse el que hubiese afición a las ar-

© Biblioteca Nacional de España

mas y se sintiese el prurito de figurar entre la nobleza.

Florecía grandemente en Sevilla el comercio con las Indias, por tener aquella ciudad, con su famosa *Casa de Contratación,* el monopolio del tráfico ultramarino: víveres, mercancías, objetos de arte.

En Granada prosperaba la cría del gusano de seda; consta en la *Nueva Recopilación* que el comercio de sederías aumentaba a diario; que se tejían, fabricaban y vendían telas de seda en mayor cantidad que nunca, y de ahí el celoso cuidado para que el moral de Granada no fuese trasplantado fuera de este reino, ni siquiera a Valencia. El progreso en la fabricación de sedas llegaba hasta el punto de que las piezas finas salidas de los telares granadinos fuesen en demasiada cantidad.

Por desgracia, comenzó la decadencia de las industrias españolas — aunque fuesen tal vez en corto número, — dentro del mismo reinado de Carlos V, contribuyendo a ello varios factores:

1.º La afición a pasar por nobles o a dedicarse a la vida monástica; aficiones fomentadas por el gobierno.

2.º La afición a vivir de renta sin trabajar. Acosado Carlos V por sus acreedores, les vendía las rentas reales, que, a compás del tiempo y a medida que aumentaba la inseguridad de la situación, fueron adquiridas por los hijos del país, resultando una renta del 7'7 por 100.

Nada más cómodo, pues, que asegurarse unos buenos réditos sobre las rentas reales. «Sucedió con frecuencia, dice Ranke, que un mercader, un artesano, en cuanto habían allegado tan sólo 7.000 ducados para comprar una renta de 500 ducados, la consolidaban en la cabeza de su primogénito fundando un mayorazgo. El mercader y el artesano creían, de esta manera, elevarse inmediatamente a la categoría de la nobleza. Los hermanos del que poseía un mayorazgo comenzaron naturalmente a ruborizarse de las ocupaciones que

© Biblioteca Nacional de España

eran el origen de su modesta fortuna: todos querían llevar el título de *Don* y desdeñaban el trabajar.»

Es probable, por otra parte, que la rápida fortuna hecha por muchos soldados españoles en Italia, los cuales, según expresión del papa Paulo IV, se habían hecho de mozos de cuadra amos del país, o el éxito, más rápido todavía, que los aventureros obtenían en América, ejercieran grande influencia en esta tendencia moral. En una palabra: el número de los que vivían tranquilamente de sus rentas; el número de aquellos caballeros pintados en el *Lazarillo de Tormes,* que vivían más de las fantasías de su imaginación que de sus riquezas, se acrecentó extraordinariamente y podría decirse que la conducta y el carácter del gobierno favorecieron en eso las tendencias de la nación.

EN LA CORONA DE ARAGÓN

Caracterizábase cada uno de los tres principales Estados del antiguo dominio de los Pedros y los Jaimes por algún distintivo especial.

Cataluña. El rasgo peculiar del antiguo Principado catalán era su inmenso comercio con los puertos del Mediterráneo, hasta el punto de que el derecho marítimo de todas las naciones estaba calcado en el famoso *Libro del Consulado de Mar* de Barcelona. Y es tanto más de admirar esta actividad en cuanto Barcelona carecía de puerto y ni siquiera contaba con una rada segura.

La navegación de los catalanes databa de cuando los condes de Ampurias sostenían porfiadas luchas con los corsarios berberiscos, consiguiendo a un tiempo gloria y riquezas. De ahí que figuraran en su escudo de armas cuatro cabezas de moro.

«Hubo un tiempo, dice el autor antes citado, en que la gloria del poderío marítimo catalán resonaba en todos los países, para servirme de la expresión de D. Pedro

© Biblioteca Nacional de España

de Portugal (*el «Condestable» de cuando la insurrección contra D. Juan II*), y era celebrada en todas las historias; en que las Ordenanzas marítimas de Cataluña preveían todos los casos que podrían ocurrirle a un buque, sin aceptar jamás, sin embargo, ni retirada ni capitulación; en que cinco de sus naves se veían obligadas siempre a atacar a siete buques enemigos; en que los generales estaban obligados a morir al pie de la bandera real. ¡Qué fiesta cuando el rey y el pueblo se reunían en la rada, una vez equipada la flota, y ondeaban al viento los tres sagrados estandartes del rey, del almirante y de San Jorge! Resonaban en el aire los vivas y la escuadra se hacía a la vela con la esperanza cierta de vencer y regresar colmada de botín! Pero, ya este tiempo había pasado.

»Con todo, el comercio de Barcelona prosperaba aún hasta cierto punto al principio del siglo XVI. No parece que los cambios introducidos por los descubrimientos de los portugueses en el comercio de la India y en el comercio general le hubiesen sido muy desfavorables. Veíanse aún cada año regresar de Alejandría y entrar en el puerto de Barcelona las carabelas y las naos de los catalanes. En 1522 la ciudad y la Diputación General tratan de alcanzar del Papa la absolución para cuantos realizan negocios en Egipto; negocios que, según la expresión empleada en su instancia, interesan al bienestar de muchos ciudadanos. Finalmente, en 1525, vemos reunirse a los negociantes catalanes en la aduana del Cairo para elegir un nuevo cónsul. Encontramos que los barceloneses mantienen relaciones comerciales casi hasta esta época, con la isla de Rodas, con Ragusa, con las costas de África que las conquistas de los castellanos acababan de abrir. Encontramos cónsules catalanes en Constantinopla, a lo menos hasta fines del siglo XV y en 1499 sus corsarios se reúnen con los venecianos en el puerto de Modane para oponer una resis-

© Biblioteca Nacional de España

tencia común a los osmanlíes. Cataluña se jacta de las palabras de Carlos Quinto: «Doy más estima al título de conde de Barcelona que al de emperador romano.»

»Pero desde esta época vemos disminuir esta actividad, esta vida. Carlos Quinto en 1529 equipó su última escuadra con los restos del poderío político de los catalanes; en 1535 encontramos su último cónsul en Túnez; en 1539, su último cónsul en Alejandría. No hay que pensar ya en Constantinopla ni en las otras plazas del Mediterráneo, y si alguna vez su cónsul había tenido cierta importancia en Brujas, desapareció ahora. Con todo, la antigua pasión de los catalanes por la navegación y el comercio marítimo no queda aún completamente extinguida, sino que se encierra en estrechos límites y no se halla ya en estado de dominar. La Diputación General se ve obligada, a fines de siglo, a establecer un nuevo impuesto para equipar cuatro galeras destinadas a operar contra los piratas.»

Los grandes beneficios alcanzados con el comercio y la navegación habían hecho de la capital catalana una ciudad hermosísima, de fama europea, no acabando en sus elogios Gonzalo Fernández de Oviedo al hablar de *sus casas de piedra* y de la limpieza de sus calles, al recordar a Barcelona en su descripción de la ciudad de Santo Domingo.

¿Qué causas determinaron semejante decadencia? Ranke sólo encuentra dos.

«La primera, dice, fué la reunión de Cataluña a Castilla; de ello resultó que el comercio del mar Atlántico que la Península hacía en general con Flandes y el Nordeste, pasó por entero a las provincias más cercanas a este mar y particularmente a Vizcaya; resultó además que la piratería que ejercían los catalanes, debió cesar desde el momento en que sus intereses se encontraban enlazados con los de una gran monarquía; finalmente esta reunión hizo desaparecer el nom-

© Biblioteca Nacional de España

bre de los marinos catalanes bajo la denominación general de españoles.»

Los catalanes quedaron privados de gran número de derechos de que sólo gozaban los castellanos; estaban excluídos, por la ley, de todas las empresas americanas, aunque su natural actividad hubiera podido procurar los más importantes servicios.

«Si a esta causa de decadencia para Cataluña, continúa diciendo el ilustre profesor de Berlín, añadimos todas las que resultaban de su reunión con Castilla; si decimos que el rey prohibía a lo mejor la exportación de hierro y, sin embargo vendía a veces al virrey, y a sus amigos y servidores, el privilegio de exportarlo, lo cual representaba la ganancia de algunos en detrimento de todos; que los genoveses, aquellos antiguos rivales de los catalanes resultaban entonces muy favorecidos en interés de la monarquía, nos veremos obligados a reconocer que la reunión de las coronas de Castilla y Aragón y la creación de la monarquía española, que fué su consecuencia, ha sido más funesta que ventajosa para Cataluña.

»Pero la segunda y más decisiva de las dos grandes causas que ocasionaron la decadencia del comercio catalán fué la preponderancia que obtuvo en el Mediterráneo el poderío marítimo de los turcos. Esta preponderancia fué consolidada por las ventajas que Barbarroja y los turcos obtuvieron en 1538 sobre la flota hispano-veneciana en los parajes jónicos por la alianza de Francisco I con Solimán, que condujo a los piratas turcos a todos los golfos del Mediterráneo, y, finalmente, por la consolidación y el establecimiento de los Estados berberiscos en las costas de África. Ningún buque perteneciente a alguna de las dos potencias que se encontraban en guerra permanente con los turcos pudo navegar entonces para operaciones comerciales en el Mediterráneo oriental, por lo cual todas las operacio-

© Biblioteca Nacional de España

nes cesaron de una manera sorprendente en 1537. Lejos de poderlas continuar hubo que fijar toda la atención en la defensa de las costas del reino; los turcos se presentaron ya en 1527 en la rada de Barcelona, pero lo hicieron más frecuentemente desde el año 1538, a menudo con veinte velas y aun con cien.

»Construyéronse entonces torres en los promontorios, cerca de las desembocaduras del Ebro y del Llobregat; las ciudades se noticiaban mutuamente la proximidad de los buques turcos. No dejaban de tener fundamento sus temores. Ciudadela, en la isla de Menorca, fué tomada e incendiada por los turcos en 1558.

»Restringida así Cataluña por la gran monarquía, repelida sobre sí misma por los turcos, excluída del Oeste por Castilla y del Este por los osmanlíes, vióse obligada a contentarse con el comercio que hacía con Nápoles y Sicilia; hizo de vez en cuando algunas tentativas para restaurar las otras ramas de su comercio, pero fueron siempre infructuosas.

»Así de igual manera que las victorias alcanzadas sobre los árabes y los mahometanos habían fundado el poderío marítimo de Cataluña, así también los progresos de otros mahometanos, los de los turcos-osmanlíes, produjeron la ruina de este poderío.»

Aragón. Distinguíase este reino por su liberalísima Constitución, fundada en las hazañas de otros siglos, cuando la guerra con los moros. Muchas veces pedíanle los soldados al rey les permitiese construirse un pueblo, a la vista del enemigo, para retarle, y el rey, al objeto de sostener su valor les concedía numerosos privilegios y una libertad casi completa. Pronto había de desaparecer todo.

Valencia. Distinguíase este reino por la perfección de su agricultura, que prestaba a sus campos, comparados con todos los del resto de Europa, el aspecto de un risueño jardín.

© Biblioteca Nacional de España

A pesar de las expulsiones de moriscos, todavía, a principios del siglo XVII, quedaban 22.000 familias de dicha estirpe.

Valencia se había visto arrebatadas sus libertades al mismo tiempo que las Comunidades de Castilla, vencidas sus *germanías*, e igual Mallorca.

A pesar de sus esfuerzos para mantenerse autónomos Valencia y Aragón como Cataluña hubieron de verse arrastrados en la decadencia de la monarquía española, iniciada, como ya dijimos, en el mismo reinado de Carlos V, a pesar de todas sus glorias.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

PARTE SEGUNDA

FELIPE II

CAPÍTULO PRIMERO

REPARTO DE LOS ESTADOS DE CARLOS V.—LA INFANCIA Y LA JUVENTUD DE FELIPE II.—FELIPE II CONTRA EL PAPA.—INGLATERRA HISPANÓFILA CONTRA FRANCIA.—SAN QUINTÍN.—CALAIS.—GRAVELINAS.—PAZ DE CHATEAU CAMBRESIS.

(1557 - 1558)

Reparto de los Estados de Carlos V

Pesada cuanto gloriosa herencia recibía el rey D. Felipe II, en dificilísimas circunstancias. España había experimentado bajo el anterior reinado inmensa sacudida al convertirse en potencia con aspiraciones a la dominación universal. Convertida desde el tiempo de Pedro III *el Grande* en gran nación mediterránea, con lo cual tal vez hubiera bastado, y hubieran podido ser bien regidas las dos penínsulas hermanas, pasó a ser por el matrimonio de doña Juana *la Loca* con el archiduque de Austria, Estado europeo central, separados de la metrópoli los Países Bajos por la interposición de Francia, y por si no bas-

© Biblioteca Nacional de España

tara esta causa de conflictos, en litigio Lombardía, enclavada entre Saboya y Venecia, y separada de nuestro reino de Nápoles por la Italia Central, viniendo a complicar lo difícil de la situación la elevación de nuestro rey Carlos I al trono imperial de Alemania, en vísperas de convertirse Alemania en un hervidero de las más violentas pasiones.

Y fué ciertamente una desviación de nuestra política propia, nacional; íbanos a ser imposible, con los turcos y los moros, siempre amenazadores, atender a todo. Se puede luchar con el mundo entero cuando se poseen fuerzas suficientes, y no las teníamos nosotros.

Como ya hemos dicho, al abdicar Carlos V para retirarse a Yuste, dividió sus dominios en dos trozos: fueron para su hermano Fernando el Imperio y los Estados propiamente austriacos; quedaron para el rey Felipe II, Nápoles, Sicilia, Milán, los Países Bajos, el Franco Condado, las plazas de Berbería, las islas Canarias, de Cabo Verde, Fernando Pó, Annobón y Santa Elena; la Oceanía, con Filipinas y parte de las Malucas, y por fin, el inmenso imperio americano, aparte de lo cual era rey titular de Inglaterra.

El hombre llamado a regir tan vasto imperio estaba sin duda más que sobradamente preparado para realizar su misión, y había de dejar perpetua memoria de su gobierno en nuestros fastos. No ha habido, sin duda, en la larga lista de los reyes de España monarca más ensalzado, ni más censurado, ni más discutido, debido principalmente a la ojeriza de los protestantes.

Nos guardaremos bien de dar asenso a la parcialidad de los que han puesto a Felipe II ora en las nubes, ora en los profundos infiernos (*el Demonio del Mediodía*, del poeta alemán Schiller; nuestro Quintana; los progresistas y sus sucesores). Poco a poco se ha ido haciendo la luz y se puede hoy juzgar, si no exactamente, con bastante equidad a Felipe II.

© Biblioteca Nacional de España

La infancia y la juventud de Felipe II.

Había nacido D. Felipe en Valladolid, el 21 de mayo de 1527, de manera que contaba 29 años al ceñir la corona de San Fernando. Era hijo de Carlos V y de D.ª Isabel de Portugal, y a los siete abriles se le puso casa, dándole por

Felipe II

preceptor al Dr. Martínez Silíceo, teólogo de Alcalá.

Transcurrió la niñez del príncipe encerrado en palacio, muy adulado; se le crió exageradamente devo-

© Biblioteca Nacional de España

cionero; no gustaba de juegos; sólo mostraba alguna afición a la caza, a tañer la vihuela, a componer versos y al ajedrez.

Huérfano de madre a los doce años, no reparó Carlos V en tan corta edad para nombrarle regente del reino. Distinguíase por su endiosamiento y por su disimulo, lo cual hacía temibles sus venganzas.

Ausente casi siempre su padre, harto ocupado en pelearse con medio mundo, fué tan descuidada su educación que no aprendió más lengua que el castellano.

Era de mediana estatura, blanco y rubio, de ojos azules, la barba salida, rasgo propio de la fisonomía de los Austrias, que fué acentuándose hasta llegar a cierta deformidad bajo Carlos II; la frente despejada, gallardo en su apostura.

Ya que no descollase por sus ímpetus guerreros, distinguíase por su extremada aplicación al papeleo; en plena adolescencia, cuando sólo contaba quince años y ejercía la gobernación del Estado español, presidía los tribunales y los cuerpos consultivos, tomaba parte en las deliberaciones y mostraba una gravedad impropia de sus años.

No era cruel, ni arrebatado, antes bien, propenso a la clemencia en tanto no se opusiese a la justicia, según las ideas del tiempo; distinguíase por su fervor católico, pero no menos por su vidrioso celo en la defensa de las prerrogativas del trono.

A los 16 años contrajo enlace con la infanta D.ª María de Portugal, su prima, de igual edad, a quien amaba tiernamente, por lo cual fué inmensa su aflicción al perderla al cabo de dos años, después de dar a luz al célebre príncipe D. Carlos.

Ya hablamos de cómo su ilustre padre, desde Bruselas, le llamó a su lado para darle a conocer a sus futuros súbditos; estuvo, según dijimos, en Génova, Milán, Tirol, Baviera, Alsacia y Flandes, pero tan

© Biblioteca Nacional de España

orgullosamente se condujo que sólo supo captarse antipatías.

Iban mal las cosas de la guerra con los protestantes y con Francia, y de ahí que para ganar la amistad de Inglaterra le casara Carlos V con la reina María Tudor, que contaba muchos más años que él. Hecho rey propio de Nápoles y Sicilia por su padre, celebróse el casamiento con la inglesa, que les pareció una facha a nuestros gallardos y elegantes españoles. María Tudor, llamada por los protestantes *la Sangrienta*, persiguió con saña a los reformados; fueron innumerables los que perecieron en la hoguera, y si por fin hubo alguna suspensión en las ejecuciones, debido fué a Felipe II. Así fué cómo le debió la vida la hermana de María Tudor, Isabel, hija de Ana Bolena, odiadísima por la reina. Aunque sin pruebas fehacientes se ha querido decir que mediaban relaciones íntimas entre el joven monarca español y su cuñada, muy simpática, y bien podía ser, pues a pesar de su mucha devoción era Felipe II harto enamorado, sin reparar en clases ni categorías, como tantas veces ha sucedido.

Llamado Felipe a Bruselas para recoger la corona de España, por abdicación de su padre, y fallidas las esperanzas de sucesión, se marchó a Flandes, dejando abandonada en Londres a su esposa, que sin el contrapeso de su gentil marido dióse de nuevo a quemar reformados.

Felipe II contra el Papa.

Hablamos ya de la inquina que el papa Paulo IV les tenía a los españoles, y de ahí que hubiese sentido el mayor despecho cuando el Emperador y Enrique II de Francia concertaron la tregua de Vauxelles. No cesaba el desaconsejado Pontífice en provocar de continuo a las autoridades españolas de Nápoles y Sicilia, y en perseguir de muerte a los que simpatizaban con nosotros. Justo es decir que Felipe II apuraba todos los medios de concilia-

© Biblioteca Nacional de España

ción, pero nada bastaba a aplacar la enemiga de Paulo IV contra los españoles, hasta el punto de maltratar al embajador y encarcelar a Garcilaso de la Vega, que figuraba entre los secretarios de aquél.

Paulo IV, pues, empeñado en llegar a las manos

Reitre: mercenario de caballería

con Felipe II, consiguió que Enrique II rompiese la tregua de Vauxelles y que, unidas las armas galas y las pontificias, atacasen a Nápoles y Sicilia, resucitando las antiguas pretensiones francesas sobre Italia.

No es menester decir los escrúpulos que experimen-

© Biblioteca Nacional de España

taría Felipe II para hacerle la guerra al Papa, por lo cual consultó a sus teólogos. La respuesta fué que el rey podía, y debía, defender lo suyo contra todos, aunque fuese el Papa, y ya tranquilo respecto al particular, ordenó al duque de Alba, D. Fernando Alvarez de Toledo, general en jefe de las tropas de Italia y virrey de Nápoles, que avanzara hacia Roma para hacer entrar en razón al furibundo enemigo de España que ocupaba la cátedra de San Pedro, y no vacilaba en coligarse con una nación que, como Francia, estaba aliada con el Gran Turco, singular *Triple Inteligencia*, pero ¿qué más si por odio a España llegaba Paulo IV hasta tomar a sueldo lansquenetes y reitres luteranos?

Felipe II no dió tiempo a Paulo IV para sublevar la península italiana contra la dominación española ni esperar la llegada del ejército francés ni los auxilios del Gran Turco. El de Alba invadió los Estados Pontificios, se apoderó, sin resistencia, de Veroli, Bauco, Piperno, Terracina y otras ciudades y llegó por fin ante la fuerte plaza de Agnani (15 de septiembre de 1556), a la que puso sitio. Defendióse como pudo la ciudad, que cayó al fin, como cayeron luego Tívoli y Ostia.

El de Alba, a medida que iba apoderándose de las poblaciones pontificias mandaba fijar edictos en que decía «que las conservaría en nombre del Sacro Colegio hasta la elección de nuevo papa».

Eran grandes las pérdidas que ocasionaba la invasión española, y terrible el pánico que había en Roma, por si el duque de Alba fuera a hacer otra *borbonada* (de lo cual era perfectamente capaz). Intervino el embajador veneciano, y consiguió que el rencoroso pontífice firmara una tregua de cuarenta días con el duque, en cuyo poder se dejaba lo conquistado.

Digamos ahora que esta tregua produjo pésimo efecto en todo el mundo, incluso en el solitario de

© Biblioteca Nacional de España

Yuste, pues lo mismo en España que en los Países Bajos se hubiera preferido acabar de una vez: que entrara el duque en Roma y dictara desde allí la paz.

Entretanto reuníase un ejército francés para pasar a Italia, en auxilio de Paulo IV. Mandábalo el duque de Guisa, el afortunado defensor de Metz contra Carlos V, «pero el tesoro, dice Lavallée, tenía un débito de 25 millones, los cortesanos se repartían las pensiones, abadías, dignidades y confiscaciones, y se dispersaron las tropas del Piamonte por falta de pagas. No obstante, el duque de Guisa condujo quince mil hombres, obligó a permanecer neutrales a los duques de Parma y de Florencia, y recibió al duque de Ferrara en la alianza francesa (enero de 1557). Pretendía el reino de Nápoles como descendiente de Renato de Anjou, y en vez de atacar Lombardía, donde hubiera podido contar con el apoyo de los venecianos, dejó a Brissac y a Montluc en el Piamonte y Toscana, rechazó a los españoles, entró triunfante en Roma y penetró en el reino de Nápoles. Encallóse empero ante los muros de Civitella, vió su ejército diezmado por las enfermedades, y se halló en la necesidad de retirarse a los Estado Pontificios perseguido por el duque de Alba. Viendo entonces el papa vencidos a sus aliados y su capital en peligro, hizo la paz con España; y el duque de Guisa *que manifestó en esta guerra su inferioridad de talento respecto al de Alba,* condujo sus tropas a Francia.

»Brissac quedó encargado de la defensa del Piamonte. La dominación española se hizo más sólida que antes, y perdiendo la Santa Sede la última esperanza de libertarse de ella, se limitó únicamente a sus proyectos de reforma católica.»

Inglaterra hispanófila contra Francia.

Abandonado Enrique II a sus solas fuerzas, domeñado Paulo IV y llamándose andana el Gran Turco, recordó Felipe II que estaba casado con la reina de Inglaterra, que ésta

© Biblioteca Nacional de España

podía ayudarle, y arrepentido Eneas volvió a orillas del Támesis a ver a su abandonada Dido.

«D.ª María, durante la ausencia de Felipe, dice el Sr. Ortega y Rubio, había sentido más de una vez el aguijón de los celos; sus tristezas se acabaron al verle, y, loca de amor, voló a los brazos de su marido. Logró María, no sin dificultad, arrastrar a su nación a una lucha con Francia, sólo por satisfacer los deseos de Felipe, y cuando el heraldo llegó a anunciar a Enrique II la ruptura con Inglaterra, parece que el rey de Francia contestó: «Ya presentía yo esta guerra, como quiera que es la prenda de sumisión de vuestra Reina a su marido.» Después que María suministró a Felipe hombres y dinero, su ingrato esposo se embarcó para Flandes y ya no volvió a verla jamás.

»Felipe II dió el mando de sus tropas a Manuel Filiberto, duque de Saboya, de veintinueve años de edad. A su lado se hallaba el conde de Egmont.»

San Quintín El contingente inglés era de 8.000 hombres; con las demás tropas formaban un total de 35.000 infantes y 12.000 caballos.

El francés pudo apenas reunir 10.000 mercenarios que puso a las órdenes del almirante Coligny, y guarneció las plazas picardas de Rocroi, Mezieres y Mariemburgo. El duque de Saboya, secundado por el bravo conde de Egmont, penetró en Picardía por medio de un falso ataque contra Rocroi y llegó a San Quintín, que le abría el camino de París (28 de julio de 1557).

Excusan los franceses su derrota diciendo que la plaza se hallaba mal defendida, con las murallas ruinosas, etc., lo mismo que se dijo después, varias veces.

Iba Coligny acompañado del condestable Montmorency, del príncipe de Condé y otros personajes.

Dióse la batalla (10 de agosto de 1557, día de San Lorenzo), en la cual los franceses, al mando de Mont-

© Biblioteca Nacional de España

morency, tuvieron 6.000 muertos y otros tantos prisioneros, y perdieron toda la artillería y 52 banderas.

Felipe II no se halló en el combate, sino que estaba rezando en Cambray, por el triunfo de sus armas. No se le podía ocultar el mal efecto que esto debía producir (todo eran alabanzas al duque de Saboya y al conde de Egmont), y, por lo mismo, le escribía a su padre: «Mi pesar de haber estado ausente supera a todo cuanto puede suponer V. M.»

Coronel de infantería francesa

Carlos V, padre al fin, les echaba la culpa a los ingleses, que habían detenido demasiado tiempo en Londres a su primogénito, pero al mismo tiempo preguntaba si su hijo estaba ya en París y se había coronado rey de Francia.

Se había ganado la batalla de San Quintín, pero seguía resistiendo la plaza, al mando del almirante Coligny.

«Defendióse en ella como un bravo, dice el doctor Ortega, cayendo, por último, bajo el peso de un ejército diez veces mayor. Los soldados alemanes saquearon la ciudad, violaron las mujeres y mataron por capricho; al día siguiente recibieron la orden de abandonar la población, efectuándolo así, no sin que antes prendiesen fuego a muchas casas. Felipe II no entró hasta el tercer día, teniendo que pasar por entre cadáveres desnudos, cuyos restos devoraban los perros, y no fué a la catedral porque estaba «llena de

© Biblioteca Nacional de España

inmundicias y olía muy mal». San Quintín presentaba aspecto desconsolador «y parecía otra destrucción de Jerusalén».

«No hay cosa, escribe Cabrera, más cruel, fea, torpe, disforme, que la figura de una ciudad saqueada; en una parte se miran batallas, heridas, muertes, arroyos de sangre, hacinas de cuerpos muertos, fuerzas, estupros de mujeres y todo lo que es vicio y deshonestidad de una paz ociosa y sangre de una guerra, y cautiverio y mezcla de locura y furia.»

«Rendida la ciudad de San Quintín, se apoderaron los vencedores de *Castelet, Han* y *Chauny*; pero habiendo comenzado la época de las lluvias, Felipe, después de acantonar los soldados en sus cuarteles de invierno, volvió a Bruselas.»

Calais. Mientras tan tremenda derrota experimentaban los franceses en San Quintín, llegaba a Francia el duque de Guisa, vencido en Italia por el duque de Alba; concentraba cautelosamente su ejército, pasaba el Somme y aparecía ante la plaza de *Calais*, el Gibraltar de los ingleses en Francia, el mariscal de Termes, al frente de 20.000 hombres.

La plaza, sorprendida, acometida con vigor y presa del pánico, se rindió al cabo de ocho días y los ingleses perdieron el último rincón de territorio que poseían en el continente (enero de 1558).

A la rendición de Calais siguió la de Quines, y los franceses, entusiasmados, creyeron que Guisa era un nuevo Alejandro Magno.

María Tudor, en su agonía, no cesaba de repetir que si la abrieran el corazón hallarían en él profundamente grabado el nombre de Calais.

Gravelinas. Muy ufano Enrique II con la expulsión de Francia de los ingleses, que desde tantos siglos eran dueños de Calais, quiso continuar la lucha con España, a pesar de las paces de ésta con el Papa.

© Biblioteca Nacional de España

El resultado fué que en *Gravelinas* derrotara el conde de Egmont, con 15.000 hombres, a los franceses (13 de julio de 1558). «Ganóse, dice Cabrera, la artillería, todos los estandartes, cornetas, cuadreles, banderas,

El Conde de Egmont

bagajes, cuanto robaron en las tierras, con que no fué menos dañosa al rey Enrique esta rota que la del condestable (*Montmorency*) en el día de San Lorenzo, en San Quintín.»

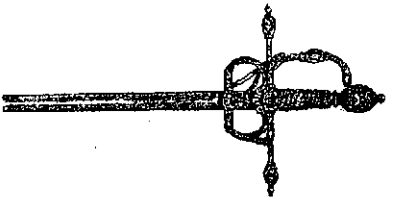
© Biblioteca Nacional de España

Paz de Château-Cambresis.

No era posible continuar la guerra, y aconsejado Felipe II por Granvela (la ninfa Egeria de su padre) y Enrique II por el cardenal de Lorena, procuraron llegar a la paz.

«Razones poderosas, dice el Sr. Ortega y Rubio, tenía el rey de España para concluir la guerra; era la principal que se habían agotado sus recursos. Además, la herejía protestante se iba propagando en Castilla y Andalucía, lo cual contrariaba a Felipe II y al anacoreta de Yuste, cuyo único pensamiento era el exterminio de los herejes. Por su parte, Enrique II tampoco contaba con dinero, y veía con terror que algunos miembros del Parlamento y los burgueses de París aparecían también inclinados a las nuevas ideas. Para llegar a un acomodo las dos naciones existía un obstáculo grande: Felipe no debía caballerosamente dejar la plaza de *Calais* en poder de los franceses por consideraciones a su esposa María, y Enrique II se resistía a entregarla por sugestiones del cardenal de Lorena, que miraba aquella conquista como la gloria de su hermano y el honor de su casa. La muerte de María Tudor y la subida de Isabel al trono facilitó el arreglo de la paz. Las conferencias que se iniciaron en Cercamp se continuaron y concluyeron en *Château-Cambresis,* acordándose entre Inglaterra y Francia que Calais continuaría en poder

Espada española del siglo XVI



Espada española

© Biblioteca Nacional de España

de esta nación por espacio de ocho años y después sería devuelta a los ingleses o rescatada por 500.000 escudos. Conforme a estas bases se firmó el tratado con Inglaterra el 2 de abril de 1559. Entre Francia y España se concluyó otro tratado el día siguiente. Felipe II devolvería a Francia la ciudad de San Quintín y otras poblaciones; Enrique II restituiría a España la plaza de Thionville y algunas más. Francia tenía que devolver al duque de Saboya todos sus estados, a excepción de Pignerol y Saluces; Siena a los Médicis y Córcega a los genoveses, perdiendo también un número considerable de plazas fuertes. Enrique II ofreció la mano de su hija Isabel a Felipe II y la de su hermana al duque de Saboya.»

Un sangriento suceso turbó la alegría ocasionada por estos casamientos que venían a restablecer la paz, por tantos años alterada entre España y Francia. Luchando el rey Enrique II en un torneo con el conde de Montgomery, recibió una herida mortal en un ojo con la lanza de su adversario (29 de junio de 1559); dejó el rey de Francia cuatro hijos, tres de los cuales ocuparon el trono, terminando con el último la dinastía de los Valois.

Poco después se embarcaba Felipe II en Flesinga para regresar a España, y al objeto de conmemorar la victoria de San Quintín mandó erigir a 8 leguas de Madrid y en una de las gargantas del Guadarrama el famoso monasterio de San Lorenzo del Escorial.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

LA CORTE DE FELIPE II

CASAMIENTO DEL REY.—SITUACIÓN DE ESPAÑA.—PRIMER MINISTERIO DE FELIPE II.

Casamiento del rey.

Aunque concertado el casamiento de la princesa Isabel de Valois (hija de Enrique II y de Catalina de Médicis) con el rey Felipe II en abril de 1559, no se verificó hasta noviembre del siguiente año. El enlace no dejaba de ser algo desigual, pues el novio contaba cerca de treinta y cuatro años y la joven reina no llegaba a los diez y nueve.

La idea de Catalina de Médicis al dar en matrimonio a su hija al rey de España era que la bellísima princesa se apoderase de la voluntad de su marido, pero no fué así, antes bien sólo consiguió que el suspicaz esposo sintiese continuos recelos de que Isabel no sirviese de instrumento a su intrigante suegra, pesadilla de Felipe II, como lo fuera a su vez su ex cuñada Isabel Tudor, reina de Inglaterra.

Triste vida fué la que llevó la reina Isabel de Valois en la corte de Felipe II; aparte de los negocios políticos, ocasionaba grandes disgustos al monarca su hijo el príncipe D. Carlos, que no se recomendaba por ninguna buena condición, comenzando por la figura.

Dejando aparte lo mucho que se ha dicho y se ha

© Biblioteca Nacional de España

escrito sobre el susodicho D. Carlos, más loco que cuerdo, bastará decir que se murió (24 de julio de 1568), y que en 3 de octubre del mismo año fallecía D.ª Isabel, tercera esposa de D. Felipe, víctima, al parecer, de la ignorancia de los médicos que la asistieron.

Situación de España.

Había dejado Felipe II como regente de los Países Bajos a su hermana natural D.ª Margarita, asesorada por Granvela, y ya en Castilla quiso conocer a su hermano, también natural, D. Juan de Austria, a quien puso casa, con toda la ostentación que reclamaba su categoría.

La situación del reino no podía ser más deplorable; nadie sabía de donde sacar recursos.

«Vendiéronse títulos de nobleza y simples hidalguías, varas de justicia y jurisdicciones perpetuas, dice un autor; llegó hasta utilizar, robar mejor dicho, la real hacienda, el dinero que se giraba a los particulares desde el Nuevo Mundo. De nada aprovecharon las enérgicas reclamaciones hechas al rey por las Cortes de Valladolid y de Toledo; la urgencia de los gastos era más poderosa que el derecho, la justicia y la propiedad.»

Nada puede dar mejor idea de la miseria del tesoro que la siguiente nota de puño y letra del rey, escrita al poco tiempo de su regreso de Flandes. «Todas las rentas ordinarias que tengo en estos reinos se hallan empeñadas. Para desempeñar lo que así está empeñado serían menester veinte millones de ducados; pero de esto no se trata agora, como de cosa tan imposible. Demás desto hay las deudas que aquí se dirá: a la factoría de España, a los Fúcares, a la factoría de Flandia y de Sevilla, siete millones de ducados; a las galeras de Doria y a las fronteras de Africa, a la gente de armas, a la mi casa para los concejos y otros gastos de Justicia, correos y postas y embajadores, tres millones de ducados. De todas las rentas ordinarias no hay nada, por estar todas vendidas y empeñadas. Lo

© Biblioteca Nacional de España

más que ha venido hogaño de las Indias está ya gastado. De los servicios ordinarios y extraordinarios no hay nada, por estar ya librado a mercaderes. Por causa de mi casamiento, me dieron estos reinos cuatrocientos mil ducados pagados en tres años, y lo de este primer año se ha librado ya a Constantino Gentil. Del pozo del azogue de Almadén se piensa que se sacará algo, mas no se piensa que sea mucha quantidad. De las licencias que dan para llevar esclavos a las Indias se piensa que se podrá sacar en este año y en el que viene quasi cincuenta mil ducados.»

Las ciudades, antes prósperas y animadas, arrastraban una vida lánguida, paralizado el tráfico y agonizante la industria, ya tan decadente en los últimos años del anterior reinado; sólo se contaba con los galeones que traían plata del Nuevo Mundo, para desaparecer en seguida como por ensalmo.

Desde luego y acentuando hasta el extremo la política cesarista de su padre, no había en España más voluntad que la del Rey, a pesar de los simulacros de Cortes que se continuaban celebrando.

La política había experimentado un cambio profundísimo: Carlos V reinaba para cada uno en particular; trataba por igual a los españoles, a los flamencos y a los italianos; como dijimos, cada Estado se regía por un consejo de la propia nacionalidad, pero Felipe II, y lo mismo su hermano D. Juan de Austria no quisieron ser más que españoles, y Castilla quedó convertida en la cabeza de toda la vasta monarquía.

Desapareció aquel Consejo en que estaban representados todos los reinos y provincias, los cuales quedaron, de hecho, subordinados a Castilla. A los antiguos Consejos de Justicia, de la Inquisición, de las Ordenes Militares, de Indias, de Hacienda, de Estado se agregaron ahora otros de Aragón, Italia y Países Bajos, pero muy diferentes de los antiguos, aunque todavía

© Biblioteca Nacional de España

figurasen en éllos algunos naturales. El rey no asistía ahora a las deliberaciones, como hacía cuando desempeñaba la regencia en las ausencias de su padre, sino que se hacía presentar sus deliberaciones en una *consulta*, o extracto de las conclusiones.

Los negocios generales eran despachados por el Consejo de Estado, pero en vez de figurar en éste individuos de todas las provincias y reinos estaba compuesto casi exclusivamente de castellanos, precisamente los que formaban su severa y fastuosa corte: el duque de Alba, mayordomo mayor; D. Antonio de Toledo, caballerizo mayor; el conde de Feria, comandante de los guardias españoles; Ruy Gómez de Silva, de origen portugués, sumiller de corps. Y con esos palaciegos formó Felipe II su Consejo de Estado, además del duque de Francavilla y de Manrique de Lara, mayordomo mayor de la reina. Faltan, en cambio, Manuel Filiberto, de Saboya, Octavio Farnesio, Fernando Gonzaga, Egmont, Granvela el joven. Posteriormente se amplió este Consejo con los presidentes del de Castilla y otros, pero no con el presidente del Consejo de Aragón; si ocupa un sitio el de Italia, Francavilla, es por ser éste español.

Predominan, pues, exclusivamente los castellanos y éstos son los que gobiernan.

Primer ministerio de Felipe II.

La vida del rey era un modelo de laboriosidad. Daba audiencia por la mañana a los embajadores extranjeros. Después oía misa y comía, en público; al levantarse de la mesa recibía a los solicitantes. Enviaba todos los memoriales a los consejos y éstos le elevaban luego un informe, en cuya vista resolvía, exceptuándose únicamente los asuntos referentes a Flandes y lo relativo a gracias.

El Consejo de Estado estaba dividido en dos partidos, cuyos jefes eran Ruy Gómez de Silva y el duque de Alba; era el primero el tipo del perfecto y hábil cortesano; el de Alba era franco y no adulaba a Fe-

© Biblioteca Nacional de España

lipe II. Era ya de edad algo avanzada y no se recataba de proferir ciertas frases que no habían de hacerle mucha gracia al soberano.

«El príncipe exprime el limón y cuando le ha sacado todo el jugo lo tira.» «No hay que dejarnos leer enteramente. Cuando se han leído todas las páginas de un libro se le deja a un lado.»

Hablábase un día de conquistar a Portugal, y como el marqués de los Vélez se mostrase muy partidario de esta idea le dijo el de Alba:—¿Y dónde se refugiarán nuestros hijos cuando le plazca al rey perseguirlos?

Era partidario acérrimo de los fueros de Aragón, sin perjuicio de acabar con las libertades de Flandes; lo que el duque no quería era que el rey dejase sentir su tiranía sobre su propia persona.

Al monarca le convenía mucho aquel dualismo de su Consejo, pero para el despacho de los negocios resultaba una calamidad, pues los expedientes se eternizaban. Aparte de esto, cada uno de los dos jefes se distinguía por un criterio particular: Ruy Gómez, gustaba de las soluciones pacíficas; se ocupaba en la hacienda, en la administración interior; el de Alba ejercía una influencia decisiva en las cuestiones de guerra.

Surgió luego un tercer jefe: el doctor Diego Espinosa, antiguo magistrado, elevado, por fin, a la presidencia del Consejo de Castilla. Era un hombre de nobles maneras, enérgico, trabajador infatigable, de clarísimo talento. Su llegada a la privanza fué rapidísima.

Despachaba casi por sí solo todos los asuntos del Consejo de Castilla, y reunió luego los cargos de Grande Inquisidor y presidente del Consejo de Italia; no tardó en ser promovido a cardenal y fué tanta la influencia que adquirió en el ánimo de Felipe II que se le llamaba el monarca de Castilla.

Espinosa apoyaba a Ruy Gómez de Silva contra el duque de Alba.

© Biblioteca Nacional de España

Así transcurrieron doce años durante los cuales los dos partidos se hicieron cruda guerra, hasta que surgió la cuestión de Flandes. Ruy Gómez era de parecer se arreglara pacíficamente; el duque de Alba por las armas, y triunfó su opinión. Fué enviado a Bruselas con poderes absolutos, y quedaron solos Espinosa y Ruy Gómez de Silva. Era secretario de Estado el arcediano de Sepúlveda, Gonzalo Pérez, sucediéndole al morir, su hijo natural, el famoso Antonio Pérez. Podía decirse que Ruy Gómez de Silva era el jefe del partido aristocrático, y el duque de Alba el del partido popular.

La privanza de Espinosa, desembarazado ya del duque de Alba, duró poco; un día el rey le despidió como a un lacayo, en los términos más groseros, sin consideración a su cardenalato. Parece fué debida la desgracia a pérfidas intrigas palaciegas y a secretos chismes que el rey escuchaba siempre con mucha complacencia. Tal efecto produjo el real exabrupto en el ánimo del cardenal Espinosa que falleció al día siguiente (1571).

Con eso quedó profundamente afectado el viejo Ruy Gómez de Silva, que esperaba de un momento a otro la pérdida del real favor, por causa de aquellos chismes e intrigas a que tan aficionado se mostraba Felipe II. Con todo, supo conservar su puesto hasta su muerte, ocurrida al año siguiente.

Gracias a la influencia que ejercía cerca del rey la joven princesa de Eboli, viuda de Ruy Gómez de Silva, mantúvose aún en el poder, como si dijéramos, el partido aristocrático, capitaneado ahora por el marqués de los Vélez, y a no tardar por el célebre Antonio Pérez, prototipo de los políticos que llamamos hoy *vivos*.

Los otros ministros eran Eraso, protegido de Eboli, secretario de Hacienda, arrojado de su puesto por malversador; Gabriel Zayas, de Estado; Juan Vázquez de Molina, de Guerra; Diego Vargas, de Justicia.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

LA INQUISICIÓN

LA HEREJÍA PROTESTANTE.—PROCEDIMIENTOS INQUISITORIALES.—LOS AUTOS DE FE.—CONSIDERACIONES SOBRE LA INQUISICIÓN.

La herejía protestante

De igual manera que en otras naciones, también aquí contó con entusiastas, aunque no muchos, partidarios la Reforma, hecho explicable por el frecuente roce de los españoles con los alemanes y flamencos; pero como el rey quería desempeñar el papel de *Campeón del Catolicismo,* persiguió con terrible saña la herejía, empleando para ello el tribunal de la Inquisición, *popularísimo* y grandemente apreciado en Castilla. Digamos ahora que estaban contra la Inquisición Santa Teresa de Jesús y los Jesuítas.

El primer protestante notable fué aquel médico aragonés, Miguel Servet, de quien hablamos ya. El ardimiento con que defendía las doctrinas platónicas le obligó a huir de España y de Francia para refugiarse en Ginebra, donde el feroz Calvino le hizo quemar por haber tratado de la Trinidad con un criterio distinto de los luteranos y los católicos.

Servet no era, pues, luterano, pero sí lo fueron el sevillano Juan de Valdés; Francisco de Encina, antiguo amigo de Melanchton en la Universidad de Witten-

© Biblioteca Nacional de España

berg, y traductor, al castellano, de *El Nuevo Testamento;* Rodrigo de Valera Egidio, magistral de Sevilla; el Dr. Constantino Ponce de la Fuente, conquense, sucesor del anterior en dicha canongía, muy querido del Emperador, que llegó a proponerle para la mitra de Tortosa, grande humanista y elocuentísimo orador. Encerrado en las cárceles de la Inquisición, donde se retractó de sus errores, murió asfixiado por las emanaciones de sus propias heces fecales en el estrecho calabozo en que yacía; Julián Hernández (a) *Julianillo,* acusado de haber traído desde Ginebra a España millares de ejemplares del *Nuevo Testamento,* traducido por Encina.

Procedimientos inquisitoriales.

Estos procedimientos eran la *delación,* que podía ejercer cualquiera; la *prisión,* en calabozos estrechos y húmedos; la *tortura* (la garrucha, el potro, el agua, el brasero) y la *relegación al brazo secular.* Los jueces eran llamados *calificadores.*

Los autos de fe.

La Inquisición condenaba a veces a ser exhumados los cadáveres de los herejes para quemar sus restos, pero eran infinitamente más numerosos los que eran quemados vivos.

Fuéronlo en el grande auto de fe celebrado en la plaza de San Francisco, de Sevilla, el 24 de septiembre de 1559, varios frailes jerónimos y el predicador Juan González; había, además, varias mujeres, entre ellas una joven de 21 años llamada María de Bohorques, de noble familia, pero éstas no fueron quemadas vivas, sino después de agarrotadas.

Al año siguiente hubo otro auto, en el cual fué quemado *Julianillo,* conducido a la hoguera amordazado y dotado de tan espantoso valor que él mismo se colocó algunos haces de leña sobre la cabeza. Con *Julianillo* fueron quemadas D.ª Leonor Núñez, esposa de un médico, y sus tres hijas. «En cambio, dice Menéndez

© Biblioteca Nacional de España

P. ROSS, DIBUJÓ GALLACH.-EDITOR

ALFONSO I de Aragón
y D.ª URRACA
1109-1126

ALFONSO VII (el Emperador)
1126-1157

SANCHO III de Castilla
FERNANDO II de León
1157-1158

ALFONSO VIII (el Noble y el Bueno)
1158-1214

ENRIQUE I de Castilla
1214-1217

ALFONSO IX de León
y D.ª BERENGUELA
1217-1230

FERNANDO III (el Santo)
1217-1252

ALFONSO X (el Sabio)
1252-1284

ESPAÑA.—Galería de Reyes y Jefes de Estado VIII

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

y Pelayo, se proclamó la inocencia de D.ª Juana de Bohorques, la cual desdichadamente había perecido en el tormento cuando estaba recién parida.»

Por si no bastara el celo del Inquisidor General, don Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, Felipe II escribía desde Flandes a su hermana la regente D.ª Juana persiguiese y castigase sin piedad a los reformados.

También se *celebraron* horribles autos en Valladolid en 1559 y 1561, con asistencia de la Regente, el príncipe D. Carlos, la grandeza, gran número de damas e inmensa muchedumbre. En el auto de mayo de 1559 fueron quemadas 14 personas, comenzando por el jefe de la secta en Valladolid Dr. D. Agustín Cazalla, sevillano, canónigo de Salamanca y predicador de Carlos V y Felipe II, figurando entre los reos varias señoras de elevada posición, sacerdotes, caballeros, abogados y artesanos.

Con ocasión del feliz regreso de S. M. el Rey Felipe II desde Flandes, en octubre del mismo año, creyeron los inquisidores no se le podría ofrecer mejor obsequio que un buen auto de fe. Preparado, pues, lo conveniente, ocuparon asiento en el tablado dispuesto el rey, su hermana la regente D.ª Juana, el príncipe D. Carlos y la flor de la nobleza, todos ricamente ataviados. Fueron quemados vivos dos, y en cadáver, después de agarrotadas, doce personas, en su mayoría damas de la nobleza.

En este auto fué cuando pronunció D. Felipe II aquellas palabras, respondiendo a un caballero italiano, quemado vivo: «Yo traería leña para quemar a mi hijo si fuese tan malo como vos.»

En el auto de 1561, presidido por el Inquisidor General, fueron quemadas siete personas.

Los que escapaban de la hoguera eran *reconciliados* y castigados luego con penas siempre graves.

Pero no solamente eran perseguidos los luteranos,

© Biblioteca Nacional de España

sino también los que inspiraban alguna sospecha heterodoxa; así fué como se vieron encarcelados personas tan ilustres como el arzobispo de Toledo, víctima de la envidia de Melchor Cano, Fray Bartolomé de Carranza, Fray Luis de León, el famoso humanista Francisco Sánchez, *el Brocense*, Fray Luis de Granada, San Ignacio, San Francisco de Borja, Santa Teresa de Jesús y otros muchos más.

Consideraciones sobre la Inquisición.

«¿Fué la atroz crueldad de la Inquisición, dice D. Juan Valera, la que atajó el vuelo de nuestro espíritu ahogando en sangre nuestra cultura? Miradas imparcialmente las cosas, parece que no. Pues qué, ¿en los demás países no se atenaceaba, no se quemaba viva a la gente, no se daban tormentos horribles, no se condenaba a espantosos suplicios a los que pensaban de otro modo que la mayoría? La Inquisición de España casi era benigna y filantrópica comparada con lo que en aquella edad durísima hacían tribunales y gobiernos y pueblos en otras regiones, donde, lejos de decaer, se han levantado. Todos los moros, judíos y herejes castigados o quemados en España por la Inquisición durante trescientos años, no igualan en número, por confesión de Schack, a sólo las infelices brujas quemadas vivas en Alemania nada más que en el siglo XVII. En Francia, sin contar los horrores de las guerras civiles, sólo en la espantosa noche de San Bartolomé hubo más víctimas del fanatismo religioso que las que hizo el Santo Oficio desde su fundación hasta su caída. De Inglaterra no hay que hablar: pueblo entonces más bárbaro y feroz que el Centro y el Mediodía del continente europeo, derramaba la sangre a torrentes.

»Nosotros tuvimos cinco años en la cárcel a Fray Luis de León; pero no padeció tormento, y al cabo se declaró su inocencia. En la cárcel pudo escribir el libro divino de *Los nombres de Cristo* y otras obras inmor-

© Biblioteca Nacional de España

tales. En otra nación, y con los mismos émulos que aquí tuvo, quizá no hubiera salido tan bien. No hay que olvidar que a Vanini le arrancaron la lengua con unas tenazas en Francia; que a Bruno le quemaron vivo en Roma; que en Inglaterra ajusticiaron a Tomás Moro, y que a nuestro compatriota Miguel Servet le hizo matar Calvino en Ginebra.

»Por más que hayan querido los protestantes engalanarse con el lauro de que la libertad religiosa vino por ellos, la Historia les niega ese lauro. Guizot, protestante, tiene la franqueza de confesarlo. Toda secta disidente ha sido tan fanática y tan intolerante o más que los católicos durante la lucha. Sólo los progresos de la razón, con la imposibilidad de exterminarse unos a otros, trajeron la tolerancia, y la libertad en pos de ella, la cual no ha nacido del seno de ninguna iglesia, sino de la conciencia humana en general, iluminada a cabo por el verdadero espíritu de Cristo y comprendiéndole con rectitud.

»¿Se originó quizá la perversión y corrupción de nuestra ciencia y literatura de la ignorancia de los inquisidores? Nos parece que tampoco. En aquellos siglos el clero español sabía más que los legos, y los inquisidores eran de las personas más ilustradas del clero español.

»¿Provino nuestra caída de la alianza entre la teocracia y el poder real para oprimir al pueblo? Pero ¿dónde ha habido mayor alianza entre ambas potestades que en Inglaterra, donde el jefe de la Iglesia y el del Estado se confundieron en uno?

»¿Atribuiremos, por último, los males que aquí se lamentan a la duración, regularidad y constante vigilancia de la Inquisición? La duración de las persecuciones, ya en un sentido, ya en otro, fué la misma en todas partes. Y en cuanto a la regularidad, no se explica qué ventaja lleve lo desordenado a lo ordenado. Antes bien, los parciales de la Inquisición pueden de-

© Biblioteca Nacional de España

cir, miradas así las cosas, que aquel terrible tribunal contribuyó a que gozásemos de una paz relativa, mientras otras naciones ardían en guerras espantosas que, como en Alemania, duraban treinta años.

»La tiranía, pues, de los reyes de la casa de Austria, su mal gobierno y las crueldades del Santo Oficio no fueron causa de nuestra decadencia: fueron meros síntomas de una enfermedad espantosa que devoraba el cuerpo social entero. La enfermedad estaba más honda. Fué una epidemia que inficionó a la mayoría de la nación o a la parte más briosa y fuerte. Fué una fiebre de orgullo, un delirio de soberbia que la prosperidad hizo brotar en los ánimos al triunfar después de ocho siglos en la lucha contra los infieles. Nos llenamos de desdén y de fanatismo a la judaica. De aquí nuestro divorcio y aislamiento del resto de Europa. La parte más ilustrada del clero, los mismos inquisidores, los mismos reyes, más bien que impeler, tuvieron que refrenar la corriente de la intolerancia. Felipe II tuvo que luchar contra la opinión pública para no expulsar a los moriscos y dejar esta triste gloria a su hijo. Nos creímos el nuevo pueblo de Dios; confundimos la religión con el egoismo patriótico; nos propusimos el dominio universal, sirviéndonos la cruz de enseña o de lábaro para alcanzar el imperio. El gran movimiento de que ha nacido la ciencia y la civilización moderna, y al cual dió España el primer impulso, pasó sin que le notásemos, merced al desdén ignorante y al engreimiento fanático; y cuando en el siglo XVIII despertamos de nuestros ensueños de ambición, nos encontramos muy atrás de la Europa culta, sin poder alcanzarla, y obligados a seguirla como a remolque.»

El Sr. Valera no culpa, pues, solamente a los inquisidores ni a los reyes tiranos de la perversión y miseria en que caímos. «¿Qué tiranía había de ejercer el imbécil y débil Carlos II?, dice. Además, cuando vemos hoy

© Biblioteca Nacional de España

la animación, bullicio y alegría de la calle de Alcalá en una tarde de toros, no se nos ocurre pensar que el Gobierno tiraniza al pueblo y le hace ir a los toros por fuerza. Pues con más gusto trabajaron los madrileños en levantar el tablado, animándose con devotas exhortaciones; con mejor voluntad acudieron la corte y 85 grandes de España, y con más deleite presenció todo el pueblo el auto de fe de 1680, en que fueron condenadas 120 personas, y de ellas 21 quemadas vivas.»

El mismo autor hace notar que el fervor católico, intransigente, nacional y exclusivo, apenas se notó en España hasta el siglo XV, y no dejó sentir todos sus efectos, buenos y malos, sino durante los siglos XVI y XVII. Precisamente fué España uno de los países en que más perduró el paganismo; por largo tiempo dominó el arrianismo; apenas si hubo oposición a la entrada de los mahometanos; las guerras con los moros tenían más carácter de luchas de unos Estados con otros que no de combates de cristianos contra muslimes; lo mismo los reyes de taifas que los reyes españoles se muestran tolerantes.

Menester fué que los Reyes Católicos implantasen la Inquisición como *instrumentum regni* y viniesen los reyes austriacos para que se agudizase en tal extremo el sentimiento religioso; en suma, no ocurrió en España nada que dejara de ocurrir en los demás pueblos; el mal estuvo en que la Inquisición durara tantos siglos y oprimiera por tan largo espacio de tiempo la mentalidad española, siendo así que en las demás naciones las persecuciones religiosas, mucho más feroces que en España, duraron relativamente poco.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

EL CONFLICTO DE FLANDES

MARGARITA DE PARMA. — ORGANIZACIÓN DE LOS PAÍSES BAJOS. — DERECHOS PROVINCIALES. — ORÍGENES DEL CONFLICTO. — GUILLERMO DE ORANGE. — COMIENZO DEL CONFLICTO. — LOS NOBLES MANDAN. — EL COMPROMISO DE SPA.

(1561-1566)

Margarita de Parma.

Dijimos ya que al partir de Flandes el rey D. Felipe II había confiado el cargo de gobernadora de los Países Bajos a su hermana natural D. Margarita de Parma, con Granvela, el joven obispo de Arras, por ministro.

Era Margarita hija de Carlos V y de una doncella de la baronesa de Montigny y había sido educada por las tías del Emperador. Casada en primeras nupcias con Alejandro de Médicis, contrajo después nuevo matrimonio con Octavio Farnesio, en quien hubo al ilustre Alejandro. Tenía el aspecto varonil, la voz hombruna, pero no podían ser más bondadosos sus sentimientos.

Bajo otro poder que el de Felipe II hubiera dejado sin duda los más gratos recuerdos de su gobierno, pero las radicales mudanzas políticas que introdujo aquél en el gobierno de los Países Bajos, fueron causa de que

© Biblioteca Nacional de España

Margarita se estrellara, como se estrelló después el duque de Alba.

Organización de los Países Bajos.

Libérrimos en otro tiempo, habían perdido gran parte de su autonomía municipal y provincial bajo la casa de Borgoña, y particularmente bajo Carlos V, pero aun así no había tenido que registrarse ninguna protesta contra la tiranía del soberano, salvo algún movimiento aislado.

Los Estados se componían de tres Brazos: el eclesiástico, el de la nobleza, empleada en el servicio del soberano, y el popular, formado por los alcaldes o burgomaestres elegidos por lo general bajo la influencia del Príncipe.

El clero dependía, en mucho, del soberano; igual ocurría con la nobleza y los municipios, y lo mismo en lo relativo a la justicia: el poder supremo nombraba los escabinos, que desempeñaban al par las funciones de jueces, los bailíos, los asesores, los magistrados del tribunal supremo o *Parlamento* de Malinas. El príncipe disponía además de un ejército permanente, y Carlos V, aparte de un cuerpo de infantería indígena, había organizado otro de 600 lanzas, de cinco caballos cada una, al mando de jefes y oficiales pertenecientes a la nobleza del país.

El país proporcionaba pingües rendimientos; podían calcularse en cinco o seis millones de ducados al año.

Derechos provinciales

Hasta aquí no hemos visto sombra de libertad: clero, nobleza, municipios, justicia, impuestos, ejército dependen del príncipe, pero no en absoluto; los intereses locales coartan hasta cierto punto la voluntad del soberano. El príncipe debe nombrar los escabinos eligiendo entre la lista de candidatos que le presenta un Consejo formado de antiguos funcionarios de dicha clase. El príncipe no puede cambiar las leyes civiles de cada provincia; no puede

© Biblioteca Nacional de España

violar los privilegios que los diferentes pueblos guardan y mantienen con el mayor celo. El príncipe tiene sus derechos; el pueblo tiene también los suyos, y el uno y los otros juran respetarlos mutuamente.

Así se equilibraban el poder del príncipe y las li-

Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos

bertades de los pueblos hasta que se le ocurrió a Felipe II acabar con tal forma de constitución para que preponderase completamente el poder real, mediante la dominación castellana.

© Biblioteca Nacional de España

Orígenes del conflicto

Imbuído en sus ideas de poder absoluto, sin cortapisa alguna, cesarista, sin ser demócrata como César, enemigo mortal de cuanto significara el menor asomo de libertad, tenía Felipe II formado un plan respecto a la sujeción completa de los Países Bajos: ocupación del país por las tropas españolas; gobierno exclusivo de los castellanos; Inquisición; desempeño de todos los cargos públicos por los españoles; igualdad de régimen con los reinos hispánicos.

Felipe II comenzó por disimular algún tanto sus intentos, pero no sin que se transparentaran sobradamente.

No era posible que la nobleza neerlandesa pudiera tolerar tales abusos de poder. Si los castellanos al llegar Carlos I por primera vez a España se habían sublevado contra los flamencos por sus extorsiones y violencias, igual podían hacer ahora los flamencos contra los castellanos, aparte de lo cual en nada cedían los unos a los otros en cuanto a los servicios prestados a la corona española. Si gran general era Alba, no menos valía Egmont; si ilustre era el duque de Feria, en nada excedía al conde de Horn. Unos y otros habían ocupado el mismo lugar en tiempo del Emperador; ahora Felipe II les dejaba postergados.

¿Ni cómo habían de avenirse a que los españoles se apoderasen de todos los cargos públicos? No consentirían nunca los nobles belgas y holandeses que se les redujese a la impotencia como a los barones italianos.

El resultado de tales pretericiones y desafueros fué que empezara a cundir la idea de separación, de un gobierno local, sin ningún lazo con España, aunque bajo la corona del rey Felipe II. No se quería que ninguna provincia tuviese por gobernador a un español, sino a un neerlandés, lo cual hizo que Felipe II exclamara: — Yo soy también español. ¿Es que quieren echarme a mí también?

© Biblioteca Nacional de España

Guillermo de Orange.

Mediaba además la ambición del príncipe Guillermo de Orange, hombre de toda la confianza de Carlos V, enemigo *personal* de Felipe II, que en cierta ocasión le había llenado de denuestos, cuando se hallaba en Bruselas, y enconado adversario de Granvela.

Este encono databa de larga fecha. Cuando se pensó en quién habría de confiarse la regencia de los Países Bajos, propuso el príncipe de Orange a Madama Cristina, duquesa de Lorena, con cuya hija pensaba casarse, pero comprendiendo Alba y Granvela sus intenciones, propusieron a D.ª Margarita, burlando así los proyectos del príncipe. Guillermo entonces, a manera de reto, contrajo enlace con la protestante Ana de Sajonia, hija de Mauricio, es decir, del que había sido causa de la ruina del Emperador, y de ahí que en pleno palacio de Bruselas se oyese tocar la campana que llamaba al oficio luterano. Por lo demás la tal Ana resultó una calamidad, por sus liviandades, su orgullo y sus necias pretensiones de sabihonda.

Guillermo *el Taciturno*, príncipe de Orange

Gozaba Guillermo de gran popularidad por lo fastuoso y liberal, por la llaneza de sus costumbres y, sobre todo, por su admirable elocuencia, y como ya fuese por cálculo, ya por naturaleza se mostrase siempre triste y nada hablador, se le llamó *el Taciturno*. Era

© Biblioteca Nacional de España

con eso, excelente escritor y muy inteligente en las bellas artes. Aparte de esto mostrábase indiferente en religión.

Otro personaje de cuenta en el partido nacionalista era el conde de Egmont, que había combatido por Carlos V en Túnez y en Metz y por Felipe II en San Quintín y Gravelinas, cuyas victorias se le debían en absoluto. Con eso, hombre rudo, por lo cual correspondiéndole ser el jefe de la nobleza, se vió suplantado por *el Taciturno.*

Duque de Alba

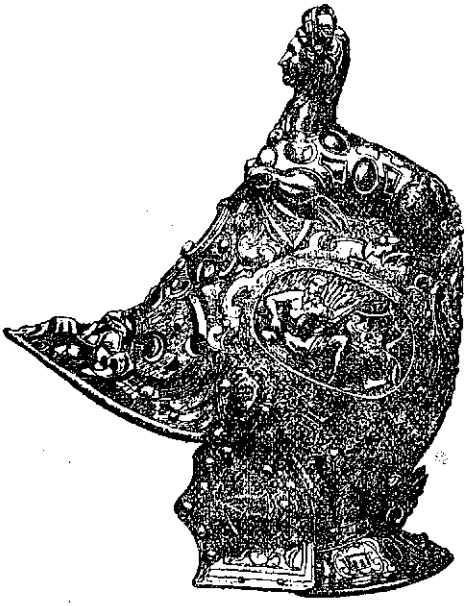
Figuraban también en las filas de la nobleza neerlandesa de primer orden el marqués de Berg-op-Zoom, Juan de Glimes, muy querido en el país; los dos Montmorency, Felipe, conde de Horn, de carácter violento, y Flores, baron de Montigny, conciliador y simpático en extremo; Brederode, prototipo del holandés, amigo de la buena mesa y de los placeres, Bergen, Megen y así otros.

Pertenecían al partido españolista o, mejor dicho, filipista los duques de Aremberg y de Arschot, los señores de Noircarmes y Berlaymont, apreciadísimos por el rey, y algunos más.

© Biblioteca Nacional de España

A esta explicación sobre los orígenes del conflicto, basada principalmente en Ranke, que la dió en vista de documentos contemporáneos, se pueden añadir otras.

Según el duque de Alba, las causas de los tumultos eran religiosas; según Granvela, debían atribuirse al



Yelmo del Duque de Alba

pago del *décimo* y de ahí la indignación de algunos historiadores al atribuir la rebelión de los Países Bajos «a una miserable cuestión de ochavos»; Viglins le da la culpa al impuesto, y D. Luis de Requesens decía al encargarse del mando en 1574: «Aunque la herejía no ha sido el principio de esta rebeldía, *sino la libertad que apetecían los señores* y luego el odio del pue-

© Biblioteca Nacional de España

blo a los españoles y las imposiciones y novedades que se han introducido en el país, al presente la principal querella se funda en el ejercicio del nuevo culto...

»La causa es común entre los rebeldes de estos Estados y los herejes de Alemania, Francia e Inglaterra, que están todos confederados contra los católicos, de dondequiera que sean, y principalmente contra V. M. como verdadero y único protector de nuestra verdadera religión.»

Añádase además que los flamencos no sentían más que aversión para Felipe II, a quien conocían personalmente por haber estado en Bélgica dos veces, según queda dicho. Digamos de paso que tampoco supo hacerse simpático a los italianos ni a los alemanes, por lo altanero.

Pero no sólo odiaban los flamencos a Felipe II sino a los españoles, lo cual calificaba Requesens de «pecado original del país». Igual ocurría con los ingleses. «La soberbia de nuestra nación, reconocía el ilustre Arias Montano, es intolerable, y su poco término que tiene en acariciar las naciones extranjeras, porque en España los extranjeros muy bien tratados son de los españoles, empero en sus mismas tierras no guardan, a mi parecer, la equidad que se requeriría en tratarlos, y no digo esto de los principales ministros de nuestra nación, sino de los medianos y de los menores.»

Requesens decía que los españoles se consideraban como *inviolables*.

Comienzo del conflicto

Terminada la guerra con Francia, después de la paz de Château Cambressis, no tenía ya derecho a que continuaran en Flandes las tropas españolas, por ser contra ley.

Reclamóse ante Felipe II contra tal permanencia, y procuró el rey dar largas al asunto, pero el país no admitía aplazamiento, tanto que los habitantes de la provincia holandesa de Zelandia amenazaron con rom-

© Biblioteca Nacional de España

per los diques y dejar que el mar se lo tragara todo antes que soportar a los españoles. Las demás provincias, a su vez, se negaron a pagar los tributos, y hasta dejaron de satisfacer la soldada a sus propias tropas mientras no se marchasen los españoles, por lo cual, ante la expectativa de no cobrar los impuestos, de una insurrección del ejército indígena y de una resistencia general por parte de las ciudades, vióse Felipe II obligado por fin a ceder.

Si había nombrado, para secundar a la gobernadora D.ª Margarita, un Consejo del que formaban parte varios señores flamencos, este Consejo carecía de facultades, y había además otro, privado, a su entera devoción; más aún: Margarita sólo debía escuchar a los individuos más adictos de este Consejo, como Granvela, obispo de Arras, y algún otro.

No se había hablado, a la verdad, de Inquisición española, pero a ello se tiraba. En vez de tres obispados para los Países Bajos, como había, creó Felipe II tres arzobispados y catorce obispados, innovación que irritó grandemente a los abades y los frailes, al verse arrebatadas sus propiedades, puesto que con éstas debían dotarse las nuevas diócesis (1561).

Resultaba además el gravísimo inconveniente de que con tantos obispos, el clero iba a adquirir un papel preponderante en los Estados, y por si no eran bastantes aún tantas causas de disgusto, ocurriósele a Felipe II nombrar primado de la iglesia neerlandesa al aborrecido obispo de Arras, Granvela, elevado a la dignidad cardenalicia, que era ya, en realidad, quien ejercía el poder, aunque firmara la duquesa de Parma.

Por otra parte, no cesaba de recomendar a su hermana fuese implacable en la aplicación de los edictos contra los herejes.

Margarita obedeció; envió a la hoguera a dos calvinistas walones, pero el pueblo de Bruselas arrebató

© Biblioteca Nacional de España

a las víctimas y logró pudiesen embarcarse para Inglaterra. En Valenciennes fué condenado al fuego el luterano Wyart, si bien pudo escapar gracias a la hija del carcelero, llamada Margarita. Descubierta por sus perseguidores, oculta detrás de los rosales de un jardín, murió estrangulada.

Reclamaron los nobles contra Granvela, y se formó un triunvirato compuesto del príncipe de Orange, el conde de Egmont y el conde de Horn para acudir al rey en demanda de que hiciese salir a Granvela de los Países Bajos, pero nada se consiguió, en vista de lo cual los tres susodichos y con ellos el barón de Montigny, Bergen y Megen, firmaron una confederación parecida a aquella *Liga de Esmalcalda* de que hablamos a su tiempo, comprometiéndose a defenderse mutuamente contra quien fuere que le atacase a alguno de ellos. Pronto se adhirieron al compromiso otros nobles. Granvela, alarmadísimo, se dejó decir que no habría sosiego mientras no se cortasen algunas cabezas. Asegurábase que Felipe II iba a llegar con un grande ejército para domeñar a los belgas y holandeses, y que Granvela había tratado de asesinar al *Taciturno*.

Todo era agitación; Orange, Egmont y Horn declararon que no se dejarían ver en el Consejo de Estado mientras estuviese Granvela, y los Estados, a su vez, manifestaron que no asistirían a las sesiones si tenía que presidirlas el cardenal.

Felipe II, temiéndose el nublado, sacrificó a Granvela, que salió de Bélgica.

Los nobles mandan.

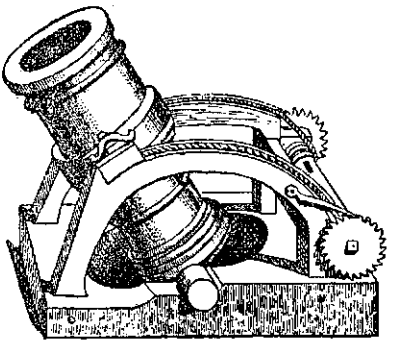
El alejamiento de Granvela era el segundo triunfo conseguido por la nobleza de los Países Bajos. Habían hecho salir las cortas guarniciones españolas y echado a Granvela; ambas cosas por la amenaza y la intimidación.

Ya alejado el cardenal volvieron los nobles neerlandeses a asistir al Consejo de Estado y procuraron ca-

© Biblioteca Nacional de España

tequizar a D.ª Margarita, que de buena gana se adhería a su parecer. Verdad es que Granvela, aun desterrado, ejercía considerable influencia por medio de sus obispos sufragáneos, pero también los nobles la ejercían en el Consejo de Estado, hasta el punto de nombrar, a su albedrío, los empleados y de vender los empleos.

De todas maneras, aunque suavizados los edictos o *placartes* contra los protestantes, subsistía siempre la amenaza del poder episcopal, por lo cual acordaron



Mortero con montaje móvil

dirigirse directamente al rey para que decidiera, tanto más en cuanto cada día aumentaba más el número de protestantes. Ejecutar al pie de la letra los edictos era provocar la insurrección.

Otra cosa pretendían los nobles, y era subordinar todos los otros Consejos al de Estado, cosa que disgustó soberanamente a los flamencos.

Acordóse que el conde de Egmont pasara a Madrid a exponer las quejas a Felipe II. El rey le acogió con grandes muestras de cariño, le ofreció su protección para que pudiera casar bien a sus hijas y le dió cien mil escudos para que pagara sus deudas. Regresó el

© Biblioteca Nacional de España

conde a Bruselas radiante de alegría, y haciéndose lenguas de la magnanimidad de Felipe II, pero pronto se vió que todo había sido un engaño, pues el rey estaba, por consejo del duque de Alba, más dispuesto que nunca a proceder con el más terrible rigor.

Desde entonces fué violentísima la persecución y se vieron obligados a emigrar a Inglaterra gran número de belgas y holandeses con la consiguiente ruina de la industria y el comercio.

Cada vez más empeñado en extirpar la herejía y a proceder con inexorable rigor, mandó Felipe II se promulgasen en todas partes los decretos del Concilio de Trento y se ordenó a los magistrados prestaran incondicional auxilio a la Inquisición.

El compromiso de Spa

Aun en tal situación esperaban los grandes señores poder llegar a un arreglo con la corona, pero pronto tuvieron que renunciar a tal creencia. Reunidos en Spa gran número de caballeros pertenecientes a la nobleza de segundo orden y exaltados protestantes todos ellos, publicaron un *Compromiso* debido a la pluma de Felipe Van Marnix, señor de Santa Ildegunda, redactado en los más violentos términos, en el que juraban impedir se introdujese la Inquisición, como habían hecho los napolitanos.

No podía a todo esto ser más comprometida la situación de la gobernadora; bien claramente veía que la intransigencia iba a provocar una formidable insurrección; la tempestad, contenida por espacio de cinco años, estaba próxima a estallar ocasionando ríos de lágrimas y sangre.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

LA PRIMERA GUERRA

LOS GUEUSES. — EMBAJADA A FELIPE II. — EL DUQUE DE ALBA. — ALBA EN BRUSELAS. — EL CONSEJO DE LOS TUMULTOS. — INVASIÓN DE LOS PAÍSES BAJOS. — REANÚDASE LA GUERRA. — INGLATERRA FOMENTA LA INSURRECCIÓN. — EL SITIO DE HARLEM. — RELEVO DE ALBA.

(1566-1573)

Los Gueuses Había fracasado por completo la política conciliadora que hubiera deseado seguir la principal nobleza, y se habían adherido ya al *Compromiso* de Spa varios próceres, como Brederode y los condes de Nassau, Berghe y Colemburg, y aun hay motivos para sospechar fueron éstos los que promovieron la reunión de Spa.

Antes de lanzarse a las armas acordaron aquellos caballeros, reunidos en número de más de doscientos, en el palacio de Colemburg, de Bruselas, presentarse a la gobernadora y entregarle el manifiesto en que se contenían sus peticiones, principalmente dirigidas a que no se introdujese la Inquisición. Margarita, inclinada siempre a la paz, y que había hecho cuanto había podido para dulcificar su gobierno, a pesar de la presión

© Biblioteca Nacional de España

de su hermano y de la influencia de Granvela, no pudo contener las lágrimas ante el desfile de aquellos doscientos señores en cuyo rostro se leía claramente su resuelta intención de levantarse contra la dominación española.

Vió monsieur de Barleymont (uno de los pocos nobles filipistas) el llanto de D.ª Margarita, y exclamó: —*¿Cómo es posible que tema Vuestra Alteza a esos mendigos (gueux)?*, con otras palabras amenazadoras e insultantes.

Los caballeros regresaron al palacio de Colemburg a comer, y estando a la mesa mandó el señor de Brederode (descendiente de los antiguos condes soberanos de Holanda) traer unas alforjas como las que llevaban los pordioseros, y tomando una cazuela o escudilla de palo la llenó de vino y después de vaciarla de un trago se la puso al que tenía al lado, gritando: *¡Vivan los mendigos!*

Pronto se trajeron otras escudillas y la comida terminó en una bacanal, donde no se hacía más que repetir el consabido grito. Ya a punto de levantarse los manteles presentáronse los condes de Horn y de Egmont, deseosos siempre de evitar el alzamiento, aunque nadie les escuchó.

La situación había cambiado mucho, en efecto: la nobleza de segundo orden era totalmente revolucionaria y contaba con el pueblo. Marnix de Santa Ildegunda podía figurar entre los más exaltados demagogos, y de ahí que los próceres no quisiesen en manera alguna adherirse a aquel movimiento.

Mientras Horn, Egmont, Berghe y otros persistían en llegar a un acuerdo con la corona, los *gueuses* (que así solían los españoles llamar a los *mendigos*) se entregaban a las mayores violencias, y se convertían en bárbaros iconoclastas, pues predominaban los calvinistas sobre los luteranos. Los gueuses entraban a saco

© Biblioteca Nacional de España

los monasterios de provincias, rompían las imágenes, violaban a las religiosas, profanaban las sepulturas, todo lo cual llenaba de consternación a los próceres, de los cuales dice Ranke: «Habían querido hacer un arma de la amenaza de la insurrección; pero no habían deseado la insurrección misma. Ocurrióles lo que a un hombre que para conducir el agua a sus tierras sangra un canal: la corriente principal se precipita entonces por la brecha e inunda todas las tierras.»

Embajada a Felipe II

Consternados los nobles al ver que se les escapaba de las manos el poder que aun aspiraban a reconquistar, volvieron al sistema de enviar una embajada a Felipe II.

Acudióse para ello al noble barón de Montigny, Flores de Montmorency, y al marqués de Bergues, que pasaron a Madrid (junio de 1566). Aunque Felipe II sentía hacia ambos la más profunda antipatía les recibió con fingida benevolencia. El objeto de la embajada era pedir amnistía para los insurrectos y otras importantes medidas. El rey sólo otorgó algunas insignificantes concesiones, lo cual provocó la indignación de Montigny hasta el extremo de mostrarse asaz altanero con el rey, con sus puntas y ribetes de desacato. No es menester decir el efecto que tales osadías produjeron en la corte del augusto cuanto temido soberano. Felipe II, por lo pronto, negó a Montigny el permiso de regresar a Bruselas. Ya veremos luego cuál fué su fin.

De cuáles eran las intenciones del rey da idea esta carta enviada a su embajador en Roma:

«Y así diréis a Su Santidad que antes de consentir la menor cosa en perjuicio de la religión y del servicio de Dios, perderé todos mis estados y hasta cien vidas que tuviera, porque no quiero ni pretendo ser soberano de herejes. Aseguradle asimismo que procuraré arreglar los asuntos religiosos en los Países Bajos sin recurrir

© Biblioteca Nacional de España

a la fuerza, si me es posible, para no destruir aquella tierra; mas que no pudiendo arreglarlo todo sin ella, como deseo, resuelto estoy a emplearla. En cuyo caso yo mismo habré de ser ejecutor de mis intenciones, sin que los peligros que pueda correr, ni la ruina de aquellas provincias y demás estados míos, me impidan cumplir lo que un príncipe cristiano y temeroso de Dios tiene

Medalla acuñada en honra del conde de Horn

obligación de hacer en su santo servicio por sostener la fe católica, la autoridad y el honor de la Santa Sede.»

El duque de Alba.

El carácter anárquico que revestía la insurrección de los gueuses, hizo que aunaran sus esfuerzos la gobernadora y el triunvirato Orange-Egmont-Horn para restablecer el orden, como así se consiguió, después de ahorcados o enviados a galeras no pocos iconoclastas.

No bastó esto a tranquilizar a Felipe II; a su juicio,

© Biblioteca Nacional de España

la gobernadora se había conducido con excesiva blandura, y lo que se necesitaba en Flandes era muchísima dureza y rigor. Un hombre había que habría de realizar a maravilla aquel cometido, llevándolo todo a sangre y fuego, y era el duque de Alba, y sin respeto a su buena hermana, y sin comunicarle nada a ésta, nombró gobernador de Flandes al susodicho, con orden de descuajar a todo trance la herejía protestante.

Alba en Bruselas.

Partió de Aranjuez el duque de Alba el 17 de abril de 1567 con plenos poderes y minuciosas instrucciones respecto a lo que tenía que hacer, y llegado a Cartagena se embarcó para Génova en las galeras de Doria. El ejército expedicionario se hallaba reunido en Lombardía, desde donde debía pasar a los Países Bajos por Saboya, Suiza, Lorena y el Franco Condado.

Llegado a Asti revistó las tropas que no pasaban de 10.000 hombres. Constaba la infantería del tercio de Lombardía (2.000 hombres), mandado por Sancho de Londoño; el tercio de Nápoles (3.500 hombres), a las órdenes de Juan de Ulloa; el de Cerdeña (1.800 soldados), a la de Gonzalo de Bracamonte; el de Sicilia (1.500), regido por Julián Romero. Total, 8.800 infantes.

La caballería iba mandada por D. Hernando de Toledo, hijo natural del duque, y D. Lope de Acuña; componíase de 1.100 jinetes, de entre ellos 100 arcabureros y los restantes lanzas; iban al frente de las compañías César Dávalos, Lope Zapata, Vélez de Guevara, Curcio Martinengo, Basti, etc.

El duque llevaba a sus inmediatas órdenes al maestre de campo o coronel Chapín Vitelli; iba como proveedor Ibarra; general de artillería, Galerio Cervelloni; ingeniero general, Pacciotto de Urbino; comisario general de caballería, Antonio Oliveros. Figuraban entre los capitanes el insigne historiador D. Bernardino de Mendozal el valiente Cristóbal Mondragón y otros.

© Biblioteca Nacional de España

La marcha se hizo con orden admirable, divididas las tropas en vanguardia, batalla y retaguardia, según la táctica de Carlos V en las guerras de Alemania.

Ya en el Franco Condado fué reforzado el ejército con 400 caballos y dos coronelías de lansquenetes, y a primeros de agosto llegaba a Thionville.

La noticia de que el duque de Alba se hallaba ya en Flandes produjo un efecto desastroso, pues eran conocidos de todos su carácter despótico y el odio que les tenía a los flamencos. Fué grandísimo el número de los que se pusieron en salvo, sea por haber tomado parte en las alteraciones, sea por sospechar se les perseguiría a causa de sus creencias.

Entró en Bruselas el duque de Alba. «Tenía a la sazón unos sesenta años, dice el Sr. Ortega y Rubio; era bajo, seco y adusto; de cabeza pequeña, barba larga y cana.»

No se presentó en palacio hasta el siguiente día; mostró a la gobernadora las credenciales en que se la retiraban sus poderes para ejercerlos el duque, y doña Margarita, llena el alma de amargura, escribió a su hermano: «Después de todos los ultrajes que V. M. acaba de hacerme, pido autorización para retirarme a Parma.»

Ansioso Alba de apoderarse de los que creía instigadores de la pasada insurrección, y eran Orange, Egmont y Horn, apeló a un recurso indigno para apoderarse de ellos, y fué convocarlos para asistir al Consejo de Estado, de que formaban parte.

Guillermo de Orange se olió la partida y en vez de concurrir a palacio, se puso en salvo en Alemania, aconsejando a Egmont y a Horn hicieran igual, a lo cual se negaron.

Y en efecto ¿qué habían de temer habiendo contribuído en tanto grado a la obra de pacificación y prestado su concurso a la gobernadora? ¿Y cómo podía intentarse nada contra un católico tan ferviente como

© Biblioteca Nacional de España

Egmont, fidelísimo servidor del rey, vencedor en San Quintín y Gravelinas? Todo cuanto había hecho se reducía a estar enemistado con Granvela, pero nada más. Escapar era como reconocerse rebelde y él no lo había sido nunca. El *Taciturno,* entonces, le dijo que obrase como quisiera, pero le profetizó que perdería la cabeza.

Como había previsto Orange, los dos condes fueron presos, en pleno Consejo de Estado, traicioneramente.

Entrada del Duque de Alba en Bruselas

D.ª Margarita, indignada, pues no olvidaba los grandes servicios que le habían prestado Egmont y Horn, reiteró su demanda de autorización para retirarse a Parma y, obtenida por fin, apresuróse a abandonar los Países Bajos.

Entretanto, Alba aterrorizaba cada día más a Bélgica y Holanda con sus brutales disposiciones, entre las cuales se contó la formación de un arbitrario *Consejo de los tumultos,* más conocido con el nombre de *Tribunal de la Sangre,* constituído por dóciles instrumentos como el flamenco Hessels, o por gente de estra-

© Biblioteca Nacional de España

gadas costumbres, como cierto Juan Vargas y un tal doctor del Río, quienes no contentos con dictar sentencias de pena capital y de confiscación de bienes, robaban a manos llenas.

El *Consejo de los Tumultos* envió al patíbulo, en menos de tres meses, a 1.800 personas.

A nadie se respetaba; el hijo de Guillermo de Orange fué secuestrado y enviado a España; hubo grande huída al extranjero de frailes y abades, que no querían aceptar la nueva organización eclesiástica, y Alba prohibió se ausentaran del país a los habitantes pertenecientes a las clases trabajadoras, aparte de dar continua ocupación a los verdugos.

El 5 de junio de 1568 eran ejecutados el conde de Egmont y el conde de Horn, cuyas cabezas, separadas del tronco, fueron expuestas durante dos horas en bacías de cobre, a la vista del público.

El motivo de la acusación era haber asistido a los postres de la comilona en el palacio del conde de Colenburg, donde Brederode había brindado por los gueuses, y eso que habían ido para evitar la guerra.

El duque de Alba, con escrúpulos dignos de Micifuf y Zapirón, le escribió después a su amo y señor (que tan mal debía corresponderle) implorando su protección en favor de la viuda de Egmont y de sus hijos, reducidos a la miseria.

Pero para compasiones estaba Felipe II, aunque sin dejar de reconocer que al portarse como se portaba no era por crueldad, sino por torcida convicción de sus deberes. Por indigna que fuera de la hidalguía castellana la añagaza de Alba (*Alva* en la ortografía de entonces) para coger a Egmont y Horn, no había hecho en ello más que obedecer las instrucciones del monarca. Hasta se asegura que el duque lloró a lágrima viva la ejecución de aquellos dos leales servidores de Felipe II, pero no había más remedio que cumplir las órdenes. Por lo

© Biblioteca Nacional de España

demás, fué un crimen completamente inútil. Ya lo dijo Granvela: «Si el duque no ha prendido a Orange no se ha hecho nada.»

¡Cuántas veces no ha ocurrido lo mismo en nuestra historia!

Al degollar a Egmont y Horn, leales a toda prueba a Felipe II, éste, o si se quiere su brazo, el duque de Alba, no habían hecho más que encender la guerra que tan fatal había de resultarnos, después de tanta gloria y tantos novelescos *tercios de Flandes*.

Ejecución del barón de Montigny

Digamos ahora, antes de entrar en la narración de la guerra, que habiendo el *Consejo de los Tumultos* de Bruselas condenado a muerte al caballeroso barón de Montigny, Flores de Montmorency, fué éste ejecutado secretamente por orden de Felipe II en el castillo de Simancas, gobernado por Peralta.

«En la orden remitida a Peralta, escribe el Sr. Ortega y Rubio, Felipe II deseaba que no se supiese la ejecución de Montigny. Para que las gentes nada sospechasen, un médico visitó al preso y se llevaron de la ciudad remedios contra la fiebre; al mismo tiempo salieron de Valladolid y llegaron a Simancas un alcalde, un fraile y un verdugo. El rey prescribió con toda clase de detalles lo que debía hacerse; cuidando de que el alma de Montigny no se condenase, recomendó que se le avisara con anticipación la muerte en garrote; se le diera una noche y un día para que se confesase, recibiera los sacramentos y se arrepintiese, y «en esto que tanto importa no hubiera descuido ni se le dejase de ayudar»; ordenó que el religioso encargado de asistir al preso fuese fray Hernando del Castillo, que estaba en el colegio de San Pablo; dispuso que se le permitiera hacer testamento para que se creyese en una muerte natural, como también que se le concediese escribir a su mujer, si bien en el sentido de un hombre que se

© Biblioteca Nacional de España

hallaba en sus últimos momentos; decidió que después de agarrotado se le vistiese con el hábito de franciscano, calándole perfectamente la capucha para que se cubrieran las señales del garrote en la garganta; mandó que los encargados de meterle en el ataúd ignorasen lo sucedido, y encargó, por último, que el entierro fuese pomposo, como correspondía a un gran señor cuya muerte prematura se llora. La real orden disponiendo todo esto lleva la fecha del 1.º de octubre de 1570. El día 14 entró en el calabozo fray Hernando del Castillo y el 16 a las dos de la madrugada el verdugo. En este día Montigny fué amarrado a una silla y agarrotado. La capucha franciscana cubrió las huellas del crimen, verificándose el entierro con toda solemnidad en la iglesia de Simancas. El alcaide Peralta, hombre ladino como pocos, guardó el secreto y dió armas al Rey para que pudiese continuar la farsa, pues le escribió notificándole el curso de la enfermedad, la asistencia de los médicos, los consuelos religiosos que le diera el fraile Hernando, que casualmente, según decía, se hallaba en Simancas, y demás extremos de importancia. Felipe II mandó la relación de Peralta al duque de Alba, si bien en otra carta le manifestaba lo que realmente sucedió. Posible es que no haya ejemplo en la historia de una muerte tan fríamente premeditada y tan inicuamente conducida a su realización.»

Invasión de los Países Bajos.

Hemos dicho que, más cauto que Egmont y Horn, *el Taciturno* se había puesto en salvo en Alemania. Ya allí, aprovechándose de la indignación ocasionada por las prisiones, suplicios, extorsiones y vejámenes del *Tribunal de la Sangre*, entendióse con los calvinistas franceses y los luteranos alemanes. Reunió un ejército, en el que figuraban sus hermanos Luis y Adolfo de Nassau, amigos de los confederados de Spa, e invadió los Países Bajos.

Aunque la irrupción no pudo efectuarse según el

© Biblioteca Nacional de España

plan concebido por Guillermo de Orange, con todo llevaban sus tropas la mejor parte por no ser conocedores todavía los tercios españoles de la tierra que pisaban, terreno holandés, formado de hornagueros y de pantanosas praderas, en que los nuestros se hundían en el lodo. En este concepto constituyó un lamentable descalabro la batalla que se dió en Heyligerlhee (Frisia), ganada por Adolfo de Nassau, aunque éste murió a manos del general filipista, conde de Aremberg.

Corría peligro de quedar sitiada por Luis de Nassau la plaza de Groninga y por lo mismo procuró el duque de Alba impedirlo, a cuyo efecto reparó las muchas bajas sufridas con nuevas compañías de caballos y recluta de mercenarios walones, alemanes, albaneses e italianos, mientras lo cual Mauricio de Orange se preparaba a invadir el Brabante.

Tenía, pues, el duque de Alba que acudir a dos peligros, el de Bélgica y el de Frisia; para atender a lo primero mandó fortificar a Maestrich, Amberes, Gante, Bruselas y Flesinga, y para lo segundo reunió cuantas fuerzas pudo con ánimo de marchar sobre Groninga.

Brillante fué la victoria que alcanzó el duque, que después de ocasionar terribles bajas a los gueuses entraba triunfador en la plaza frisona. Desde entonces no cesó en la persecución del enemigo, y al cabo de un mes regresaba victorioso a Bruselas.

No había, sin embargo, que entregarse a las delicias de Capua; Guillermo de Orange, al frente de 28.000 hombres se aprestaba a cruzar el Rhin e invadir el Brabante. El duque de Alba logró, no sin grandes trabajos, reunir 14.000 infantes y 5.000 caballos y se fortificó en Maestrich, llave de la frontera alemana, sobre el Mosa. Desplegó el duque sus admirables talentos militares y fué derrotado Orange, a pesar de contar con el importante auxilio de un cuerpo de hugonotes franceses, mandados por M. de Genlis. El jefe protes-

© Biblioteca Nacional de España

tante no tuvo más remedio que abandonar los Países Bajos y se refugió en Francia (1569).

Reanúdase la guerra.

Hubiera podido aún restablecerse la paz; todavía se contaban muchos súbditos flamencos católicos; hubiera sido muy hacedero atraer a la opulenta burguesía provinciana y contrarrestar con su apoyo la hostilidad de la nobleza, «pero el duque de Alba, escribe D. Francisco Barado, (cuyos juicios no aceptamos en absoluto), a quien sólo se puede respetar por sus talentos militares, era un hombre falto de tacto, rencoroso, mezquino, cruel e insaciable, digno servidor de un rey como Felipe, que a pesar de todo, si le amó por sus servicios, detestóle siempre por su carácter altanero.

»En Amberes mandó erigir una estatua (*la suya*) fundida con los cañones tomados a los rebeldes; ordenó a todos los habitantes de los Estados celebrasen con públicos festejos sus recientes triunfos, y con nuevos impuestos y la desacertada aplicación de la ridícula amnistía general ofrecida por D. Felipe, concluyó de enajenarse los ánimos y dar pie a nuevos disturbios. Es cierto que, por este tiempo y repetidas veces, presentó al rey su dimisión, y no menos cierto, que por lo pronto se negó a admitirla, pero el hecho es que, a pesar de haberse nombrado gobernador al duque de Medinaceli, tardó todavía éste dos años en marchar a Flandes, y cuando llegó allí, las exigencias de la guerra impusieron al de Alba la obligación de continuar en aquel puesto de peligro.

»El perdón concedido por Felipe II a los flamencos rebelados contenía tantas excepciones, que más a propósito era para enconar que para cauterizar las heridas; el país vejado por las fechorías de nuestros soldados que no recibían pagas hacía largo tiempo, insultado y provocado por los agentes españoles; gravado por el absurdo impuesto del *décimo* sobre todos los artículos

© Biblioteca Nacional de España

destinados al comercio; atropelladas sus leyes; proscriptos buena parte de sus habitantes; sufriendo las más terribles de las tiranías, la de su conciencia, tenía ya poderosísimos motivos para sacudir el yugo de un príncipe que le trataba *no como una herencia, sino como una conquista.* Bastaba, pues, la más ligera chispa para que de nuevo estallara el incendio de la guerra, y esta vez se declaró y propagó con rapidez en las provincias marítimas.

Inglaterra fomenta la insurrección

Si es que alguna vez mediaron amores entre Felipe II y su cuñada Isabel, puede decirse que después se convirtieron en odios, a lo menos por parte de ésta.

Sedienta de oro la inglesa, no había vacilado en formar compañía con el pirata John Hawkins para repartirse las presas hechas en las colonias españolas y el producto de los cargamentos de los buques asaltados, pero hubo de suceder que el pirata, sorprendido por una flota de trece naves nuestras, tuvo que escapar para salvar la vida, dejando en poder de los españoles su galera *Jesús* y cuatro naos que había capturado con cargamento de barras de oro, esmeraldas... y negros esclavos.

Isabel, irritadísima, tomó represalias apoderándose, a pesar de la neutralidad, y aconsejada por su ministro Lord Cecil, entregado por completo a Orange, de todas las naves españolas surtas en los puertos meridionales de Inglaterra, una de las cuales conducía 200.000 escudos, tomados a préstamo, en onerosas condiciones, a los banqueros genoveses para pagar a los soldados de los tercios.

Estableciéronse negociaciones diplomáticas, que fracasaron, en vista de lo cual el duque de Alba y Felipe II correspondieron al proceder de Isabel y Lord Cecil, apoderándose de cuantos buques ingleses podían.

Dícese que Felipe II intentó hacer asesinar a su ex

© Biblioteca Nacional de España

cuñada, pero no está probado; lo que sí ocurrió es que de cada vez más desesperados los Países Bajos con la tiranía de Alba y pudiendo ahora contar con el apoyo de Inglaterra, se sublevaron los gueuses de Holanda, a cuyo frente se puso el famoso conde de La Marck,

Herreruelo

Guillermo de Lumey, que, al frente de una escuadrilla, realizó numerosos desembarcos y acabó por apoderarse de Flesinga, llave de la navegación del Escalda.

Pero no era ya solamente Inglaterra la que apoyaba a los gueuses, sino que, practicando una política ver-

© Biblioteca Nacional de España

daderamente maquiavélica y tortuosa, también les ayudaba secretamente Francia. No podía esperarse otra cosa de Catalina de Médicis, la reina madre, y de su débil hijo Carlos IX.

Puestos de acuerdo Luis de Nassau (hermano del *Taciturno*) y el hugonote M. de Genlis, lograron apoderarse de Mons, pero no tardó mucho el francés en recibir fuerte castigo, pues sorprendido por Chapin Vitelli en el bosque de Houtrange, perdió la mitad de la gente y cayó prisionero, con 4.000 de los suyos.

Lo peor fué que se le ocuparon a Genlis unas cartas de Carlos IX en que aparecía patente su complicidad con Guillermo de Orange, sin perjuicio de otras cartas en que hacía votos por que el duque de Alba recobrara a Mons y degollara a los protestantes. Así engañaba el rey de Francia a unos y a otros.

Felipe II se hizo el desentendido, y cuando Catalina de Médicis, aconsejada por los Guisas, mandó asesinar a los hugonotes, la noche de San Bartolomé (1572), se apresuró a felicitarla.

El sitio de Harlem.

No le costó mucho trabajo al duque de Alba el recobro de Mons, así como de Malinas, Zuften y Naardem, que fueron entradas a saco, pero se presentaba muy difícil la toma de Harlem, plaza holandesa muy fuerte, junto entonces a un vastísimo lago llamado *mar de Harlem*, posteriormente desecado, y en comunicación con el Zuiderzée.

Quedó encargado del sitio de la plaza D. Fadrique de Toledo, hijo del duque (12 de diciembre de 1572), el cual disponía de 74 banderas de tropas de toda procedencia: españoles, walones, alemanes, dos compañías de arcabuceros de a caballo y 200 herreruelos.

En un principio hubieron los españoles de experimentar algunos reveses por su excesiva confianza en el propio valor. La invernada fué terrible por lo crudo del clima y la falta de bastimentos, mientras

© Biblioteca Nacional de España

los sitiados recibían todo cuanto necesitaban mediante los trineos que se deslizaban por el *mar de Harlem* y los canales helados, burlando, de noche, la vigilancia de los sitiadores.

Todo lo intentaba D. Fadrique: asaltos, minas; se hacía la guerra con una barbarie jamás vista, por ambas partes. Los nuestros caían diezmados por las enfermedades, y el duque no tenía gente para enviarle refuerzos a D. Fadrique. En cambio le escribió una carta diciéndole que no le tendría por hijo si había cruzado por su mente la idea de levantar el sitio sin rendir la plaza; que si moría en el asedio, vendría él a substituirle, y que si faltaban los dos, vendría, desde España, la duquesa.

El de Alba procedió con febril actividad; mandó al conde de Bossu, gobernador de Holanda, que armara una flotilla en Amsterdam; rompiera el dique que protegía al lago de Harlem contra la invasión del mar del Norte para dejar así aislada la plaza, pidió refuerzos a España, construyó fuertes, rodeó de trincheras sus campamentos, y así quedaron estrechamente sitiados los harlemeses.

Ya la situación se había hecho tan insostenible, que los asediados holandeses se disponían a rendirse, pero les infundió nuevos ánimos la llegada de unas palomas mensajeras, con aviso de prontos socorros, mas por desgracia suya, mató un arcabucero español una de aquéllas y así pudo venirse en conocimiento de lo que intentaban los gueuses y tomar D. Fadrique las disposiciones necesarias.

Los sitiados pidieron capitulación y se les impuso unas condiciones durísimas, terribles, que, sin embargo, aceptaron: los ciudadanos debían satisfacer una indemnización enorme; los soldados que después de haberse rendido en otras plazas habían vuelto a tomar las armas en Harlem serían todos ahorcados.

© Biblioteca Nacional de España

El 14 de julio de 1573, al cabo de siete meses de sitio, entraba en la plaza D. Fadrique de Toledo, y al día siguiente morían en la horca 2.000 soldados flamencos.

Habían perecido en el sitio de Harlem más de cuatro mil españoles; de los gueuses, 13.000.

Las siguientes operaciones en Holanda Septentrional fueron asaz desgraciadas, a lo cual se añadió la indisciplina de los soldados, por falta de pagas; el duque, no sabiendo de dónde sacar dinero, les autorizó para que saquearan la villa de Alkmaar, pero mal les hubo, pues fueron rechazados por los vecinos, cuyas mujeres les arrojaban a los asaltantes «piedras, ruedas con puntas de fierro, pez caliente, plomo derretido y resina».

Poco después los buques holandeses derrotaban la escuadra española (octubre de 1573), en el Zuiderzée.

Ello fué que se levantó un clamor inmenso contra el duque de Alba, siendo éste el primero en lamentar la situación a que había llegado, perdida su hacienda propia, consumida en la guerra, sin quedarle que vivir, y tan desesperado, que pedía, en caso de no relevarle del mando, le diesen un arcabuzazo.

Para colmo, todo eran disgustos, quisquillas e intrigas con el nuevo gobernador, el duque de Medinaceli, rivalizando ambos en desprestigiarse.

En tal estado las cosas, recurrió el duque de Alba al rey pintándole con los más tristes colores la situación del país, «mas, por desgracia, escribe el Sr. Barado, el monarca carecía de recursos, y contrariado por los funestos resultados que su propia política, tan perfectamente interpretada por el duque, producía en los Estados Bajos, indignóse contra su hechura y contestó a su petición en una carta tan acre como injusta, pues en ella se leen términos como estos: «Sin trabajo hallaré un sucesor hábil y fiel que terminará con su mo-

© Biblioteca Nacional de España

deración y clemencia una guerra *que no se puede fenecer por las armas, ni a fuerza de severidad.*»

¡Buen pago recibió el duque de Alba de haberse convertido en ciego instrumento de las voluntades de su amo y señor!

Bien puede decirse de Felipe II que llegó tarde y mal. Esa política de *moderación* y *clemencia* era la que deseaba seguir la pobre D.ª Margarita de Parma, y por eso fué destituída y por eso la relevó el duque de Alba. Ahora no era ya cuestión de *moderación* y *clemencia,* sino de guerra a ultranza, y *el rey prudente* relevaba al ciego ejecutor de sus mandatos.

El resultado fué que el cambio de política fué atribuído por los holandeses y belgas a miedo y debilidad.

Convencido Felipe II del fracaso de sus armas y no menos de la ineptitud de Medinaceli, nombró gobernador de los Países Bajos al insigne diplomático y valeroso militar D. Luis de Requesens y de Zúñiga, comendador mayor de Castilla (noviembre de 1573).

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

LEPANTO

EXPEDICIONES A ÁFRICA BAJO EL REINADO DE FELIPE II. — LOS GELBES. — SITIO DE MAZALQUIVIR. — LEPANTO.

(1559 - 1572)

Cinco años hacía que regía los vastos dominios de la monarquía española D. Felipe II de Austria, cuando, hechas las paces con Francia, resolvió emprender una vigorosa campaña contra Dragut, cuyo poderío no podía ser más pernicioso para los intereses de España y de las provincias italianas. La toma de la isla de Gelbes y de Trípoli, pertenecientes a la orden de San Juan de Malta, y la necesidad de vengar la matanza de caballeros españoles hecha en la ocasión que dejamos dicho más arriba, era motivo suficiente a que acudiera a atajar el mal.

Con este objeto mandó el rey Católico reunir una poderosa flota, compuesta en su mayoría de galeazas venecianas, con tropas de desembarco españolas, italianas y tudescas (1559), pero tantas fueron las dilaciones, por la necesidad de tener que consultar con el rey los más nimios pormenores, cualquiera fuese el asunto de que se tratara, que al hacerse a la vela la

© Biblioteca Nacional de España

escuadra hubo de verificarlo en desventajosas condiciones, por el largo tiempo transcurrido. Mandaba la escuadra Juan Andrés Doria (hijo del ilustre Andrés) y hallábanse las tropas a las órdenes del duque de Medinaceli, virrey de Sicilia.

Poco le costó a Medinaceli el recobro de la isla de Gelbes, pero cuando más seguro se creía, vióse la escuadra de Doria atacada, por sorpresa, por la armada turca: la jornada recordó por lo luctuosa aquella en que habían perecido 4.000 españoles con su general D. García de Toledo, en tiempo de Fernando *el Católico* (marzo de 1560). Juan Andrés Doria dió muestras de la mayor impericia y cobardía, y apeló a la fuga con las galeras que no cayeron en poder del turco; Medinaceli huyó también, abandonando a los valientes, entre ellos su hijo, que no pudieron embarcar.

Los españoles que quedaron en la isla escribieron una página de gloria en los anales de la Patria, defendiéndose con esfuerzo sin igual en el dique, al mando de los valientes soldados D. Alvaro de Sandé y D. Sancho de Avila; aquel puñado de héroes, privados de todo socorro, sin alimentos, sin agua, sin municiones, porfiaron meses y meses en la defensa, hasta que por fin pudieron salvarse algunos, entre ellos los dos citados capitanes que posteriormente debían ilustrarse brillantemente en Flandes. Tal fué el resultado de la expedición, que de haberse hecho a la vela sin tardanza tal vez hubiera conseguido el recobro de Trípoli y la sólida posesión de la isla de los Gelbes, pues la armada turca no hubiera tenido lugar de prepararse para afrontar la poderosa escuadra de Doria.

Organizóse una nueva expedición, que zarpó del puerto de la Herradura (1562), al mando de D. Juan de Mendoza, pero sobrevino una noche un terrible temporal y se perdieron veintidós galeras, ahogándose muchos, y ciertamente podía decirse pesaba una fata-

© Biblioteca Nacional de España

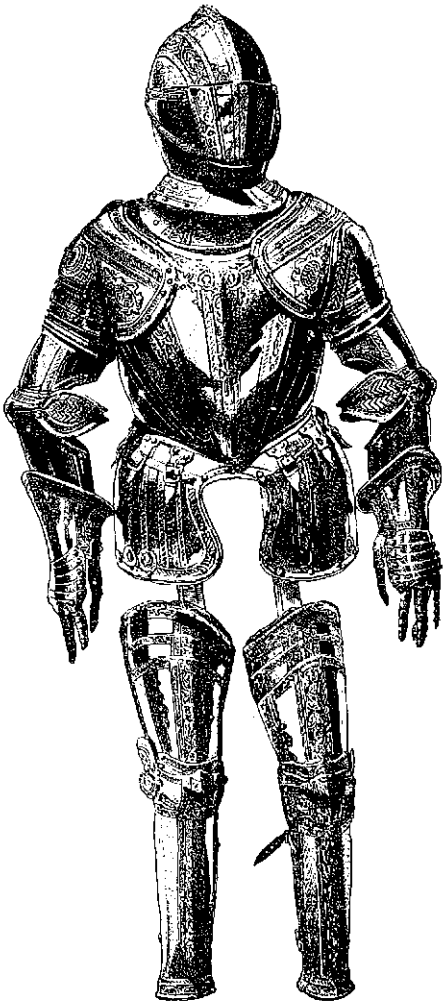
lidad sobre nuestra marina, pues como se habrá visto conjurábanse siempre contra nuestras escuadras cuando no los elementos otras causas de destrucción; así perdimos en pocos años las escuadras dirigidas contra Argel, la de Juan Andrés Doria, ahora la de Mendoza, y debíamos perder más adelante dos formidables *Invencibles*.

Libres de todo temor los berberiscos, dispusiéronse a arrojar a los españoles de las plazas que ocupaban en la costa de Africa. El rey de Argel, llamado por nuestros historiadores «Salarraez» puso sitio a Orán y a Mazalquivir (1563). Defendía a Orán el conde de Alcaudete y a Mazalquivir su hermano D. Martín de Córdoba. Ambos se portaron valerosamente en la defensa, especialmente don Martín, cuya heroica resistencia es digna de parangonarse con las más gloriosas entre las muchas defensas que registra nuestra historia desde Numancia a Bilbao. Apretadísimos se hallaban los sitiados de Mazalquivir cuando llegó la escuadra de D. Juan de Mendoza y obligó a los argelinos a levantar el cerco.

Parecía que la fortuna volvía a sonreirnos, y así fué cómo al siguiente año el ilustre marqués de Villafranca, D. García de Toledo, virrey de Sicilia y general de la mar y de todas las armadas de España, juntó una poderosa escuadra, cuyo mando confió a D. Alvaro de Bazán. Presentóse D. García a primeros de septiembre ante la ciudad de Vélez de la Gomera, hoy en ruinas, y reconquistó el Peñón, que había caído en poder de Barbarroja y sido desde entonces una terrible guarida de piratas, y con mayor razón aún contando con el fuerte castillo que había levantado en él Pedro Navarro, conde de Orvieto, y subsiste todavía, aunque asaz maltrecho.

Faltaba completar la obra, y bordeando D. Alvaro la costa del Rif, inutilizó la ría de Tetuán, o sea el Guad-el-Jelú, llamado también río Martir, sumergiendo

© Biblioteca Nacional de España



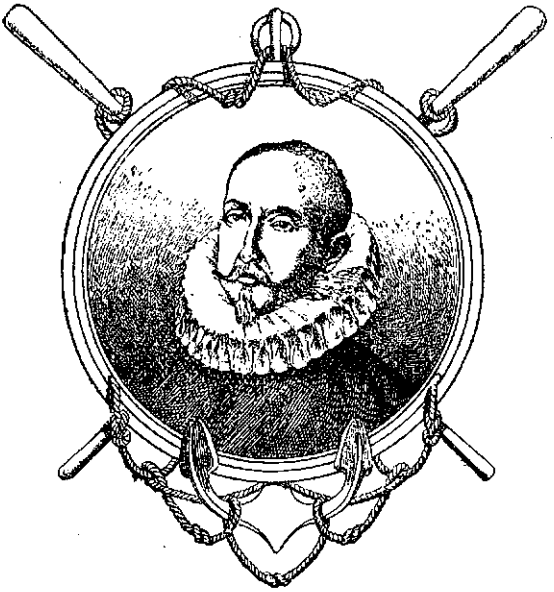
Armadura de D. Alvaro de Bazán

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

en ella dos bergantines cargados de piedras, con lo cual dificultó o imposibilitó la salida al mar de las naves fondeadas cerca de dicha ciudad (1564).

No por eso cedían turcos y berberiscos en su constante hostilidad contra las plazas españolas e italianas del Mediterráneo y contra los caballeros de San Juan. Corría el año 1565 cuando las escuadras de Solimán II



D. García de Toledo

y de Dragut sitiaban a Malta. Tres meses duró el sitio puesto a la ciudad; eran incesantes los combates, y no pocos los caballeros que morían en defensa de la fe cristiana, pero también eran muchos los turcos y berberiscos que morían, y entre ellos el mismo Dragut, que cayó sin vida de un tiro de artillería. Imploraban los caballeros de Malta el auxilio del rey

© Biblioteca Nacional de España

Católico, y aunque sin duda Felipe II se hallaba dispuesto a prestárselo, no podía por falta de recursos y por tener ocupadas las tropas en Flandes. Por esta razón hubieran acabado por sucumbir los caballeros de Malta a no haber en Nápoles aquel admirable virrey D. García de Toledo que, acudiendo con dos armadas y un aguerrido ejército, obligó a los turco-berberiscos a levantar el cerco, después de haber ocasionado gran mortandad en el enemigo.

Gracias a D. García de Toledo, salvador de la orden de Malta, no sin haber tenido que hacer prodigios de actividad y de energía para organizar las dos expediciones que envió en socorro de los caballeros de San Juan, habíase disipado el peligro de quedar convertido el mar Latino occidental en un mar berberisco, pero subsistía siempre el peligro turco. Este fué el motivo de que se concertara una alianza para abatir el poder de la Media Luna, de un confín a otro del Mediterráneo.

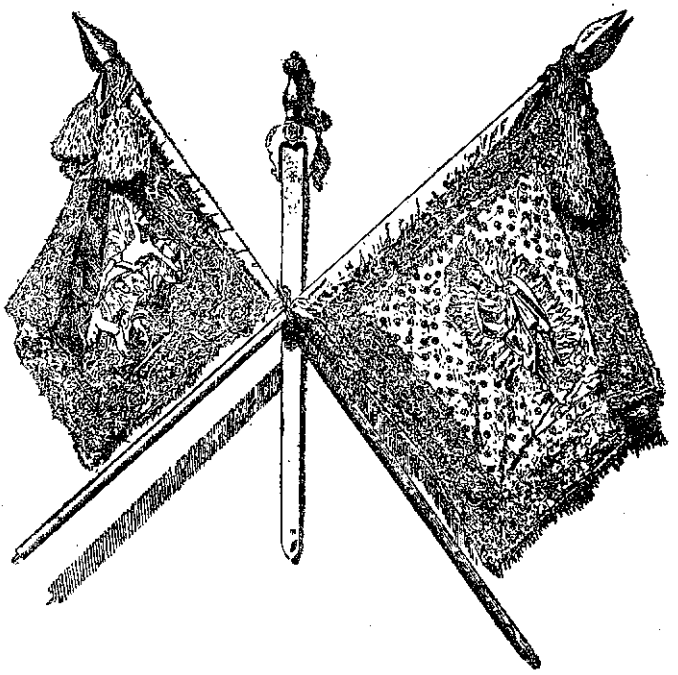
Dió principal motivo a esta liga o alianza la guerra de Chipre, de la cual convendrá dar sucinta noticia, como punto de arranque que fué de trascendentales sucesos.

Treinta años hacía que reinaba profunda paz entre turcos y venecianos, cuando el sultán Selim II, que acababa de ceñir el alfanje de los osmanlíes, por muerte de Solimán II (1566), deseoso de dar feliz principio a su imperio, sujetado que hubo la Arabia y hechas las paces con el Cha de Persia, pensó en la conveniencia de tener por suya la isla de Chipre, contrapuesta a la provincia de Cilicia o Líbano, en el Asia Menor, de la cual sólo está separada por un estrecho brazo de mar.

Pidió Selim II a Venecia la cesión de dicha isla, conminando con declararle la guerra en caso de no acceder. La República rechazó la petición, y cumpliendo Selim II su amenaza envió una poderosa armada, al mando de Mustafá, con un fuerte ejército.

© Biblioteca Nacional de España

Desembarcaron los turcos en la isla, a principios de julio de 1569; dos meses después caía en su poder Nicosia, entrada a sangre y fuego hasta quedar reducida a un montón de ruinas, pero resistía heroicamente Famagusta. Impetró Venecia el auxilio de España



Estandartes cristianos de Lepanto

y por octubre reuníanse en Candía la escuadra de la Serenísima República de San Marcos y una escuadra española de sesenta galeras puesta al mando de Juan Andrés Doria, príncipe de Melfi, a pesar de haberse conducido tan malamente en la expedición para el recobro de la isla de Gelbes y Trípoli, en 1560.

© Biblioteca Nacional de España

Tan poderosa escuadra nada pudo hacer, sin embargo, por lo adelantado de la estación, y así, después de una inútil travesía regresaron una y otra a invernar en sus respectivos puestos; sólo el veneciano Marco Quirino llevó a cabo una importante empresa, cual fué la de llevar a Famagusta socorro de soldados, víveres y municiones, al frente de doce galeras y algunas naves, con las que se atrevió a desafiar cualquier encuentro con la armada turca. El socorro fué de gran provecho, pues la heroica guarnición continuó defendiéndose, sin trazas de darse a partido en mucho tiempo.

Tomó el papa Pío V la iniciativa de una Liga contra el infiel, enemigo fiero de la cristiandad, y no tardó en concluirse una alianza entre el Pontífice, España y Venecia para ir contra los turcos; debían reunirse 200 galeras, 50.000 infantes y 4.000 caballos; el Pontífice pagaría la sexta parte de los gastos, Venecia la tercera y España la mitad. Mandaría las galeras del Papa el ilustre patricio romano Marco Antonio Colonna; las de Venecia, el almirante Sebastián Venerio y las de España, con el mando supremo de toda la armada, el Sr. D. Juan de Austria, hijo natural del emperador Carlos V e ilustrado ya por la victoria que alcanzó en 1568 contra los rebeldes moriscos de Granada.

Corrían los primeros días de agosto cuando se reunían en Mesina las tres escuadras aliadas, precisamente en ocasión en que la heroica plaza de Famagusta capitulaba después de cerca de un año de sitio. Las condiciones que exigieron los valientes venecianos, encerrados en la ciudad chipriota, fueron aceptadas, pero con mengua de toda lealtad y toda palabra de honor no vaciló el bárbaro turco en violarlas y los heroicos rendidos se vieron objeto de los más horribles atropellos, reducidos a cautividad los que no habían perecido al filo de las cimitarras otomanas,

© Biblioteca Nacional de España

No entraremos en largas descripciones respecto a lo que fué la batalla famosa de Lepanto, ocurrida el 7 de octubre de 1571. Fué, sin duda, grande el destrozo que las escuadras cristianas hicieron en la armada de la Media Luna; fueron echadas a pique o capturadas 200 galeras turcas; llegaron los muertos y prisioneros a 25.000; fueron puestos en libertad veinte mil cristianos condenados a remar en los bancos de las naves otomanas, no sin que por nuestra parte dejáramos de experimentar sensibles pérdidas. Allí perdió Cervantes su mano izquierda, después de haberse batido como el más heroico de los españoles. Con todo, eran tan grandes los recursos de Selim II que no hubo de costarle mucho rehacer su poderío naval, en poco tiempo.

De ahí que D. Juan de Austria no estuviese muy tranquilo en cuanto a la decisiva ruina de la marina turca. No podía contarse ya con la entrada de Francia y Portugal en la Liga contra Turquía, por los graves disturbios ocurridos en la primera con ocasión de la matanza de la noche de San Bartolomé, aparte de haber fallecido el Pontífice que había sido el alma de la alianza. Por suerte, el sucesor de Pío V, S. S. Gregorio XIII mostróse digno continuador de su política y reanudó la Liga con España y Venecia. Porque ya a todos se hacía evidente que Lepanto había sido una grande y espléndida victoria, pero no un triunfo, desde el momento en que el turco se mostraba tan arrogante y amenazador como antes de aquella memorable jornada.

Gregorio XIII con increíble presteza proveyó de dinero y soldados para la guerra, aunque mucho había disminuído el entusiasmo por el poco efecto que positivamente se había alcanzado; D. Juan de Austria, por su parte, hallándose con la escuadra española en Mesina, más gruesa que la del año anterior, atendía

© Biblioteca Nacional de España

mejor a lo que ocurría en Flandes, que estaba ardiendo contra Felipe II, que a las cosas de la mar. Por fin, salió del puerto en el transcurso de septiembre y juntóse con los venecianos, pero esta vez los turcos no quisieron aventurar batalla sino que su escuadra se entretuvo en las riberas de Morea, Modón, Corón y Navarino, rehuyendo siempre el combate. Con eso, cambiado el tiempo y perdida la esperanza de pelear, retiráronse las dos escuadras aliadas a invernar, y de nuevo quedó el Mediterráneo en poder de la Media Luna. Pocos meses después, no conviniéndole a Venecia tener por enemigo al turco, renovaba con el sultán la antigua confederación, conformándose la Serenísima República con la pérdida de Chipre y humillándose a pagar la multa de 300.000 ducados que la impuso Selim II, «que fueron paces afrentosas para aquella ciudad, y feas para el nombre cristiano, pero tanto era lo que estimaban volverse a reconciliar con aquel bárbaro».

Así transcurrió otro año, al cabo del cual (octubre de 1573) D. Juan de Austria, con la poderosa armada apercibida contra los turcos, pero que de nada había servido para tal objeto, partió para Túnez, donde arrojó del trono a aquel infame rey, aquel desnaturalizado hijo de Muley Hassán, que había hecho arrancar los ojos a su padre y apoderádose del reino.

D. Juan de Austria envió a Sicilia al susodicho usurpador, cuyo nombre era Muley Hamid, y sentó en el solio tunecino a un nieto de Muley Hassán, pero eran muy otras, según común opinión, sus intenciones.

El generalísimo de Lepanto, en efecto, generalísimo aunque estrictamente sujeto a las instrucciones recibidas de Felipe II, abrigaba altas ambiciones, propias de quien creía valer más, aunque bastardo, que su real hermano de Madrid.

Parece ser, pues, que D. Juan abrigaba nada menos

© Biblioteca Nacional de España

que la idea de reconquistar a Constantinopla y coronarse emperador de Oriente, para lo cual contaba con decidido apoyo entre los cardenales del Sacro Colegio y el clero en general. No pudo ser por no haber recibido de Felipe II los refuerzos que le había pedido, mas no por eso desistió de la idea de ceñir corona, y por eso se dirigió a Túnez, para proclamarse rey de aquel país, como base para fundar luego un imperio que abarcase todo el Norte de Africa. No era Felipe II hombre para consentir semejantes ambiciones, y, en su consecuencia, le dió orden de que arrasase las fortificaciones de Túnez y se partiese de allí en seguida.

D. Juan no pudo obedecer y no derribó ninguna fortificación, y si bien se retiró, no fué sin dejar en la plaza una guarnición de 8.000 hombres. Felipe II mandó regresar a Italia a su hermano natural, que fué como arrebatarle todas las ilusiones que se había forjado en ocupar, él también, un trono.

Al poco tiempo, presentábase en Túnez una poderosa armada turca (demostración del poco resultado alcanzado en la gloriosa batalla de Lepanto); esta armada comenzaba por apoderarse del castillo de la Goleta, tan brillantemente ganado por Carlos V, y una vez en su poder, sitiaban los turcos a Túnez, defendido por la guarnición española. El cerco fué corto y los turcos se apoderaron de un baluarte y del castillo de la plaza. D. Juan de Austria, que se hallaba en Trapani (Sicilia) se encontró sin buques ni tropas suficientes para acudir en socorro de sus antiguos soldados, y los turcos se apoderaron de Túnez. Así quedaban perdidas para España aquellas plazas; resultado asaz sorprendente después de la famosa batalla de Lepanto.

Desalentado, y desvanecidas todas sus esperanzas de realeza, regresó a España D. Juan de Austria (1575), y trató de persuadir a Felipe II de que le nombrase

© Biblioteca Nacional de España

por su lugarteniente en Italia, con nombre de Vicario. La petición, como no es menester decir, fué completamente desatendida; no era hombre Felipe II de ceder la más mínima parte de su autoridad en ningún lugarteniente; todo debía quedar supeditado a su voluntad, y desde los generales y almirantes hasta el último alcalde tenían que darle cuenta de sus actos y ajustarse a las prescripciones, órdenes, instrucciones y advertencias que les enviaba. Hay que reconocer que si Felipe II era el tipo de los monarcas absolutos, su trabajo le costaba, pues apenas si tenía un momento de descanso con querer atender a todo por sí mismo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

SEGUNDO PERÍODO DE LAS GUERRAS DE FLANDES

REQUESENS. —SIN MARINA. — LA VICTORIA DE MOOK.—LA HUELGA DE AMBERES. — EL SITIO DE LEYDEN. — CONFERENCIA DE BREDÁ. — HAZAÑAS ESPAÑOLAS.

(1574-1576)

Requesens. Reconocido por fin el error enorme de haber querido resolver el problema de Flandes por la fuerza de las armas y confiado el gobierno a D. Luis de Requesens, que hasta entonces había tenido a su cargo el de Milán, encontróse en apuradísima situación.

Había nacido Requesens en Barcelona en 1528, siendo hijo del Comendador Mayor de Castilla D. Luis de Zúñiga y de D.ª Estefanía de Requesens, heredera de una de las más ilustres casas de Cataluña. Recibió esmerada educación, que completó después en los palacios como paje del príncipe D. Felipe.

A los diez y nueve años, y fallecido su padre, servía en Alemania en los ejércitos de Carlos V, continuando después a las órdenes del duque de Alba.

De regreso a España en 1553, por falta de salud, permaneció diez años dedicado a la organización de

© Biblioteca Nacional de España

flotas hasta que, en 1563, fué enviado por Felipe II a Roma como embajador cerca de Pío IV, y en este cargo dejó ver que pocos diplomáticos llegaban a su altura.

En 1568 abandona su puesto para servir a las órdenes de D. Juan de Austria, como su lugarteniente; pelea contra los moriscos del reino de Granada y se cubre de gloria en Lepanto, a la cual batalla asiste con

D. Luis de Requesens y de Zúñiga

bandera propia; por fin es nombrado gobernador del Milanesado, y desde este cargo pasa al de gobernador de los Países Bajos.

Contaba a la sazón D. Luis de Requesens cuarenta y nueve años; tenía la salud muy quebrantada, pues nunca había sido muy robusto; el carácter nada enérgico, pero en cambio se distinguía por una lealtad y obediencia sin límites a Felipe II, hasta el punto de hacerse personalmente responsable de todos su actos.

© Biblioteca Nacional de España

De muy mala gana aceptó Requesens su espinoso cargo, y para colmo se encontró con que el duque de Alba no pensaba en marcharse, por lo cual se le juzgó continuador de la política de aquél. No había dinero; las deudas eran enormes; los gastos formidables; la administración militar estaba desquiciadísima; faltaban buques, provisiones, armas.

Constaba a la sazón el ejército español de Flandes de 62.000 hombres, de distintas nacionalidades, a quienes se debía lo que menos un año de pagas, habiendo quienes acreditaban *nueve*.

Dos años escasos duró el gobierno de Requesens, fallecido en 1576. Combatióle con encarnizamiento el duque de Alba, que con pretexto de su gota no quería marcharse de Bruselas; mandó retirar de la plaza mayor de Amberes aquella estatua del duque, de bronce, que era un reto a los flamencos, convocó los Estados, donde expuso sus anhelos de paz y conciliación, y se condujo con noble generosidad, pero sin que esto valiera para apaciguar los ánimos. Cualquiera hubiese dicho que Felipe II poseía como nadie el don de errar; de seguirse aquella política desde un principio hubiera sido aceptada como manifestación de querer evitar la guerra; ahora fué atribuída a debilidad.

Sin marina Sin ser Requesens ningún genio de la guerra, veía muy clara la situación, y desde luego sintió los más vivos temores ante el peligro que amagaba por mar. Sucedía, en efecto, que los piratas holandeses (y con ellos daneses y escoceses) eran verdaderos dueños de la costa de Frisia, aumentando la zozobra de Requesens cuando vió que de bandidos se convertían en soldados, con el nombre de *gueuses del mar*. Estos gueuses iban mandados por expertísimos capitanes: el conde de La Marck, el bravo marino Treslong, el bastardo de Brederode, y daban terribles rebatos desde la desembocadura del Ems hasta el canal

© Biblioteca Nacional de España

de la Mancha, sin que nosotros pudiéramos oponerles ni un solo buque.

Hay que advertir, sin embargo, que esta situación duraba ya hacía mucho tiempo, desde los comienzos de la guerra, de manera que uno de los motivos que determinaron el fracaso fué la carencia de marina.

Alguna vez se había intentado organizar armadas, en Santander, en Laredo, pero todas las expediciones fracasaron. Los holandeses retiraban las boyas y señales que indicaban el peligro, y si nuestras pocas naos lograban llegar al mar del Norte, se iban a pique; los piratas estaban en acecho continuo y los ingleses hostilizaban a todo buque que pasara a su alcance. Agréguese a esto la tardanza en organizar las expediciones, y de ahí que al quedar listas resultara que ya se habían podrido los víveres y desertado los marineros, procedentes en su mayoría de *los muladares de Sevilla.*

De ahí que no cesara el buen Requesens de escribir al rey haciendo presente la absoluta necesidad de una grande escuadra, «pues el que es señor del mar trae un ejército por donde quiera».

El duque de Alba, en vez de ayudar al nuevo gobernador (llegado a Bruselas en noviembre de 1573) no hacía más que estorbar, siendo su presencia al lado de Requesens una nueva muestra de la indecisión que caracterizaba la política de Felipe II, pues en todo disentían: en cuanto al perdón, que Requesens quería fuese más amplio; en cuanto al *Tribunal de la Sangre,* que en suma no era más que el ejecutor de las voluntades del duque de Alba, y cuya abolición pedía el nuevo gobernador diciendo ser «*demasiada sangre la que se hizo*»; en cuanto al *décimo,* y en una palabra en cuanto a todo.

Requesens tenía razón en lo que pretendía, pero más especialmente en la abolición del *Consejo de los*

© Biblioteca Nacional de España

Tumultos, instituído por Alba para la ejecución de los placartes o edictos contra la herejía; porque el duque se empeñaba en que la insurrección era eminentemente herética, cuando no había semejante cosa. En el tal Tribunal no había orden ni concierto; no se sabía una palabra de donde iba a parar el dinero de las confiscaciones, a cargo de 300 recaudadores españoles, en su casi totalidad muy poco dignos de confianza. Atribuíanse tales nombramientos a la mucha influencia que cerca del duque de Alba ejercía su hijo D. Fadrique, aficionado con exceso al dinero y a las damas, bien que no se libraba tampoco el padre de la segunda de dichas flaquezas: «mas galán, decía Requesens, de lo que sus años y autoridad requerían». (Contaba el duque, al salir de Flandes, 66 inviernos.)

Aspiraba Requesens a desarrollar una política de atracción, y si podía ser de dividir para vencer, pero para llevarla a término le hubieran sido menester hombres, buques y dinero, y carecía de todo esto. El duque de Alba le había dejado a Requesens «la hacienda en ruinas, el ejército indisciplinado, el país exasperado y empobrecido, la marina destrozada, frialdad y desafección en los de arriba, odio y recelo en los de abajo». (Barado.)

¡Y este era el sistema que había de perdurar hasta que nos quedasen una provincia o una isla fuera de nuestro suelo peninsular!

Por fin, en diciembre (1573), quedó Requesens libre de la presencia del duque de Alba; era urgentísimo socorrer la plaza de Middelburgo y otorgar aquel *perdón general* ofrecido por el rey y tan regateado, cuya llegada se eternizaba a pesar de las urgentes cartas del gobernador a Felipe II.

En espera, pues, del indulto comenzó Requesens por el socorro de la plaza susodicha. Fracasó, por desgracia, debido a la inercia de los maestres de campo

© Biblioteca Nacional de España

Julián Romero y Sancho de Ávila, excelentes para mandar en tierra, pero que no entendían palabra en las cosas de la marina, lo cual no impidió se les confiara el mando de dos escuadras. No tuvieron, pues, más remedio los españoles de Middleburgo que capitular. Podía darse por perdida Zelandia (enero de 1574) y casi toda la Holanda meridional, menos Harlem y Amsterdam.

La verdad era que no podíamos con tantos enemigos, declarados o encubiertos, ni con la falta de medios para hacer la guerra.

El emperador de Alemania, Maximiliano II, dejaba que Luis de Nassau pudiera levantar un formidable ejército de lansquenetes; Inglaterra prestaba su más decidido apoyo a los que, anacrónicamente, podríamos llamar filibusteros; Francia, sin perjuicio de matar hugonotes dentro de casa, enviaba dinero a los luteranos y calvinistas de los Países Bajos; el Elector del Palatinado proporcionaba tropas a los gueuses.

La victoria de Mook.

Requesens, con un golpe de vista digno de los más ilustres capitanes, no se desanimó ante los formidables preparativos del príncipe de Orange; adivinó sus intenciones, y con un ejército completamente indisciplinado, desmoralizado, casi amotinado por la falta de pagas, entró rápidamente en campaña para desbaratar su plan.

«Pocos momentos tan graves como aquellos para la dominación española, amenazada por el mar y por las fronteras, por el Mosa y por el Escalda, dice Barado, pues la maniobra de los enemigos consistía en caer Luis de Nassau sobre Maestricht, y operando sobre el primero de aquellos ríos, atraer las tropas españolas que sitiaban a Leyden, mientras que su hermano Guillermo, desde Gertruidenberg, iría a reunirse con él para marchar juntos sobre Flandes. Con este objeto había juntado aquél entre Aquisgrán y Maestricht

© Biblioteca Nacional de España

6.000 infantes y 3.000 caballos, y contaba éste con otros 6.000 soldados. Confiaban asimismo en una conspiración tramada en Amberes, que les haría dueños de la plaza, y no faltaba quien opinase que el plan de

Sancho Dávila: *El Rayo de la Guerra*

Guillermo era embestir la ciudad del Escalda, dando así lugar no sólo al avance de su hermano, sino a que los españoles tuvieran que abandonar la Holanda.»

A todo acudió Requesens, aun enfermo y desalentado; venció, pero no por ningún milagro, aunque lo

© Biblioteca Nacional de España

parecía, sino por su actividad y atinado plan. El Comendador «hace un esfuerzo de flaqueza, prosigue diciendo el distinguido autor antes citado, ordena levas de tudescos, pone al pie de guerra los 3.000 caballos de las bandas de ordenanza y manda hacer la concentración de las tropas españolas con tanta oportunidad y acierto, que cuando el enemigo se presenta en 21 de febrero de 1574 a media legua de Maestricht, ya se encuentra el ejército español en las márgenes del Mosa, ocupados los principales pasos y retiradas todas las barcas.

»En breves días las tropas disponibles del Brabante y parte de las de Holanda se trasladan a la frontera alemana y allí, acaudilladas por el gran Sancho Dávila y bajo las órdenes de Mondragón, Mendoza, Toledo, Bracamonte y Montesdoca, comienzan por disputar a Luis de Nassau el paso del río, van siguiendo sus movimientos desde la margen izquierda para impedir la reunión con la gente de Guillermo, apostada entre Grave y Thiel, gánanle por la mano el paso del Wahal y atravesando de improviso el Mosa caen repentinamente sobre él en la aldea de Mook, lugar famoso desde entonces por la tremenda derrota causada a los rebeldes (14 de abril de 1574).»

Perecieron en esta batalla, que los nuestros llamaban de *Mough*, Luis de Nassau y su hermano Felipe, con muchos otros jefes principales, y si bien se debió la victoria, en su parte ejecutiva, a Sancho Dávila, no se le puede negar al Comendador el mérito de debérsele toda la parte dispositiva.

La huelga de Amberes

Desgraciadamente hubo de perderse en un momento el fruto de aquel glorioso e importantísimo triunfo. Ya estaba hecha la convocatoria de los Estados Generales y concedido amplio perdón *cuando estalló el motín sobre el mismo campo de batalla.*

© Biblioteca Nacional de España

Comenzaron los sublevados por echar a los oficiales y marcharon hacia Grave, desde donde, puestos de acuerdo con la guarnición de Amberes, se hicieron dueños de las ciudades, sin que valieran las conminaciones de Requesens que se apresuró a trasladarse allí desde Bruselas.

No había respeto a nadie, y apenas si conservaban alguna sombra de autoridad Sancho Dávila y Chapin Vitelli, muy buen general éste, sin duda, pero corrompido e inmoral aún más que su paisano el florentino Maquiavelo.

Si el terrible duque de Alba había sido impotente en 1572 para reprimir el motín de la soldadesca ¿qué iba a hacer un hombre como Requesens, muy distante de igualarle en energía?

Primero eran los amotinados nada más que 1.500 españoles, pero acudieron luego los que estaban de guarnición en Holanda y después los walones españoles, «con más todos los bribones y churrilleros del país, sumando en junto más de 3.000.

»Pedían no solamente sus atrasos, sino lo que se les debía a los muertos, presentando testamentos falsos en su mayoría...» Y nada bastaba a ablandarles; querían «dinero y no palabras».

A estas peticiones, trasladadas a Requesens, por conducto del *Electo* y el *Consejo* de los amotinados, se unían las más terribles amenazas de saqueo de la ciudad, y lo que fué peor, *los soldados se declararon* diciendo que aunque tuvieran que perderse los Estados, no saldrían de Amberes sin haber cobrado todas las pagas, así los muertos como los vivos.

Desesperábase Requesens, pues se encontraba con que no eran 2.500, a lo más, los soldados que habían entrado en Amberes, sino que resultaba ahora, de las listas, que eran 5.100, a lo cual había que añadir que las cuentas se remontaban a ocho años atrás (así había

© Biblioteca Nacional de España

andado la administración del duque de Alba). Eran grandísimas las sumas que habían recibido los tercios, así del tesoro del ejército como de las contribuciones impuestas a las villas, pero ni los maestres de campo, ni los capitanes, ni los oficiales habían guardado los comprobantes.

Ello fué que, a consecuencia de la huelga, el enemigo se apoderó de la escuadra del Escalda, compuesta de 14 navíos, y pudo continuar resistiendo en Leyden, Delf, Dordrecht y otras ciudades holandesas.

Duraba la huelga desde el 15 de abril y amenazaba eternizarse, cuando temerosos los amberenses de que los amotinados no llevasen a vías de hecho sus amenazas de saqueo, le proporcionaron al Comendador, si bien con un interés enorme, 200.000 escudos, aparte de lo cual empeñó él todo cuanto poseía propio.

El resultado fué quedar Requesens muy desacreditado por su falta de energía al dejar impune el motín; mal visto por unos y por otros, abandonado por el rey, era de ver que ningún resultado habían de proporcionar a los Estados Generales, que no pudo abrir hasta el 5 de junio, pues los tumultos de la soldadesca habían durado hasta el 31 de mayo, mes y medio.

Todo fué inútil, en efecto, y de nada valió el perdón; los Estados de Brabante, que eran «como cabeza y alma de los demás» no se contentaban con lo otorgado, sino que exigían mucho más:

Separación de los extranjeros (esto es, de los españoles), del gobierno y de la milicia;

Administración del dinero por comisionados y recaudadores flamencos;

Represión de los desmanes de los soldados;

Restablecimiento de los antiguos privilegios;

Retorno al ser y estado del tiempo de la regencia de la reina D.ª María de Hungría;

Presencia del rey.

© Biblioteca Nacional de España

Todo lo cual podía compendiarse en un artículo: expulsión de los españoles de los Países Bajos.

Nadie acudió a solicitar el perdón.

El dilema se presentaba aterrador: o se marchaban los españoles, y entonces podían darse por perdidos los Países Bajos, o continuaban (indisciplinados y sin pagas), y entonces se eternizaba la insurrección.

Desesperado el Comendador escribía a Felipe II, y éste le contestaba que confiara en Dios, que no abandonaría su santa causa.

«Llega ya la cosa a términos, insistía diciendo Requesens (a quien le faltaba hasta lo preciso para despachar los correos a Felipe II), que los españoles que se amotinaron hablan ya de que se les deben pagas, y no se acordarán de tantas como se les dieron, y faltarles ha presto el dinero, que con ser tanto el que recibieron junto lo administraron muy mal, los más jugándolo y los demás gastándolo en muchos desórdenes de comidas y vestidos bordados y otras cosas de esta cualidad; y es grandísima lástima ver cuán gastada está la disciplina entre ellos, que ni tienen la orden de camaradas que en otras tierras solían, ni hay capitán ni oficial que la dé ni trate de la sustentación de sus soldados, que cada uno tira por su camino.»

El desgraciado gobernador no tenía ya nada que vender de su patrimonio; el 31 de julio escribía: «y róbase al Rey y al país lo que no se puede creer, sin que yo sea parte para remediallo... Creo que cualquiera se hallara embarazado en los términos en que hallé aquí las cosas y con las que han sucedido, pero si alguno hay que las remediase, yo deseo que se las encarguen, porque confieso que no puedo más».

Corrían los primeros días de septiembre y precisaba enviar socorro a los soldados que continuaban todavía en Holanda, pero no hubo medio. De nuevo estaban amotinados los tercios; debíase a los mercaderes un

© Biblioteca Nacional de España

millón doscientos mil escudos. Leyden, sitiada desde hacía tres meses por el general Francisco de Valdés, se defendía con extraordinaria tenacidad, y era admirable ciertamente el tesón de los nuestros al mantenerse firmes en aquella frígida y pantanosa llanura.

Por fin, el 7 de septiembre recibió el Comendador algún dinero de España, con el aviso de que no se le podría enviar más en mucho tiempo, pero no había con aquella suma ni para pagar la mitad de lo que se adeudaba a los mercaderes.

El sitio de Leyden.

Con todo, aun pensaba el Comendador en salvar a Holanda, por evidente que fuese su próxima emancipación. La base de la campaña había de ser la toma de Leyden, pero en virtud de una operación sin precedentes en la historia, Leyden escapaba de manos de los españoles, al cabo de largos meses de asedio.

Parecía ya inminente la rendición de la plaza, estrechísimamente cercada por los fuertes y trincheras levantados por los españoles, hasta el número de 62, pero, a igual que en Harlem, recibían los sitiados noticias de los gueuses, por medio de palomas mensajeras, exhortándoles a que en manera alguna se dieran, pues no tardarían en verse libres. Bien quedó cumplida la promesa.

El 3 y 4 de agosto los rebeldes rompieron los diques de los ríos Mosa e Isel hasta la aldea de la Kapelle, abriéndolos en 16 partes.

Asímismo se hizo otra grande abertura entre Rotterdam y Delfshaven, por donde entraba gran cantidad de agua, y por las cinco esclusas de Rotterdam y Schiedam. Anegado el país con la rotura de estos diques, penetró desde Vlisingen el almirante holandés Boissot con algunos buques de poco calado en que traía 800 marineros y artillería gruesa; otros barcos más chicos traían artillería menuda de cobre y hierro para armar

© Biblioteca Nacional de España

los navíos chatos y sin quilla, construídos en Rotterdam, las cuales navegaban a remo.

A fines de Agosto estaba tan anegada la llanura de Leyden que se podía navegar por ella desde Rotterdam a Isselmonde, pero no bastaba ni de mucho la profundidad para que pudieran navegar los barcos de mayor calado, por lo cual fueron rotos, a primeros de septiembre, los diques entre Soetermeer y Wilsveen, por cuyas aberturas se precipitaron las aguas del lago de aquel nombre.

Ya ahora, midiendo suficiente profundidad la inun-

Bernardino de Mendoza

dación, penetraron en la llanura de Leyden 176 buques, entre ellos 30 galeras, algunas de 16 bancos, amén de no pocas charrúas, botes y barcas de remo, con gran número de soldados y abundancia de mantenimientos y «haciendo una hermosa vista, dice D. Bernardino de Mendoza, al entrar navegando por la campaña anegada, yendo señoreando todas las aldeas, de que se huía el villanaje de una a otra, sin saber dónde se recoger ni salvar sus ganados».

Defendíanse nuestras tropas en las aldeas y fuertes

© Biblioteca Nacional de España

alrededor de Delf y Rotterdam, hasta que, viéndose en peligro de quedar rodeadas por el agua, dispuso Francisco de Valdés que se retiraran a Harlem, a la otra parte de la Haya, donde no había llegado aún la inundación.

Así quedó libre Leyden, gracias a la destrucción de los diques, medida propuesta muchas veces a Felipe II para acabar con la insurrección de Holanda y que nunca quiso aprobar, mientras no tuvieron escrúpulo en aceptarla los jefes de la rebelión, sin vacilar en ocasionar el enorme estrago que significaba tal inundación.

Así habían resultado inútiles los sacrificios y trabajos de los españoles para apoderarse de Leyden. Todo se había perdido: artillería, pertrechos, víveres anegados en los pantanos, pero aun fué más doloroso el efecto moral que la contrariedad ocasionó en los Estados.

Ya no había quien dejara de pedir la paz, y Requesens, convencido de que España no podría contar jamás con la tranquila posesión de aquellas tierras, por el odio de sus habitantes a los españoles, proponía a Felipe II el abandono de las provincias, poniéndolas bajo la soberanía de algún príncipe, de sangre real, alemán o español, como así se hizo, por fin, años adelante, tarde y mal.

Conferencia de Breda.

Tan mal cariz presentaba la cosa, que por fin accedió Felipe II a que se entablaran negociaciones con Orange y los Estados de Holanda. Reunidos en Breda (febrero de 1575) los Estados de Holanda y los Estados belgas leales, con asistencia de un mandatario del emperador Maximiliano, como mediador (aunque parcialísimo en favor de Orange), no se pudo llegar a un acuerdo por causa de la cuestión religiosa.

El país belga le echó la culpa de todo a Requesens, que al fin y al cabo no había hecho más que atenerse a las instrucciones de Felipe II.

© Biblioteca Nacional de España

Hazañas españolas.

En vista de que había fracasado todo intento de paz y de que los belgas, incluso los prelados, les daban la razón a los orangistas, dispuso Felipe II se volviera al sistema del rigor y fuese entrada Holanda a sangre y fuego.

«Requesens, escribe Barado, echa mano de los úl-

El coronel Verdugo

timos recursos, vende cuanto es posible del dominio real, anuncia la subasta de las joyas de los antiguos soberanos borgoñones, pide al clero un subsidio extraordinario, se deshace de su vajilla.»

La campaña empieza de la manera más favorable para los españoles; sólo con 7.000 soldados, devasta M. de Berlaymont (belga leal) el Waterland, se apo-

© Biblioteca Nacional de España

dera de Buren, Ondewater y Schowen y se hace dueño de los estratégicos fuertes de Crimpen, que defienden el paso de Dordrecht a Rotterdam.

Con el millón de escudos que recibe de España puede proceder a la reorganización del ejército. «Un rayo de sol, escribe el autor antes citado, parece iluminar las armas españolas. El ejército católico suma en aquellos momentos 40.000 infantes y 8.000 jinetes. Los mandan Dávila, Mondragón, Verdugo, Ossorio, Vitelli, Montesdoca, la flor de la veteranía española, gente dura, esforzada, muy conocedora de la tierra. Nuevamente intenta Requesens recobrar la Zelanda, empresa arriesgadísima en aquellos climas, entrado ya el invierno, pero de la que dependía la guerra de Holanda (septiembre de 1575). Las nieblas y los fríos, las olas y los vientos iban a contrariarlo. Había que cruzar los brazos de mar casi desnudos, entre las sombras, a presencia de las armadas enemigas; coronar los diques con la espada en la boca, perecer, si esto no era posible, en los remolinos y en los abismos, o arrastrados por las mareas altas; había en suma que hacer frente al hierro, al fuego y a las olas. ¡Admirable hazaña sólo realizable por españoles de aquel temple! Pocas registra igual la Historia. El cruce de los vados de Filipsland a Duveiland y de Duveiland a Zicrickzee son hechos tan asombrosos que apenas los concibe la mente. No es posible que nos representemos sin honda emoción la imponente escena iluminada por espléndida aurora boreal: el desfile silencioso de la gente medio desnuda a través de las aguas y con las armas en alto; su lucha con las aguas, el estampido del cañón holandés desde los bajeles y desde los diques, y aquellos gritos animosos de *¡Santiago* y *España!* que desde las olas llegaban a las calzadas, y desde los diques se perdían en las jarcias. Una vez más se realizaron prodigios, y una vez más resultaron infructuosos. Las

© Biblioteca Nacional de España

ventajas conseguidas en las islas se amenguaron pronto con la pérdida de los fuertes de Crimpen, paso obligado

Soldados españoles cruzando los brazos del Escalda

para el recobro de Brielle, y los expedicionarios de Zelanda, detenidos frente a Zicrickzee vieron esteri-

© Biblioteca Nacional de España

lizados sus esfuerzos, pese a las victorias alcanzadas en empeñados combates contra las flotas de socorro.»

Preciso era reconocer, sin embargo, que era temerario empeño el de querer recobrar a Holanda; habíanse apurado todos los recursos materiales, y lo que era peor, ni Felipe II disponía de dinero ni mucho menos Requesens.

Había llegado, en diciembre, una flota española, pero con tales pérdidas durante la travesía, que sólo contaba con 24 zabras y 4 pinazas, punto menos que inservibles. Los marineros eran 650 y los soldados 430, todos ellos muy ruin gente, y no pocos enfermos.

Requesens no tenía ni para comprar una onza de pólvora y veía completamente perdidos los Estados Bajos, contribuyendo no poco a su desesperación una medida, decretada por Felipe II, y no menos impolítica y contraproducente que muchas de las que dictaba aquel monarca, a quien algunos han querido llamar el *Prudente*.

Esta medida era el decreto de 1.º de septiembre (1575), en virtud del cual quedaban anulados todos los compromisos y contratos pendientes con los mercaderes desde 1560, lo mismo en España que en otras naciones, alegando que eran usurarios.

Tratábase, pues, de un verdadero corte de cuentas, que era privarse completamente del crédito, y así fué cómo desde entonces ni los banqueros genoveses ni los españoles quisieron facilitar un solo real.

Como era harto de temer en tal penuria, volvió a estallar la sedición en el ejército, comenzando por algunas compañías de caballos ligeros españoles que reclamaban sus pagas. Requesens apeló entonces a una medida enormemente impolítica y fué «mandar tomasen las armas todas las villas y aldeas para defender la entrada a la caballería amotinada». Por suerte el motín duró poco, y los soldados volvieron a la obedien-

© Biblioteca Nacional de España

cia de sus oficiales, no por el miedo a los paisanos armados, sino por lo difícil que es mantenerse reposada la caballería sin el apoyo de la infantería.

En tales circunstancias partióse el Comendador Mayor de Amberes para Malinas, a fin de ganar el jubileo, y desde Amberes a Bruselas.

Pocos días después, el 5 de marzo de 1576, fallecía D. Luis de Requesens, a consecuencia de un carbunco, y aunque tenía la firma en blanco de S. M. para nombrar sucesor, no le dejó tiempo la enfermedad para lle-

Pasatiempos de los españoles en Flandes

nar las formalidades debidas, por lo cual asumió el gobierno el Consejo de Estado, medida aprobada luego por Felipe II.

«Moría Requesens, dice Barado, cuando los ecos del motín llegaban hasta la murallas de Bruselas y las maldiciones de los flamencos a las ventanas de su palacio. Tal era su pobreza que, a causa de ella, hubo que diferirse por espacio de tres días su entierro.»

De verdadero mártir podría calificarse al Comendador Mayor de Castilla, obligado a encargarse del gobierno de los Países Bajos en ocasión en que podía darse ya por perdida la causa española, puesto que la política

© Biblioteca Nacional de España

del duque de Alba no había hecho más que enconar la llaga, y si había vencido muchas veces a Orange se veía a última hora impotente para dominar la insurrección en Holanda y Zelanda.

La política de Alba no había hecho más que acrecentar la rebelión y aguzar el odio contra España, atizado por Guillermo el *Taciturno*, cuya verdadera intención no había sido favorecer la libertad de conciencia, ni defender las libertades del país, sino satisfacer sus desmesuradas ambiciones personales.

Ello es que Requesens se encontró a su llegada con la insurrección más pujante que nunca; sin un real y enteramente falto de apoyo en la corte, pues Felipe II se pasaba largos meses sin contestar a sus desesperadas cartas, dejando que saliera del paso como pudiera, o como no pudiera.

No es de extrañar que tantos disgustos acabaran con sus fuerzas físicas, que nunca habían sido muchas.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII

D. JUAN DE AUSTRIA

El Consejo de Estado Gobernador de los Países Bajos.—Rebelión contra los españoles.—El saco de Amberes.—Llegada de D. Juan de Austria.—El «Edicto perpetuo».—Batalla de Gembloux.

(1576 - 1578)

El Consejo de Estado Gobernador de los Países Bajos.

Si al mandar Felipe II, a la muerte del Gran Comendador de Castilla, se encargase del gobierno de los Países Bajos el Consejo de Estado, creyó que serviría para reducir las provincias rebeldes y atajar la guerra, equivocóse, pues de nada sirvió que ejercieran el poder los Mansfeldt, los Barleymont, los Arschot y otros magnates, hijos del país para aquietar los ánimos.

Continuó la guerra en Holanda y Zelanda, y de nuevo se cubrieron de gloria nuestras armas, venciendo en circunstancias extraordinariamente críticas. El coronel Mondragón derrotaba a los gueuses, que con sus escuadras atacaban las estacadas tras de las cuales se defendían los españoles, y por si fueran poco estos brillantísimos triunfos, rendía el mismo coronel la importante plaza de Zicrickzee (julio de 1576).

Por desgracia, volvió a levantar cabeza el motín, a

© Biblioteca Nacional de España

causa de la falta de pagas, que fué motivo de que los rebeldes pudieran recobrar con creces todo lo que habían perdido en fuerzas.

Aprovechábase Guillermo de Orange de no haber mayoría de flamencos en el Consejo de Estado para escribir a los individuos de aquella nacionalidad manifestándoles que los rebeldes sólo hacían la guerra contra los españoles y sus auxiliares, y como evacuaran éstos los Países Bajos todo sería paz y concordia, palabras que fueron acogidas con la mayor credulidad por gran número de belgas. Uno de los recursos a que apelaron los orangistas fué inducir a los flamencos a que recurrieran al Consejo de Estado manifestando que no otorgarían el servicio sino a condición de que saliesen de sus villas los regimientos alemanes, para ser reemplazados por otros, del país, y así fué como, otorgada la petición, fueron despedidas de Amberes diez banderas del conde alemán Hannibal, reemplazándolas por otras del conde de Eberstein, que estaba dispuesto a pasarse a los rebeldes.

Pífano y atambor

© Biblioteca Nacional de España

Salidas de Zelanda las tropas amotinadas del coronel Mondragón, y reunidas con algunas banderas del general Francisco de Valdés, trasladáronse al Brabante, desde donde, reclamadas las pagas y viendo que no se les atendía, penetraron en Flandes, metiéndose una noche en la ciudad de Alost, cerca de Bruselas.

La presencia de los españoles en pleno territorio flamenco irritó sobremanera a los belgas, y aquellos pueblos a quienes en mal hora había permitido el Comendador Mayor de Castilla se armasen contra la caballería ligera de Mondragón sublevada, fueron los que más airados se mostraron.

La cosa llegó al extremo de que los bruseleses mataran (y no fué extraño) a un criado del licenciado Jerónimo de Roda, del Consejo de Estado, y antes del *Tribunal des Troubles* (el famoso *Tribunal de la sangre*), en vista de lo cual acordaron dicho Roda, el maestre de campo Julián Romero, D. Alonso de Vargas y otros españoles, resguardarse en lo posible. Todo eran amenazas contra España, y el primero en contribuir a la agitación era el elemento flamenco del Consejo de Estado.

La situación de los nuestros se hizo tan peligrosa que, reunidos Sancho de Ávila, gobernador de Amberes, y los coroneles alemanes Polwiuer, Fronsberg y Fúcar, acordaron, vista la revolución de los Estados, que se recogiesen todas las tropas lo más cerca que pudiesen de Amberes, especialmente la caballería española e italiana que se hallaba, traidoramente, por disposición del Consejo de Estado, muy diezmada, en Holanda.

Todos comparecieron en Brabante, no sin haber tenido que luchar con los campesinos belgas que se oponían violentamente a su paso, con ánimo de degollarles. Y como prendieran los españoles a un burgomaestre o bailío belga les mostró un mandato sellado

© Biblioteca Nacional de España

y firmado por los del Consejo de Estado para degollar no sólo a los españoles, sino a cuantos les ayudasen.

Los belgas del Consejo de Estado, alarmados ante la concentración de los españoles, por orden de Sancho de Ávila, le escribieron a éste desde Bruselas protestando de su proceder, a lo cual respondió que entendía cumplir en servicio del rey y que de no mudar de proceder el Consejo de Estado, «los cabos de la gente de guerra y él tratarían de poner remedio en ello, que era bien».

No podía ser más crítica la situación de los jefes españoles; por una parte tenían a sus tropas amotinadas y resueltas a no tomar nada a cuenta, sino todas las pagas atrasadas; por otra los del Consejo de Estado publicaban en Bruselas un pregón dando por rebeldes a los soldados españoles.

Conspiraban los belgas con la mayor actividad para librarse de la dominación de Felipe II; monsieur de Hesse y monsieur de Clime reclutaban gente para acabar con las tropas «extranjeras», como decían, y en su audacia llegaron hasta el extremo de tramar un complot para apoderarse a mano armada de los individuos del Consejo de Estado conocidos por adictos a los españoles. El cerrajero de palacio proporcionóles la entrada mientras estaban reunidos los de dicho cuerpo, y así fué cómo cayeron en su poder Mansfeldt, Berlaymont, Viglius, Asunville, de igual manera que otros españoles o españolistas que allí se hallaban, como Juan Foncq, prepósito de Santa María de Utrecht, Luis del Río, Juan Berty, secretario de Estado, Urbano Scharemberg y otros, todos los cuales fueron llevados a las cárceles, menos Luis del Río, antiguo individuo del Tribunal de la Sangre, que fué puesto en manos de Guillermo de Orange, después de lo cual proclamaron por gobernador general del Brabante a Felipe de Croy, duque de Arschot, del Consejo de Es-

© Biblioteca Nacional de España

tado, y expidieron una proclama declarando rebeldes a los españoles.

El golpe de mano de Bruselas fué secundado en Gante, donde se reunieron los eclesiásticos, nobles y diputados de las ciudades flamencas, acordando arrojar a los españoles, a cuyo objeto levantarían gran número de gente, todo ello en connivencia con el duque de Alenzón, hermano del rey de Francia, y con Isabel de Inglaterra.

Arcabucero flamenco

Por otra parte, trabajaban los belgas por apartar de sus banderas a las tropas walonas, y así fué cómo el regimiento que mandaba Mondragón se sublevó y puso preso a su coronel.

Podía decirse que todos los Estados Bajos estaban en abierta rebelión contra España y contra los españoles. Flandes, Brabante, el Henao, el Artois, Holanda Meridional, todos a una, menos el ducado de Luxemburgo, estaban en armas, bajo la jefatura del duque de Arschot, a quien se le dió por segundo al conde de Lalaing, con la particularidad de no ponerse un solo caballero al lado de los

© Biblioteca Nacional de España

españoles, excepto el burgomaestre de Amsterdam, que se salió de la ciudad y se marchó a Amberes a ponerse a las órdenes de Sancho de Ávila.

No por eso se amilanaron los jefes españoles; Sancho de Ávila se ponía en defensa en la famosa ciudad del Escalda y levantaba un fuerte a la otra parte del río, con 400 hombres de guarnición a las órdenes

Soldados valones

del general Francisco de Valdés; Julián Romero se mantenía firme en Lieja; Montesdoca en Maestricht y continuaban dispuestos a la resistencia los castillos de Utrecht, Viennen, Gante, Valenciennes, Culemburg, y Groninga. También resistía Alost, pero aquí la guarnición sólo se componía de soldados amotinados que en manera alguna querían transigir en cuanto a

© Biblioteca Nacional de España

recibir *todas* las pagas, siendo así que su concurso hacía mucha falta para reforzar los demás puntos, no llegando apenas a 6.000 el total de nuestros soldados.

Rebelión contra los españoles.

Pronto comenzaron los ataques de los belgas contra los españoles. El castillo de Gante quedó sitiado por grandes contingentes flamencos, siendo lo peor que se hallaba muy falto de pólvora y de gente; era su gobernador interino Antonio de Alamos Maldonado, por tenerle preso los walones a su coronel, Mondragón, a cuyo cargo estaba el castillo.

Acometidos traidoramente los españoles en la aldea de Visnach, entre Lovaina y Tillemont, por el conde de Bicore, que había salido de Bruselas con intención de degollar a unas compañías que allí se alojaban de paso para Amberes, dieron buena cuenta de los agresores, cubriéndose de gloria D. Alonso de Vargas y D. Bernardino de Mendoza.

Apelaron a la fuga los enemigos, perseguidos por la caballería española, que se hallaba en mucha inferioridad numérica. «Continuó ejecutivamente el alcance, dice D. Bernardino, en que se hizo gran matanza; porque los mozos de los soldados dieron en la infantería que había dejado las armas, de que degollaron la mayor parte, y asimismo de la gente que de Bruselas y Lovayne habían venido con la de los Estados, y gran número de estudiantes de la universidad de Lovayne a ver, como ellos decían, combatir con los españoles y comprar los despojos, que no hallaron muy baratos.»

«Nuestra caballería llegó matando gente hasta la abadía del Parque, que es a las puertas de Lovayne...»

Admirable resulta, verdaderamente, ver a aquellos españoles, entregados a su sola iniciativa, pues no había allí quien mandara en jefe, ya que el Consejo de Estado, única autoridad, se había declarado rebelde

© Biblioteca Nacional de España

a España, y así cada capitán tenía que guiarse por su propio impulso.

A esta falta fué debida la *obstinación terrible de los amotinados*, como dice D. Bernardino de Mendoza, a quienes no se pudo convencer de que abandonaran su actitud para socorrer a los españoles del castillo de Gante, distante sólo cinco leguas.

Se podrá decir de nosotros cuanto se quiera, menos que no tuviéramos paciencia para no ahorcar a aquellos desalmados de Alost, que en tan crítica situación dejaban desamparados a sus compañeros, por unos cuantos escudos que jugarse a los dados.

No fué menester, sin embargo, el concurso de los amotinados de Alost para que los españoles pudieran defenderse. Haciendo prodigios de valor y de estrategia había podido salirse de Holanda y llegar al Brabante D. Hernando de Toledo, y él y D. Alonso de Vargas se bastaron para aniquilar a los alemanes que, traicionando al gobernador de Maestricht, Francisco de Montesdoca, y a D. Martín de Ayala, se habían apoderado de la plaza en nombre de los Estados.

Continuaba entretanto el sitio de Gante, cuya guarnición tanto hubiera mejorado si los amotinados de Alost la hubiesen prestado su concurso. Prosiguió la guerra entre aquel puñado de españoles encerrados en los castillos de Gante, Amberes, Lieja y Maestricht y las numerosas fuerzas levantadas por los Estados, realizando la bizarría de los nuestros las más épicas proezas.

Grande era el empeño de los rebeldes en apoderarse de la ciudadela de Amberes, a cuyo efecto la ciudad, en poder suyo, estaba erizada de barricadas; con todo, pudieron aún introducirse en el castillo, defendido por Sancho de Ávila (4 de noviembre de 1576), D. Alonso de Vargas, con la caballería, y Julián Romero, desde Lieja, a los cuales se reunieron, por fin, los amotinados

© Biblioteca Nacional de España

de Alost, de suerte que entre todos llegaron a juntarse en dicha fortaleza 2.200 infantes españoles, 800 alemanes y 500 caballos.

Era grandísimo el ardimiento de los nuestros para caer sobre las fortificaciones de la ciudad, y a pesar de las exhortaciones de Sancho de Avila para que se apaciguaran y repusieran sus fuerzas los recién llegados no quisieron demorar el ataque, diciendo que estaban resueltos a comer en el Paraíso o a cenar en la ciudad de Amberes.

Dábase, pues, el caso de que mientras los españoles eran dueños del fuerte, los belgas lo eran de la población.

Era su intención pegar fuego donde conviniera, y a este objeto se dió orden a todos los mozos de los soldados que llevasen hachones de paja en las manos.

El saco de Amberes.

Salieron del castillo los españoles, pasando por el puente levadizo, y en la contraescarpa hicieron oración antes de dar el asalto, yendo delante de los amotinados, que iban a vanguardia, un soldado llamado Juan de Navarrete, portante de un estandarte en que había pintados un crucifijo de una parte y Nuestra Señora de la otra.

«Arremetieron los amotinados con sus capitanes, dice D. Bernardino de Mendoza, por la calle de San Miguel, y Julián Romero, con su gente, por la de San Jorge, apellidando Santiago, España, al cerrar con las trincheras y reparos de los Estados, a cuya guardia, fuera de estar muy fortificadas se hallaban todos los soldados que habían entrado de los Estados en la villa y la guarnición de alemanes de ella, que eran cuatro mil hombres, y a sus espaldas los vecinos armados.

De manera que venían a estar las calles llenas de soldados y gente de guerra, a quien los nuestros ganaron con una presteza increíble las trincheras, haciéndolos retirar cargándoles vivamente, y en particular a la entrada de la calle de San Miguel y Abadía, donde

© Biblioteca Nacional de España

se combatió porfiadamente por tener reforzado el puesto con mucha gente, que defendían el conde de Egmont, monsieur de Capres y monsieur de Goinies.»

Peleábase bravamente en las calles, apoderándose los españoles de las barricadas y casas fuertes desde donde se les hacía mortífero fuego, y obligando a rendirse a cuatro banderas de alemanes. Disparaban los amberenses apostados en las ventanas de las Cofradías gremiales o Gildas; esparcióse la caballería de don

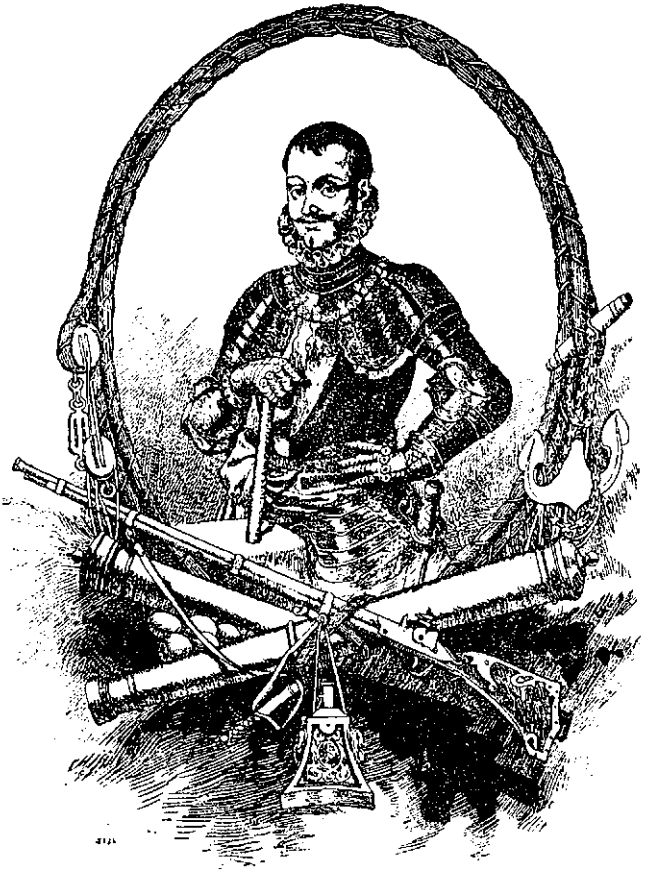
Soldados del sitio de Amberes

Alonso de Vargas por las calles, y como la Casa de la Ciudad estaba convertida en fortaleza, acercáronse los españoles y la entregaron a las llamas, lo cual se hizo con facilidad «con el aparejo que se llevaba para ello». Los hombres de las cofradías que estaban dentro se echaban por las ventanas.

Todos huían y hubo hombre de armas que se arrojó desde lo alto de la muralla, con su caballo, al foso, lleno de agua. Quedó por fin asegurada la ciudad entera-

© Biblioteca Nacional de España

mente «en que murió excesivo número de personas; porque a la Villanueva acudió muchedumbre de gente



Don Juan de Austria

a embarcarse en los navíos, y allí se ahogaron millares de hombres, sin los que quemó el fuego y mataron los edificios que caían con él. Porque de la casa de la

© Biblioteca Nacional de España

villa, con ser muy grande edificio, se emprendió en ochenta casas del contorno, que se quemaron de las más ricas del lugar, con tanta mercadería, que se estimaba el valor dellas y casas en tres millones, que fué mucho mayor para Anvers que el saco de los soldados». (D. Bernardino de Mendoza.)

Poquísimas fueron las pérdidas de los españoles, pues sólo tuvimos 14 muertos y 20 heridos, entre ellos el abanderado o alférez de los amotinados Juan de Navarrete.

El conde de Champaigney y el marqués de Havre pudieron escapar por el río y se refugiaron en Zelanda; el conde de Eberstein murió ahogado al saltar en una barca y lo mismo les ocurrió a monsieur de Bievre y otros personajes.

El conde de Egmont, M. de Capres, M. de Goinies y otros gentileshombres, cayeron prisioneros en la Abadía de San Miguel.

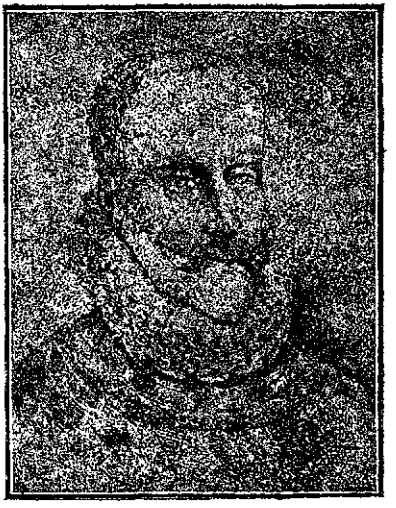
«A nuestros soldados, dice Mendoza, no se les pudo impedir el saco de la tierra, habiéndola ganado por fuerza, a cuya causa sus cabezas mandaron no se hiciese rescate de las personas, y los bienes no se sacasen fuera de la villa. Con lo cual obligaron a los soldados a darlos a sus dueños mismos por poco dinero. Juntamente se mandó a las parroquias enterrasen los cuerpos muertos que estaban por las calles, que fueron, según la relación, dos mil y quinientos, sin los quemados y ahogados, que estimaban ser doblado número.»

Llegada de D. Juan de Austria.

En tal estado las cosas súpose que D. Juan de Austria había llegado al ducado de Luxemburgo, «porque luego que su majestad le envió la orden para venir a los Países Bajos, que le halló en Bejeben, lugar del estado de Milán, le pareció ser conveniente ir antes a España a besar las manos a su majestad. Lo cual hizo pasando desde Génova a España en grande diligencia con sola

© Biblioteca Nacional de España

una galera. Y de Madrid partió para Valladolid, con voz que volvería al mismo lugar para asegurar la gente y llegar a la frontera de Francia sin ser descubierto. En Valladolid se tiñó la barba y cabello, y vino por la posta a Irún disfrazado, y en la misma manera caminó por Francia con un correo y Octavio Gonzaga, hermano del príncipe de Melfi, de quien se hacía criado. Llegado a París, se apeó en un mesón, y a la noche vino a casa de D. Diego de Zúñiga, embajador de su majestad cerca del Rey Cristianísimo, donde estuvo aquella noche para entender en el término que se hallaban las alteraciones de los Países Bajos. Y sabido de don Diego de Zúñiga que el ducado de Luxembourg no se había querido juntar con las demás provincias, se resolvió de irse a Luxembourg, donde gobernaba monsieur de Naves, por hallarse todavía preso en Bruselas el conde de Mansfeldt, gobernador del ducado. El señor don Juan se descubrió al llegar a la misma villa de Luxembourg, a quien recibió monsieur de Naves y los vecinos della y toda la provincia, mostrando gran contento con su venida.



El Conde de Mansfeld

»Llegado el señor don Juan a Luxembourg, escribió al momento a todas las partes donde había españoles, mandándoles bajasen las armas, sin servirse más dellas

© Biblioteca Nacional de España

contra los Estados, lo cual hicieron todos en general, obedeciéndole con tanta puntualidad, que no osaron intentar los españoles de Anvers socorrer el castillo de Gante ni ponerse sobre Malinas y Bruselas, como lo pensaban hacer.»

Hay que decir ahora que, receloso siempre Felipe II de las ambiciones de su hermano natural, le había hecho acompañar como secretario por D. Juan de Escobedo, hombre de toda su confianza y que conocía muy a fondo al gallardo vencedor de Lepanto, a quien no le era menos leal que al propio rey.

María Stuardo

No era, a la verdad, don Juan de Austria el más indicado para gobernador de los Estados Bajos en medio de aquella revueltísima situación. Muy mujeriego y aficionado a acicalarse, contrastaba con la frialdad y dejadez del *Taciturno*. Lo primero que había hecho era prohibir hacer uso de las armas a no ser para la defensa personal y la de las plazas ocupadas.

Felipe II, que andaba muy alicaído por no haber conseguido casarse (viudo de Isabel de Valois) con María Estuardo, apenas si contestaba a los consultas de D. Juan, insiguiendo igual conducta que con el desgraciado Requesens, hasta que por fin le dijo que cediera a lo que le pidieran los Estados, salvo siempre el mantenimiento de la religión católica y la obediencia a su majestad.

El Edicto perpetuo.

Con dolor, pues, de su alma, hubo D. Juan de Austria de allanarse a expedir el llamado *Edicto perpetuo* (14 de febrero de 1577), en

© Biblioteca Nacional de España

ocasión en que el castillo de Gante y el de Valenciennes se habían entregado ya a los Estados después de haber hecho una defensa heroica y no había esperanzas de que pudiesen resistir más los de Utrecht y Amberes.

La suma y compendio del *Edicto perpetuo* era que los españoles debían evacuar los Estados Bajos y que los Estados se arrogaban el derecho de fijar los impuestos y disponer de las tropas indígenas, con la única salvedad de la conservación de la fe católica y la soberanía nominal de Felipe II, pero aun así consiguió el *Taciturno* que Zelanda y Holanda se negasen a hacer las paces.

Con eso, dice Mendoza, «cesaron las armas y guerra que los Estados nos hacían tan sin razón a los españoles. Y desde el fin de agosto que la comenzaron hasta el día de la publicación de las paces les rompimos en las facciones y recobrar las villas treinta mil hombres, con pérdida de sesenta banderas y estandartes y veinte mil hombres, según los mismos Países confesaban, sin morir sesenta españoles de nuestra parte; siendo Dios servido de justificar nuestra causa, dándonos tan buenos sucesos, y que saliésemos de los Países Bajos los españoles y caballería ligera en mano fuerte y cargados de despojos, porque en virtud de las paces se entregó el día señalado a Lierre y la villa de Anvers y castillo».

Salió de Amberes Sancho de Avila, pero no quiso ser él quien entregase la ciudadela, sino que lo encargó a su lugarteniente Martín del Hoyo, y se posesionó de la fortaleza el duque de Arschot, prometiendo mantener el castillo y plaza por Felipe II, su señor.

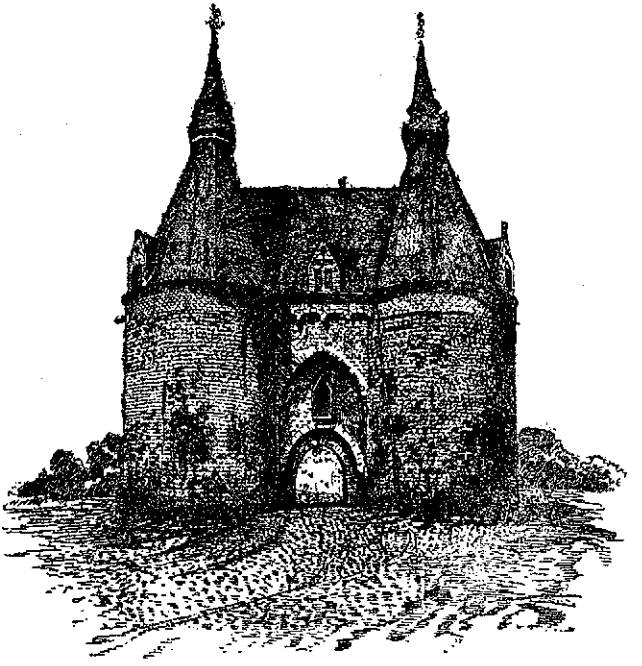
Los españoles, entonces, partieron para Italia, reunidos todos al mando del conde de Mansfeldt.

Al advenimiento de Felipe II comprendían los Paíse Bajos 17 provincias: cuatro ducados: *Brabante, Limburgo, Luxemburgo* y *Gueldres;* siete condados;

© Biblioteca Nacional de España

Flandes, Artois, Henao (Hainaut), *Holanda, Zelanda, Namur* y *Zutphen;* el marquesado de *Amberes;* los señoríos de *Frisia, Malinas, Eltrecht, Overind* y *Groniga.*

La capital era Bruselas; la metrópoli comercial, Amberes; contábanse además ciudades tan espléndidas



Puerta de Malinas en Bruselas

como Malinas, Brujas, Gante, Amsterdam, Groninga, Rotterdam, Arnheim, Lieja y Maestricht. La parte más rica era Flandes, lo cual hizo que se diera este nombre a todo el conjunto.

Estalló la guerra en 1567 y en 1572 los *gueuses* comenzaron por arrebatarnos a Brielle; perdimos después

© Biblioteca Nacional de España

a Middelburgo, capital de la isla de Walcheren, y a la muerte de Requesens y después del *Edicto perpetuo* sólo nos quedaba la provincia de Namur.

Ya veremos cómo después, gracias a Alejandro Farnesio, se pudo recobrar mucha parte de los territorios perdidos.

Batalla de Gembloux.

Ya nada tenían que temer los flamencos; ya no quedaban tercios españoles ni italianos en los Países Bajos y D. Juan de Austria, encerrado en Namur, se hallaba reducido a una ridícula figura decorativa. A eso había conducido la política siempre vacilante, tornadiza y desatentada de Felipe II. El *Edicto perpetuo* había humillado a los españoles, pues muchos capitanes se habían casado con belgas y ahora se veían echados del país, mientras por su parte el *Taciturno* veía contrariados sus planes.

Y como ya nada había que temer de los expulsados españoles, los señores flamencos prescindieron completamente de D. Juan y ofrecieron el gobierno de los Países Bajos al archiduque Matías, hermano del emperador Rodolfo (hijo del difunto Maximiliano II, que a la vez lo era del emperador Fernando, hermano de Carlos V y sobrino, por lo tanto, de Felipe II). Entró en Bruselas el buen Matías, absolutamente incapaz de inventar la pólvora, en compañía de Guillermo de Orange, y comprendiendo que no servía para nada, le nombró lugarteniente general al *Taciturno* (diciembre de 1573).

Era aquello insoportable; D. Juan de Austria no podía tolerar tantas humillaciones, y, por lo mismo, envió a llamar a los españoles que iban camino de Italia. No tardaron en llegar su sobrino Alejandro Farnesio, los coroneles Mondragón y Verdugo y otros capitanes, no haciéndolo Sancho de Avila por hallarse en España, ni Julián Romero por haber muerto de una caída de a caballo.

© Biblioteca Nacional de España

D. Juan obtuvo brillantísima victoria en Gembloux, debida principalmente a Alejandro Farnesio (febrero de 1578), y Matías y Orange se apresuraron a encerrarse en la ciudad y fortaleza de Amberes.

Poco después llegaba de Italia D. Lope de Figueroa con 4.000 hombres, pero enturbió la alegría de D. Juan la noticia del misterioso asesinato de su secretario don Juan de Escobedo en una calle de Madrid. Aquel crimen hubo de preocupar profundamente al vencedor de Gembloux.

D. Juan de Austria.—Estatua de bronce erigida en Mesina en 1572

Cada vez más apático Felipe II dejaba que don Juan de Austria se desesperase, sin prestarle la menor palabra de aliento. El gallardo joven, como el pobre Requesens, no pudo resistir tantos disgustos y se murió en Namur (1.º de octubre de 1578), a los treinta y tres años de edad.

Dijeron algunos si le habían dado jicarazo y otros si había perecido de una enfermedad infecciosa transmitida por la marquesa de Havre; nada se puede decir, pero todo induce a suponer que si murió envenenado no lo fué por orden de Felipe II, no menos inocente en la muerte

© Biblioteca Nacional de España

del príncipe D. Carlos y en el asesinato de Escobedo.

No es que la política de entonces reprobara tales medios (que tal vez no hayan caído todavía en desuso), pero es acumularle demasiados cargos a Felipe II, tratarle de parricida y fratricida. No, deséchese tal idea. Podía ser fanático, podía ser muy absoluto, pero personalmente era incapaz de ensañarse de tal manera contra su propia familia y amigos, lo cual no quiere decir que no fuera muy capaz de hacerlo con sus enemigos personales, y los enemigos de España.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

EL RECOBRO DE LO PERDIDO

ALEJANDRO FARNESIO. — SITIO DE MAESTRICHT. — EL DUQUE DE ALENZÓN. — INDEPENDENCIA DE HOLANDA.

(1578-1582)

Alejandro Farnesio.

A D. Juan de Austria sucedía uno de los hombres más extraordinarios que figuran en la historia. Hijo de Octavio Farnesio y de D.ª Margarita, la antigua gobernadora de los Países Bajos, hija natural de Carlos V, habíase criado en la corte de España, donde adquirió el más elevado concepto de nuestra superioridad y se sintió poseído de la más profunda veneración hacia el monarca.

«Por sus venas, dice Barado, corría la sangre de Carlos V, del que parecía haber heredado algunas cualidades: su carácter dado a las aventuras, su alta inteligencia, su habilidad política. Reunía también excelentes dotes físicas, porque, aunque de mediano cuerpo, era de muy buen talle, proporcionados miembros, expresivo y agradable semblante y continente apuesto.»

Pronto se había de conocer que el nuevo gobernador de los Países Bajos reunía excepcionales condiciones. Revelóse como gran político, como gran caudi-

© Biblioteca Nacional de España

llo, como verdadero genio y no fué suya la culpa si, por último, resultaron estériles sus gloriosas empresas en los Países Bajos. Debido fué a Felipe II.

Al asumir el gobierno Alejandro Farnesio encontróse con el país esquilmado por los impuestos, la guerra y

Alejandro Farnesio, Duque de Parma

la peste; rodeado de enemigos declarados, como el *Taciturno*, los holandeses, gran parte de la nobleza flamenca, Inglaterra y Francia, o bien ocultos, más de temer aún, y poco menos que abandonado por Felipe II; pero no había de tardar en cambiar por completo la faz de la situación.

© Biblioteca Nacional de España

Farnesio pudo notar, ya en tiempo de D. Juan de Austria, que no reinaba la más perfecta unanimidad entre los rebeldes, pues eran muchos, especialmente entre los católicos flamencos, los que se manifestaban descontentos de Guillermo de Orange, de suerte que

El Conde de Bossu, general flamenco

no queriendo reconocer su jefatura proclamaron como cabeza al duque de Alenzón.

Farnesio, encerrado en Namur, procuró sacar partido de aquella división, lo cual no había hecho D. Juan de Austria. Veía que Isabel de Inglaterra, en vez de adelantar más fondos, reclamaba los anticipos que había hecho, y que los flamencos se encontraban sin gente

© Biblioteca Nacional de España

y sin dinero, por lo cual creyó llegada la ocasión de reanudar activamente la guerra.

Con las tropas que habían regresado, después de la evacuación de los Países Bajos, y con una leva hecha en Alemania, pudo contar Farnesio con 24.000 hombres y 7.000 soldados de a caballo, casi todos *reitres* o alemanes, reclutados por el coronel Polwiller. Era maestre de campo o coronel general el conde de Mansfeldt; mandaban los tercios españoles sus antiguos capitanes Mondragón, Tassis, Figueroa, Valdés, y las cornetas o compañías de reitres Francisco de Sajonia, Vitio, Samblamont y Billy.

Esguízaros o suizos

Celebrado consejo de guerra, se decidió empezar las operaciones con el recobro de Maestricht, pero no quiso Farnesio empezar el ataque antes de dejar bien aseguradas las comunicaciones, a cuyo objeto debía enseñorearse de todo el territorio a la izquierda del Mosa, como así lo hizo, después de lo cual repasó el río y cayó sobre el Brabante, ocupado por el enemigo, cruzando aquél por Ruremonde.

Los flamencos, ante aquella inesperada invasión, se refugiaron en Malinas, en Breda y en Maestricht; rindióse Weert, y azorado el enemigo reconcentró sus

© Biblioteca Nacional de España

fuerzas en Tornhout, entre Bois le Duc y Amberes; convencidos los reitres, a sueldo de los Estados, que iban a sufrir una derrota, capitularon pidiendo se les dejara regresar a su país, como así fué concedido.

Mucho hubo de dolerles a los flamencos la falta de los alemanes; en un principio habían marchado ostentosamente contra Namur, donde se hallaba poco menos que incomunicado Farnesio, pero en vista del avance de éste se fueron retirando hasta Bourgerhout, en las cercanías de Amberes y al abrigo de esta plaza. Farnesio lanzó su gente contra el ejército de los Estados, compuesto de franceses, escoceses e ingleses al mando de M. de la None y de Norris, y el enemigo quedó completamente derrotado, siendo incendiado Bourgerhout.

La victoria fué provechosísima, pues los católicos walones y los del Henao abandonaron la causa del protestante Guillermo de Orange y se mostraron dispuestos a tratar con Farnesio si éste se avenía a despedir a sus tropas extranjeras. La suma habilidad de aquel insigne capitán logró llegar a la reconciliación, firmándose el tratado en Arras (17 de mayo de 1579).

Con eso quedaron perfectamente deslindados los campos: por una parte, al lado de España, todos los flamencos católicos, o sea los walones; por otra, los protestantes de la Unión de Utrecht.

Toma de Maestricht.

Ya vueltas a la obediencia de España las tres provincias belgas fronterizas con Francia, acudió Farnesio al recobro de Maestricht, formidable plaza de la Frisia, que por su numerosa guarnición francesa, su populoso vecindario y sus abundantes mantenimientos, estaba en situación de resistir mucho tiempo.

Fué aquel sitio un modelo de ciencia militar por parte de Farnesio; habiéndose hecho mucho uso de las minas, no siempre con buen resultado, procedióse

© Biblioteca Nacional de España

a encerrar a Maestricht dentro de un estrecho círculo de fortificaciones, de manera que, por una parte, tenían circuída completamente la ciudad, y por otra parte, formaban como una fortaleza infranqueable para cualquier ejército que acudiera en socorro de la plaza, siendo apreciado este trabajo de ingeniería, debido a Sabelloni, como «una de las cosas más cabales hasta entonces hechas».

Menester era que Alejandro Farnesio fuese lo que era para *soportar* a Felipe II, pues mientras alcanzaba para él los imposibles, el solitario del Escorial no hacía más que enredar procurando llegar a una avenencia con Orange, sin más resultado que los sofiones que le daba éste, mientras tanto, empeñado en la conquista de Portugal, no le enviaba ni un maravedí a su ilustre sobrino, que se esforzaba hasta lo increíble para conservarle los Países Bajos, sin tener con qué pagar a los soldados.

De ahí que las tropas filipistas se entregaran al pillaje, trabajaran de mala gana, desamparasen las guardias y desobedecieran las órdenes de sus jefes.

¿Cómo había de hacer frente a tal situación Alejandro Farnesio?

«Ni bastaba a contenerlos la horca, dice Barado, porque siendo el hambre más poderosa que el miedo, a compás que aquélla crecía era más despreciado el suplicio. Los regimientos de alemanes manifestaban ya que ni del enemigo defenderían los reales; los reitres conspiraban con los infantes, y de cundir el mal ejemplo en la restante caballería, era de temer el más terrible y bochornoso descalabro.»

Por fin, a fuerza de desesperados expedientes pudo allegar dinero con que pagar a los mercenarios, y ya seguro de que las tropas no desertarían, continuó el sitio, hasta que por último fué tomada por asalto la plaza de Maestricht, después de encarnizadísima resistencia.

© Biblioteca Nacional de España

La mortandad fué grandísima y el saqueo espantoso, a causa de hallarse enfermo Farnesio y haber quedado encargados del mando el conde de Mansfeldt y Octavio Gonzaga.

De lo que fué aquel asalto dan cuenta las siguientes citas, que reproducimos de Barado:

«Fué un día de juicio, dice Vázquez, y tan grande la mortandad que ponía admiración, pues al desembo-

Soldado flamenco. — Campaña de Flandes

car del puente había un gran monte de cuerpos muertos que pasaban de doce mil con los que se habían echado en el río (el Mosa), y muchas madres estaban con sus tiernos hijuelos en los brazos, puestas boca con boca, y algunos los tenían en los pezones de las tetas, y todas muertas y llenas de heridas, que movía a gran compasión, sin que se escapase ninguna de las mujeres que trabajaban, que peleaban como los soldados y estaban repartidas en tres compañías.» (Sucesos de Flandes, libro II.)

«El saco que se siguió después de la matanza, dice Estrada, se continuó por muchos días, y fué, cual se

© Biblioteca Nacional de España

puede imaginar, de una ciudad que de solos fabricantes de paños tenía poco menos que diez mil, y cuyas ganancias eran por extremo grandes con el comercio de los géneros que se sacaban para Alemania o se traían de allá. Todo lo cual fué añadidura de la victoria. Consta que la presa que se juntó de la ropa y menajes de las casas, de mercaderías y del precio que los ciudadanos dieron por sus personas, pasó mucho de un millón; esto en lo público, porque la noche y el tumulto era fuerza que ocultasen muchas cosas.

»Tengo por cierto que en Lieja, Aquisgrán y Cleves se pagaron de contado por el rescate de los prisioneros más de doscientos mil ducados.» (Década II, libro III.)

Duró el sitio cuatro meses; perecieron 8.000 habitantes, entre ellos 1.600 mujeres; de los españoles murieron el general de la artillería, conde de Barleymont, el conde de San Jorge, jefe de los *condottieri* italianos, 37 capitanes y 2.500 soldados (29 de junio de 1579).

El duque de Alenzón.

Si mucho costó el triunfo de Maestricht pudo darse por bien empleado por los trascendentales efectos que produjo. El gobernador de Frisia, conde de Laligny, desconfiado del triunfo de los Estados, pactó con Farnesio y con el duque de Terranova, D. Carlos de Aragón, que se hallaba en Colonia, como enviado de Felipe II cerca del emperador Matías.

No podía ofrecerse mejor ocasión a Farnesio para proseguir la carrera de sus victorias y reconquistar el Brabante meridional y Amberes, pero le faltaba *el nervio de la guerra,* el dinero, pues de no tenerlo luego se iba todo a rodar; por lo mismo, escribió al rey, a la sazón harto ocupado en la conquista de Portugal, mientras tanto, se largaban de sus filas los walones, no pagados, y se veía obligado a levantar gente del país.

Lo cual podía explicarse por celos que tenía Felipe II del grande e insigne Alejandro Farnesio, como los había tenido de su hermano D. Juan de Austria.

© Biblioteca Nacional de España

«Bien se comprenderá las dificultades con que debía tropezar para organizar ese ejército en país apenas sometido, dice Barado en su admirable historia de las guerras de Flandes (*Museo Militar,* tomo II), pues aunque para su formación admitieran las provincias reconciliadas los tercios viejos de alemanes y borgo-

Retrato del Duque de Alenzón

ñones, ni unos ni otros querían otra cosa que sus sueldos y el regreso a la patria; y los nacionales, ni querían servir si antes no se les pagaba, ni eran en número bastante para defender el país.»

Con todo, todavía seguía combatiendo y venciendo Alejandro Farnesio en el Henao (Hainaut) y Frisia, a pesar de no contar más que con poquísimas fuerzas,

© Biblioteca Nacional de España

y aun éstas compuestas de bisoños; pero gracias a haber enviado, por fin, Felipe II, 60.000 escudos de oro (en calidad de anticipo de los muchos millones que se debían), pudieron ser pagados en parte y despedidos los tercios españoles e italianos y algunas fuerzas alemanas y borgoñonas que, como indisciplinadas, constituían un gran peligro .

Harto hacía, pues, Farnesio con sostenerse y ganar combates, pero tuvo la suerte de que vinieran en su ayuda los acontecimientos, y fué que los Estados, aun persistiendo en su rebeldía y sin imitar a las provincias walonas, vueltas a la obediencia, andaban enemistados con Guillermo de Orange.

No le convenía en manera alguna a éste que renunciaran a su actitud y, por lo mismo, puso en juego todos los resortes de su diplomacia para que dichos Estados declarasen depuesto a Felipe II y proclamaran por su señor al duque de Alenzón.

El rey de España se encolerizó de tal manera que, a pesar de todas las observaciones y del disgusto de Farnesio, y de acuerdo con Granvela, mandó publicar un *placarte* o pragmática poniendo a precio (25.000 coronas de oro) la cabeza del *Taciturno*.

Independencia de Holanda.

Desvanecida por completo toda esperanza de avenencia entre Felipe II y los orangistas, proclamaron éstos el 26 de julio de 1581 la independencia de Holanda, aunque sólo lo hicieron las provincias del Norte (Holanda, Zelanda, Gueldres, Zutpken, Frisia, Utrecht, Overissel y Groninga). De esta suerte quedaban divididos los Estados Bajos en tres partes; el Norte (Provincias Unidas) obedecía a Orange; el Centro se hallaba bajo la soberanía nominal del duque de Alenzón, Francisco de Valois; las provincias walonas (las unas en Bélgica y las otras en Francia) reconocían la autoridad de Felipe II.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO X

LA TOMA DE AMBERES

CIUDADES RECOBRADAS. — LLEGADA DE REFUERZOS. — ASESINATO DE ORANGE. — EL SITIO DE AMBERES. — EN FRISIA. — CAMPAÑA DE FARNESIO.

(1582-1585)

Ciudades recobradas.

En tal situación las cosas concibió el duque de Alenzón la idea de casarse con la *Reina Virgen*, Isabel de Inglaterra, sin reparar en que tuviese numerosos favoritos, pero al ver que la hija de Ana Bolena no parecía muy propicia a encender por fin la nupcial antorcha, se marchó de Londres y entró en Amberes como triunfador, aunque no hubiese triunfado de nadie, antes bien, Farnesio se había apoderado de Tournay.

Con todo, no podía desconocerse que los tercios viejos hacían mucha falta, y, por lo mismo, consiguió Farnesio fuesen llamados por los mismos walones. Entretanto, y mientras llegaban, el insigne general español se apoderaba de Oudenarde, llave de la Flandes Oriental, a pesar de los magníficos y poderosos medios de defensa con que contaba, por lo cual «ya no dudaron entonces los flamencos de que, plaza que sitiara Alejandro, podía darse por rendida».

© Biblioteca Nacional de España

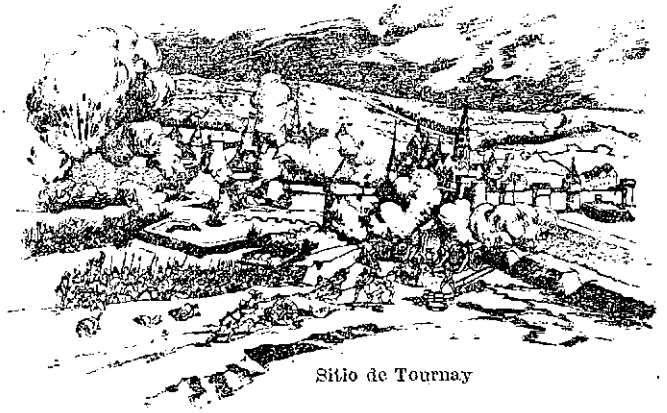
Vista de Amberes

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Llegada de refuerzos.

Fué tanto más admirable la toma de Oudenarde en cuanto durante el sitio tuvo Farnesio que sofocar una rebelión del tercio viejo alemán, que rechazaba una paga exigiendo dos. «Voló allí el general, y ante el cuadro formado y erizado de picas, asió a un soldado por la gola, lo sacó arrastrando y dió orden de que se le ahorcara. Veinte soldados, sacados por suerte, sufrieron esta pena, y gracias a la serenidad de Farnesio reprimióse un motín



Sitio de Tournay

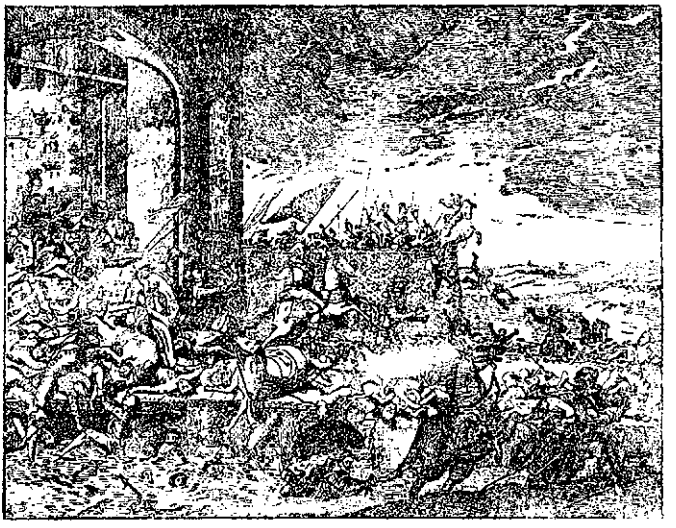
que amenazaba frustrar cuanto se había hecho en aquel sitio.»

Ya por entonces, desembarazado Felipe II de la guerra de Portugal, pudo enviar buenos socorros a Farnesio: 5.000 españoles y 4.000 italianos, formados en cuatro tercios a las órdenes de Paz y Mondragón, los primeros, y Carduini y del Monte los segundos, aparte de una brillante compañía de nobles de Parma, Nápoles y otros estados de Italia, deseosos de pelear a las órdenes del gran Farnesio.

En esto había desembarcado en la costa de Flandes un cuerpo de ejército francés a las órdenes del maris-

© Biblioteca Nacional de España

cal Birón, y uniéndose con Alenzón pudieron ambos penetrar en Gante. Necesitaba el ex pretendiente de Isabel de Inglaterra hacer algo sonado para adquirir prestigios, pues los flamencos le trataban que «parecía en burla», por lo cual decidió tomar por sorpresa a Amberes, donde nadie le hacía caso, y tenerla por suya de verdad, empresa tanto más fácil en cuanto sólo



Sorpresa de Amberes por los franceses

estaba defendida por sus vecinos; pero el intento terminó en una catástrofe terrible para los franceses.

A este gran descalabro siguieron otros, con la particularidad de que Alenzón jugaba con dos barajas, pues trataba bajo mano unas veces con Orange y otras con Farnesio. El ilustre general español derrotó en Stemberg al de Valois haciéndole 3.000 muertos y cogiéndole 28 banderas; notable victoria dado el estado

© Biblioteca Nacional de España

de extrema miseria en que se hallaban las tropas de Farnesio, lo cual hizo que se deshicieran, quedando solamente los españoles.

El resultado de la victoria de Stemberg fué la toma del importante puerto de Dunquerque y de Neueport, con gran parte de la Flandes francesa, mientras Tassis, teniente del coronel Verdugo, se apoderaba de varias plazas y territorios de Frisia.

Así, con tan escaso número de tropas, y ésas mal pagadas, iba recobrando Farnesio las provincias perdidas para la corona de España.

Era su propósito ahora completar la reconquista del Brabante y emprender la de toda Flandes, para lo cual

Tiro de artillería

contaba con los grandes refuerzos y el dinero que le tenía prometidos el rey; mientras tanto se apoderaba de Ipres, Ruppelmunda, Axel, Alost y otras plazas (1583).

Era lo más importante adueñarse de Amberes, Gante y Brujas; rindióse ésta, y azorados los flamencos acudieron de nuevo a Alenzón para que les socorriese, aunque por desgracia no pudiese ya ser, pues había fallecido de tristeza.

Asesinato de Orange.

A este contratiempo siguió el asesinato de Guillermo de Orange (10 de julio de 1584). Acechado desde el *placarte* de Felipe II por algunos asesinos, fué ya objeto de un atentado, en 1582, por un español llamado Juan de Jáuregui, en Amberes. El matador le disparó un pistoletazo que le dió en la cara y fué degollado con dos cómplices suyos.

© Biblioteca Nacional de España

El asesino fué ahora un fanático francés llamado Baltasar Gerard, que se sacrificó gustoso por la causa católica, tal como él la entendía. Sometido al tormento fué después ejecutado, recibiendo sus herederos la suma prometida.

Fué proclamado *Stathuder* o jefe de la República de las Provincias Unidas su hijo segundo, Mauricio, de diez y siete años, pues el hijo mayor se hallaba desde hacía muchos años recluído en un colegio de jesuítas de Madrid.

Confióse el mando del ejército a Hohenlo, cuñado del *Taciturno* y el de almirante a Justino de Orange, bastardo de Guillermo, y fué nombrado burgomaestre de Amberes Marnix de Santa Aldegunda, uno de los jefes del partido que podríamos llamar democrático y tan gran sabio como ardiente patriota.

La muerte de Guillermo de Orange había producido la mayor consternación en los Estados, pues él era el alma de la rebelión contra España, y en tal situación no se les ocurrió nada mejor a los flamencos que acudir al despreciado Enrique III de Valois ofreciéndole el gobierno y la incorporación de los Países Bajos a la corona francesa.

Por suerte, harto tenía que hacer el rey de los *mignons* para mantenerse en el trono, objeto de una parte de los ataques de la famosa *Liga* católica capitaneada por los Guisas y apoyada por Felipe II, y por otra convertido en ludribio de los hugonotes.

«Expiraba el año 1584 en tales incertidumbres, dice Barado; Farnesio y sus soldados sobre los diques y detrás de las trincheras que rodean a la ciudad de Amberes; los holandeses luchando valerosamente entre sus lagunas y apercibiéndose a socorrer a sus hermanos; Felipe II casi olvidado de su ejército y absorbido por las cábalas de la Liga; la corte francesa engolfada en su política de intrigas; la inglesa apercibiéndose a in-

© Biblioteca Nacional de España

tervenir en los asuntos de Flandes. En tanto, las desdichadas provincias, desoladas por la peste y la guerra, íbanse por momentos despoblando; sus habitantes más opulentos emigraban a Holanda y a Inglaterra; los artesanos, los campesinos abandonaban sus faenas; el

Infantería española. — Piqueros

comercio se interrumpía; la industria y la agricultura estaban muertas; el país verdaderamente agotado...»

El sitio de Amberes.

Es ésta una de las páginas más admirables de la historia de nuestro ejército, y su relación exigiría por sí sola muchos volúmenes, por lo cual remitimos al lector al magistral estudio de

© Biblioteca Nacional de España

D. Francisco Barado en el tomo II del *Museo Militar* (Estudio VI), uno de los trabajos más exactos y completos publicados hasta hoy.

Hallábanse frente a frente el príncipe Alejandro Farnesio y el burgomaestre Marnix de Santa Aldegunda, uno de los más antiguos y tenaces enemigos de la dominación española. Era Amberes una ciudad fortificada formidablemente y con defensas naturales sin parangón en cuanto a eficacia, tales como el Escalda, de milla y media de anchura por sesenta pies de profundidad, y contenido por diques cuya rotura convertiría en un lago los alrededroes, y a Amberes en una isla a la cual tendrían acceso los buques holandeses.

La idea fué vivamente combatida por los habitantes, ya que se trataba de destruir unas praderas en que pacían 12.000 bueyes. En lo cual hicieron mal los amberenses y así lo reconocieron más adelante, cuando ya la cosa no tenía remedio.

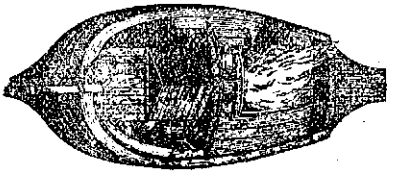
Farnesio dió pruebas de ser un verdadero genio de la guerra. «Toda la ciencia militar de la época se empleó en este sitio, dice Barado. Construyéronse fortalezas sobre los ríos y minas bajo las ondas; grandes corrientes fueron lanzadas sobre las trincheras y largas trincheras sobre los ríos; quedaron en seco los antiguos cauces; rotas las barreras que sujetaban el Océano, la tierra convertida en mar; sujetóse el Escalda con un puente colosal, y cerróse el paso a las aguas del mar y del río, coronando un estrecho dique con frágiles castillejos, y desde Staebroeck hasta Bereveren, en una extensión de muchas millas, Amberes vió levantarse un muro que impedía el arribo de todo auxilio: la hidrostática, la hidráulica, la navegación, el arte del ingeniero diérónse a conocer en todos estos trabajos, a los que debe añadirse la toma de cinco potentísimas ciudades casi a un mismo tiempo cercadas y en el breve plazo de un año rendidas.

© Biblioteca Nacional de España

»¿Y quiénes hicieron tales proezas? Un puñado de valientes, un ejército reducido en número, unos soldados que marchaban a la pelea con las piernas al aire y el estómago vacío; gente que pisaba un país mal sojuzgado, no siempre dispuesta a combatir sin paga ni a obedecer sin castigo.

»De aquel ejército formaban parte, además de los españoles, los mercenarios alemanes, borgoñones, walones e italianos, que recibían el nombre de *naciones*, y aunque la emulación era en ellos acicate del valor, el mal ejemplo seguro estímulo de rebeldía...»

No importaba, sin embargo; era prenda segura de victoria que se hallase a su frente Alejandro Farnesio.



Brulote

Desistimos de reseñar lo que fué el sitio de Amberes, repitiendo que hay que leerlo en Barado. Luchaban unos y otros como perros rabiosos, Marnix de Santa Aldegonda hizo todo y más de lo que pudo hasta que no pudo más, y el 17 de Agosto de 1585 Amberes abría sus puertas a Farnesio, poco después de haberse rendido Malinas.

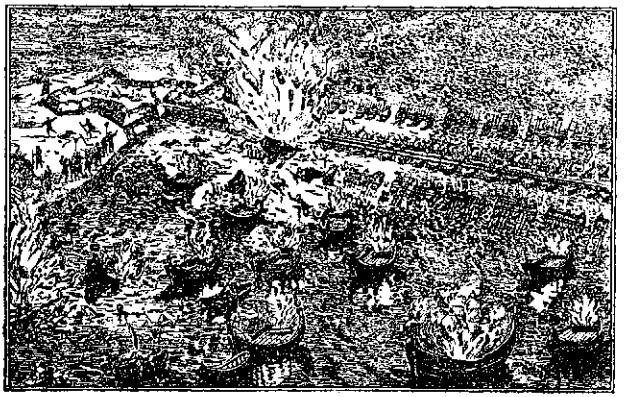
¡Admirable hazaña! «Sin escuadra empleó el bloqueo de un puerto marítimo, dice el Sr. Ortega y Rubio. Así como los holandeses llevaron la mar para libertar la ciudad de Leyden, él (Farnesio) intentó apartar la mar para atacar cuerpo a cuerpo a Amberes.»

Todo lo emplearon los amberenses: brulotes, rotura de diques. A todo se sobreponía el gran general espa-

© Biblioteca Nacional de España

ñol. Al presentarse Marnix de Santa Aldegonda a pedir clemencia a Farnesio, le dijo que si Amberes había resistido tanto era porque no era posible suponer que un ejército de 10.000 soldados rindiera tantos fuertes y ciudades, dominara los ríos, se defendiera de las flotas, sujetara a tan poderosas provincias y atacara a ciudad tan importante como Amberes.

«El cielo que os dado tales victorias, prosiguió, no podrá negarnos la honra de haberos resistido.»



Destrozo causado en el puente del Escalda
por el brulote «La Esperanza»

Desde entonces fué terrible la decadencia de Amberes. En menos de un mes salieron de la ciudad para Holanda más de cuatro mil familias protestantes o refractarias a la dominación española, ganando las Provincias Unidas todo lo que perdía Flandes. Hasta el primer tercio del pasado siglo no se levantó Amberes de su decaimiento.

Aquel éxodo fué, sin embargo, harto precipitado, pues Farnesio había concedido cuatro años de plazo para

© Biblioteca Nacional de España

abandonar la ciudad y se había comprometido además a poner guarnición que no fuera española.

Dícese que al llegar a Madrid el correo que traía la nueva de la rendición de Amberes hizo despertar a Felipe II, que lleno de alborozo despertó a su vez a su hija D.ª Isabel Clara, gritando: *¡Nuestra es Amberes!*

Arcabucero y alabardero

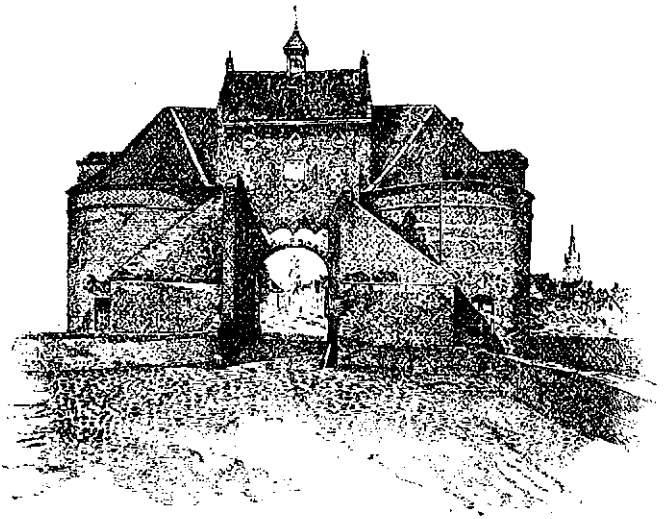
Poco antes, por la toma de Malinas, había recibido Farnesio el Toisón de Oro. Su entrada en Amberes fué solemne, aunque, como ya hemos dicho, quedara completamente arruinada con el éxodo de sus moradores.

Igual ocurrió en Douai, Valenciennes, Brujas, Iprés, Tournai, Courtrai, Lovaina y otras ciudades, cuyos

© Biblioteca Nacional de España

vecinos, por odio a España, se trasladaban con sus industrias y su comercio a Rotterdam, Amsterdam, Francfort y Londres.

«Así pagó Flandes, dice Barado, la escisión que estalló entre las provincias católicas y protestantes, y justo es decir que en ello cupo no escasa responsabilidad al difunto príncipe de Orange. El escéptico Guillermo, viendo la opinión en manos de los fanáticos,



Puerta de Brujas

quiso dominarlos explotando sus pasiones, y divorció el catolicismo de la causa nacional, arrojando en brazos de Farnesio una parte de las provincias católicas y favoreciendo con las violencias populares la disgregación de los elementos moderados.

»Y estas provincias, que por ser fronterizas tenían suma importancia, y estos elementos de gran valía por su influencia social y su riqueza, fueron los que

© Biblioteca Nacional de España

utilizó Alejandro con gran acierto para atacar el corazón de los Países Bajos.»

En Frisia. Es deber de justicia rendir ahora un tributo de admiración a los bravos que, al par que Farnesio realizaba tales proezas en Bélgica, defendían el poderío español en Holanda, empresa dificilísima, pues el país, entregado a los protestantes, era completamente hostil al catolicismo.

Perdida ya para España la plaza de Groninga, fué devuelta gracias a las gestiones de Farnesio cerca del gobernador conde de Renneberg, que tenía en nombre de los Estados, y ocupada en seguida por el tercio de Tassis y el capitán alemán Schenk, quienes infligieron una derrota tremenda a los rebeldes, aunque después experimentaron a su vez un contratiempo.

Esto movió a Farnesio a confiar el mando a un hombre de probada energía y capacidad, como fué el veterano coronel Francisco Verdugo, con 2.000 arcabuceros walones y buena suma de dinero.

El gobierno de Verdugo fué acertadísimo, y el bravo y leal español lo ejerció con admirable tacto por espacio de catorce años.

Campaña de Farnesio ¿Cómo sustraerse a la admiración que ocasiona la obra del insigne general español, que habiéndose encontrado con una sola ciudad en poder de España, reconquistó en brevísimo tiempo la casi totalidad de los Estados? Pero hay también que decir que nada hubiera podido conseguir sin el concurso de aquellos valerosos capitanes Mondragón, Capifuccio, Padilla, Aguila, Torralva, Robles. Si con tan escaso número de hombres, pues no llegaban a diez mil, y con las angustias de la falta de dinero había obtenido Farnesio tan admirable resultado ¿qué no hubiera hecho de contar con medios suficientes?

Pero Felipe II, el rey oficinista, encerrado en el Escorial, se preocupaba menos de los asuntos de Flandes

© Biblioteca Nacional de España

que de sus cábalas políticas. Su plan consistía en dominar en Francia y herir a Inglaterra para acabar luego con Holanda; pero no había de salirle bien la cosa, sino todo lo contrario. España continuaba rápidamente hacia su decadencia, que ya no debía detenerse en el espacio de más de un siglo.

En su consecuencia, mientras intrigaba por una parte con los Guisas y la Liga para ser proclamado rey de Francia, meditaba un plan de invasión de Inglaterra, idea que venía acariciando desde que subiera al trono su antigua cuñada Isabel.

FIN DEL TOMO DÉCIMOTERCERO

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1001973619

© Biblioteca Nacional de España